

La Obra del Espíritu Santo

Por [Abraham Kuyper](#)

Tabla de contenidos

1. [Prefacio del Autor](#)
2. [Notas Explicativas para la Edición Norteamericana](#)
3. [Nota Introductoria](#)
4. [Volumen 1: Introducción](#)
5. [La Creación](#)
6. [Re-Creación](#)
7. [La Sagrada Escritura Del Antiguo Testamento](#)
8. [La Encarnación Del Verbo](#)
9. [El Mediador](#)
10. [El Derramamiento Del Espíritu Santo](#)
11. [El Apostolado](#)
12. [La Sagrada Escritura en El Nuevo Testamento](#)
13. [La Iglesia De Cristo](#)
14. [Volumen 2: Introducción](#)
15. [La Obra de Dios en el Pecador](#)
16. [La Gracia Preparatoria](#)
17. [Regeneración](#)
18. [Llamamiento y Arrepentimiento](#)
19. [Justificación](#)
20. [Fe](#)
21. [Volumen 3: Santificación](#)
22. [AMOR](#)
23. [Oración](#)

Prefacio del Autor

Los tratados dedicados especialmente a la Persona del Espíritu Santo son comparativamente pocos, y el tratamiento sistemático de Su *Obra* es incluso más escaso. En la dogmática, ciertamente, se introduce este asunto, se desarrolla y se explica, pero el tratamiento *especial* es excepcional.

Tanto se ha escrito sobre Cristo, y tan poco se ha escrito sobre el Espíritu Santo. El trabajo de John Owen en este asunto es el más conocido, y aún no ha sido superado. De hecho, John Owen escribió redactó tres obras acerca del Espíritu Santo, las cuales fueron publicadas en 1674, 1682 y 1693. Owen era un prolífico escritor y teólogo por naturaleza. Nacido en 1616, murió a la buena edad de setenta y cinco años, en 1691. Desde 1642, el año en que su primer libro fue publicado, continuó escribiendo libros hasta su muerte.

En 1826 Richard Baynes publicó nuevamente las obras de John Owen, D.D, editado por Thomas Russell, A.M., con notas biográficas de su vida y escritos (veintiún volúmenes). Esta edición aún se encuentra en el mercado, entregando un tesoro de sólida y exhaustiva teología. Además de las obras de Owen, menciono las siguientes:

- David Rungius, "Proof of the Eternity and Eternal Godhead of the Holy Spirit," Wittenberg, 1599.
- Seb. Nieman, "On the Holy Spirit," Jena, 1655.
- Joannes Ernest Gerhard, "On the Person of the Holy Spirit," Jena, 1660.
- Theod. Hackspann, "Dissertation on the Holy Spirit," Jena, 1655.
- J. G. Dorsche, "On the Person of the Holy Spirit," Königsberg, 1690.
- Fr. Deutsch, "On the Personality of the Holy Spirit," Leipsic, 1711.
- Gottfr. Olearius (John F. Burgius), "On the Adoration and Worship of the Holy Spirit," Jena, 1727.
- J. F. Buddeuss, "On the Godhead of the Holy Spirit," Jena, 1727.
- J. C. Pfeiffer, "On the Godhead of the Holy Spirit," Jena, 1740.
- G. F. Gude, "On the Martyrs as Witnesses for the Godhead or the Holy Spirit," Leipsic, 1741.
- J. C. Danhauer, "On the Procession of the Holy Spirit from the Father and the Son," Strasburg, 1663. J. Senstius, Rostock, 1718, y J. A. Butstett, Wolfenbüttel, 1749. John Schmid, John Meisner, P. Havercorn, G. Wegner, y C. M. Pfaff.

La *Obra* del Espíritu Santo ha sido discutida en forma separada por los siguientes autores:

Anton, "The Holy Spirit Indispensable." Carsov, "On the Holy Spirit in Conviction." Wensdorf, "On the Holy Spirit as a Teacher." Boerner, "The Anointing of the Holy Spirit." Neuman, "The Anointing which Teaches All Things." Fries, "The Office of the Holy Spirit in General." Weiss, "The Holy Spirit Bringing into Remembrance." Foertsch, "On the Holy Spirit's Leading of the Children of God." Hoepfner, "On the Intercession of the Holy Spirit." Beltheim, Arnold, Gunther, Wendler, and Dummerick, "On the Groaning of the Holy Spirit." Meen, "On the Adoration of the Holy Spirit." Henning y Crusius, "On the Earnest of the Holy Spirit."

Los teólogos daneses a continuación han escrito sobre el mismo tema:

Gysbrecht Voetius en su "Select-Disput," I, p. 466. Sam, Maresius, "Theological Treatise on the Personality and Godhead of the Holy Spirit," en su "Sylloge-Disput," I, p. 364. Jac. Fruytier, "The Ancient Doctrine Concerning God the Holy Spirit, True, Proven, and Divine"; exposición de John xv. 26, 27. Camp, Vitringa, Jr., "Duæ Disputationes Academicæ de Notione Spiritus Sancti," en su Opuscula.

Los estudios del presente siglo sobre el mismo tema difícilmente pueden ser comparados a las obras de John Owen. Mencionamos los siguientes:

Herder, "Vom Paraclet." Kachel, "Von der Lästerung wider den Heiligen Geist," Nürnberg, 1875. E. Guers, "Le Saint-Esprit, Étude doctrinale et pratique sur Sa Personne et Son Oeuvre," Toulouse, 1865. A. J. Gordon, "Dispensation of the Spirit."

Esta pobre bibliografía deja en claro lo insuficiente del tratamiento sistemático en cuanto a la persona del Espíritu Santo. Los estudios sobre la Obra del Espíritu Santo son incluso más escasos. Es verdad que existen muchas disertaciones sobre las diferentes partes de su Obra, mas esta nunca se ha tratado en su unidad orgánica. Ni siquiera por Guers, el cual reconoce que su pequeño libro no tiene la intención de ser ubicado dentro de la dogmática.

De hecho, Owen aún no ha sido superado y por lo tanto sigue siendo solicitado por los buenos teólogos, tanto laicos como clérigos. Aún así, la obra maestra de Owen no da a entender que un estudio aun más detallado de este asunto sea algo irrelevante. Aunque sea un campeón invencible para los arminianos y semi-arminianos de fines del siglo diecisiete, su armadura es demasiado liviana como para responder a los errores doctrinales del tiempo presente. Por esta razón, el autor ha tomado la tarea de entregar al público cristiano pensante una exposición de la segunda parte de este grandioso asunto, en una manera adaptada a las pretensiones de la época y a los errores de hoy. El autor no ha tratado la primera parte, la Persona del Espíritu Santo, pues este no es un tema controversial. De hecho, la Divinidad del Espíritu Santo es confesada o negada, pero los principios de los cuales confesión o negación son el resultado obvio divergen de manera tal que es imposible sostener una discusión entre quien los confiesa y quien los acepta. Si aquellos entraran en tal discusión, tendrían que bajar la guardia en el punto de principios fundamentales y discutir cuál es la Fuente de la Verdad. Y cuando esto se haya dejado claro, podrán discutir un asunto especial como el del Espíritu Santo. Pero antes de esto, una discusión entre ellos que niegue la Revelación sería casi sacrílega.

Pero con la Obra del Espíritu Santo, esto es diferente. Porque aunque los que profesan ser cristianos reconocen su Obra, y todo lo que esta incluye, y todo lo de que de ella fluye, los diferentes grupos en los cuales ellos se dividen lo representan en maneras divergentes. ¡Cuántas diferencias hay en este punto entre calvinistas y éticos, reformados, kohlbruggianos y perfeccionistas! Las representaciones de los sobrenaturalistas prácticos, místicos y antinomianos difícilmente se pueden reconocer.

Me pareció infactible y confuso atacar a estas desviadas opiniones en puntos secundarios. Estas diferencias jamás deben ser discutidas si no es sistemáticamente. Aquel que no ha delineado primeramente el dominio entero en el cual el Espíritu Santo obra, no puede medir ninguna parte de él exitosamente, ni para ganar a un hermano ni para la gloria de Dios. Así, dejando las polémicas casi enteramente fuera, he hecho el esfuerzo de representar la Obra del Espíritu Santo en sus relaciones orgánicas, de modo que el lector quede habilitado para estudiar el dominio entero. Y al estudiarlo, ¿quién no se sorprenderá de las dimensiones cada vez más grandes de la Obra del Espíritu Santo en todas las cosas relativas a Dios y al hombre?

A pesar de honrar al Padre y de creer en el Hijo, ¡cuán poco vivimos en el Espíritu Santo! A veces incluso nos parece que el Espíritu Santo es añadido accidentalmente a la grandiosa obra de redención *sólo* para efectos de nuestra santificación.

Por esta razón nuestros pensamientos se ocupan tan poco del Espíritu Santo; por esta razón se le honra tan poco en el ministerio de la Palabra; por esta razón el pueblo de Dios, postrado en súplica ante el Trono de Gracia, lo hace tan poco el objeto de su adoración. Sientes involuntariamente que de tu piedad, que ya es bastante pobre, el Espíritu Santo recibe una porción demasiado escasa.

Y ya que este es el resultado de una falta inexcusable de conocimiento y de apreciación de Su gloriosa Obra en toda la creación, un entusiasmo santo se apoderó de mí, en el poder de Dios, para proporcionar un poco de ayuda en este asunto a mis amigos campeones en la fe entregada una vez por los padres.

Que el Espíritu Santo, cuya Obra he pronunciado en palabras humanas y con lengua tartamuda, corone esta labor con tal bendición, de manera que puedas sentir más de cerca Su Presencia invisible, y que Él pueda brindar a tu corazón intranquilo abundante consuelo.

—Ámsterdam, 10 de Abril de 1888—

Posdata a lectores norteamericanos, añado una observación más.

Esta obra contiene ocasionales polémicas en contra del metodismo, las cuales para muchos ministros y miembros de las iglesias llamadas “metodistas” pueden parecer injustas y fuera de lugar. Que quede claramente dicho, por lo tanto, que mi controversia con el metodismo nunca va dirigido a estas iglesias en particular. El metodismo contra el cual contiendo prevaleció hasta hace poco en casi todas las iglesias protestantes como fruto insalubre del *Avivamiento* al principio de este siglo. El metodismo al cual me refiero aquí es idéntico a lo que el Sr. Heath, en *The Contemporary Review* (Mayo, 1898), criticó como lamentablemente inadecuado para ubicar otra vez al protestantismo a la cabeza del movimiento espiritual.

El metodismo nació del declive espiritual de la Iglesia Episcopal de Inglaterra y Gales. Surgió como la reacción del individuo y de lo subjetivo espiritual contra el poder destructivo de lo objetivo en la comunidad como se manifestó en la Iglesia de Inglaterra. Como tal, la reacción fue preciosa y sin duda un don de Dios, y habría continuado así de saludable en sus funcionamientos si hubiera preservado su carácter de reacción predominante.

Debería haber pensado en la Iglesia como comunidad como un poder objetivo, y en este dominio objetivo debería haber vindicado la importancia de la vida espiritual individual y de la confesión subjetiva.

Pero falló en esto. De la vindicación de los derechos de los sujetos, pasó pronto al antagonismo en contra de los derechos objetivos de la comunidad. Dogmáticamente, esto trajo como resultado la controversia acerca de la obra objetiva de Dios, a saber, Su decreto y Su elección, y eclesialmente, el antagonismo en contra de la obra objetiva del oficio por medio de la confesión. Dio supremacía al elemento subjetivo en el libre albedrío del hombre y al elemento individual al momento de tomar decisiones frente a conflictos extra eclesiásticos en la Iglesia. Y así no mantuvo ningún otro fin que la conversión de pecadores individuales; y para esta tarea abandonó lo orgánico y retuvo sólo el método mecánico.

Como tal, durante el así llamado *Avivamiento* celebró su más glorioso triunfo, penetrando en casi todas las iglesias protestantes, e incluso en la Iglesia Episcopal, bajo el nombre de Evangelicalismo o Iglesia baja. Como segunda reacción al segundo declive de las iglesias protestantes de aquel tiempo, sin duda este triunfo trajo una gran bendición.

Pero cuando surgió la necesidad de reducir esta nueva vida espiritual a un principio definido sobre el cual construir una vida cristiana-protestante y una cosmovisión en oposición a las filosofías no-cristianas y a la vida y cosmovisión esencialmente panteístas, y darles posición y mantenerla—ahí fracaso vergonzosamente. Le faltaban principios consciente y nítidamente definidos; con su individualismo y subjetividad, no pudo responder a los cuestionamientos sociales, y debido a su completa falta de unidad orgánica, no pudo formular una vida y una cosmovisión independientes; así es, por el lado que se le mirara, fue un obstáculo para tales formulaciones.

Por esta razón es absolutamente necesario enseñar a las iglesias protestantes a ver claramente esta sombra oscura del metodismo, mientras que, al mismo tiempo, deben continuar estudiando su preciosa importancia como reacción espiritual.

De ahí viene mi disputa con el metodismo y mi persistente apunte hacia la necesidad imperativa de vindicar, en oposición y junto a la subjetividad puramente mecánica, los derechos de la orgánica social en toda la vida humana, y de satisfacer la necesidad del poder de la objetividad en presencia de las extravagantes declaraciones de la subjetividad. Esto urge tanto más ya que la tendencia moderna está ganando terreno en la teología metodista de Norteamérica.

La Obra del Espíritu Santo no puede ser desplazada por la actividad del espíritu humano.

Kuyper.

Ámsterdam, 21 de Abril de 1899.

Notas Explicativas para la Edición Norteamericana

La obra del Dr. Kuyper acerca el Espíritu Santo apareció por primera vez en publicaciones semanales en el *Heraut*, siendo publicada más tarde en forma de libro en Ámsterdam, 1888. Esto explica el objetivo del autor al escribir su libro, a saber, dar instrucción al pueblo de Holanda. Escrito en el lenguaje común del pueblo, el libro satisface las necesidades tanto de laicos como del clero.

No obstante, la profundidad de pensamiento no fue sacrificada en pro de la simplicidad de lenguaje. Por el contrario, el lenguaje fue sólo el instrumento por medio del cual el pensamiento fue hecho lúcido y transparente.

El *Heraut* es una publicación semanal de la cual el Dr. Kuyper ha sido editor principal por más de veinte años. Se publica cada viernes, y forma parte de la lectura dominical de un amplio grupo de personas. En sus columnas, el Dr. Kuyper ha enseñado nuevamente, tanto en el campo como en la ciudad, los principios de la fe reformada al pueblo holandés, proporcionando al mismo tiempo maneras con las cuales dar un nuevo desarrollo a estos principios según la consciencia moderna de nuestro tiempo.

El Dr. Kuyper no es un apologeta, pero sí un reconstructor sincero y concienzudo. Ha familiarizado a la gente con los símbolos de la fe reformada, y por medio de su exposición exhaustiva de las Escrituras, ha mantenido y defendido la posición de tales símbolos. Su éxito en esto se puede ver claramente en la reforma de las iglesias reformadas en 1886 y en el subsiguiente desarrollo espléndido de energía y actividad en Iglesia y Estado, los cuales son productos del calvinismo revivido y reconstruido. Sin el esfuerzo y la labor paciente de este cuarto de siglo, tal reforma habría sido imposible.

En sus reformas religiosas y políticas, el Dr. Kuyper procedió desde la convicción personal de que la salvación de Iglesia y Estado sólo podría lograrse volviendo a los fundamentos abandonados de la teología reformada nacional; pero no para reconstruirlo en su forma desgastada. "Su fresco y valiente espíritu se encuentra enteramente libre de todo conservadurismo" (Dr. W. Geesink). El Dr. Kuyper un hombre tanto *de* su tiempo como *para* su tiempo. Él busca adaptar la superestructura, la cual ha estado erigiendo sobre los fundamentos cuidadosamente redescubiertos de la teología reformada, a todas las necesidades, demandas y aficciones del presente. Sólo el tiempo dirá cuánto éxito ha tenido.

Desde 1871 ha publicado, primero en las columnas del *Heraut* y luego en libros, los siguientes títulos: los estudios bíblicos "Out of the Word," en cuatro volúmenes; "The Incarnate Word," "The Work of the Holy Spirit," en tres volúmenes, y "E Voto Dordraceno," una explicación del Catecismo de Heidelberg, en cuatro volúmenes. Esta última obra es un rico tesoro de teología firme y exhaustiva, dogmático y práctico. Ha publicado muchos otros tratados que aún no han aparecido en forma de libro. Entre estos, destacamos especialmente "On Common Grace," el cual, aún en proceso de publicación, es una lectura excelente. El número de sus obras supera ya los ciento cincuenta. Al final de esta introducción se encuentra una lista parcial de tales obras.

Las siguientes obras ya han sido traducidas al inglés: "Encyclopædia of Sacred Theology" (Charles Scribner's Sons, 1898); "Calvinism and Art"; "Calvinism and Our Constitutional Liberties"; "Pantheism and Destruction of the Boundaries"; "The Stone Lectures."

Para un mejor entendimiento de la obra, el traductor ruega poner atención a las siguientes explicaciones:

"Ético irénico," o simplemente "ético," es el nombre de un movimiento en Holanda que busca mediar entre el racionalismo moderno y la confesión ortodoxa de la iglesia reformada. Busca

restaurar la paz y tranquilidad, no por medio del regreso al orden original de la iglesia, ni por medio del mantenimiento de la antigua Confesión y la remoción por medio de juicio y deposición (Tratamiento Judicial) de los ministros que se desvían, sino por medio de esfuerzos por encontrar un lugar común entre ambos partidos. Procede de la idea que aquello enfermo en la Iglesia puede volver y volverá a ser saludable: en parte dejando que la enfermedad siga su curso por sí misma (Doorzielen)—olvidando así que la corrupción en la Iglesia no es enfermedad sino pecado (Dr. W. Geesink); en parte por medio de una difusión liberal de conocimiento bíblico entre el pueblo (Tratamiento Médico).

El Dr. Chantepie de la Saussaye, un discípulo de Schleiermacher, fue el padre espiritual de esta teología ética. Nacido en 1818, el Dr. De la Saussaye entró a la Universidad de Leyden en 1836. Insatisfecho con el sobrenaturalismo racional de una generación anterior, e incapaz de adaptarse a la vaguedad y ambigüedad de la llamada escuela de Groningen, o de encontrar en los tesoros de la teología calvinista una base para el desarrollo de su ciencia teológica, se sintió atraído a la escuela de Schelling, y por medio de él llegó a estar bajo la influencia del panteísmo. Durante los años de su pastoreo en Leeuwarden (1842-48) y en Leyden hasta 1872, modificó y desarrolló las ideas de Schleiermacher en una forma independiente. El resultado fue la teología ética. La idea esencial de tal pensamiento puede resumirse de la siguiente manera:

“Trascendente por sobre la naturaleza, Dios también es inmanente en la naturaleza. Esta inmanencia no es física solamente, sino también, sobre esta base, ética. Esta inmanencia ética se manifiesta a sí misma en la vida religiosa moral, que es la vida real y verdadera del hombre. Se origina en el mundo pagano, y a través de Israel asciende hasta Cristo, en quien alcanza plenitud. Entre los paganos, se manifiesta a sí misma especialmente en la consciencia con sus dos elementos: temor y esperanza; entre Israel, en la Ley y la Profecía; y en Cristo, en Su perfecta unión con Dios y con la humanidad. Por esta razón, pues, Él es la Palabra *par excellence*, el Hombre Central, en quien se completa todo lo que es humano. Sin embargo, aunque hasta Cristo procedía desde la circunferencia hacia el centro, después de Cristo procede en círculos que se ensanchan eternamente desde el centro hacia la circunferencia. La vida fluye desde Cristo hacia la Iglesia, la cual, habiéndose transformado temporalmente en una institución para la educación de las naciones, a través de la Reforma y la Revolución Francesa llegó a ser lo que debiera ser, una Iglesia confesional. Su poder ya no se encuentra en la organización eclesiástica, ni en credo ni confesión autoritativa, sino en actividad moral e influencia. La Palabra divina en la consciencia comienza a obrar y a gobernar; el cristianismo comienza a transferirse a la esfera moral.

“No obstante; si la inmanencia ética perfecta de Dios no es alcanzada en esta dispensación, siendo siempre posible, podría alcanzarse en las eras venideras.” ^[1]

No es sorprendente que esta teología, cuya corriente panteísta destruye los límites entre el Creador y la criatura, haya entrado en hostil contacto con la teología reformada, la cual defiende celosamente estos límites. De hecho el movimiento ético, en vez de unir a los dos partidos existentes en un espacio común, añadió un tercero, el cual, en el conflicto subsiguiente, fue mucho más amargo, arbitrario y tiránico que los modernos, los cuales ya se han apartado de las Santas Escrituras de la misma manera que Wellhausen y Kuenen. En 1872, el Dr. Chantepie de la Saussaye fue nombrado profesor de teología en la Universidad de Groningen, a continuación de Hofstede de Groot. Estuvo en este puesto sólo trece meses. Durmió el 13 de Febrero de 1874.

Su excelentísimo discípulo es el altamente dotado Dr. J. H. Gunning, profesor de teología en la Universidad de Leyden hasta 1899.

El nombre del Dr. Kohlbrugge aparece frecuentemente en las páginas que siguen. Nacido luterano, graduado del seminario de Ámsterdam, candidato al ministerio luterano, el Dr. Kohlbrugge se familiarizó con la doctrina reformada a través del estudio de sus primeros exponentes. Siendo conocido y temido por su admiración ardiente a la doctrina de la predestinación, fue rechazada su admisión al ministerio, primero en la Iglesia Luterana y luego en la Iglesia del Estado. Se marchó de Holanda hacia Alemania, en donde, por la misma razón,

fue excluido de los púlpitos de las iglesias reformadas alemanas. Por fin fue llamado al púlpito de una iglesia reformada libre en Elberfeld, la cual él mismo fundó.

Fue un profundo teólogo, un escritor prolífico, y celoso por el honor de su Maestro. Sus numerosos escritos—en parte luteranos, en parte reformados—se difundieron por Holanda, las provincias renanas, los cantones de Suiza, e incluso entre algunas iglesias reformadas de Bohemia.

Algunos de sus discípulos cayeron en el antinomianismo, y al día de hoy ocupan púlpitos en la Iglesia del Estado. Se les llama neo-kohlbruggianos. El profesor Böhl, de Viena, es el instruido representante de los kohlbruggianos antiguos. Tanto la antigua como la nueva escuela se oponen fuertemente al calvinismo.

La traducción de "The Work of the Holy Spirit" fue llevada a cabo por encargo del autor, a quien el borrador de casi todo el primer volumen fue entregado a corrección. Sin embargo, estando "sobrepasado" de trabajo y completamente satisfecho con la traducción hasta ahora, el autor decidió no atrasar el trabajo con la lectura de los siguientes volúmenes, sino que la dejó a discreción del traductor. También se dejó a juicio del traductor la omisión de materias referentes a condiciones locales y de discusiones teológicas actuales.

Agradecimientos al Rev. Thomas Chalmers Straus, A. M., de Peekskill, N. Y., por su valiosa asistencia en la preparación de esta obra para la imprenta.

TRADUCTOR

Peekskill, N. Y., 27 de enero de 1900.

A continuación, un listado parcial de las obras del Dr. Kuypers:

- "J. Calvini et J. a Lasco: De Ecclesia Sententiarum inter se Compositio Acad. Diss." 1862.
- "Joannis a Lasco: Opera tum Edita quam Inedita." Two vols., 1866.
- "Wat moeten wy doen, het stemrecht aan ons zelven houden of den Kerkeraad machtigen?" (What Are We to Do: Retain the Right of Voting, or Authorize the Consistory?) 1867.
- "De Menschwording Gods Het Levensbeginsel der Kerk." Intreêrede to Utrecht. (The Incarnation of God the Vital Principle of the Church. Inaugural discourse at Utrecht.) 1867.
- "Het Graf." Leerrede aan den avond van Goede-Vrydag. (The Tomb. Sermon on Good Friday night.) 1869.
- "Zestal Leerredenen." (Six Sermons.) 1869.
- "De Kerkelyke Goederen." (Church Property.) 1869.
- "Vrymaking der Kerk." (The Emancipation of the Church.) 1869.
- "Het Beroep op het Volksgeweten." (An Appeal to the National Conscience.) 1869.
- "Eenvormigheid de Vloek van het Moderne Leven." (Uniformity the Curse of Modern Life.) 1869.
- "De Schrift het Woord Gods." (Scripture the Word of God.) 1870.
- "Kerkeraadprotocollen der Hollandsche Gemeente te London." 1569-1571. (The Consistorial Minutes of the Dutch Church in London.) 1870. "De Hollandsche Gemeente te London," 1570-1571. (The Dutch Church in London.) 1870.
- "Conservatisme en Orthodoxie. Valsche en Ware Behoudzucht." (Conservatism and Orthodoxy, the True and the False Instinct of Self-Preservation.) 1870.
- "Geworteld en Geground, de Kerk als Organisme en Institute." (Rooted and Grounded, the Church as Organism and Institute.) Inauración en Ámsterdam. 1870.
- "De Leer der Onsterfelykheid en de Staats School." (The Doctrine of Immortality and the State School.) 1870.
- "Een Perel in de Verkeerde Schelp." (A Pearl in the Wrong Shell.) 1871.
- "Het Modernisme een Fata Morgana op Christelyk Gebied" (Modernism a Fata Morgana in the Christian Domain.) 1871.
- "De Zending Naar de Schrift." (Missions According to Scripture.) 1871.
- "Tweede Zestal Leerredenen." (Another Six Sermons.) 1851.

- “O God Wees My Zondaar Genadig!” Leerrede op den Laatste Dag van Het Jaar; 1870. (O God be Merciful to Me a Sinner! Sermon on Old Year’s night, 1870.) 1871.
- “De Bartholomeusnacht.” (The Bartholomew Night.) 1872.
- “De Sneeuw van den Libanon.” (The Snow of Lebanon.) 1872.
- “Bekeert u Want het Koningryk Gods is Naby.” (Repent, for the Kingdom of Heaven Is at Hand). Sermón en el ultimo día de 1871. 1872.
- “Het Vergryp der Zeventien Ouderlingen.” (The Mistake of the Seventeen Elders. Memoir of the Consistory of Amsterdam.) 1872.
- “Uit het Woord.” (Out of the Word.) Devotional Bible studies. 1873.
- “Het Calvinisme, Oorsprong en Waarborg onzer Constitutioneele Vryheden.” (Calvinism, the Origin and Surety of Our Constitutional Liberties.) 1874.
- “Uit het Woord.” (Out of the Word.) Segundo volumen, 1875.
- “De Schoolquestie.” (The School Question.) Seis folletos, 1875.
- “Liberalisten en Joden.” (Liberalists and Jews.) 1879.
- “Uit het Woord.” (Out of the Word.) Third volume, 1879.
- “Ons Program.” (Our Program.) 1879.
- “De Leidsche Professoren en de Executeurs der Dordtsche Nalatenschap”. (The Leyden Professors and the Executors of the Inheritance of Dordt.) 1879.
- “Revisie der Revisielegende.” (Revision of the Revision Legend.) 1879.
- “De Synode der Nederlandsche Revormde Kerk uit Haar Eigen Vermaanbrief Geoordeeld.” (The Synod of the Reformed Church in the Netherlands Judged by Its Own Epistle of Exhortation.) 1879.
- “Antirevolutionair ook in uw Gezin.” (Anti-Revolutionary Even in the Family.) 1880.
- “Bede om een Dubbel Corrigendum.” (Prayer for a Double Corrigendum.) 1880.
- “Strikt Genomen.” (Taken Strictly. The Right to Found a University, Tested by Public Law and History.) 1880.
- “Souvereiniteit in Eigen Kring.” (Sovereignty in Our Own Circle.) 1880.
- “Honig uit den Rottsteen.” (Honey Out of the Rock.) 1880.
- “De Hedendaagsche Schrifteitiek in Hare Bedenkelyke Strekking voor de Gemeente des Levenden Gods.” (Modern Criticism and Its Dangerous Influence upon the Church of the Living God.) Discurso. 1882. "D. Franscisci Junii: Opuscula Theologica." 1882.
- “Alexander Comrie.” Traducido de *The Catholic Presbyterian Review*. 1882.
- “Ex Ungue Leonem.” El Método de Interpretación del Dr. Doedes Probado en un Punto. 1882.
- “Welke zyn de Vooruitzichten voor de Studenten der vrye Universiteit?” (What Are the Prospects for the Students of the Free University?) 1882.
- “Tractaat van de Reformatie der Kerken.” (Tractate of the Reformation of the Churches.) 1883.
- “Honig uit den Rottsteen.” (Honey Out of the Rock.) Segundo volumen, 1883.
- “Uit het Woord.” (Out of the Word.) Segunda serie, primer volumen: That Grace Is Particular. 1884.
- “Yzer en Leem.” (Iron and Clay.) Discursos. 1885.
- “Uit het Woord.” (Out of the Word.) Segundo volumen: The Doctrine of the Covenants. 1885.
- “Uit het Woord.” Tercer volumen: The Practise of Godliness. 1886.
- “Het Dreigend Conflict.” (The Conflict Threatening.) 1886.
- “Het Conflict Gekomen.” (The Conflict Come.) Tres volúmenes, 1886.
- “Dr. Kuyper voor de Synode.” (Dr. Kuyper Before the Synod.) 1886.
- “Laatste Woord tot de Conscientie van de Leden der Synode.” (Last Word to the Conscience of the Members of Synod.) De parte de los miembros perseguidos del Consistorio de Ámsterdam. 1886.
- “Afwerping van het Juk der Synodale Hierarchie.” (The Throwing Off of the Yoke of the Synodical Hierarchy.) 1886.
- “Alzoo zal het onder u niet zyn.” (It Shall Not be So Among You.) 1886.

- “Eene ziel die zich Nederbuigt.” (A Prostrate Soul.) Discurso de apertura del Congreso de la Iglesia Reformada en Ámsterdam. 1887.
- “De Verborgen Dingen zyn voor den Heere Onzen God.” (The Secret Things Belong to the Lord Our God.) 1887.
- “Sion Door Recht Verlost.” (Zion Saved through Judgment.) 1887.
- “De Vleeschwording des Woords.” (The Incarnation of the Word.) 1887.
- “Dagen van Goede Boodschap.” (Days of Glad Tidings.) 1887.
- “Tweederlei Vaderland.” (Two Fatherlands.) 1887.
- “Het Calvinisme en de Kunst.” (Calvinism and Art.) 1888.
- “Dr. Gisberti Voetii Selectarum Disputationum Fasciculus.” En la *Bibliotheca Reformata*. 1888.
- “Het Work des Heiligen Geestes.” (The Work of the Holy Spirit.) Tres volúmenes, 1889.
- “Homer voor den Sabbath.” (Homer for the Sabbath.) Meditaciones sobre el Sábado. 1889.
- “Niet de Vryheidsboom Maar het Kruis.” (Not the Tree of Liberty, but the Cross.) Discurso de apertura en la decimal reunion annual de los Diputados. 1889.
- “Eer is Teêr.” (Honor Is Tender.) 1889.
- “Handenarbeid.” (Manual Labor.) 1889.
- “Scolastica.” (The Secret of True Study.) 1889.
- “Tractaat van den Sabbath.” (Tractate on the Sabbath.) Un estudio histórico dogmático. 1890.
- “Separatie en Doleantie.” (“Secession and Doleantie.” “Doleantie” de *doleo*, sufrir dolor, lamentarse—es en Holanda el nombre histórico adoptado por un grupo de cristianos para designar el hecho que, o están siendo perseguidos por la Iglesia del Estado, o han sido expulsados de la comunión por su adherencia a la confesión ortodoxa.) 1890.
- “Zion’s Roem en Sterkte.” (Zion’s Strength and Glory.) 1890.
- “De Twaalf Patriarchen.” (The Twelve Patriarchs.) Un estudio de personajes bíblicos. 1890.
- “Eenige Kameradviezen.” (Chamber Advices.) De los años 1874, 1875, 1890.
- “Is er Aan de Publieke Universiteit ten onzent Plaats voor eene Faculteit der Theologie?” (Is there Room in Our Public Universities for a Theological Faculty?) 1890.
- “Calvinism and Confessional Revision.” En el *Presbyterian and Reformed Review*, Julio, 1891.
- “Voor een Distel een Mirt.” (Instead of a Brier, a Myrtle-Tree.) 1891.
- “Maranatha.” Opening address at the meeting of Deputies. 1891.
- “Gedrachtslyn by de Stembus.” (Line of Conduct at the Polls.) 1891.
- “Het Sociale Vraagstuk en de Christelyke Religie.” (The Social Question and the Christian Religion.) Discurso de apertura en el Congreso Social. 1891.
- “De Verflauwing der Grenzen.” (The Destruction of the Boundaries.) Discurso en la transferencia de la Rectoría de la Free University. 1892.
- “In de Schaduwe des Doods.” (In the Shadows of Death.) Meditaciones para la enfermería y el lecho de muerte. 1893.
- “Encyclopædie der Heilige Godgeleerdheid.” (Encyclopedia of Sacred Theology.) Tres volúmenes., 1894.
- “E Voto Dordraceno.” Explicacion para el Catecismo de Heidelberg. Cuatro volúmenes., 1894-95. Levinus W. C. Keuchenius, LL.D. Biografía. 1896.
- “De Christus en de Sociale Nooden, en de Democratische Klippen.” (Christ and the Social Needs and Democratic Dangers.) 1895.
- “Uitgave van de Statenvertaling van den Bybel.” (Edition of the Authorized Version of the Bible.) 1895.
- “De Zegen des Heeren over Onze Kerken.” (The Blessing of the Lord upon Our Churches.) 1896.
- “Vrouwen uit de Heilige Schrift.” (Women of the Bible.) 1897.

- “Le Parti Antirevolutionaire.” (The Anti-Revolutionary Party.) En *Les Pay-Pas*. Presentado a la Sociedad Danesa de Periodistas a periodistas extranjeros en la instalación de la Reina. 1898.
- “By de Gratie Gods.” (By the Grace of God.) Discurso. 1898.
- “Calvinism.” Six lectures delivered at Princeton, N. J., October, 1898. “Calvinism in History,” “Calvinism and Religion,” “Calvinism and Politics,” “Calvinism and Science,” “Calvinism and Art,” “Calvinism and the Future.” Publicados en danés, Enero, 1899.
- “Als gy in uw Huis Zit.” (When Thou Sittest in Thine House.) Meditaciones para la familia. July, 1899.
- “Evolutie.” (Evolution.) Oración en la transferencia de la rectoría de la Free University, 20 de Octubre, 1899.

Notas

1. ↑ Dr. Bavink.

Nota Introductoria

Afortunadamente, ya no es necesario presentar formalmente al Dr. Kuyper al público religioso de Norteamérica. Muchos de sus destacados ensayos han aparecido en nuestros periódicos en los últimos años. Estos han llevado títulos tales como “Calvinism in Art,” “Calvinism the Source and Pledge of Our Constitutional Liberties,” “Calvinism and Confessional Revision,” “The Obliteration of Boundaries,” y “The Antithesis between Symbolism and Revelation”; y han aparecido en las páginas de publicaciones como *Christian Thought*, *Bibliotheca Sacra*, *The Presbyterian and Reformed Review*—no sin deleitar, por seguro, a sus lectores con la amplitud de su tratamiento y con la alta y penetrante calidad de su pensamiento. En el último año, las columnas de *The Christian Intelligencer* han sido adornadas de vez en cuando con ejemplos de las prácticas exposiciones del Dr. Kuyper de la verdad de la Escritura; y de vez en vez ha aparecido una breve pero iluminadora discusión acerca de un tema contingente en las columnas de *The Independent*. El apetito despertado por esta degustación de buena calidad ha sido satisfecho parcialmente por la publicación en inglés de dos tratados extendidos de su autoría—uno que discute de manera singularmente profunda los principios de “The Encyclopedia of Sacred Theology” (Charles Scribner’s Sons, 1898), y otro exponiendo con máxima envergadura y contundencia los principios fundamentales de “Calvinism” (The Fleming H. Revell Company, 1899). El volumen posterior consiste de cátedras presentadas en “The L. P. Stone Foundation,” en Princeton Theological Seminary en el otoño de 1898. La visita del Dr. Kuyper a Estados Unidos en esta ocasión lo reunió con muchos amantes de las ideas elevadas, y ha dejado la sensación de una relación personal con él en las mentes de los muchos que tuvieron la suerte de conocerle o de oír su voz en aquel momento. Para nosotros ya es imposible ver al Dr. Kuyper como un extraño, como alguien que necesita una presentación para que lo notemos con agrado la próxima vez que se presente ante nosotros; por el contrario, ahora lo vemos como uno de nuestros propios profetas, a cuyo mensaje tenemos cierto derecho, y a cuyo nuevo libro recibimos de su mano como el regalo de un querido amigo, cargado con una sensación de cuidado por nuestro bienestar. El libro que ahora se le ofrece al público norteamericano no llega a nuestras manos recién salido del horno. Ya ha estado al alcance de la audiencia danesa por más de una década (fue publicado en 1888). No obstante, el Dr. Kuyper ha llegado a ser parte de nosotros sólo recientemente, y la publicación de su libro en inglés, esperamos, es sólo otro paso en el proceso que hará gradualmente nuestro todo su mensaje.

Ciertamente nadie avanzará por las páginas de este volumen—ni mucho menos, como nuestros amigos judíos dirían, “se hundirá en el libro”—sin darse cuenta de que es un regalo de alto valor que viene a nosotros de mano de nuestro nuevo maestro. Como se notará a primera vista, es un tratado exhaustivo acerca de la Obra del Espíritu Santo—un tema mucho más elevado que muchos de los que puedan ocupar a la mente del hombre cristiano, y aún así, un tema en el cual los tratados realmente exhaustivos son comparativamente escasos. Es fácil, ciertamente, exagerar la relevancia del hecho último. Por supuesto, nunca existió el tiempo en el cual los cristianos dejaron de confesar su fe en el Espíritu Santo; y nunca existió el tiempo en el cual no se hablaron unos a otros acerca de la obra del Bendito Espíritu, el Ejecutor de la

Divinidad, no sólo en la creación y en la sustentación de los mundos y en la inspiración de los profetas y apóstoles, sino también en la regeneración y santificación del alma. Ni tampoco ha existido el momento en el que, al realizar la tarea de darse cuenta mentalmente de los tesoros de verdad que se han encargado en la revelación de la Escritura, la Iglesia no se haya dedicado a la investigación de los misterios de la Persona y la obra del Espíritu Santo; y en especial, nunca ha habido un momento desde ese majestuoso avivamiento de la religión que llamamos Reforma en el que la obra entera del Espíritu en la aplicación de la redención consumada por Cristo no haya sido un tema digno del estudio dedicado y apasionado por parte de hombres cristianos. De hecho, muy pocos tratados exhaustivos acerca de la obra del Espíritu han sido escritos en parte por causa de la misma intensidad del estudio enfocado en las actividades salvíficas del Espíritu. El asunto ha parecido tan inmenso, sus ramificaciones tan extensas, que pocos han tenido el valor de tomarlo como un todo. Los dogmáticos, ciertamente, se han sentido empujados a presentar el rango entero del asunto en el lugar que le corresponde dentro de sus sistemas completos. Sin embargo, cuando tales monografías llegaron a ser escritas, la tendencia a concentrarse en un segmento particular del gran círculo; y así hemos tenido tratados acerca de, por ejemplo, la regeneración, la justificación, la santificación, o de la unción del Espíritu; o de la intercesión del Espíritu, o del sellado del Espíritu, pero no de la obra del Espíritu como un todo. Sería un gran error pensar que la doctrina del Espíritu Santo ha sido rechazada meramente porque haya sido presentada preferentemente bajo sus distintas rúbricas o partes en vez de en su totalidad. La facilidad de caer en tal error ha sido ilustrada por ciertas críticas que recientemente se le han hecho a la Confesión de Fe de Westminster—la cual es (como todo puritano estaba seguro de serlo) un tratado acerca de la obra del Espíritu—pues se le ha considerado deficiente por el hecho de no contar con un capítulo específicamente dedicado al “Espíritu Santo y Su Obra.” La única razón por la cual no le da *un* capítulo específico a este asunto es porque prefiere darle *nueve* capítulos; y cuando se hizo el intento de suplir esa supuesta omisión, se demostró que lo único que fue posible hacer fue presentar en el nuevo capítulo propuesto un escuálido resumen de los contenidos de esos nueve capítulos. De hecho, habría sido más plausible decir que, comparativamente, la Confesión de Westminster dejaba de lado la obra de Cristo, o incluso la obra de Dios Padre. De la misma manera, la falta de un gran número de tratados exhaustivos en nuestra literatura acerca de la obra del Espíritu Santo se debe en parte a la riqueza de nuestra literatura en tratados sobre porciones separadas de tal obra. Por tanto, la relevancia del libro del Dr. Kuyper viene dada sólo en parte por el hecho de que él ha tenido el valor para enfrentar y los dones para cumplir exitosamente la tarea que pocos se han atrevido a tomar sobre sí por miedo o por capacidades. Y es de no poca ganancia el ser capaz de observar el campo completo de la obra del Espíritu Santo en su unidad orgánica bajo la guía de tan fértil, sistemática y práctica mente. Si no lo podemos ver como algo nuevo, ni decir que es la única obra de este tipo desde Owen, por lo menos podemos que reúne el material acerca de este gran tema con un genio sistemático que es único, y que lo presenta con un entendimiento incisivo de su significado y con una comprensión riquísima de sus relaciones que son excesivamente iluminadores.

Se debe observar, sin embargo, que no hemos dicho sin reservas que la rareza comparativa de los tratados exhaustivos acerca de la obra del Espíritu Santo como la del Dr. Kuyper de deba simplemente a la grandeza y dificultad de la tarea. Hemos sido cuidadosos en decir que se debe a esto sólo en parte. A decir verdad, es sólo en los círculos a los cuales se presenta esta traducción en inglés que se puede aplicar este comentario. Para los cristianos reformados angloparlantes es un gozo ser los herederos de lo que debe llamar, justamente y con toda libertad, una gran obra literaria sobre este tema; se podría decir incluso, con algo de razón, que la peculiaridad de su labor teológica se debe a la diligencia de su estudio de este *locus*. Se debe recordar que es el gran “Discurso acerca del Espíritu Santo” de John Owen al que el Dr. Kuyper se refiere como tratado normativo, hasta ahora, en cuanto al tema. Pero el libro de John Owen no fue el único en su tiempo ni generación; más bien, fue una obra sintomática del engrosamiento del pensamiento teológico del círculo en el cual Owen fue de gran valor para la investigación de este asunto. El tratado de Thomas Goodwin “La Obra del Espíritu Santo en Nuestra Salvación” bien merece un lugar a su lado, y es simplemente la verdad decir que el pensamiento puritano se ocupaba casi enteramente al amante estudio de la obra del Espíritu Santo, y que tuvo su más alta expresión en las exposiciones dogmático-prácticas de los muchos aspectos de ella—de los cuales tratados tales como aquellos de Charnock y Swinnerton acerca de la regeneración son sólo los ejemplos más conocidos dentro de una

multitud que han sido olvidados en el curso de los años. De hecho, este tema siguió siendo el eje de la teologización de los Inconformistas ingleses por ciento cincuenta años. Tampoco ha perdido su posición central en las mentes de aquellos que tienen el derecho a ser considerados los sucesores de los puritanos. Ha habido decaimiento en algunos cuarteles, ciertamente, en cuanto al entendimiento y precisión teológica en la presentación del tema; pero es posible que un número mayor de tratados prácticos sobre un elemento u otro de la doctrina del Espíritu siga siendo publicado anualmente por la imprenta inglesa más que en cualquier otra rama del estudio teológico. Entre estos, libros tales como "The Ministry of the Spirit" del Dr. A. J. Gordon, "Through the Eternal Spirit" del Dr. J. E. Cumming, "Veni Creator" del Rector H. C. G. Moule, "Vox Dei" del Dr. Redford, "The Holy Spirit, the Paraclete" del Dr. Robson, "The Gifts of the Holy Spirit" del Dr. Vaughan—por nombrar sólo algunos de los libros más recientes—alcanzan un alto nivel de claridad teológica y poder espiritual; mientras que, si se nos permite volver sólo unos pocos años, podemos encontrar "The Office and Work of the Holy Spirit" del Dr. James Buchanan, y en "The Doctrine of the Holy Spirit" del Dr. George Smeaton dos tratados ocupando todo el terreno—el primero con un espíritu más práctico, mientras que el segundo con uno más didáctico—de una manera digna de las mejores tradiciones de nuestros padres puritanos. Por tanto, siempre ha habido un flujo abundante de literatura acerca de la obra del Espíritu Santo entre las iglesias angloparlantes, por lo que el libro del Dr. Kuyper no aparece como algo completamente nuevo, sino como una presentación especialmente pensada y ejecutada con fineza acerca de un tema en el cual todos estamos meditando.

Pero no es el mismo caso para las todas partes del mundo cristiano. Si levantamos nuestros ojos desde nuestra condición especial y los hacemos ver la Iglesia panorámicamente, el espectáculo con el que se encuentran es muy diferente. A medida que ponemos la mirada en la historia de la Iglesia hacia el pasado, descubrimos que el tema de la obra del Espíritu Santo fue uno que emergió tardíamente en realidad como explícita materia de estudio entre hombres cristianos. Cuando ponemos los ojos sobre la toda la extensión de la iglesia moderna, descubrimos que es un tema que atrae con muy poca fuerza a grandes sectores de la iglesia.

De hecho, la pobreza de la teología continental en este *locus*, después de todo lo que se ha dicho y hecho, es deprimente. Existen uno o dos libritos franceses, por E. Guers y G. Tophel,^[1] y un par de estudios formales de la doctrina neotestamentaria del Espíritu por los escritores holandeses Stemler y Thoden Van Velzen, pedidos por la Sociedad Hague—y con eso tenemos ante nosotros a casi toda la lista de los viejos libros de nuestro siglo que pretenden cubrir toda el área. Tampoco se ha hecho mucho recientemente para suplir tal deficiencia. Ciertamente, la grandiosa actividad teológica alemana del último tiempo no ha sido capaz de ignorar por completo un tema importante, y por lo tanto sus eruditos nos han dado unos cuantos estudios científicos de secciones de material bíblico. De estos, los dos más relevantes aparecieron, de hecho, el mismo año que el libro del Dr. Kuyper—"Der heilige Geist in des Heilsverkündigung des Paulus" de Gloel, y "Die Wirkungen des heiligen Geistes nach d. populär. Anschauung der apostolischen Zeit and der Lehre d. A. Paulus" (2da ed.; 1899) de Gunkel; estos han sido seguidos en el mismo espíritu por Weienel en una obra llamada "Die Wirkungen des Geistes und der Geister im nachapostolischen Zeitalter" (1899); mientras que, un poco antes, el teólogo holandés Beversluis produjo un estudio más exhaustivo, "De Heilige Geest en zijne werkingen volgens de Schriften des Nieuwen Verbonds" (1896). No obstante, su investigación del material bíblico no solamente es muy formal, sino que también está dominada por imperfectas presuposiciones teológicas tales, que con mucha suerte la investigación podría ayudar al estudiante a dar un paso adelante. Algo mejor respecto a esto ha aparecido muy recientemente en libros tales como "Der heilige Geist und sein Wirken am einzelnen Menschen, mit besonderer Beziehung auf Luther" (1890, 12mo, pp. 228) de Th. Meinhold;^[2] "Pneumatologie, oder die Lehre von der Person des reiligen Geistes" (1894, 8vo, pp. 368) de W. Kölling; "Die biblische Lehre vom heiligen Geiste" (1899, 8vo, pp. 307) de Karl von Lechler; y "Geschichte von der Lehre vom heiligen Geiste" (1899, 8vo, pp. 376) K. F. Nösger—los cuales, se espera, sean el principio de un cuerpo variado de obras de eruditos alemanes, desde las cuales, después de un tiempo, surjan algunos exhaustivos y amplios tratados acerca del tema, tales como el que el Dr. Kuyper le ha dado a nuestros hermanos holandeses y del cual ahora tenemos una traducción en inglés. Pero ninguno de ellos provee el tratado deseado, y es relevante que ninguno siquiera profesa hacerlo. Incluso en donde el tratamiento es realmente temático, el autor es cuidadoso al dejar en claro que el propósito de su obra no es entregar un

panorama compacto y sistemático del asunto—y esto lo hace incluyendo en el título algo como “una perspectiva histórica” o “exegética.”

De hecho, sólo en una instancia en toda la historia de la literatura teológica alemana—o podríamos decir, antes del Dr. Kuyper, en toda la historia de la literatura teológica continental—alguien ha tenido el valor o sentido el impulso de enfrentar la tarea que el Dr. Kuyper ha completado de manera tan admirable. Nos referimos, por supuesto, a la grandiosa obra acerca de “Die Lehre vom heiligen Geiste,” escrita por ese gigante teológico, K. A. Kahnis, pero de la cual sólo fue publicada la primera parte—un delgado volumen de trescientas cincuenta y seis páginas en 1847. Indudablemente esto fue sintomático del estado anímico en Alemania en cuanto al tema, pues Kahnis, en su larga vida de búsquedas teológicas, nunca tuvo el tiempo ni el ánimo de completar su libro. Y, de hecho, en los círculos teológicos del tiempo, el libro causó un poco de risa: “¿Quién sería capaz de dedicar tanto tiempo y trabajo a este tema y esperar a que otros tuvieran el tiempo y la energía para leerlo?” decían. Se nos cuenta que un conocido teólogo, refiriéndose sarcásticamente a la obra, dijo que si las cosas se llevaran a cabo a tal escala, nadie podría esperar vivir los años suficientes como para leer la literatura acerca del tema; y se dice también que palabras similares fueron pronunciadas por C. Hase en el prefacio a la quinta edición de su “Dogmática,” aunque sin mencionar nombres, teniendo en mente el libro de Kahnis.^[3] La importancia del intento único y sin éxito de Kahnis por darle al protestantismo alemán un tratado digno acerca de la doctrina del Espíritu Santo es tan grande que se nos recompensará si fijamos bien en nuestras mentes los hechos respecto a él. Y con este fin citamos el siguiente reporte de la introducción a la obra de Von Lechler que acabamos de mencionar (p. 22 sqq.)

“Debemos indicar, en conclusión, otra circunstancia en la historia de nuestra doctrina, la cual es a su manera tan relevante para la actitud de la ciencia del tiempo presente hacia este tema, como lo fue el silencio del primer Concilio Ecuménico en cuanto a esto para el final de la primera época teológica. Esta es, la extraordinaria pobreza de monografías acerca del Espíritu Santo. Aunque hay algunos estudios, y en algunos casos importantes estudios acerca del tema, aun así su número es desproporcional a la grandeza y extensión de los problemas. Sin duda alguna, no deberíamos errar al asumir que el interés vital en una cuestión científica se expresará no meramente en exhaustivos manuales y compendios enciclopédicos—de los cuales los últimos están especialmente obligados a ver la totalidad de la lista de temas tratados—sino por necesidad en aquellas investigaciones independientes, en las cuales especialmente el fresco vigor de la juventud está acostumbrado a probar su utilidad para estudios mayores. ¡De cuán grande lacuna tendríamos que lamentarnos en otras ramas de la ciencia teológica si un rico desarrollo de literatura monográfica no se desplegara al lado de los compendios, abriendo nuevos caminos aquí y allá, instalando cimientos más profundos, supliendo material valioso para la completitud constructiva o decorativa de la estructura científica! No obstante, todo esto, en la instancia presente, apenas ha comenzado. El único tratado que ha sido proyectado sobre una profunda y amplia base de investigación—el “Lehre vom heiligen Geiste” de K. A. Kahnis (entonces en Breslau), 1847—quedó en pausa luego de su primera parte. Este celebrado teólogo, quien ciertamente poseía de manera sorprendente las cualidades que lo capacitaban para preparar el camino en el estudio de este tema tan desconocido y tan poco dignamente estudiado, se había propuesto la meta de investigar este, como el mismo lo llamaba, ‘extraordinariamente ignorado’ tema, en su aspecto bíblico, eclesiástico, histórico y dogmático, todo en conjunto. La historia de su libro es muy instructiva y sugerente con respecto al tema en sí. Kahnis encontró que el tema, a medida que lo veía más de cerca, era uno complicado en un grado muy especial, principalmente por la multiplicidad de su concepción. En un principio sus resultados eran cada vez más negativos. Una controversia con los ‘amigos de la luz’ de su tiempo le ayudó a avanzar. *Testium nubes magis juvant, quam luciferorum virorum importuna lumina.* Pero Dios, dice, le guió a una mayor claridad: la doctrina de la Iglesia le aprobó. Sin embargo, no era su propósito establecer la doctrina bíblica en todos sus puntos, sino sólo exhibir el lugar que el Espíritu Santo ocupa en el desarrollo de la Palabra de Dios en el Antiguo y Nuevo Testamento. Vino sobre él un sentimiento de que estábamos en la víspera de un nuevo derramamiento del Espíritu. Pero el anhelado amanecer, dice, aún se hacía esperar. Su amplia investigación, más allá de su asunto especial, del dominio completo de la ciencia en la vida corporativa de la Iglesia es característica no menos del asunto que del hombre. No obstante, no se le concedió ver el deseado derramamiento sobre los pastos secos. Su ‘cimiento’ exegético (caps. i-iii.) anda sobre los viejos rieles. Ya que esencialmente

compartía el punto de vista subjetivo de Schleiermacher y le dejaba la decisión final en la determinación de las concepciones a la filosofía, a pesar de sus notables destellos de entendimiento de las Escrituras, se mantuvo pegado al modo ético-intelectualista de concebir al Espíritu Santo, aunque haya estado acompañado por muchos intentos de ir más allá de Schleiermacher, mas sin alcanzar una concepción unitaria y sin ningún esfuerzo por solucionar bíblicamente la alarmante cuestión de la personalidad o impersonalidad del Espíritu. El cuarto capítulo hace una comparación entre el Espíritu del cristianismo y el del paganismo. El segundo libro trata primero de la relación de la Iglesia con el Espíritu Santo en general, y luego entra en la historia del desarrollo de la doctrina, pero sólo en los primeros padres, y luego termina con un recuento de la escuálida cosecha que la primera época le dio a las siguientes, en las cuales tuvo lugar el desarrollo más rico de la doctrina. . . .”^[4]

Así, el único digno intento que la teología alemana ha hecho por producir un tratado exhaustivo acerca de la obra del Espíritu Santo sigue siendo un torso ignorado aun hoy.

Si reuniéramos los hechos en los cuales hemos puesto nuestra atención un tanto desgánadamente para formular una tesis, nos encontraríamos obligados a reconocer que la doctrina del Espíritu Santo fue traída a la consciencia explícita de la Iglesia sólo lentamente, y que aun hoy sólo se ha aferrado firmemente a la mente y a la consciencia de una pequeña parte de la Iglesia. Para ser más específicos, deberíamos notar que la Iglesia primitiva se dedicó a la investigación dentro de los límites de este *locus* de sólo la doctrina de la persona del Espíritu Santo—Su deidad y personalidad—y de su función como inspirador de los profetas y apóstoles, mientras que toda la doctrina y obra del Espíritu en su totalidad es un regalo que la Iglesia recibió de manos de la Reforma;^[5] y deberíamos agregar que desde su formulación por medio de los reformadores, esta doctrina ha plantado una raíz más profunda y entregado su entero fruto sólo en las iglesias reformadas, y entre ellas en exacta proporción a la lealtad de su adherencia a los principios fundamentales de la teología reformada, y a las riquezas del desarrollo de estos. Dicho de manera más aguda, esto es igual a decir que la desarrollada doctrina de la obra del Espíritu Santo es una doctrina exclusivamente de la Reforma, y particularmente una doctrina reformada, y más particularmente aun, una doctrina puritana.

Donde sea que los principios fundamentales de la doctrina reformada hayan ido, esta ha ido con ellos, pero sólo se ha expresado con todas sus letras entre las iglesias reformadas; y entre ellas, sólo en donde lo que nos hemos acostumbrado a llamar “la Segunda Reforma” ha profundizado la vida espiritual de las iglesias y ha dejado al cristiano atónito con una especial intensidad de la gracia de Dios como la única fuente de su salvación de los bienes para esta vida y para la venidera. De hecho, es posible ser más precisos aun. La doctrina de la obra del Espíritu Santo es un regalo de Juan Calvino a la Iglesia de Cristo. Por supuesto que él no la inventó. El todo de ella se encuentra esparcido por las páginas de la Escritura con tal claridad y denuedo que uno podría estar seguro de que incluso aquel que hojeó la Escritura lo vio; y tan ciertamente como lo vio, así también ha alimentado el alma del verdadero creyente en todas las épocas. Hay destellos de su entendimiento repartidos por toda la literatura cristiana, y en particular los gérmenes de la doctrina se encuentran por en todas las páginas de Agustín.

Lutero no falló en aferrarse a ellos; Zwinglio muestra una y otra vez que su mente rebosaba de ellos; pues estos constituyeron, en verdad, una de las bases del movimiento reformador o, más bien, fueron lo que le dieron el aliento de vida. Pero fue Calvino el que le dio por primera vez una expresión sistemática o adecuada, y es a través de él y desde él que estos principios han llegado a ser una segura posesión de la Iglesia de Cristo. No existe fenómeno más sorprendente en la historia doctrinal que el de las contribuciones hechas por Calvino al desarrollo de la doctrina cristiana. Actualmente se piensa en él como padre de doctrinas tales como la predestinación y la reprobación, de las cuales fue simplemente un heredero, tomándolas enteramente de las manos de su gran maestro Agustín. Mientras tanto, sus contribuciones realmente personales se olvidan completamente. Estas son del tipo más alto y no pueden ser enumeradas aquí. Pero corresponde a nuestro tema presente notar que primeros en la lista se encuentran tres regalos de sumo valor para el pensamiento y vida de la Iglesia, los cuales por ningún motivo debemos dejar de recordar agradecidamente. Es a Juan Calvino a quien le debemos la amplia concepción de la obra de Cristo expresada en la doctrina de su oficio triple: Profeta, Sacerdote, y Rey; él fue el primero en presentar la obra de Cristo bajo este schema, y desde él ha llegado a ser parte de la propiedad común cristiana. Es a Juan Calvino a quien le debemos la entera concepción de una ciencia de “Ética Cristiana”; él fue el primero en esbozar su idea y desarrollar sus principios y contenidos, y siguió siendo un *peculium* para sus seguidores por un siglo. Y es a Juan Calvino a quien le debemos la primera formulación de la doctrina de la obra del Espíritu Santo; él mismo le dio un lugar muy

importante, desarrollándola especialmente en los amplias ramas de la “Gracia Común,” “Regeneración,” y del “Testimonio del Espíritu”; y es, como hemos visto, sólo entre sus descendientes espirituales que al día de hoy ha recibido atención adecuada en las iglesias. Debemos cuidarnos, por supuesto, de exagerar en el asunto; los hechos en sí, presentados sin pausar en los detalles oscuros, suenan como una exageración. ^[6] Pero es simplemente cierto que estos grandes temas recibieron su primera formulación por manos de Juan Calvino; y de él la Iglesia los ha derivado y a él le debe las gracias por ellos.

Y si nos detenemos a pensar por qué la formulación de la doctrina de la obra del Espíritu esperó hasta la Reforma y hasta Calvino, y por qué el desarrollo avanzado de los detalles de esta doctrina y su enriquecimiento por medio del estudio profundo de mentes cristianas y la meditación de corazones cristianos llegó sólo de Calvino a los puritanos, y de los puritanos a sus descendientes espirituales como los maestros de la era disruptiva de la Iglesia Libre y los contendientes holandeses de los tesoros de la religión reformada de nuestros propios días, las razones son fáciles de encontrar. En primer lugar, hay un orden regular en la adquisición de la verdad doctrinal, inherente en la naturaleza del caso, la cual, por lo tanto, la Iglesia estuvo obligada a seguir en su comprensión gradual del depósito de verdad dado a ella en las Escrituras; y en virtud de esto, la Iglesia no podía comenzar la tarea de asimilar y formular la doctrina de la obra del Espíritu hasta que los cimientos estuviesen afirmados en un claro entendimiento de otras doctrinas aun más fundamentales. Y hay, en segundo lugar, ciertas formas de construcción doctrinal que no dejan espacio, o quizás sólo un espacio exiguo, para la obra del Espíritu Santo personal en el corazón; y en presencia de estas construcciones, esta doctrina, incluso en donde es entendida y reconocida en parte, languidece y queda fuera del interés de los hombres. La operación de la última causa pospuso el desarrollo de la doctrina de la obra del Espíritu hasta que el camino estuvo preparado para ello; y esta preparación se completó sólo en la Reforma. La operación de la segunda se ha retrasado en donde no sido capaz de superar la asimilación propia de la doctrina en muchas partes de la Iglesia, hasta hoy. Para ser más específicos, el desarrollo del sistema doctrinal del cristianismo en la comprensión de la Iglesia ha seguido—como debería haberlo hecho en teoría—un curso regular y lógico. Primero, la atención fue absorbida en la contemplación de los elementos objetivos del depósito cristiano y sólo después los elementos subjetivos fueron tomados en consideración más seriamente. Antes que todo, fue la doctrina cristiana de Dios que se forzó a sí misma hacia la atención de los hombres, y no fue sino hasta que la doctrina de la Trinidad había sido exhaustivamente asimilada que la atención fue atraída vigorosamente hacia la doctrina cristiana del Dios-hombre; y nuevamente, no fue sino hasta que la doctrina de la Persona de Cristo fue exhaustivamente asimilada que la atención fue atraída emotivamente a la doctrina cristiana del pecado—la necesidad e impotencia del hombre; y solamente después de que eso fue forjado completamente, la atención se pudo enfocar en la provisión objetiva para suplir las necesidades del hombre en la obra de Cristo; y, otra vez, sólo después de eso, hacia la provisión subjetiva para suplir las necesidades del hombre en la obra del Espíritu. Este es el orden lógico del desarrollo, y es verdaderamente el orden en el cual la Iglesia, lentamente y en medio de tropiezos y todo tipo de conflictos—con el mundo y con su propia lentitud para creer todo lo que los profetas han escrito—, se hizo camino hacia toda la verdad revelada a ella en la Palabra. El orden es, debe señalarse, Teología, Cristología, Antropología (Harmatología), Impetración de Redención, Aplicación de Redención; y en la naturaleza del caso, los temas que caen bajo la rúbrica de la aplicación de la redención no podían ser investigados sólidamente hasta que la base se hubiese fijado para ellas en la asimilación de los temas anteriores. Hemos conectado los grandes nombres de Atanasio y sus dignos sucesores que lucharon en las disputas cristológicas, de Agustín y Anselmo, con las etapas precedentes de este desarrollo. Los líderes de la Reforma fueron llamados a poner la piedra final a la estructura al procesar los hechos referentes a la aplicación de la redención al alma del hombre a través del Espíritu Santo. Algunos elementos de la doctrina del Espíritu están implicados, de hecho, en previas discusiones. Por ejemplo, la deidad y personalidad del Espíritu—toda la doctrina de Su Persona—era una parte de la doctrina de la Trinidad, y por lo tanto esta se transformó en un tema de debate en los primeros siglos, y la literatura de los padres es rica en discusiones acerca de ella. La autoridad de la Escritura era fundamenta a la entera discusión doctrinal, y la doctrina de la inspiración de los profetas y apóstoles por medio del Espíritu fue afirmada, por tanto, desde el principio con mucho énfasis. En la determinación de la necesidad del hombre en la controversia pelagiana, mucho se determinó en cuanto a la “Gracia,”—su necesidad, su proveniencia, su eficacia, su indefectibilidad—, y en esto mucho se anticipó de lo que fue más adelante

desarrollado con más orden en la doctrina de la obra interior del Espíritu; y, por ende, hay tanto en Agustín que prefigura la determinación de los tiempos que vinieron después. Pero incluso en Agustín existe una vaguedad e incertidumbre en el tratamiento de estos temas, el cual nos advierte que aunque los hechos relativos al hombre y sus necesidades y los métodos del obrar de Dios en él para la salvación están firmemente entendidos, los mismos hechos relativos a las actividades personales del Espíritu aún esperan su completa asimilación. Otro paso adelante debía darse; la Iglesia tuvo que esperar a Anselmo para fijar finalmente la determinación de la doctrina de la propiciación vicaria; y sólo cuando se dio tiempo para su asimilación, por fin las mentes de los hombres estuvieron capacitadas para dar el paso final. Entonces luterano se levantó para proclamar la justificación por la fe, y Calvino para establecer con su maravilloso balance la doctrina completa de la obra de Espíritu en la aplicación de la salvación al alma. En esta materia, también, hubo que esperar hasta que llegara el tiempo indicado; y cuando el tiempo llegó, los hombres estuvieron listos para la tarea y la Iglesia estuvo lista para su obra. Y aquí encontramos una parte del secreto de la inmensa agitación de la Reforma.

No obstante, desafortunadamente la Iglesia no estaba igualmente lista en todas partes para dar el nuevo paso en el desarrollo doctrinal. Esto se encontraba, por supuesto, en la naturaleza del caso: pues el desarrollo de la doctrina ocurre naturalmente en una matriz de viejas y endurecidas concepciones parciales, y se hace camino sólo por medio de un conflicto de opiniones. No todos los arrianos desaparecieron inmediatamente después del Concilio de Nicea; por el contrario, parecieron estar destinados a gobernar la iglesia por toda una época. El decreto de Calcedonia no terminó con el debate cristológico ni terminó con todo error al respecto. Hubo restos de pelagianismo que siguieron existiendo luego de Agustín; y de hecho, comenzaron a ganar terreno contra la verdad después del Sínodo de Orange. La construcción de la propiciación por parte de Anselmo sólo pudo entrar en los corazones de los hombres lentamente. Y así, cuando por primera vez Calvino había formulado una doctrina más completa y precisa de la obra del Espíritu, ya existían en el mundo fuerzas antagonistas que se amotinaban en contra de ella, que limitaban su influencia y obstruían su avance en la comprensión de los hombres. En general, se habla de dos fuerzas: por un lado, la tendencia sacerdotal, y por el otro, la tendencia libertaria. La tendencia sacerdotal se encontraba atrincherada en la Iglesia antigua, de la cual los Reformadores fueron excluidos, de hecho, por la fuerza misma de la nueva levadura del individualismo de su vida espiritual. Por lo tanto, tal Iglesia era hermética a la doctrina formulada recientemente acerca de la obra del Espíritu. Para ella, la Iglesia era el depósito de la gracia, los sacramentos su vehículo indispensable, y su administración estaba en las manos de agentes humanos. Donde sea que fuere este sacramentarianismo, por pequeña que haya sido su medida, tendía a distraer la atención de los hombres en el Espíritu de Dios y a enfocarla en los medios de su obra; y en donde se ha atrincherado, el estudio acerca de la obra del Espíritu ha languidecido en ese lugar. En verdad es fácil decir que el Espíritu está detrás de los sacramentos y que se encuentra operativo en ellos; de hecho, en todos esos casos, los sacramentos tienden a absorber toda la atención, y las explicaciones teóricas de su eficacia vestida de la energía del Espíritu tienden a dejar durmiendo el interés vívido de los hombres. Por el otro lado, la tendencia libertaria fue el nervio del antiguo semi-pelagianismo en el cual el tomismo y el tridentinismo se convirtieron en una forma modificada de la doctrina de la Iglesia de Roma; y pronto comenzó a filtrarse en varias formas y a provocar problemas en las iglesias de la Reforma—primero en la Luterana y luego en la Reformada también. En esto, la voluntad del hombre era el mayor o menor factor decisivo en la recepción subjetiva de la salvación; y según estaba más o menos desarrollada o más o menos completamente aplicada, el interés en la doctrina de la obra subjetiva del Espíritu languidecía, y también en estos círculos las mentes de los hombres fueron distraídas del estudio de la doctrina de la obra del Espíritu y tendieron a enfocarse en la autocracia de la voluntad humana y en su habilidad natural o renovada para obedecer a Dios y buscar y encontrar comunión con Él. Sin duda que aquí también es fácil apuntar a la función que aún se le permite al Espíritu, en por lo menos la mayoría de las construcciones teológicas sobre esta base. Pero el efecto práctico ha seguido a la proporción en que se ha enfatizado la autocracia del hombre en la salvación, y el interés en la obra interna del Espíritu ha dependido de ello. Cuando consideremos la amplia influencia que estas dos tendencias antagonistas han alcanzado en el mundo protestante, dejaremos de preguntarnos el por qué la doctrina de la obra del Espíritu ha recibido tanto rechazo. Y habremos ahorrado mucho tiempo en nuestra búsqueda si nos damos cuenta cómo estos hechos explican el fenómeno ante nosotros: que es completamente cierto que el interés en la doctrina de la obra del Espíritu ha fracasado

justamente en aquellas regiones y justamente en aquellas épocas dominadas por el sacramentarismo o por opiniones libertarias; y que es verdad que el compromiso con esta doctrina ha sido intenso sólo a orillas de ese delgado arroyo de vida religiosa y pensamiento del cual el *soli Deo gloria*, en totalidad de su significado, ha sido el motor fundamental. Teniendo esta clave, se resuelven para nosotros los misterios de la historia de esta doctrina en la Iglesia.

Por lo tanto, uno de los puntos principales en el libro del Dr. Kuyper se encuentra enraizado en el hecho de que es producto de un gran movimiento religioso en las iglesias holandesas. Este no es el lugar para contar la historia de tal movimiento. Todos lo hemos visto con el mayor interés, desde el surgimiento de las Iglesias Libres hasta la unión a ellas del nuevo elemento de los *Doleantie*. No necesitamos más pruebas para comprobar que fue un movimiento de profundidad espiritual excepcional; pero si la llegáramos a necesitar, sería suplida desde su mismo corazón por la aparición de este libro. Cuando los hombres se están dedicando a las santas y felices meditaciones en el Espíritu Santo y Su obra, es seguro decir que se están plantando los cimientos de una verdadera vida espiritual, y que se está levantando la estructura de una rica vida espiritual. El mero hecho de que un libro de este carácter se ofrezca a sí mismo como uno de los productos de este movimiento, nos hace sentirnos atraídos—ilumina las esperanzas para el futuro de las iglesias en las cuales ha nacido. Sólo una Iglesia con una mente espiritual es capaz de proveer el terreno en el cual puede crecer una literatura del Espíritu. Algunos extrañarán en el libro lo que ellos llaman carácter “científico”; ^[1] ciertamente no le hace falta ninguna exactitud científica en su concepción, y si pareciera necesitar alguna forma “científica,” ciertamente tiene una cualidad mejor que cualquier forma “científica” podría darle—es un libro religioso. Es el producto de un corazón religioso, y conduce al lector a una contemplación religiosa de los grandiosos hechos del obrar del Espíritu. Que traiga a todos aquellos, en cuyas manos se hace camino en el fresco vehículo de un nuevo lenguaje, un permanente y feliz sentimiento de reposo en Dios el Espíritu Santo y sobre Él, el Autor y Señor de toda vida, a quien desde el corazón de nuestros corazones oramos:

***“Veni, Creator Spiritus,
Spiritus recreator,
Tu deus, tu datus coelitus,
Tu donum, tu donator.”***

**Princeton Theological Seminary,
23 de abril de 1900.**

Notas

1. ↑ “Le Saint-Esprit: Étude Doctrinale et Practique” (1865) de Guers; “The Work of the Holy Spirit in Man” (E. T., 1882) de Tophel, y también recientemente “Le Saint-Esprit; Cinq Nouvelles Études Bibliques” (1899).
2. ↑ El libro de Meinhold es principalmente una polémica luterana que apoya a los principios fundamentales en contra del racionalismo de Ritschl sobre este tema. Su opuesto ha sido provisto en el tratado reciente de Rudolf Otto, “Die Anschauung vom heiligen Geiste bei Luther” (1898).
3. ↑ Ver Holtzmann en el Theolog. Literaturzeitung de 1896, xxv., p. 646.
4. ↑ Comparar con las declaraciones del Dr. Smeaton, op. cit., ed. 2, p. 396.
5. ↑ Para el carácter que hace de la Reforma el punto que separa dos épocas distintas en la historia de esta doctrina cf. También Nösgen, op. cit., p. 2. “Por su desarrollo, es simple decir que sólo la Reforma provee una línea divisoria, y esto se debe meramente a que en ese tiempo la atención se dirigía de manera intensa solamente al modo correcto de aplicación de la salvación. Así, los problemas acerca de la operación especialmente salvífica del Espíritu Santo y de la manera de Su obrar en la congregación de los creyentes se hicieron los temas centrales de discusión, y el tratamiento teológico de esta doctrina se hizo cada vez más importante para la Iglesia de Cristo,” etc.
6. ↑ Así, por ejemplo, una lectura sin cuidado de pp. 65-77 de “Le Temoignage du Saint-Esprit” da la impresión de ser una exageración, mientras que es meramente la

supresión de todos los detalles para enfatizar los hechos importantes lo que causa este efecto.

7. ↑ Así, por ejemplo, Beversluis, op. cit. se refiere al voluminoso libro del Dr. Kuyper diciendo que “no tiene valor científico,” aunque en realidad está lleno de finos pasajes y trata el asunto en todos sus aspectos.

Volumen 1: Introducción

La Obra Del Espíritu Santo en La Iglesia Como un Todo

I. Se Requiere de un Trato Cuidadoso

“... que también nos dio su Espíritu Santo”.- 1 Ts. iv. 8

No hay mayor necesidad de orientación divina para una persona, que cuando se compromete a enseñar acerca de la obra del Espíritu Santo - el tema es tan indescriptiblemente sensible, que toca los secretos íntimos de Dios y los misterios más profundos del alma.

Instintivamente, protegemos las intimidades de nuestra familia y amigos, de la observación entrometida; y nada hiere más al corazón sensible, que la exposición grosera de aquello que no debiera ser revelado, y que sólo resulta bello en el retiro del círculo familiar. Aun mayor delicadeza es apropiada para el acercamiento al santo misterio de la intimidad de nuestra alma con el *Dios viviente*. De hecho, apenas es posible encontrar palabras para expresarla, pues toca un ámbito que se encuentra muy por debajo de la vida social donde el lenguaje se forma y el uso determina el significado de las palabras.

Destellos de esta vida han sido revelados, pero la mayor parte se ha mantenido oculta. Es como la vida de Aquel que no gritó, ni se alzó, ni causó que Su voz fuera oída en la calle. Y aquello que se escuchó fue más bien susurrado, no hablado- un aliento del alma, suave pero sin voz, o más bien, una radiación del santo calor del alma misma. A veces, un clamor o un grito arrebatado rompen la quietud; pero, principalmente, ha sido un trabajo silencioso, la administración de un reproche severo o dulce consuelo, dada por ese maravilloso Ser de la Santísima Trinidad a quien con lengua tartamuda adoramos bajo el nombre de Espíritu Santo. La experiencia espiritual no puede proporcionar base alguna para la enseñanza, debido a que tal experiencia se basa en lo que tuvo lugar en nuestra propia alma. Ciertamente, tiene valor, influencia y voz en el asunto. Pero, ¿qué garantiza exactitud y fidelidad en la interpretación de dicha experiencia? Y nuevamente, ¿cómo podemos distinguir sus diversas fuentes- de nosotros mismos, desde fuera, o del Espíritu Santo? La doble interrogante siempre sostendrá: ¿Comparten otros nuestra experiencia, y puede ésta no ser afectada negativamente por lo que es pecaminoso y espiritualmente anormal en nosotros?

Aunque no existe una materia, en cuyo trato más se incline el alma a recurrir a su propia experiencia, no existe ninguna que exija más que ésta, que nuestra única fuente de conocimiento sea la Palabra que nos fue dada por el Espíritu Santo. Luego de ello, la experiencia humana puede ser tomada en cuenta, dando fe de lo que los labios han confesado; incluso permitiendo vislumbres de los santos misterios del Espíritu, los que son indescriptibles, y por lo tanto de los cuales, las Escrituras no hablan. Pero esto no puede ser el terreno de enseñanza a otros.

Ciertamente, la Iglesia de Cristo presenta abundante expresión espiritual en relación a himnos y canciones espirituales, a homilías, exhortación y consolación; a confesión moderada de los estallidos de almas casi abrumadas por las avalanchas de persecución y martirio. Pero aun nada de esto puede ser la base del conocimiento sobre la obra del Espíritu Santo. Las siguientes razones harán esto evidente:

En primer lugar, se presenta la dificultad de discriminar entre los hombres y mujeres cuya experiencia se considera pura y saludable, y aquellos cuyos testimonios son dejados de lado, por considerarse tensos y poco saludables. Lutero, a menudo habló de su experiencia, al igual como lo hizo Caspar Schwenkfeld, el peligroso fanático. Pero, ¿cuál es nuestra garantía para aprobar las declaraciones del gran Reformador, y alertar en contra de las del noble Silesiano? Pues evidentemente, no puede ser igualmente verdadero el testimonio de ambos hombres. Lutero condenó como mentira, lo que Schwenkfeld elogió como un gran logro espiritual.

En segundo lugar, el testimonio de los creyentes presenta sólo un tenue esbozo de la obra del Espíritu Santo. Sus voces son débiles como si procedieran de un ámbito desconocido, y su destrozado discurso es sólo inteligible cuando nosotros, iniciados por el Espíritu Santo, podemos interpretarlo desde nuestra propia experiencia. De otro modo, oímos, pero no logramos entender; escuchamos, pero no recibimos información. Sólo el que tiene oídos puede oír lo que el Espíritu ha hablado secretamente a los hijos de Dios.

En tercer lugar, de entre aquellos héroes Cristianos cuyos testimonios recibimos, algunos hablan con claridad, con sinceridad y en forma contundente; otros hablan confusamente, como si se encontraran a tientas en la oscuridad. ¿De dónde viene la diferencia? Un examen más minucioso revela que los primeros han tomado todo su discurso de la Palabra de Dios, mientras que los otros, trataron de añadirle algo novedoso que prometía ser importante, pero que demostró ser sólo burbujas, que se revientan rápidamente, sin dejar rastros.

Por último, cuando en esta antología del testimonio Cristiano, encontramos en cambio alguna verdad mejor desarrollada, más claramente expresada o más acertadamente ilustrada que en las Escrituras; o, en otras palabras, cuando el mineral de la Sagrada Escritura ha sido fundido en el crisol de la angustia mortal de la Iglesia de Dios, y se ha moldeado en formas más permanentes, entonces siempre se descubren determinados *tipos rígidos* en esas formas. La vida espiritual se expresa a sí misma de modo distinto entre los vehementes Samis y los nativos de Finlandia, que entre los desenfadados franceses. El fuerte escocés derrama su corazón desbordante de una manera diferente a la del emocional alemán.

Sí, en forma aun más sorprendente, cierto predicador ha tenido una marcada influencia sobre las almas de los hombres de una determinada localidad; un exhortador se ha aferrado de los corazones de la gente; o una madre en Israel ha arrojado su palabra entre sus vecinos; y ¿qué descubrimos? Que en toda esa región no encontramos otras expresiones de vida espiritual más allá de las acuñadas por ese predicador, ese exhortador, esa madre en Israel. Esto demuestra que el lenguaje, las propias palabras y formas en las que el alma se expresa a sí misma son, en gran medida, adoptadas; y rara vez surgen de la propia conciencia espiritual y, por lo tanto, no aseguran la exactitud con que interpretan la experiencia del alma.

Y cuando héroes tales como San Agustín, Thomas, Lutero, Calvino y otros, nos presentan algo sorprendentemente original, nos vemos en dificultades para comprender sus firmes y vigorosos testimonios. Pues la particularidad de estas selectas vasijas es tan marcada, que a menos que sean escudriñadas y examinadas, no podemos comprenderlas plenamente.

Todo esto, demuestra que la provisión de conocimiento concerniente a la obra del Espíritu Santo, que cuando es juzgada superficialmente parece indicar que brotaría indefinidamente de los profundos pozos de la experiencia Cristiana, no entrega más que unas pocas gotas.

Por lo tanto, para el conocimiento del tema debemos volver a la maravillosa Palabra de Dios, que como misterio de misterios, yace aun incomprendida en la Iglesia, aparentemente muerta como una piedra, pero una piedra que enciende el fuego. ¿Quién no ha visto sus brillantes chispas? ¿Dónde está el hijo de Dios cuyo corazón no ha sido encendido por el fuego de esa Palabra?

Pero la Escritura arroja escasa luz sobre la obra del Espíritu Santo. Como prueba, vea cuánto dice el Antiguo Testamento sobre el Mesías y, comparativamente, cuán poco sobre el Espíritu Santo. El pequeño círculo de los santos, María, Simeón, Ana, Juan, quienes, desde el umbral del Nuevo Testamento pudieron explorar, con una sola mirada, el horizonte de la revelación del Antiguo Testamento - cuánto sabían sobre la Persona del Libertador Prometido, ¡y cuán poco sobre el Espíritu Santo! Aun considerando todas las enseñanzas del Nuevo Testamento, ¡cuán escasa es la luz sobre la obra del Espíritu Santo, en comparación con la que existe sobre la obra de Cristo!

Y esto resulta muy natural, y no podría ser de otra manera, pues Cristo es el Verbo hecho Carne y tiene forma visible, bien definida, en la que reconocemos la nuestra, la del hombre, cuyo perfil sigue la dirección de nuestro propio ser. Cristo puede ser visto y oído; hubo una vez, cuando las manos de los hombres pudieron incluso tocar la Palabra de Vida. Pero el Espíritu Santo es totalmente diferente. Nada de lo Suyo aparece en forma visible; Él nunca se asoma fuera del vacío intangible. Suspendido, indefinido, incomprensible, permanece como un misterio. ¡Él es como el viento! Oímos su sonido, pero no podemos decir de dónde viene ni hacia dónde va. Ojo no puede verlo, oído no puede oírlo, y mucho menos, la mano puede tocarlo. Existen, ciertamente, señales y apariencias simbólicas: una paloma, lenguas de fuego, el sonido de una ráfaga de viento poderosa, la respiración de los santos labios de Jesús, una imposición de manos, un hablar en otras lenguas. Pero de todo esto nada queda, nada perdura, ni siquiera el rastro de una huella. Y luego de que las señales han desaparecido, Su ser sigue siendo tan extraño, misterioso y distante como siempre. Por lo tanto, casi toda la enseñanza divina relativa al Espíritu Santo es, de igual modo, poco clara; sólo inteligible en la medida en que Él la hace clara frente al ojo del alma favorecida.

Sabemos que lo mismo puede decirse de la obra de Cristo, cuya verdadera importancia es comprendida únicamente por los espiritualmente preparados, los que contemplan las maravillas eternas de la Cruz. Y, sin embargo, cuán maravillosa fascinación existe, incluso, para un pequeño niño, en la historia del pesebre en Belén, la de la Transfiguración, la de Gábatá y el Gólgota. Cuán fácilmente podemos interesarlo contándole sobre el Padre celestial, Quien enumera los cabellos de su cabeza, engalana los lirios del campo y alimenta los gorriones sobre el tejado. Pero, ¿resulta entonces posible, llamar su atención hacia la Persona del Espíritu Santo? Lo mismo puede decirse de aquellos no renovados espiritualmente: no se oponen a hablar sobre el Padre celestial; muchos hablan con honda emoción sobre el Pesebre y la Cruz. Pero, ¿hablan ellos alguna vez del Espíritu Santo? No pueden hacerlo, pues este tema no tiene control sobre ellos. El Espíritu de Dios es tan sagradamente sensible, que se retrae naturalmente de la irreverente mirada de quienes lo desconocen.

Cristo se ha revelado plenamente a sí mismo. Ese fue el amor y la compasión divina del Hijo. Pero el Espíritu Santo no lo ha hecho. Es Su fidelidad salvadora reunirse con nosotros sólo en el lugar secreto de Su amor.

Esto causa una nueva dificultad. Debido a Su carácter no revelado, la Iglesia ha enseñado y estudiado la obra del Espíritu mucho menos que la de Cristo, y ha alcanzado mucha menor claridad en su discusión teológica. Podríamos decir, debido a que Él ha entregado la Palabra e iluminado a la Iglesia, que habló mucho más acerca del Padre y del Hijo, que de Sí mismo; no como si hubiera resultado egoísta hablar más sobre Sí mismo- pues el egoísmo pecaminoso resulta inconcebible en relación a Él- sino que debía revelar al Padre y al Hijo antes de que pudiera guiarnos hacia una comunión más íntima con Él.

Esta es la razón por la que se predica tan poco sobre el tema, por la que los libros de texto sobre Teología Sistemática raramente lo tratan por separado; por la que Pentecostés (la fiesta del Espíritu Santo) atrae y anima a las iglesias mucho menos que la Navidad o la Pascua; por la que lamentablemente muchos ministros, que de otro modo serían fieles, promueven muchas visiones erróneas sobre este tema - un hecho del cual ellos y las iglesias parecen estar inconscientes.

Por lo tanto, merece nuestra atención llevar a cabo una discusión especial sobre el tema. No es necesario decir que requiere gran cautela y trato delicado. Es nuestra oración que la discusión pueda poner de manifiesto el gran nivel de cuidado y cautela que se requiere, y que

nuestros lectores Cristianos puedan recibir nuestros débiles esfuerzos con ese amor que es paciente.

II. Dos Puntos de Vista

“Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca”.- Salmos xxxiii. 6

La obra del Espíritu Santo que concentra más nuestra atención, es la *renovación de los elegidos a la imagen de Dios*. Y esto no es todo. Sabe, incluso, a egoísmo e irreverencia hacer esto tan sobresaliente, como si se tratara de Su única obra.

Los redimidos no pueden ser santificados sin Cristo, Quien es hecho santificación para ellos; por lo tanto, la obra del Espíritu debe abarcar la Encarnación del Verbo y la *obra del Mesías*. Pero la obra del Mesías involucra una obra de preparación en los Patriarcas y Profetas de Israel, y más tarde, actividad en los Apóstoles, esto es, los presagios de la Eterna Palabra en las Escrituras. Así mismo, esta revelación involucra las condiciones de la naturaleza del hombre y el desarrollo histórico de la raza; por lo tanto, al Espíritu Santo le conciernen la formación de la mente humana y el desarrollo del espíritu de la humanidad. Por último, la condición del hombre depende de la de la tierra: las influencias del sol, la luna y las estrellas; los movimientos elementales; y no en menor medida, en las acciones de los espíritus, ya sean estos ángeles, o demonios de otras esferas. Por tanto, la obra del Espíritu debe alcanzar a la totalidad de las *huestes del cielo y la tierra*.

Para evitar una idea mecánica de Su obra, como si comenzara y terminara al azar, como un trabajo por pieza en una fábrica, no debe ser determinado ni limitado hasta que se extienda a todas las influencias que afectan la santificación de la Iglesia. El Espíritu Santo es Dios, por ende, soberano; consecuentemente, no puede depender de estas influencias, sino que las controla por completo. Para ello, Él debe ser capaz de operarlas; de modo que Su obra debe ser honrada *en todas las huestes del cielo, en el hombre y en su historia, en la preparación de las Escrituras, en la Encarnación del Verbo y en la salvación de los escogidos*.

Pero esto no es todo. La salvación final de los escogidos no es el último eslabón en la cadena de los acontecimientos. La hora en que se complete su rescate será la hora del juicio final para toda la creación. La revelación Bíblica del regreso de Cristo no es un mero desfile que da cierre a esta dispensa preliminar, sino el evento grandioso y notable, la consumación de todo lo previo, la catástrofe a través de la cual *todo lo que existe recibirá lo que merece*.

En ese día grande y notable, los elementos se combinarán con conmoción e imponente cambio, formando una tierra y un cielo nuevos, esto es, que de estos elementos en llamas surgirá la verdadera belleza y la gloria del propósito original de Dios. Entonces, toda enfermedad, miseria, plaga, todo lo impío, todo demonio, todo espíritu que se volvió en contra de Dios, se volverá verdaderamente infernal, y todo lo malvado recibirá lo que merece, es decir, un mundo en el cual el pecado ejerce dominio absoluto. Porque, ¿qué es el infierno sino un reino en el que lo profano opera en cuerpo y alma sin ninguna restricción? Entonces, la personalidad del hombre recuperará la unidad destruida por la muerte, y Dios concederá a Sus redimidos el cumplimiento de esa bendita esperanza confesada en la tierra, en medio de conflicto y aflicción, en las palabras “Yo creo en la resurrección del cuerpo”. Entonces, Cristo triunfará sobre todo poder de Satanás, el pecado y la muerte; y así, recibirá lo que le es justo como el Cristo. Entonces, el trigo y la cizaña serán separados, la mezcla llegará a su fin, y la esperanza del pueblo de Dios se convertirá en vista; el mártir estará extasiado y su Verdugo en tormento. Luego, el velo de la Jerusalén celestial será también corrido. Las nubes que nos impidieron ver que Dios era justo en todos Sus juicios se disiparán; entonces, la sabiduría y la gloria de todos Sus consejos serán reivindicadas, tanto por Satanás y los suyos en el abismo, como por Cristo y Sus redimidos en la ciudad de nuestro Dios, y el Señor será glorioso en todas Sus obras.

De este modo, radiante por la santificación de los redimidos, vemos que la obra del Espíritu abarca, en tiempos pasados, la Encarnación, la preparación de las Escrituras y la formación del

hombre y del universo; y extendiéndose por las edades, el regreso del Señor, el juicio final, y ese último cataclismo que deberá separar el cielo del infierno para siempre. Este punto de vista, impide que nuestra forma de ver la obra del Espíritu sea la de la salvación de los redimidos. Nuestro horizonte espiritual se ensancha, pues el asunto principal no es que los escogidos sean completamente salvos, sino *que Dios sea justificado en todas Sus obras* y glorificado por medio del *juicio*. Éste debe ser el punto de vista único y verdadero para todos aquellos que reconocen que "...el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Juan iii. 36).

Si se es partidario de esta poderosa declaración, no habiendo perdido nuestro camino en el laberinto de lo que se denomina una *inmortalidad condicional*, la que en realidad aniquila al hombre; entonces, ¿cómo se puede soñar con un estado de perfecta dicha para los escogidos, mientras que los perdidos están siendo atormentados por el gusano que no morirá? ¿Es que ya no queda más amor o compasión en nuestros corazones? ¿Podemos imaginarnos a nosotros mismos disfrutando por un solo momento de la dicha del cielo, mientras el fuego no se ha apagado y ninguna antorcha encendida es llevada a la oscuridad exterior?

Hacer que la dicha de los escogidos sea el fin último de todas las cosas, mientras Satanás aún ruge en el abismo insondable, es aniquilar el pensamiento mismo de esa dicha. El amor no sólo sufre cuando un ser humano está en dolor, sino incluso cuando un animal está en peligro; cuánto más cuando un ángel hace crujir sus dientes en la tortura, siendo él tan hermoso y glorioso como lo fue Satanás antes de su caída. Y, sin embargo, la sola mención de Satanás, levanta inconscientemente la carga de nuestros corazones por el dolor, el sufrimiento y la compasión del prójimo, pues sentimos de inmediato que el conocimiento del sufrimiento de Satanás en el abismo no atrae nuestra compasión en lo más mínimo. Por el contrario, creer que Satanás existe, pero que no se encuentra en la miseria absoluta, lastimaría nuestro profundo sentido de justicia.

Y este es el punto: imaginarse la bienaventuranza de un alma que no está en absoluta unión con Cristo, es profana locura. Nadie es bendito sino Cristo, y ningún hombre puede ser bendito, sino el que es substancialmente uno con Cristo- Cristo en él y él en Cristo. De igual modo, es profana locura concebir que hombre o ángel se encuentren perdidos en el infierno, a menos que ellos mismos se hayan identificado con Satanás; habiéndose convertido, desde el punto de vista moral, en uno con él. El concepto de que un alma que no sea moralmente uno con Satanás, se encuentre en el infierno, es la más terrible crueldad de la que todo noble corazón se repliega con horror.

Todo hijo de Dios se encuentra furioso con Satanás. Satanás resulta simplemente insoportable para ellos. En su hombre interior (no importando cuan infiel pueda ser su naturaleza), existe amarga enemistad y odio implacable contra Satanás. Por lo tanto, el saber que Satanás se encuentra en el abismo insondable satisface nuestra conciencia más sagrada. El alentar en nuestro corazón alguna defensa a favor de él, constituiría traición en contra de Dios. La indescriptible profundidad de la caída de Satanás, puede atravesar su alma de una agonía tan intensa como un puñal; sin embargo, como Satanás, autor de todo lo que es demoníaco y diabólico, y quien ha herido el talón del Hijo de Dios, él nunca podrá conmovernos.

¿Por qué? ¿Cuál es la única y profunda razón por la que, en lo que se refiere a Satanás, la compasión está muerta, el odio es correcto, y el amor sería condenable? ¿Es que acaso nunca podemos mirar a Satanás sin recordar que él es el enemigo de nuestro Dios, el enemigo mortal de nuestro Cristo? Si no fuera por ello, podríamos llorar por él. Pero ahora, nuestra lealtad hacia Dios nos dice que ese llanto sería traición en contra de nuestro Rey.

Sólo podemos permanecer en una posición correcta en esta materia si medimos el fin de las cosas por lo que le pertenece a Dios. Sólo podemos observar el tema de los redimidos y de los perdidos desde el punto de vista correcto, cuando los subordinamos a lo que es más alto, esto es, la gloria de Dios. Medido a través de Él, podemos concebir a los redimidos en un estado de dicha, en el trono, pero no en peligro de caer en orgullo; pues fue, y es y siempre será, únicamente por Su gracia soberana. Pero también medido a través de Él, es que podemos pensar en aquellos identificados con Satanás, en tristeza y desgraciados, sin dañar en absoluto el sentido de justicia que se halla en el corazón del recto; pues, para aquel que ama a Dios con

amor profundo y eterno, es imposible inclinarse misericordiosamente hacia Satanás. Y ese es el amor de los redimidos.

Considerada desde este punto de vista, tan superior, la obra del Espíritu Santo asume necesariamente un aspecto diferente. Ya no podemos decir que Su obra es la santificación de los escogidos, con todo lo que le precede y le sigue; sino que confesamos que es la *reivindicación del consejo de Dios* con todo lo que le pertenece, desde la creación y a través de los tiempos, hasta la venida del Señor Jesucristo, y en adelante por toda la eternidad, tanto en el cielo como en el infierno.

La diferencia entre estos dos puntos de vista puede ser comprendida fácilmente. De acuerdo al primero, la obra del Espíritu Santo sólo se encuentra *subordinada*. Lamentablemente, el hombre se encuentra caído, y por lo tanto, está enfermo. Debido a que es impuro y profano, incluso sujeto a la muerte misma, el Espíritu Santo debe purificarlo y santificarlo. Esto implica, en primer lugar, que si el hombre no hubiera pecado, el Espíritu Santo no habría tenido trabajo que hacer. En segundo lugar, que cuando el trabajo de santificación es acabado, Su acción llega a término. De acuerdo al punto de vista correcto, la obra del Espíritu es continua y eterna, comenzando con la creación, continuando durante toda la eternidad, comenzada incluso antes de que el pecado hiciera su primera aparición.

Se puede objetar que algún tiempo atrás, el autor se opuso enérgicamente a la idea de que Cristo hubiera venido al mundo aun si el pecado no hubiera entrado en él; y que ahora afirma con igual énfasis que el Espíritu Santo hubiera obrado en el mundo y en el hombre, si éste último se hubiera mantenido libre de pecado.

La respuesta es muy simple. Si Cristo no hubiera aparecido en Su calidad de Mesías, como Hijo, la Segunda Persona de la Divinidad, hubiera tenido Su propia esfera de acción divina, ocupándose de que todas las cosas fueran constituidas a través de Él. Por el contrario, si la obra del Espíritu Santo estuviera confinada a la santificación de los redimidos, y si el pecado no hubiera entrado al mundo, Él se encontraría absolutamente inactivo. Y puesto que esto sería equivalente a una negación de Su Divinidad, no puede ser tolerado ni por un momento. Al ocupar este punto de vista superior respecto de la obra del Espíritu Santo, se le aplica el principio fundamental de las iglesias Reformadas: "Que todas las cosas deben ser medidas por la gloria de Dios".

III. Las obras que moran en el interior de Dios y las obras externas de Dios

"Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca".- Salmos xxxiii. 6

Los teólogos rigurosos y lúcidos de los períodos más florecientes de la Iglesia, solían distinguir entre las obras que moran al interior de Dios y las obras externas de Dios.

La misma distinción existe, en cierta medida, dentro de la naturaleza. El león que observa a su presa, difiere ampliamente del león que está descansando entre sus cachorros. Se pueden observar los ojos centelleantes, la cabeza levantada, los músculos tensos y la respiración jadeante. Se puede ver que el león está al acecho, esforzándose intensamente. Sin embargo, el acto se encuentra sólo en fase de contemplación. El calor, la agitación y la tensión nerviosa, ocurren todos por dentro. Una acción terrible está a punto de ocurrir, pero está aún bajo control, hasta que él se abalanza con un rugido estruendoso sobre su víctima desprevenida, enterrando sus colmillos profundamente en la carne temblorosa.

Encontramos la misma diferencia entre los hombres, aunque en una forma más sutil. Cuando una tormenta ha causado estragos en el mar, y el destino de los barcos de pesca que se espera que regresen con la marea, es aún incierto, la esposa de un pescador, atemorizada, se sienta en la cima de una duna observando y esperando, enmudecida y en suspenso. Mientras espera, su corazón y su alma se esfuerzan arduamente, elevando una oración; los nervios están tensos, la sangre corre rápido, y la respiración se encuentra casi suspendida. Sin embargo, no ocurre ningún acto externo, sino sólo arduo trabajo en su interior. Pero luego del regreso seguro de los barcos de pesca, cuando ella distingue el suyo, emite un grito de gozo que alivia su sobrecargado corazón.

O bien, tomando ejemplos de las más comunes condiciones de la vida, compare al estudiante; el becario; el inventor, ideando su nuevo invento; el arquitecto, creando sus planes; el general, estudiando sus oportunidades; el fornido marinero, escalando ágilmente el mástil de su embarcación; o aquel herrero, elevando el mazo para golpear el hierro encendido sobre el yunque, con concentrada fuerza muscular. Al juzgar superficialmente, se podría decir que el herrero y el marinero están trabajando, pero que los hombres eruditos se encuentran ociosos. Sin embargo, aquel que mira bajo la superficie, conoce que la situación no es lo que parece. Pues, aunque esos hombres no realizan ningún trabajo manual aparente, trabajan con el cerebro, los nervios y la sangre; sin embargo, dado que esos órganos son más delicados que una mano o un pie, su obra interna, invisible, es mucho más agotadora. Con todo su esfuerzo, el herrero y el marinero son imágenes de salud; mientras que los hombres que están haciendo trabajo mental, aunque aparentemente ociosos entre sus pliegos de papel, están pálidos de agotamiento, y su vitalidad está siendo casi consumida por su uso intenso.

Al aplicar esta distinción a las obras del Señor, sin sus limitaciones humanas, nos encontramos con que las obras externas de Dios tuvieron su comienzo cuando Dios creó los cielos y la tierra, y que antes de ese momento, que marca el nacimiento del tiempo, no existía nada, sino sólo Dios trabajando dentro de Sí mismo. De aquí esta doble operación: La *primera*, manifiesta externamente, conocida para nosotros en los actos de crear, sostener, y dirigir todas las cosas- actos que, en comparación con los de la eternidad, no parecen haber comenzado sino ayer, pues, ¿qué son miles de años en la presencia de eras eternas? La *segunda*, tras y bajo la primera- una operación no iniciada ni terminada, pero eterna como Él mismo; más profunda, más rica, más completa; sin embargo, no manifiesta, oculta en Su interior, y que por tanto se denomina *Su obra interna*.

A pesar de que apenas se puede separar ambas operaciones- pues nunca hubo una manifiesta *sin* que primero se completara *internamente*- aun así la diferencia es fuertemente marcada y fácilmente reconocible. Las obras que moran al interior de Dios provienen de la *eternidad*, mientras que las obras externas pertenecen al *tiempo*. Las primeras *preceden*, las últimas, *siguen*. Los fundamentos de lo que se vuelve *visible*, yace en aquello que permanece *invisible*. La *luz* misma está oculta, es sólo la *radiación* la que aparece.

En relación a las obras que moran al interior de Dios, las Escrituras dicen: “El consejo de Jehová permanecerá por siempre; Los pensamientos de su corazón por todas las generaciones”. (Salmos xxxiii. 11). Dado que en Dios, el corazón y el pensamiento no tienen existencia por separado, sino que Su Esencia íntegra piensa, siente, y desea, de este importante pasaje se aprende que el Ser de Dios obra en Sí mismo desde toda la eternidad. Esto responde a la tan reiterada y necia pregunta, “¿Qué hizo Dios antes de que creara el universo?”, ¡la cual es tan irracional como preguntar qué hizo el pensador antes de que expresara sus pensamientos, o el arquitecto antes de que construyera la casa!

Las obras que moran al interior de Dios, las cuales provienen de lo eterno y van hacia lo eterno, no son insignificantes, sino que superan Sus obras externas en profundidad y fuerza, así como el pensamiento del estudiante y la angustia del que sufre superan en intensidad sus expresiones más fuertes. “Si pudiera llorar”, dice el afligido, “¡cuánto más fácilmente podría soportar mi dolor!” ¿Y qué son las lágrimas, sino la expresión exterior del dolor, que alivia la pena y la tensión del corazón? O se podría pensar en la *maternidad* de una madre antes del parto. Se dice que el decreto ha “*tenido efecto*” (Sof. ii. 2); lo que significa que el fenómeno es sólo el resultado de una preparación que ha sido oculta a la vista, pero más real que la producción, y sin la cual no habría nada para dar a luz.

Así pues, la expresión de nuestros primeros teólogos está justificada, y la diferencia entre las obras que moran al interior y las obras externas, es patente.

En consecuencia, las obras que moran al interior de Dios, son las actividades de Su Ser sin distinción de las Personas, mientras que Sus obras externas, admiten, y en cierta medida exigen la distinción: por ejemplo, que la común y bien conocida distinción de la obra del Padre, como la de creación, la del Hijo, como la de redención, y la del Espíritu Santo, como la de santificación; se refiere únicamente a las obras externas de Dios. Aunque estas acciones- creación, redención y santificación- se ocultan en los pensamientos de Su corazón, Su consejo

y Su Ser; es Padre, Hijo y Espíritu Santo quien crea Padre, Hijo y Espíritu Santo quien redime; Padre, Hijo y Espíritu Santo quien santifica; sin ningún tipo de división ni distinción de actividades. Los rayos de luz que se encuentran ocultos en el sol, son indivisibles e indistinguibles hasta que irradian; así mismo, el obrar interno del Ser de Dios, es uno y un todo; Sus glorias personales permanecen invisibles hasta que son reveladas en Sus obras externas. Una corriente de agua es un todo, hasta que cae sobre el precipicio y se divide en múltiples gotas. Así es la vida de Dios, única e indivisible mientras se encuentra oculta dentro de Sí mismo; pero cuando se derrama en las cosas creadas, sus colores se muestran revelados. Cómo entonces, las obras que moran al interior del Espíritu Santo son comunes a las tres Personas de la Divinidad, no lo discutiremos, sino sólo trataremos aquellas acciones que lleven las marcas personales de Sus obras externas.

Sin embargo, no se pretende enseñar que la distinción de los atributos personales de Padre, Hijo y Espíritu Santo, no existía en el *Ser* divino, sino que se originaba sólo en Sus *actividades* hacia el exterior.

La distinción de Padre, Hijo y Espíritu Santo es la característica divina del Ser Eterno, Su modo de subsistencia, Sus fundamentos más profundos; sería absurdo pensar en Él sin esa distinción. De hecho, en la economía divina y eterna del Padre, Hijo y Espíritu Santo, cada una de las Personas divinas vive, ama y alaba según Sus propias características personales, de modo que el Padre permanece siendo Padre hacia el Hijo, y el Hijo permanece siendo Hijo hacia el Padre, y el Espíritu Santo procede de ambos.

Es correcto preguntar de qué manera esto concuerda con la declaración hecha anteriormente, en relación a que las obras que moran al interior de Dios pertenecen, sin distinción de Personas, al Padre, Hijo y Espíritu Santo; y son, por lo tanto, las obras del Ser divino. La respuesta se encuentra en la cuidadosa distinción de la doble naturaleza de las obras que moran al interior de Dios.

En el Ser divino, algunas acciones están destinadas a *ser reveladas en el tiempo*; otras, permanecerán *para siempre no reveladas*. Las primeras son concernientes a la creación; las últimas, son sólo concernientes a las relaciones de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se puede tomar, por ejemplo, la elección y la creación eterna. Ambas son obras que moran al interior de Dios, pero con marcada diferencia. La creación eterna del Hijo realizada por el Padre, jamás podrá ser revelada, sino que será el misterio eterno de la Divinidad; mientras que la elección pertenece como decreto a las obras que moran al interior de Dios; sin embargo, está destinada a hacerse manifiesta en la plenitud de los tiempos, en el llamado de los escogidos.

En cuanto a las obras que moran *permanentemente* al interior de Dios, que no se relacionan a la criatura, sino que fluyen de la relación mutua del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; se debe mantener la atención en las características distintivas de las tres Personas. Pero con las que han de hacerse manifiestas, en relación con la criatura, esta distinción desaparece. Aquí se aplica la regla de que todas las obras que moran al interior, son actividades del Ser Divino, sin distinción de Personas. A fin de ilustrar: En el hogar existen dos tipos de actividades, una se deriva de la relación mutua de los padres y los hijos, y la otra es relativa a la vida social. En la primera, nunca se ignora la distinción entre padres e hijos; en la última, y si la relación es normal, ni el padre ni sus hijos actúan en forma separada, *sino que actúa la familia como un todo*. Aún así, en la santa y misteriosa economía del Ser divino, cada acción del Padre sobre el Hijo, y de ambos sobre el Espíritu Santo, es distinta; pero en todo acto externo se trata siempre del único Ser divino, de quien los pensamientos de Su corazón son para todas Sus criaturas. Por esa razón, el hombre natural no conoce más, sino sólo que tiene que ver con un Dios. Los Unitarios, negando la Santísima Trinidad, nunca han alcanzado algo más elevado que aquello que puede ser visto por la luz del oscurecido entendimiento humano. A menudo se descubre que muchos bautizados con agua, pero *no* con el Espíritu Santo, hablan del Dios Trino sólo porque otros lo hacen. Sólo saben que Él es Dios. Esta es la razón por la cual el conocimiento discriminatorio del Dios Trino no puede iluminar el alma hasta que la luz de la redención brille por dentro, y la Estrella de la mañana se levante en el corazón del hombre. Nuestra Confesión lo expresa correctamente, diciendo: "Todo esto lo sabemos tanto por el

testimonio de la Sagrada Escritura como por sus acciones, y principalmente por aquellos que sentimos en nuestro interior,” (art. IX).

IV. La Obra del Espíritu Santo Diferenciada

“... y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”.- Gn. i. 2

¿Cuál es, en general, la obra del Espíritu Santo, a diferencia de la del Padre y la del Hijo? No se trata de que cada creyente necesite conocer estas diferencias en todos sus detalles. La existencia de fe no depende de distinciones intelectuales. La interrogante principal no es si podemos distinguir la obra del Padre de la del Hijo y de la del Espíritu Santo, sino, si hemos experimentado sus misericordiosas acciones. Lo que decide es el *fondo* del asunto, no su *nombre*.

¿Entonces debemos dar poco valor a una comprensión clara de las cosas sagradas? ¿La consideraremos superflua y calificaremos sus grandes asuntos como sutilezas? De ninguna manera. La mente humana investiga cada sección de la vida. Los científicos consideran un honor el pasar sus vidas en el análisis de las más pequeñas plantas e insectos, describiendo cada detalle, nombrando cada miembro del organismo seccionado. Su trabajo nunca es llamado “una sutileza”, sino que es distinguido como “investigación científica”. Y con razón, ya que sin diferenciación no puede haber comprensión, y sin comprensión no puede haber un conocimiento minucioso del tema. ¿Por qué, entonces, calificar este mismo deseo como *no rentable*, cuando en vez de dirigir la atención a la criatura, lo hace al Señor Dios nuestro Creador?

¿Puede existir algún objeto más digno de diligencia mental que el Dios eterno? ¿Es correcto y adecuado, insistir en la distinción correcta en cualquier otro ámbito de conocimiento y, sin embargo, en relación con el conocimiento de Dios, estar satisfechos con generalidades y puntos de vista confusos? ¿Es que acaso Dios no nos ha invitado a compartir el conocimiento intelectual de Su Ser? ¿Acaso no nos ha dado Su Palabra? ¿Y no es la Palabra la que ilumina los misterios de Su Ser, Sus atributos, Sus perfecciones, Sus virtudes, y el modo de Su subsistencia? Si se aspirara a penetrar en las cosas demasiado elevadas para nosotros, o a develar lo no revelado, la reverencia nos exigiría resistir tal audacia. Pero dado que buscamos, en el temor de Dios, escuchar las Escrituras y recibir el conocimiento que ofrecen sobre las cosas profundas de Dios, no puede haber espacio para la objeción. Más bien, se diría a quienes desaprueban tal esfuerzo: “sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡mas las señales de los tiempos no podéis!”

De ahí que la pregunta relativa a la obra del Espíritu Santo, a diferencia de la del Padre y la del Hijo, es muy legítima y necesaria.

Es lamentable que muchos de los hijos de Dios hayan confundido los conceptos en este sentido. Ellos no pueden distinguir las obras del Padre y las del Hijo y las del Espíritu Santo. Incluso en la oración utilizan indistintamente los nombres divinos. Aun a pesar de que el Espíritu Santo es llamado explícitamente el Consolador, buscan recibir consuelo principalmente del Padre o del Hijo, incapaces de decir por qué y en qué sentido el Espíritu Santo es especialmente llamado Consolador.

Ya la Iglesia primitiva sintió la necesidad de hacer distinciones claras y exactas en esta materia; y los grandes pensadores y filósofos cristianos que Dios entregó a la Iglesia, especialmente los Padres Orientales, gastaron sus mejores esfuerzos principalmente en este tema. Ellos vieron muy claramente que, a menos que la Iglesia aprendiera a distinguir las obras del Padre, Hijo y Espíritu Santo, su confesión de la Santísima Trinidad sería vacía. Obligados, no por amor a las sutilezas, sino por la necesidad de la Iglesia, se comprometieron a estudiar estas distinciones. Y Dios permitió que los herejes afligieran a Su Iglesia, a fin de despertar la mente a través del conflicto, y guiarla así a buscar la Palabra de Dios.

Por lo tanto, no somos pioneros en la exploración de un nuevo campo. La redacción de estos artículos sólo puede impresionar a aquellos que son ignorantes de los tesoros históricos de la Iglesia. Simplemente proponemos hacer que la luz, que por tantos siglos arrojó sus claros y

reconfortantes rayos sobre la Iglesia, vuelva a entrar por las ventanas, y en consecuencia, mediante un mayor conocimiento, se aumente su fuerza interior.

Comenzamos con la distinción general: Que en todas las obras realizadas en común por el Padre, Hijo y Espíritu Santo, el poder de *dar efecto* procede del Padre; el poder de *organizar*, procede del Hijo; y el poder de *perfeccionar*, procede del Espíritu Santo.

En 1 Co. 8:6, Pablo enseña que: "...sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas". Aquí tenemos dos preposiciones: *de* quién y *por* quién. Sin embargo, en Ro. xi. 36 añade una más: "Porque de él, y por él, y *para* él, son todas las cosas".

Esta operación mencionada es triple: en primer lugar, aquél por el que se originan todas las cosas (*de* Él); en segundo lugar, aquél mediante el cual todas las cosas consisten (*a través de* Él); en tercer lugar, aquél por el que todas las cosas alcanzan su destino final (*para* Él). En relación con esta clara distinción apostólica, luego del siglo V, los grandes maestros de la Iglesia solían distinguir las acciones de las Personas de la Trinidad, diciendo que la acción por la cual se originaron todas las cosas procede del Padre; la acción por la cual ellas recibieron coherencia procede del Hijo; y la acción por la cual ellas fueron conducidas a su destino procede del Espíritu Santo.

Estos lúcidos pensadores enseñaron que esta distinción estaba en consonancia con la de las Personas. Por lo tanto, el Padre es *padre*. Él genera al Hijo. Y el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. De ahí que la peculiar característica de la Primera Persona es, evidentemente, que Él no sólo es el Nacimiento y la Fuente de la creación material, sino de Su propia concepción; de todo lo que fue y es y siempre será. La peculiaridad de la Segunda Persona, evidentemente no se encuentra en generar, sino en ser generada. Se es hijo por el hecho de ser generado. Por lo tanto, ya que todas las cosas proceden del Padre, nada puede proceder del *Hijo*. La fuente de todas las cosas no se encuentra en el Hijo. Sin embargo, Él le añade una obra de creación a aquello que está viniendo a existencia, dado que el Espíritu Santo procede también de Él, pero no de Él solamente, sino del Padre y del Hijo; y de tal manera, que la emanación desde el Hijo se debe a la igualdad de su esencia con la del Padre.

Las Escrituras concuerdan con esto en enseñar que el Padre creó todas las cosas a través del Hijo, y que sin Él, nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. Debido a la diferencia entre "creado por" y "creado a partir de", nos referimos a Col. i. 17: "... y todas las cosas en él subsisten", esto es, por Él ellas se mantienen unidas. Heb. i. 3 es aún más claro, diciendo que el Hijo sustenta todas las cosas por la *Palabra de Su poder*. Esto demuestra que, como los elementos esenciales de la existencia de la criatura, proceden del Padre como Fuente de todo, así la formación, reunión y organización de sus componentes son, respectivamente, la obra del Hijo.

Si nos dispusiéramos a comparar reverentemente la obra de Dios a la del hombre, diríamos: Un rey se propone construir un palacio. Esto requiere no sólo de material, mano de obra y planos, sino también la reunión y organización de los materiales de acuerdo a esos planos. El rey proporciona los materiales y los planos; el constructor construye el palacio. Entonces, ¿quién lo construyó? Ni el rey ni el constructor por sí solos, sino que el constructor lo erige a partir del tesoro real.

Esto expresa la relación entre el Padre y el Hijo en este respecto, tan perfectamente como las relaciones humanas puedan ilustrar las divinas. Aparecen dos acciones en la construcción del universo: en primer lugar, la *causativa*, que produce los materiales, las fuerzas y los planos; en segundo lugar, la *constructiva*, con la que estas fuerzas forman y ordenan los materiales de acuerdo al plan. Y tal como la primera proviene del Padre, así también la segunda proviene del Hijo. El Padre es la Fuente Real de los materiales y poderes necesarios; y el Hijo, como Constructor, construye con ellos todas las cosas de acuerdo con el consejo de Dios. Si el Padre y el Hijo existieran independientemente, esa cooperación sería imposible. Sin embargo, como el Padre genera al Hijo, y en virtud de esa generación, el Hijo contiene todo el Ser del Padre, no puede haber división del *Ser*, y sólo permanece la distinción de las Personas. Pues toda la sabiduría y el poder a través de los cuales el Hijo da la coherencia a todo, es generado en Él por el Padre; mientras que el consejo que lo ha diseñado todo, es una determinación del Padre

de esa sabiduría divina que Él como Padre genera en el Hijo. Pues el Hijo será para siempre el resplandor de la gloria del Padre, y la imagen misma de Su Persona - Heb. i. 3.

Esto no completa la obra de la creación. La criatura no se hace sólo para existir, ni para adornar algún nicho en el universo como si se tratara de una estatua. Más bien, todo fue creado con un propósito y un destino, y nuestra creación se completará sólo cuando nos hayamos convertido en lo que Dios diseñó. Así pues, Gn. ii. 3 dice: "Descansó Dios de toda Su obra que Él había creado *para hacerla perfecta*" (traducción del holandés). Por lo tanto, la obra que le corresponde al Espíritu Santo, es guiar a la criatura a su destino, hacer que se desarrolle de acuerdo a su naturaleza y hacerla perfecta.

La Creación

V. El Principio de Vida en la Criatura

"Su espíritu adornó los cielos; Su mano creó la serpiente tortuosa".- Job xxvi. 13.

Se ha visto que la obra del Espíritu Santo consiste en guiar a toda la creación *a su destino*, y cuyo propósito final es la gloria de Dios. Sin embargo, la gloria de Dios aparece en la creación en diversos grados y formas. Un insecto y una estrella, el moho en la pared y el cedro del Líbano, un trabajador común y un hombre como San Agustín, son todas criaturas de Dios; sin embargo, cuán diferentes son, y cuán variadas sus formas y grados de glorificar a Dios. Entonces ilustraremos la afirmación de que la gloria de Dios es el fin último de toda criatura. Compararemos la gloria de Dios a la de un rey terrenal: es evidente que nada puede ser indiferente a su gloria. El material de construcción de su palacio, sus muebles, incluso el pavimento de su entrada, pueden o bien aumentar o disminuir el esplendor real. Sin embargo, el rey es aun más honrado por sus súbditos, cada uno en su grado, desde el maestro de ceremonias hasta su primer ministro. Aun así, su mayor gloria la constituye su familia, hijos e hijas engendrados con su propia sangre, formados por su sabiduría, animados por sus ideales, siendo uno con él en los planes, los propósitos, y el espíritu de su vida. Al aplicar, con toda reverencia, este ejemplo a la corte del Rey del cielo, es evidente que, si bien cada flor y estrella aumenta Su gloria, las vidas de los ángeles y hombres son de mucho mayor importancia para Su Reino; y que mientras los ángeles están más estrechamente relacionados con Su gloria, a quienes ha ubicado en posiciones de autoridad, más cerca que todos, es a los hijos engendrados por Su Espíritu, y admitidos en lo secreto de su pabellón Real. Se concluye, entonces, que la gloria de Dios se refleja principalmente en Sus hijos, y dado que ningún hombre puede ser Su hijo a menos que sea engendrado de Él, confesamos que Su gloria es más evidente en Sus escogidos o en Su Iglesia.

Su gloria no es, sin embargo, limitada a éstos, pues ellos se relacionan a toda la raza, y viven entre todas las naciones y pueblos, con los que comparten el terreno común. Tampoco se puede ni debe separar su vida espiritual, de su vida ciudadana, social y doméstica. Y puesto que todas las diferencias de su vida ciudadana, social y doméstica, son causadas por el clima y la atmósfera, la comida y la bebida, la lluvia y la sequía, las plantas y los insectos- en una palabra, por la economía completa de este mundo material, incluyendo cometas y meteoritos; es evidente que todos éstos afectan el resultado de las cosas y están relacionados a la gloria de Dios. Por lo tanto, en relación con la tarea de conducir a la creación a su destino, el universo entero se enfrenta a la mente como unidad poderosa, orgánicamente relacionada a la Iglesia, tal como la cáscara lo está a la semilla.

En el cumplimiento de esta tarea, surge la pregunta respecto de en qué medida la parte *más justa, más noble y más sagrada* de la creación logrará alcanzar su destino, ya que para conseguirlo, todas las partes restantes deben ser sometidas.

De ahí la pregunta, ¿Cómo es que la multitud de los escogidos logrará alcanzar su perfección final? La respuesta a esto indicará cuál es la acción del Espíritu Santo sobre todas las otras criaturas.

La respuesta no puede ser dudosa. Los hijos de Dios nunca podrán cumplir su glorioso fin, a menos que Dios habite en ellos como habita en Su templo. El amor de Dios es lo que lo obliga a vivir en Sus hijos, por su amor por Él, por amor de Sí mismo, y para ver el reflejo de Su gloria en la conciencia de Su propia obra. Este glorioso fin se hará realidad sólo cuando los escogidos conozcan de la misma manera que se les conoce a ellos, contemplan a su Dios cara a cara, y disfruten de la felicidad de la más cercana comunión con el Señor.

Dado que todo esto sólo puede ser realizado cuando Él hace morada en sus corazones; y dado que es la Tercera Persona de la Santísima Trinidad la que entra al espíritu de los hombres y de los ángeles; es evidente que los propósitos más altos de Dios se realizan cuando el Espíritu Santo hace del corazón del hombre su lugar de habitación. Quien sea, o lo que sea que seamos por educación o posición, no podemos alcanzar nuestro más alto destino a menos que el Espíritu Santo more en nosotros y actúe sobre el organismo íntimo de nuestro ser.

Si ésta, Su más alta obra, no tuviera influencia alguna sobre ninguna otra cosa, se podría decir que se trata simplemente de completar la perfección de la criatura. Pero esto no es así. Cada creyente sabe que existe una muy íntima conexión entre su vida *antes* y *después* de su conversión; no como si la primera determinara la última, pero de tal manera que la vida en pecado y la vida en la belleza de la santidad están ambas condicionadas por el mismo *carácter* y *disposición*, y por *circunstancias* e *influencias* similares. Por lo tanto, para dar lugar a nuestra perfección final, el Espíritu Santo debe influir en el desarrollo previo, en la formación del carácter y en la disposición de toda la persona. Y esta acción, aunque se encuentra menos marcada en la vida natural, también debe ser examinada. Sin embargo, dado que nuestra vida personal es sólo una manifestación de la vida humana en general, se deduce que el Espíritu Santo debe haber sido también activo en la creación del hombre, aunque en un grado menos marcado. Y, por último, como la disposición del hombre como tal, está relacionada con las huestes de los cielos y la tierra, Su obra también debe tocar esta formación, aunque en mucha menor medida. De ahí que la labor del Espíritu alcance aun a las influencias que afectan al hombre en el logro de su destino, o en el fracaso para alcanzar dicho objetivo. Y la medida de las influencias está dada por el grado en el que ellas afectan su perfeccionamiento. En la partida de un alma redimida, todos reconocen una obra del Espíritu Santo; pero ¿quién puede rastrear Su obra en el movimiento de las estrellas? Aun así, las Escrituras enseñan no sólo que somos nacidos de nuevo por el poder del Espíritu de Dios, sino que: "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos *por el aliento* [Espíritu] *de su boca*" (Salmos xxxiii. 6).

Por lo tanto, la obra del Espíritu en guiar a la criatura hacia su destino, incluye una influencia sobre toda la creación, desde el principio. Y, si el pecado no hubiera entrado, podríamos decir que esta obra es realizada en tres etapas sucesivas: en primer lugar, la *impregnación* de la materia inerte; en segundo lugar, la *animación del alma racional*; en *tercer lugar*, tomar Su morada *en el hijo escogido de Dios*.

Pero entró el pecado, es decir, apareció un poder para alejar al hombre y la naturaleza *de sus destinos*. Por lo tanto, el Espíritu Santo debe *antagonizar* el pecado; Su llamamiento es para aniquilarlo, y a pesar de su oposición, lograr que el hijo escogido de Dios y la creación entera alcancen su fin. Por lo tanto, la redención no es una *nueva* obra *añadida* a la del Espíritu Santo, sino que es *idéntica* a ella. Él se comprometió a llevar todas las cosas a su destino, ya fuera *sin* la perturbación del pecado, o *a pesar de ella*; en primer lugar, mediante la salvación de los escogidos; y luego, mediante el restablecimiento de todas las cosas en el cielo y sobre la tierra al regreso del Señor Jesucristo.

Cosas circunstanciales a esto, tales como la inspiración de las *Escrituras*, la preparación del *Cuerpo de Cristo*, la extraordinaria *ministración de gracia a la Iglesia*, son sólo eslabones que conectan el comienzo con su propio fin predeterminado, de modo que a pesar de la perturbación del pecado, el destino del universo para glorificar a Dios, podría estar igualmente garantizado.

Se podría decir, resumiendo todo en una sola declaración: Habiendo entrado el pecado, factor que *debe* tenerse en cuenta, la obra del Espíritu Santo brilla más gloriosamente en el reunir y salvar a los escogidos; antes de lo cual se encuentran Sus acciones en la obra de la *redención* y en la economía de la vida *natural*. El mismo Espíritu, que en el principio se movía sobre las aguas, en la dispensación de la gracia nos ha dado la Sagrada Escritura, la *Persona de Cristo* y la *Iglesia* Cristiana; y es Él quien, en conexión con la creación original y por estos medios de gracia, ahora nos regenera y santifica como hijos de Dios.

Es de suma importancia, en relación con estas poderosas y extensas acciones, el no perder de vista el hecho de que en todas ellas, Él efectúa sólo lo que es *invisible e imperceptible*. Esto distingue todas las acciones del Espíritu Santo. Detrás del mundo visible, se encuentra uno invisible y espiritual, con patios exteriores y recovecos interiores; y bajo estos últimos se encuentran las insondables profundidades del alma, las cuales escoge el Espíritu Santo como escenario de Sus obras- Su templo, donde Él establece Su altar.

La obra redentora de Cristo también tiene partes visibles e invisibles. La reconciliación en Su sangre fue visible. La santificación de Su Cuerpo y el atavío de Su naturaleza humana con sus múltiples gracias, fueron invisibles. Cada vez que se especifica esta obra oculta e íntima, las Escrituras siempre la conectan con el Espíritu Santo. Gabriel dice a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti”. (Lucas i. 35). Se dice de Cristo: “Aquel que tuvo el Espíritu sin medida”. También observamos un material de vida en las huestes de los cielos, hacia el exterior, tangible, lo que en pensamiento nunca se asocia con el Espíritu Santo. Pero, aunque sea débil e impalpable, lo visible y tangible tiene un trasfondo invisible. ¡Cuán intangibles son las fuerzas de la naturaleza, cuán llenas de majestad las fuerzas del magnetismo! Pero la vida subyace a todo. Incluso en un tronco aparentemente muerto, ella exhala un aliento imperceptible. Desde las insondables profundidades de todo, un principio íntimo y escondido opera ascendente y hacia el exterior. Se muestra en la naturaleza, mucho más en el hombre y el ángel. Y ¿cuál es este principio avivador e inspirador, sino el Espíritu Santo? “Les quitas el hálito, dejan de ser. Envías tu Espíritu, son creados” (Salmos civ. 29,30).

Este algo íntimo e invisible es el toque directo de Dios. Existe en nosotros, y en toda criatura, un punto en el que el Dios vivo nos toca para sostenernos; pues nada existe que no sea *sustentado* segundo a segundo por Dios Todopoderoso. En los escogidos, este punto es su vida espiritual; en la criatura racional, su conciencia racional; y en todas las criaturas, ya sean racionales o no, su principio de vida. Y como el Espíritu Santo es la Persona de la Santísima Trinidad, a cuyo cargo está llevar a cabo este contacto directo y comunión con la criatura en su ser íntimo, es Él quien *habita* en los corazones de los escogidos, quien *anima* a todo ser racional, quien sostiene el *principio de vida* en toda criatura.

VI. Las Huestes del Cielo y de la Tierra

“El espíritu de Dios me hizo...”. (Job xxxiii. 4).

Comprendiendo, en alguna medida, la nota característica de la obra del Espíritu Santo, veamos lo que este trabajo ha sido y es y será.

El Padre da efecto, el Hijo dispone y organiza, el Espíritu Santo perfecciona. Hay un solo Dios y Padre de quien son todas las cosas, y un solo Señor Jesucristo por medio de quien son todas las cosas; pero ¿qué dicen las Escrituras de la obra especial que el Espíritu Santo hizo y está aún haciendo en la creación?

En aras del orden, en primer lugar se examinará la historia de la creación. Dios dice en Gn. i. 2: “Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas”. Véase también Job xxvi. 13: “Su espíritu adornó los cielos; Su mano creó la serpiente tortuosa [la constelación del Dragón, o, según otros, la Vía Láctea]”. Y también Job xxxiii. 4: “El espíritu de Dios me hizo, Y el soplo del Omnipotente me dio vida”. Y luego en Salmos xxxiii. 6: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca”. Así también Salmos civ.

30: "Envías tu Espíritu, son creados, Y renuevas la faz de la tierra". Y con diferente significado, en Is. xl. 13: "¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová [en la creación], o le aconsejó enseñándole?".

Estas declaraciones ponen de manifiesto que el Espíritu Santo hizo Su propia obra en la creación.

Así mismo, muestran que Sus actividades se encuentran estrechamente relacionadas con las del Padre y las del Hijo. Salmos xxxiii. 6 las presenta como casi idénticas. La primera oración dice: "Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos"; la segunda: "Y todo el ejército de ellos por el aliento [Espíritu] de su boca". En la poesía hebrea, es conocido que oraciones paralelas expresan el mismo pensamiento de formas diferentes; de modo que a partir de este pasaje se desprende que la obra de la *Palabra* y la del *Espíritu* son la misma, esta última añadiendo sólo la que es especialmente Suya.

Cabe señalar, que casi ninguno de estos pasajes menciona el Espíritu Santo por *Su propio nombre*. No es el Espíritu *Santo*, sino el "Espíritu de Su boca", "Su Espíritu", "el Espíritu del Señor". A causa de esto, muchos sostienen que estos pasajes no se refieren al Espíritu Santo como la Tercera Persona en la Santísima Trinidad, sino que hablan de Dios como Uno, sin distinción personal; y que la representación de Dios creando cualquier cosa por Su mano, Sus dedos, Su Palabra, Su aliento, o Su Espíritu; no es más que una manera humana de hablar, y que por lo tanto, sólo significa que Dios estaba involucrado.

La Iglesia siempre se ha opuesto a esta interpretación, y con razón, sobre la base de que incluso el Antiguo Testamento, no sólo en unas pocas partes, sino en toda su economía, contiene indudable testimonio de las tres Personas divinas, mutuamente igual, mas con una única esencia. Es cierto que esto también ha sido negado, pero por causa de una interpretación errónea. Y frente a la respuesta: "Pero nuestra interpretación es tan buena como la suya", respondemos que Jesús y los apóstoles son nuestras autoridades; la Iglesia recibió su confesión de labios de ellos.

En segundo lugar, negamos que la expresión "Su Espíritu" no se refiera al Espíritu Santo, por cuanto en el Nuevo Testamento se presentan expresiones similares que, sin duda, se refieren a Él; por ejemplo, "...Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo" (Gl. iv. 6); "...a quien el Señor matará con el Espíritu de Su boca" (2 Ts. ii. 8), etc.

En tercer lugar, a juzgar por los siguientes pasajes,- "Por la *Palabra* de Jehová fueron hechos los cielos" (Salmos xxxiii. 6); "Y dijo Dios: Sea la luz" (Gn. i. 3), y "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Jn. i. 3).- no cabe duda de que Salmos xxxiii. 6 se refiere a la Segunda Persona de la Divinidad. Por lo tanto, también la segunda oración del mismo versículo: "Y todo el ejército de ellos por el aliento de Su boca" debe referirse a la Tercera Persona.

Por último, hablar de un Espíritu de Dios que no es el Espíritu Santo es transferir a la Sagrada Escritura una idea puramente occidental y humana. Nosotros, como *hombres*, a menudo hablamos de un espíritu malo que controla una nación, un ejército o una escuela, refiriéndonos a una cierta tendencia, inclinación o persuasión- un espíritu que procede de un hombre *distinto* de su persona y de su ser. Pero esto no puede y no debe aplicar a Dios. Hablando de Cristo en Su humillación, se podría decir con razón "tener la mente de Cristo", o "tener el espíritu de Jesús", lo que indica Su carácter. Sin embargo, distinguir el *Ser* divino, de un *espíritu* de ese Ser, es concebir la Divinidad en una forma humana. La conciencia divina difiere totalmente de la humana. Mientras que en nosotros existe una diferencia entre nuestras personas y nuestra conciencia, con referencia a Dios, tales distinciones desaparecen, y la distinción de Padre, Hijo, y Espíritu Santo toma su lugar.

Incluso en aquellos pasajes donde "el aliento de Su boca" es añadido para explicar "Su Espíritu", se debe mantener la misma interpretación. Pues todos los idiomas muestran que nuestra respiración, incluso como la "respiración de los elementos" en el viento que sopla ante

la cara de Dios, corresponde al ser del espíritu. Casi todos ellos expresan las ideas de espíritu, aliento y viento, mediante términos afines. En toda las Escrituras, soplar o respirar es el símbolo de la comunicación del espíritu. Jesús sopló sobre ellos y dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn. xx. 22). Por lo tanto, el aliento de Su boca debe significar el Espíritu Santo. La antigua interpretación de las Escrituras no debería ser abandonada precipitadamente. Y aceptar el dictamen de la teología moderna, que dice que la distinción de las tres Personas divinas no se encuentra en el Antiguo Testamento, y que las alusiones a la obra del Espíritu Santo en Génesis, Job, Salmos o Isaías, están fuera de cuestión. Por consiguiente, nada es más natural para los partidarios de esta teología moderna, que negar por completo el Espíritu Santo en los pasajes mencionados.

Pero si desde una convicción íntima, aún confesamos que la distinción de Padre, Hijo y Espíritu Santo se ve claramente en el Antiguo Testamento; entonces, examinemos con discernimiento estos pasajes relacionados con el Espíritu del Señor; y mantengamos en gratitud la interpretación tradicional, que encuentra referencias a la obra del Espíritu Santo en muchas de estas declaraciones.

Estos pasajes demuestran que Su obra particular en la creación fue: 1º, cernirse sobre el caos; 2º, la creación de las huestes de los cielos y de la tierra; 3º, ordenar los cielos; 4º, animar la creación impetuosa, y llamar al hombre a existencia; y por último, la acción por la cual toda criatura es hecha para existir según el consejo de Dios que le ataña.

Por lo tanto, las fuerzas materiales del universo no proceden del Espíritu Santo, ni fue Él quien depositó en la materia las semillas latentes y microorganismos de la vida. Su misión especial comienza sólo *después* de la creación de la materia con los microorganismos de la vida contenidos en ella.

El texto hebreo demuestra, que la obra del Espíritu Santo en movimiento sobre la superficie de las aguas, fue similar a la de las aves padres que con sus alas desplegadas rondan sobre sus crías para albergarlas y cubrirlas. La figura implica no sólo que la tierra existía, sino que también dentro de ella existían los microorganismos de la vida; y que el Espíritu Santo, fecundando estos microorganismos, provocó que la vida surgiera a fin de conducirla a su destino.

Los cielos no fueron creados por el Espíritu Santo, sino por la *Palabra*. Y cuando los cielos creados debían recibir sus huestes, sólo entonces llegó el momento para que el Espíritu Santo ejerciera sus funciones particulares. No es fácil decidir lo que “las huestes de los cielos” significa. Puede referirse al sol, la luna y las estrellas, o a los ejércitos de ángeles. Quizás el pasaje no significa la *creación* de los cuerpos celestes, sino su recepción de la gloria divina y del fuego celestial. Pero Salmos xxxiii. 6, ciertamente, no se refiere a la creación de la materia de la cual las huestes celestiales se componen, sino a la producción de su gloria.

Gn. i.:2 pone de manifiesto, en primer lugar, la creación de la materia y sus microorganismos, luego su activación; por lo tanto Salmos xxxiii. 6 enseña en primer lugar, la preparación del ser y la naturaleza de los cielos, luego el traer a existencia sus huestes por el Espíritu Santo. Job xxvi. 13 conduce a una conclusión similar. Aquí se hace la misma distinción entre los cielos y su ordenamiento, siendo este último representado como la obra especial del Espíritu Santo. Este ordenamiento es equivalente al ordenamiento en Gn. i. 2, mediante el cual lo sin forma tomó forma, la vida oculta emergió, y las cosas creadas fueron llevadas a su destino. Salmos civ. 30 y Job xxxiii. 4 ilustran aún más claramente la obra del Espíritu Santo en la creación. Job nos informa que el Espíritu Santo tuvo una parte especial en la creación del hombre; y Salmos civ. que Él realizó una obra similar en la creación de los animales, de las aves y los peces, pues sus dos versículos previos implican que el versículo 27– “Envías tu Espíritu, son creados”- no se refiere al hombre, sino a la monstruos que juegan en lo profundo.

Se ha conferido, que la materia de la cual Dios hizo al hombre, ya se encontraba presente en el polvo de la tierra; que el tipo de su cuerpo estuvo en gran medida presente en el animal; y que la idea del hombre y de la imagen sobre la que él iba a ser creado, ya existían; aun así, en Job xxxiii. 4 se hace evidente que el hombre no llegó a ser, sin que antes mediara una obra especial del Espíritu Santo. Por lo tanto, Salmos civ. 30 demuestra que, aunque ya existía la materia de la cual la ballena y el unicornio se debían hacer, y el plan o modelo se encontraba

en el consejo divino, aun, una acción especial del Espíritu Santo era necesaria para causarles su existencia. Esto se hace aun más evidente, en vista del hecho de que ninguno de los pasajes se refiere a la *primera* creación, sino a un hombre y animales formados *más tarde*. Pues Job no habla de Adán y Eva, sino de sí mismo. Él dice: “El espíritu de Dios *me* hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job xxxiii. 4). En Salmos civ, David no se refiere a los monstruos de las profundidades creados en el principio, sino a aquellos que estaban recorriendo los cursos del mar mientras él cantaba este salmo. Si, por lo tanto, los cuerpos de los hombres existentes y de los mamíferos, no son creaciones inmediatas, sino que se han tomado a partir de la carne y sangre, de la naturaleza y del tipo de seres existentes; entonces se hace más evidente que el hecho que el Espíritu Santo se ciera sobre lo no formado, es un acto presente; y que por lo tanto, Su obra creativa consistía en poner de manifiesto la vida ya oculta en el caos, esto es, en los microorganismos de la vida.

Esto concuerda con lo que se dijo en un principio en relación al carácter general de Su obra. “Conducir a su destino”, es traer a la vida escondida, provocar que la belleza oculta se revele a sí misma y despertar actividad en las energías adormecidas. Pero se debe evitar representarla como una obra que fue realizada en fases sucesivas- primero por el Padre, cuya obra terminada fue tomada por el Hijo, después de lo cual el Espíritu Santo completó la obra así preparada. Tales representaciones son indignas de Dios. En las actividades divinas existe *distribución*, pero no *división*; es por ello que Isaías declara que el Espíritu del Señor, es decir, el Espíritu Santo, dirigió desde el principio- así es, desde *antes* del principio- todo lo que iba a venir a través de la obra completa de la creación.

VII. El Hombre en su Calidad de Criatura

“El espíritu de Dios me hizo, Y el soplo del Omnipotente me dio vida”.- Job xxxiii. 4

El Dios Eterno y siempre Bendito entra en contacto vital con la criatura, a través de un acto que no procede del Padre ni del Hijo, sino del Espíritu Santo.

Traspasados de la muerte hacia la vida, por la gracia soberana, los hijos de Dios son conscientes de esta comunión divina; ellos saben que no consiste en un acuerdo íntimo de predisposición o inclinación, sino en el contacto misterioso de Dios sobre su ser espiritual. Pero también saben que ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu Santo, es Quien ha hecho de sus corazones Su templo. Es cierto que Cristo viene a nosotros a través del Espíritu Santo, y que a través del Hijo tenemos comunión con el Padre, de acuerdo a Su palabra, “Yo y el Padre vendremos a ustedes, y haremos Nuestra morada en ustedes”; pero todo estudiante inteligente de la Biblia, sabe que es especialmente el Espíritu Santo quien entra en su persona y toca su más íntimo ser.

El hecho que el Hijo encarnado haya entrado en más estrecho contacto con nosotros, no prueba nada en contra de esto. Cristo nunca ha entrado en una *persona* humana. Él tomó sobre Sí mismo nuestra *naturaleza* humana, con la que Se unió mucho más estrechamente de lo que lo hace el Espíritu Santo; pero no tocó el *hombre íntimo* y su *personalidad* oculta. Por el contrario, dijo que era conveniente para los discípulos que Él se fuera; “...porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Jn. xvi. 7). Más aun, la Encarnación no fue llevada a cabo sin el Espíritu Santo, quien vino sobre María; y las bendiciones que Cristo impartió a todos alrededor de Él, fueron en gran parte debido al don del Espíritu Santo que Le fue dado sin medida.

Por lo tanto, la idea principal permanece indemne: Cuando Dios entra en contacto directo con la criatura, es la obra del Espíritu Santo la que efectúa dicho contacto. En el mundo visible, esta acción consiste en encender y avivar la chispa de la vida; por lo tanto, es muy natural y está en plena armonía con el tenor general de la enseñanza de las Escrituras, que el Espíritu de Dios se mueva sobre la superficie de las aguas, y que traiga a existencia las huestes de los cielos y la tierra, ordenadas, con aliento, y resplandecientes.

Además de esta creación visible, existe también una invisible, la cual, en lo que a nuestro mundo se refiere, se concentra a sí misma *en el corazón del hombre*; por lo tanto, en segundo

lugar, debemos ver en qué medida la obra del Espíritu Santo puede ser rastreada en la creación del hombre.

No hablamos del mundo animal. No porque el Espíritu Santo no tenga nada que ver con su creación. A través de Salmos civ. 30, hemos demostrado lo contrario. Más aun, nadie puede negar los admirables rasgos de astucia, amor, fidelidad y gratitud que se encuentran en muchos animales. Aunque no seríamos tan necios como para basarnos en ello para decir que el perro es *mitad humano*; pues evidentemente, estas propiedades de animal superior no son sino preformaciones instintivas, bocetos del Espíritu Santo, llevados a su destino correcto únicamente en el hombre. Y aun así, aunque estos rasgos puedan resultar impactantes, en el animal no encontramos una *persona*. El animal procede del mundo de la materia, y regresa a él; sólo en el *hombre* aparece lo que es nuevo, invisible y espiritual, dándonos la justificación para que busquemos una obra especial del Espíritu Santo en *su* creación.

De sí mismo, esto es, de un *hombre*, Job declara: “El espíritu de Dios me hizo, Y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job xxxiii. 4). El Espíritu de Dios *me* ha hecho. Aquello que soy como una *personalidad humana*, es la obra del Espíritu Santo. A Él debo lo humano y lo personal que me constituyen como el ser que soy. Y añade: “Y el soplo del Omnipotente me dio vida”, lo que, evidentemente, hace eco de las palabras: “Entonces Jehová Dios...sopló en su nariz aliento de vida” (Gn. ii. 7).

Al igual que Job, usted y yo deberíamos sentir y reconocer que somos creados en Adán; cuando Dios creó a Adán, Él nos creó a *nosotros*; en la naturaleza de Adán, Él llamó a existencia la naturaleza en la que ahora vivimos. Gn. i y ii no es el registro de *extranjeros*, sino de *nosotros mismos*- en cuanto a la carne y la sangre que llevamos con nosotros- la naturaleza humana en la que nos sentamos a leer la Palabra de Dios.

Aquél que lee su Biblia sin esta aplicación personal, lee fuera de propósito. Le deja frío e indiferente. Puede encantarle durante su infancia, cuando uno es aficionado a cuentos e historias, pero no tiene ningún control sobre él en los días de conflicto, cuando se encuentra con los hechos y realidades más duros de la vida. Pero, si nos acostumbramos a ver en este registro, la historia de nuestra propia carne y sangre, de nuestra propia naturaleza y vida humanas, y reconocemos que por generación humana brotamos de Adán y, por lo tanto, estábamos en Adán cuando él fue creado- entonces sabremos que cuando Dios formó a Adán del polvo, también nos formó a nosotros; que también estábamos en el Paraíso; que la caída de Adán fue también la nuestra. En una palabra, la primera página de Génesis no se relaciona a la historia de un extranjero, sino a la de nuestros auténticos propios seres. El aliento del Todopoderoso nos dio vida, cuando el Señor formó al hombre del polvo, y soplo en su nariz y lo hizo un alma viviente. La raíz de nuestra vida se encuentra en nuestros padres, pero a través y más allá de ellos, la tierna fibra de esa raíz se remonta a través de la larga línea de generaciones, y recibió sus primeros comienzos cuando Adán respiró por primera vez el aire puro de Dios, en el Paraíso.

Y, sin embargo, aunque en el paraíso recibimos el primer inicio de nuestro ser, también existe un *segundo* inicio de nuestra vida, es decir, cuando cada uno de nosotros fue llamado *individualmente* a ser, a través de la raza, por la concepción y el nacimiento. Y sobre esto, Job también testifica: “El espíritu de Dios... me dio vida”. (Job xxxiii. 4)

Y nuevamente, en la vida del hombre pecador, existe un tercer inicio, cuando a Dios le agrada convertir a los malvados; y de esto también testifica el alma dentro de nosotros: “El espíritu de Dios... me dio vida”.

Dejando este nuevo nacimiento fuera de cuestión, el testimonio de Job nos muestra que él estaba consciente del hecho que debía a Dios tanto su existencia como hombre, como persona, como un yo- y por lo tanto- su creación *en Adán*, así como su *ser personal*. ¿Y qué nos enseñan las Escrituras acerca de la creación del hombre? Lo siguiente: que el polvo de la tierra de la cual Adán fue formado, fue tan trabajado, que se convirtió en un alma viviente, lo que señala el *ser humano*. El resultado no fue una mera criatura que se mueve, gatea, come, bebe y duerme, sino un *alma viviente* que vino a existencia en el momento en que el aliento de vida fue soplado hacia el polvo. No vino primero el polvo y, a continuación, la vida

humana al interior del polvo, y después de eso, el alma con todas sus facultades superiores dentro de esa vida humana; no, sino que tan pronto como se manifestó la vida en Adán, él fue un *hombre*, y todos sus preciosos dones fueron su dote *natural*.

El Hombre *pecador* que nace de lo alto, recibe dones que están *por encima* de la naturaleza. Por esta razón, el Espíritu Santo solamente *mora* en el pecador viviente. Pero en el cielo esto no será así, pues en la muerte, la naturaleza humana resulta cambiada en forma total, de modo que el impulso de pecar desaparece completamente; es por esto que en el cielo, el Espíritu Santo obrará en *la misma naturaleza* humana para siempre y eternamente. En el estado actual de humillación, la naturaleza del regenerado sigue siendo la naturaleza de Adán. El gran misterio de la obra del Espíritu Santo en él, es el siguiente: que *en y por* esa naturaleza corrupta y rota, Él obra las *obras santas de Dios*. Es como la luz que brilla a través de los paneles de nuestra ventana, que de ninguna manera puede mantenerse invariable bajo el efecto del vidrio.

En el Paraíso, sin embargo, la naturaleza del hombre estaba completa, intacta; todo acerca de él era santo. Debemos evitar el peligroso error de que el recientemente creado hombre tenía un grado *inferior* de santidad. Dios hizo al hombre *recto*, sin nada de él o en él que estuviera torcido. Todas sus inclinaciones y facultades eran puras y santas, en todo su funcionamiento. Dios se deleitaba en Adán, vio que él era bueno; con seguridad, no se podría desear nada más. En este sentido, Adán difería del hijo de Dios por gracia, en que aquél *no* tenía vida eterna; debía alcanzarla como recompensa por las obras santas. Por otro lado, Abraham, el padre de los fieles, comienza con vida eterna, de la que las obras santas debían proceder. Así pues, un contraste perfecto. Adán debía alcanzar la vida eterna a través de las obras. Abraham, tiene vida eterna a través de la cual obtiene las obras santas. De este modo, para Adán, no puede haber morada interior del Espíritu Santo. No existía ningún antagonismo entre él y el Espíritu. Entonces, el Espíritu podía *impregnarlo*, y no solamente *morar* en él. La naturaleza del hombre pecador rechaza al Espíritu Santo, pero la naturaleza de Adán lo atraía, lo recibía libremente, y lo dejaba inspirar su ser.

Nuestras facultades e inclinaciones se encuentran dañadas, nuestros poderes están debilitados, las pasiones de nuestros corazones, corrompidas: por lo tanto, el Espíritu Santo debe venir a nosotros desde *fuera*. Sin embargo, como todas las facultades de Adán estaban intactas, y toda la expresión de su vida interior, imperturbable, entonces, el Espíritu Santo podía obrar a través de los poderes y acciones *comunes* de su *naturaleza*. Para Adán, las cosas espirituales no eran bienes sobrenaturales, sino naturales- excepto por la vida eterna, que él debía ganar por el cumplimiento de la ley. Las Escrituras expresan esta unidad entre la vida natural de Adán y los poderes espirituales, mediante la identificación de ambas expresiones: “Respirar el aliento de vida” y “convertirse en un alma viviente” (Gn. ii. 7). Otros pasajes muestran que esta “inhalación” divina indica, especialmente, la obra del Espíritu. Jesús sopló sobre Sus discípulos y dijo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn. xx. 22). Él compara el Espíritu Santo con el viento. En ambos idiomas bíblicos, el hebreo y el griego, la palabra espíritu significa viento, respiración o soplido. Y tal como la Iglesia confiesa que el Hijo es eternamente generado por el Padre, entonces confiesa que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo como por la *respiración*. Por lo tanto, se concluye que el pasaje “...y sopló en su nariz aliento de vida” (Gn. ii. 7)- en relación con: “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Gn. i. 2) y las palabras de Job: “El espíritu de Dios...me dio vida (Job xxxiii. 4)- apuntan a una obra especial del Espíritu Santo.

Antes de que Dios soplara el aliento de vida sobre el polvo inerte, se produjo una conferencia en la economía del Ser divino: “Hagamos al hombre a Nuestra imagen, conforme a Nuestra semejanza” (Gn. i. 26) Esto demuestra –
En primer lugar, que cada Persona divina tenía un trabajo bien definido en la creación del hombre- “Hagamos al hombre”. Antes de esto se utiliza el singular de Dios, “Él habló”, “Él vio”; pero ahora se utiliza el plural “Hagamos al hombre”, lo que implica que, aquí especialmente y con mayor claridad que en cualquier pasaje que le precede, las acciones de las Personas se han de diferenciar.

En segundo lugar, que el hombre no fue creado *vacío*, para luego ser dotado de mayores facultades y poderes espirituales, sino que el propio acto de la creación lo hizo a la imagen de

Dios, sin ninguna posterior adición a su ser. Porque leemos: “*Hagamos* al hombre a Nuestra imagen, conforme a Nuestra semejanza”. Esto nos asegura que el hombre recibió, por creación *inmediata*, la impresión de la imagen divina; que en la creación, cada una de las Personas divinas realizó una obra definida; y por último, que la creación del hombre en relación con su destino superior, fue efectuada por aliento de Dios.

Esta es la base para nuestra declaración, respecto de que la obra creativa del Espíritu estaba haciendo de todos los poderes y dones del hombre, instrumentos para Su propio uso, conectándolos en forma vital e inmediata con los poderes de Dios. Esto concuerda con las enseñanzas bíblicas acerca de la obra regeneradora del Espíritu Santo, que aunque en forma diferente, también hace que el poder y la santidad de Dios entren en contacto inmediato con los poderes humanos.

Por lo tanto, negamos la frecuente afirmación de teólogos éticos, que dice que el Espíritu Santo creó la *personalidad* del hombre, ya que esto se opone a toda la economía de las Escrituras. Porque, ¿qué es nuestra personalidad, sino la realización del plan de Dios en relación con nosotros? Tal como desde la eternidad, Dios nos ha ideado a cada uno como distinto de los otros hombres, con nuestro propio sello, historia de vida, vocación y destino- y como tal, cada uno debe desarrollarse y mostrarse para llegar a ser una persona. Sólo de esa manera, cada uno obtiene carácter; cualquier otra cosa así llamada es orgullo y arbitrariedad. Si nuestra personalidad es consecuencia directa del plan de Dios, entonces ella y todo lo que tenemos en común con todas las demás criaturas no puede provenir del Espíritu Santo, sino del Padre; como todas las otras cosas, recibe su disposición del Hijo, y el Espíritu Santo actúa sobre ella como sobre cualquier otra criatura, encendiendo la chispa e impartiendo el resplandor de la vida.

VIII. Dones y Talentos

“Y el Espíritu de Jehová vino sobre él”.- Jue. iii. 10.

Ahora consideraremos la obra del Espíritu Santo en el otorgar dones, talentos y habilidades, a hombres artistas y profesionales. Las Escrituras declaran que la animación y capacitación especiales para el trabajo, que han sido asignadas a las personas por Dios, proceden del Espíritu Santo.

La construcción del tabernáculo requirió de trabajadores capaces, hábiles carpinteros, orfebres y plateros, y maestros en las artes de tejer y bordar. ¿Quién se los suministrará a Moisés? El Espíritu Santo. Pues leemos en Éxodo xxxi. 2,3: “Mira, yo he llamado por nombre a Bezaleel hijo de Uri... y lo he llenado del Espíritu de Dios, en sabiduría y en inteligencia, en ciencia y en todo arte, para inventar diseños, para trabajar en oro, en plata y en bronce, y en artificio de piedras para engastarlas, y en artificio de madera; para trabajar en toda clase de labor”. El versículo 6 muestra que esta acción del Espíritu Santo incluía otras: “...y he puesto sabiduría en el ánimo de todo sabio de corazón, para que hagan todo lo que te he mandado”. Y para dar mayor luz sobre este tema, las Escrituras también dicen: “y los ha llenado de sabiduría de corazón, para que hagan toda obra de arte y de invención, y de bordado en azul, en púrpura, en carmesí, en lino fino y en telar, para que hagan toda labor, e inventen todo diseño” (Éxodo xxxv. 35).

La obra del Espíritu no sólo se muestra en simple mano de obra calificada, sino también en las esferas más elevadas del conocimiento humano y la actividad mental; pues el genio militar, la perspicacia jurídica, el arte de gobernar, y el poder para inspirar a las masas con entusiasmo, son igualmente atribuibles a Él. Esto es generalmente expresado en las palabras, “Y el Espíritu del Señor vino sobre...” tal héroe, juez, estadista, o tribuna de la gente, especialmente en los días de los jueces, cuando se dijo de Josué, Othoniel, Barak, Gedeón, Sansón, Samuel, y otros que el Espíritu del Señor vino sobre ellos. También se dijo respecto de Zorobabel reconstruyendo el templo: “...ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos”. (Zac. iv. 6). Incluso del rey de los paganos, Ciro, leemos que Jehová lo había llamado a Su obra y le ungió con el Espíritu del Señor- Is. xlv.

Esta última instancia introduce otro aspecto del asunto, es decir, la acción del Espíritu Santo en el capacitar a los hombres para funciones de oficio. Pues, aunque esta acción sobre y a través del oficio recibe su pleno significado sólo en la dispensación de la gracia, aun así, el caso de Ciro muestra que el Espíritu Santo tiene inicialmente una obra que llevar a cabo en este sentido, la cual no sólo es resultado de la gracia, sino que pertenece esencialmente a la naturaleza de la obra, aunque sólo es evidente en la historia de las relaciones especiales de Dios con Su propio pueblo.

En la lucha entre Saúl y David, resulta especialmente notable. No existe ninguna razón para considerar a Saúl como uno de los escogidos de Dios. Luego de su ungimiento, el Espíritu Santo, viene sobre él, permanece con él, y obra sobre él, mientras él siga siendo el rey escogido del Señor sobre Su pueblo. Pero, tan pronto como, por desobediencia deliberada, pierde ese favor, el Espíritu Santo se aparta de él y un mal espíritu del Señor lo atribula. Evidentemente, esta obra del Espíritu Santo no tiene nada que ver con regeneración. Durante un tiempo puede obrar sobre un hombre y luego apartarse de él para siempre; mientras que la obra salvadora del Espíritu, aunque puede ser suspendida por un tiempo, nunca puede perderse totalmente. La conmovedora oración de David, "no quites de mí tu santo Espíritu" (Salmos li. 11), debe, por lo tanto, referirse a los dones que lo califican para el oficio real. David tuvo el terrible ejemplo de Saúl antes que él. Él había visto en lo que se convierte un hombre a quien el Espíritu Santo abandona a sí mismo, y su corazón temblaba por la posibilidad de que un espíritu maligno viniera sobre él, y de tener un final tan triste como el de Saúl. Como Judas, Saúl muere al cometer suicidio.

De la enseñanza, en todas las Escrituras, concluimos que el Espíritu Santo tiene una obra en relación con las artes mecánicas y las funciones de oficio- en cada talento especial mediante el que algunos hombres sobresalen en tal arte u oficio. Esta enseñanza no consiste simplemente en que esos dones y talentos no son del hombre sino de Dios, como todas las demás bendiciones, sino que ellos no son la obra del Padre, ni la del Hijo, sino la del Espíritu Santo. La distinción descubierta en la creación, puede ser observada aquí: dones y talentos vienen del Padre; son dispuestos para cada personalidad por el Hijo, y encendidos como por una chispa que proviene de arriba, por el Espíritu Santo.

Se distingue el *arte en sí*, el *talento personal para practicarlo*, y la *vocación asociada a él*. El *arte* no es una invención del hombre, sino una creación de Dios. En todas las naciones y las épocas, los hombres se han dedicado al arte de tejido, bordado, costura, extracción y fundición de metales nobles, corte y pulido de diamantes, moldeado de hierro y bronce; y en todos estos países y épocas, sin conocer de los esfuerzos mutuos, se han aplicado las mismas artes a todos estos materiales. Por supuesto que existe alguna diferencia. El trabajo oriental lleva un sello muy diferente al de Occidente. Incluso el trabajo francés y el alemán difieren. Sin embargo, bajo esas diferencias, el esfuerzo, el arte aplicado, el material, el ideal perseguido, es el mismo. Así, también, el arte no alcanzó perfección de una sola vez; entre las naciones, las formas que en un principio fueron crudas y torpes, gradualmente se convirtieron en formas puras, refinadas y hermosas. Las sucesivas generaciones mejoraron sobre los logros anteriores, hasta que entre las diversas naciones, se alcanzó relativa perfección del arte y la habilidad. De ahí que el arte no es el resultado del pensamiento y el propósito del hombre, sino que Dios ha puesto en diversos materiales determinadas posibilidades de ejecución; y el hombre debe lograr, mediante la aplicación de esta ejecución, lo que se encuentra en ese material y no lo que sea que el mismo hombre escoja.

Dos cosas deben cooperar para efectuar esto. En la creación de oro, plata, madera, hierro, Dios tiene que haber depositado en ellos ciertas posibilidades; y haber creado poder inventivo en la mente del hombre, perseverancia en su voluntad, fuerza muscular, visión precisa y delicadeza de tacto y acción en sus dedos, calificándolo así para desarrollar lo que se encuentra latente en los materiales. Dado que este trabajo tiene la misma naturaleza en todas las naciones, el progreso perpetuo de la misma gran obra que está siendo alcanzado de acuerdo con el mismo plan majestuoso, a través de sucesivas generaciones- todas las aptitudes artísticas y habilidades ejecutivas deben ser forjadas en el hombre por medio de un poder superior y de acuerdo a un mandato superior. Al observar los tesoros de una exposición industrial a la luz de la Palabra revelada, se verá en su desarrollo progresivo y unidad genética la caída del orgullo humano, y se exclamará: "¡Qué es todo este arte y habilidad, sino la

manifestación de las posibilidades que Dios ha puesto en estos materiales, y de los poderes de la mente y el ojo y el dedo que Él ha dado a los hijos de los hombres!"

Consideremos, ahora, el *talento personal* como completamente distinto del *arte*.

El orfebre en su arte, y el juez en su oficio, entran en una obra de Dios. Cada uno trabaja en su vocación divina, y todas las habilidades y el juicio que se pueden desarrollar dentro de ella provienen de los tesoros del Señor.

Aún así, un obrero difiere de otro obrero, un general de otro general. Uno de ellos sólo copia el producto de la generación previa a él, y lo lega sin aumentar la habilidad artística. Empezó como aprendiz, e imparte esta habilidad a otros aprendices, pero la destreza artística es la misma. El otro, manifiesta algo parecido a un genio. Rápidamente supera a su maestro; ve, toca, descubre algo nuevo. En su mano el arte es enriquecido. Le es dado, desde los tesoros de la habilidad artística divina, transferir belleza nueva hacia la habilidad humana.

Así también respecto de hombres en el oficio y la profesión. Miles de oficiales entrenados en nuestras escuelas militares se conviertan en buenos maestros de la ciencia de la estrategia tal como se ha practicado hasta ahora, pero no le añaden nada; mientras que entre estos miles puede haber dos o tres dotados de genio militar, quienes en caso de guerra, asombrarán al mundo por sus brillantes hazañas.

Este talento, este genio individual tan íntimamente relacionado con la personalidad del hombre, es un *don*. Ningún poder en el mundo, puede crearlo en el hombre que no lo posee. El niño nace con o sin él; si es sin él: ni educación, ni rigurosidad- ni siquiera la ambición- pueden llamarlo a existencia. Pero, como el don de gracia es libremente otorgado por el Dios soberano, así también ocurre con el don de la genialidad. Cuando la gente ora, no debería olvidar pedirle al Señor que levante entre ellos hombres de talento, héroes del arte y del oficio.

Cuando en 1870 Alemania obtenía sólo victorias, y Francia sólo derrotas, fue la soberanía de Dios la que dio a la primera generales talentosos, y en desaprobación, se los negó a la segunda.

Consideremos la *vocación*.

Oficiales y mecánicos tienen una alta convocatoria. No todos tienen la misma habilidad. Uno está adaptado para el mar, otro para el arado. Uno de ellos es una persona torpe en la fundición, pero un maestro en el tallado de madera, mientras que otro es todo lo contrario. Esto depende de la personalidad, la naturaleza y el deseo. Y puesto que el Espíritu Santo ilumina la personalidad, Él también determina el llamado de cada hombre al oficio o profesión. Lo mismo se aplica a la vida de las naciones. Los franceses se destacan en el gusto, así como en la realización de arte; mientras que los ingleses parecen creados para el mar, nuestros maestros en todos los mercados del mundo. El Espíritu Santo da incluso la habilidad y el talento artísticos a una nación de una sola vez, y la retira de igual manera. Holanda, hace tres siglos, superó a toda Europa en tejido, en manufactura de porcelana, en imprenta, en pintura y en grabado. Pero, ¡Cuán gran descenso posterior en estas áreas! -aunque ahora el progreso aparece de nuevo.

Lo que encontramos en Israel tiene relación con esto. Esta misma sed y capacidad de conocimiento, han causado que el hombre caiga. El primer impulso dado a la habilidad artística fue entre los descendientes de Caín: los Jubales y los Jabales y los Tubal-Caín fueron los primeros artistas. Y aun así, todo este desarrollo, aunque se alimentaba de los tesoros de Dios, se apartó más y más de Él; mientras que Su propio pueblo no lo tenía en absoluto. En los días de Samuel, no se había encontrado ningún herrero en toda la tierra de Canaán. Por lo tanto, el Espíritu que viene sobre Bezaleel y Aholiab, sobre Otoniel y Sansón, sobre Saúl y David, significa algo más que un mero impartir de habilidades y talentos artísticos; particularmente, la restauración de lo que el pecado había corrompido y manchado. Y, por tanto, la iluminación de un Bezaleel vincula la obra del Espíritu Santo a la creación material y a la de la dispensación de la gracia.

Re-Creación

IX. Creación y Re-Creación

“He aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros.”—Prov. i. 23.

Abordamos la obra especial del Espíritu Santo en la Re-creación. Hemos visto que el Espíritu Santo desempeñó una parte en la creación de *todas las cosas*, particularmente en la creación del *hombre*, y muy particularmente al dotarlo de *dones y talentos*; también, que Su obra creadora afecta al sostenimiento de las “cosas,” del “hombre,” y de los “talentos,” a través de la providencia de Dios; y que en esta doble serie de actividad triple la obra del Espíritu está íntimamente conectada con aquella del Padre y aquella del Hijo, de manera que toda cosa, todo hombre, todo talento, brota del Padre, recibe disposición en su respectiva naturaleza y ser a través del Hijo, y recibe la chispa de la vida por el Espíritu Santo.

El viejo himno, “Veni, Creator Spiritus,” y la antigua confesión del Espíritu Santo como el “Vivificans” concuerdan con esto perfectamente. Porque lo último significa aquella Persona en la Trinidad que imparte la chispa de la vida; y lo primero significa, “Viendo que las cosas que han de vivir y que vivirán están listas, ven Espíritu Santo y avívalas.”

Siempre está el mismo pensamiento profundo: el Padre permanece fuera de la criatura; el Hijo la toca externamente; por el Espíritu Santo la vida divina la toca directamente a su ser interior. Sin embargo, no se entienda que estamos diciendo que Dios entra en contacto con la criatura sólo en la regeneración de Sus hijos, pues eso sería falso. A los cristianos en Atenas, San Pablo dice “En Él vivimos y nos movemos y tenemos nuestro ser.” Y nuevamente, “Porque de Su descendencia somos” (Hechos xvii. 28). Sin mencionar plantas o animales, no existe en la tierra vida, energía, ley, átomo o elemento sin que el Dios Todopoderoso y Omnipresente avive y soporte esa vida de momento a momento, haga que esa energía trabaje, y haga cumplir esa ley. Supongamos que por un instante Dios dejara de sostener y animar esta vida, estas fuerzas, y esa ley; en ese mismo instante dejarían de ser. La energía que procede de Dios debe, por lo tanto, tocar a la criatura en el centro de su ser, desde donde toda su existencia debe brotar. De ahí que no hay sol, luna, ni estrella, ni material, planta, o animal, y, en mucho mayor sentido, no hay hombre, habilidad, don, o talento si Dios no los toca y los sostiene a todos.

Es este acto de entrar en contacto directo con cada criatura, animada o inanimada, orgánica o inorgánica, racional o irracional, que, de acuerdo a la profunda concepción de la Palabra de Dios, no es realizado por el Padre, ni por el Hijo, sino por el Espíritu Santo.

Y esto pone la obra del Espíritu Santo en una luz bastante diferente de aquella en la cual por muchos años la Iglesia la ha mirado. La impresión general es que Su obra se refiere a la vida

de gracia solamente, y está confinada a la regeneración y santificación. Esto, de cierta forma, se debe a la bien sabida división del Credo Apostólico por el Catecismo de Heidelberg, pregunta 29, “¿Cómo se dividen estos artículos?” que se responde: “En tres partes—de Dios el Padre y nuestra creación. De Dios el Hijo y nuestra redención, y de Dios el Espíritu Santo y nuestra santificación.” Y esto, también lo ha declarado en su “Thesaurus” Altho Ursinus, uno de los autores de este catecismo: “Todas las tres Personas crean, redimen y santifican. Pero en estas operaciones observan este orden—que el Padre crea de Sí mismo mediante el Hijo; el Hijo crea mediante el Padre; y el Espíritu Santo mediante ambos.”

Pero como la profunda percepción del misterio de la adorable Trinidad se perdió gradualmente, y la el énfasis del púlpito sobre ella se tornó tanto escaso como superficial, el error sabeliano naturalmente se volvió a introducir lentamente en la Iglesia, a saber, que habían tres períodos sucesivos en las actividades de las Personas divinas: primero, el del Padre solo, creando el mundo y sosteniendo el orden natural de las cosas. Esto fue seguido por un período de actividad por parte del Hijo, cuando la naturaleza se había desnaturalizado y el hombre caído se había vuelto un tema de redención. Finalmente, vino el del Espíritu Santo regenerando y santificando a los redimidos sobre la base de la obra de Cristo.

De acuerdo a esta visión, en la niñez, cuando comer, beber y jugar ocupaba todo nuestro tiempo, teníamos que ver con el Padre. Más adelante, cuando la convicción del pecado se nos presentó, sentimos la necesidad del Hijo. Y no sino hasta que la vida de santidad comenzara en nosotros el Espíritu Santo empezó a fijarse en nosotros. De ahí que mientras el Padre forjaba, el Hijo y el Espíritu Santo estaban inactivos; cuando el Hijo desarrolló Su obra, el Padre y el Espíritu Santo estaban inactivos; y ahora como el Espíritu Santo solo realiza Su trabajo, el Padre y el Hijo están ociosos. Pero como esta visión de Dios es totalmente insostenible, Sabellius, que la desarrolló filosóficamente, llegó a la conclusión que Padre, Hijo, y Espíritu Santo eran después de todo sólo una Persona; la cual primero forjó la creación como Padre; luego, después de transformarse en el Hijo, forjó nuestra redención; y ahora, como Espíritu Santo, perfecciona nuestra santificación.

Y sin embargo, por inadmisibles que sea esta visión, es más reverente y temerosa de Dios que las crudas superficialidades de las actuales opiniones que confinan las operaciones del Espíritu enteramente a los elegidos, comenzando sólo en su regeneración.

Cierto, los sermones sobre la creación se referían, al pasar, al movimiento del Espíritu Santo sobre la faz de las aguas, y Su presencia ante Bezaleel y Aholiab es tratada en la clase de catequesis; pero ambos no están conectados, y al auditor nunca se le hace entender qué tuvo que ver el Autor de nuestra regeneración con el movimiento sobre las aguas; fueron meramente hechos aislados. La regeneración fue la obra principal del Espíritu Santo.

Nuestros teólogos reformados siempre nos han advertido sobre tales representaciones que son sólo el resultado de hacer del hombre el punto de partida en la contemplación de cosas divinas. Siempre hicieron de Dios mismo el punto de partida, y no estuvieron satisfechos hasta que la obra del Espíritu Santo fuera claramente observada en todas sus etapas, a través de los tiempos, y en el corazón de toda criatura. Sin esto el Espíritu Santo no podría ser Dios, el objeto de su adoración. Sentían que un tratamiento así de superficial llevaría a una negación de Su personalidad, reduciéndolo a una mera *fuera*.

De ahí que no hemos escatimado ningún dolor, ni omitido detalle alguno, con el objeto, por la gracia de Dios, de exponer ante la Iglesia dos pensamientos distintos, a saber:

Primero, *La obra del Espíritu Santo no está confinada a los elegidos, y no comienza con su regeneración; pero toca a cada criatura, animada e inanimada, y comienza Sus operaciones sobre los elegidos al momento mismo de su origen.*

Segundo, *La obra correcta del Espíritu Santo en cada criatura consiste en el avivamiento y sostenimiento de la vida con referencia a su ser y talentos, y, en su sentido más elevado, con referencia a la vida eterna, que es su salvación.*

De esta forma hemos retomado el verdadero punto de vista necesario para considerar la obra del Espíritu Santo en la re-creación. Porque así aparece:

Primero, que esta obra de re-creación no se efectúa sobre el hombre caído independientemente de su creación original; sino que el Espíritu Santo, quien en la regeneración enciende la chispa de la vida eterna, ya ha encendido y sostenido la chispa de la vida natural. Y, nuevamente, que el Espíritu Santo, que imparte al hombre nacido, desde lo alto, dones necesarios para la santificación y para su llamado a la nueva esfera de vida, lo ha dotado en su primera creación con dones y talentos naturales.

De aquí sigue la fructífera confesión de la unidad de la vida del hombre antes y después del nuevo nacimiento que corta toda forma de Metodismo^[1] desde la raíz, y que caracteriza a la doctrina de las iglesias Reformadas.

Segundo, es evidente que la obra del Espíritu Santo mantiene el mismo carácter en la creación y la re-creación. Si reconocemos que Él aviva la vida en aquello que es creado por el Padre y por el Hijo, ¿qué hace Él en la re-creación sino una vez más avivar la vida en aquel que es llamado del Padre y redimido por el Hijo? Nuevamente, si la obra del Espíritu es Dios tocando el ser de la criatura por medio de Él, ¿qué es la re-creación sino el Espíritu entrando en el corazón del hombre, haciéndolo Su templo, reconfortándolo, animándolo y santificándolo? De esta forma siguiendo a la Sagrada Escritura y a los teólogos superiores, alcanzamos una confesión que mantiene la unidad de la obra del Espíritu, y lo hace unir orgánicamente la vida natural y la espiritual, el reino de la naturaleza y aquel de gracia.

Por supuesto Su obra en lo último sobrepasa aquella en lo primero:

Primero, como es Su trabajo tocar el ser interior de la criatura, mientras más tierno y natural sea el contacto, más gloriosa será la obra. De ahí que aparece más hermoso en el hombre que en el animal; y más brillante en el hombre espiritual que en el natural, dado que el contacto con el primero es más íntimo, la hermandad más dulce, la unión completa. Segundo, dado que la creación está tan lejana detrás de nosotros y que la re-creación nos toca personalmente y diariamente, la Palabra de Dios dirige más atención a lo último, reclamando para ello más prominencia en nuestra confesión. Sin embargo, por diferentes que sean las mediciones de operación y energía, el Espíritu Santo permanece en la creación y la re-creación como el único Trabajador omnipotente de toda vida y avivamiento, y es, por lo tanto, digno de toda alabanza y adoración.

X. Orgánica e Individual

"¿Dónde está el que puso en medio de él Su Santo Espíritu?"—Isaías lxiii. 11.

La siguiente actividad del Espíritu Santo reside en el reino de la gracia.

En la naturaleza el Espíritu de Dios aparece creando, en la gracia, re-creando. La llamamos re-creación, porque la gracia de Dios no crea algo inherentemente nuevo, sino una nueva vida en una naturaleza vieja y degradada.

Pero esto no debe entenderse como que la gracia restauró sólo lo que el pecado había destruido. Porque entonces el hijo de Dios, nacido de nuevo y santificado, debe ser como Adán lo fue en el Paraíso antes de la caída. Muchos lo entienden así, y lo presentan como sigue: En el Paraíso Adán se enfermó; el veneno de la eterna corrupción entró en su alma y penetró en todo su ser. Ahora viene el Espíritu Santo como médico, portando el remedio de la gracia para sanarlo. Vierte el bálsamo en sus heridas, sana sus magulladuras y renueva su juventud; y así el hombre, nacido de nuevo, sanado y renovado, es, de acuerdo a su postura, precisamente lo que era el primer hombre en un estado de rectitud. Una vez más las condiciones del pacto de obras son presentadas a él. Por sus buenas obras nuevamente ha de heredar la vida eterna. Nuevamente puede caer como Adán y ser presa de la muerte eterna.

Pero todo este parecer está equivocado. La Gracia no pone al impío en un estado de rectitud, pero lo *justifica*—dos cosas muy diferentes. Aquel que se mantiene en un estado de rectitud tiene ciertamente una virtuosidad original, pero la puede perder; puede ser juzgado y fracasar tal como fracasó Adán. Debe reivindicar su rectitud. Su consistencia interior debe descubrirse a sí misma. Aquel que es recto hoy, puede no serlo mañana.

Pero cuando Dios justifica a un pecador lo pone en un estado totalmente diferente. La justicia de Cristo se vuelve suya. ¿Y cuál es esta rectitud? ¿Estaba Jesús sólo en un estado de rectitud? De ninguna manera. Su virtud fue puesta a prueba, juzgada, y cernida; incluso fue puesta a prueba por el fuego destructor de la ira de Dios. Y esta virtud convertida de "*rectitud original*" a "*virtuosidad reivindicada*" fue imputada a los impíos.

Por lo tanto lo impío, al ser justificado por gracia, no tiene nada que ver con el estado de Adán *antes de la caída*, sino que ocupa el lugar de Jesús *después de la resurrección*. Posee un bien que no puede perder. No trabaja más por un salario, pero la herencia es suya. Sus obras, su celo, amor y alabanza no fluyen de su propia pobreza, sino de la rebotante plenitud de la vida que fue obtenida para él. Como se expresa a menudo: Para Adán en el Paraíso, estaba primero el trabajo y luego el descanso sabático; pero para los impíos justificados por gracia el descanso sabático viene primero, y luego el trabajo que fluye de las energías de ese sábado. En el comienzo la semana cerraba con el sábado; para nosotros el día de la resurrección de Cristo abre la semana que se alimenta de los poderes de esa resurrección.

Por lo tanto, la gran y gloriosa obra de re-creación tiene dos partes:

Primero, la eliminación de la corrupción, la curación de la violación, la muerte al pecado, la expiación de la culpa.

Segundo, la inversión del primer orden, el cambio de todo el estado, la presentación y el establecimiento de un nuevo orden.

Lo último es de suma importancia. Porque muchos enseñan algo distinto. Aunque conceden que un recién nacido hijo de Dios no es precisamente lo que fue Adán antes de la caída, ven la diferencia sólo en la recepción de una naturaleza superior. El estado es el mismo, con diferencias de grado. Esta es la teoría actual. La naturaleza de mayor grado se denomina "*divino-humana*," la cual Cristo lleva en Su Persona; la cual, siendo consolidada por Su Pasión y Resurrección, es ahora impartida al alma recién nacida, elevando la naturaleza más baja y degradada a esta vida superior.

Esta teoría está en conflicto directo con las Escrituras, que nunca hablan de condiciones similares pero con diferencias de grado y poder, sino de una condición a veces muy inferior en poder y grado que aquella de Adán, pero transferida a un orden totalmente diferente.

Por esta razón la Escritura y la Confesión de nuestros padres enfatizan la doctrina de los Pactos; porque la diferencia entre los Pactos de Obras y de Gracia muestra la diferencia entre dos órdenes de cosas espirituales. Aquellos que enseñan que el nuevo nacimiento meramente imparte una naturaleza superior, permanecen bajo el Pacto de Obras. De ellos es el trabajo agotador de subir a la montaña la piedra de Sísifo, aunque sea con la mayor energía de la vida superior. La doctrina de Gracia de Las Escrituras pone fin a esta tarea imposible de Sísifo; transfiere el Pacto de Obras de nuestros hombros a los de Cristo, y abre ante nosotros un nuevo orden en el Pacto de Gracia donde no puede haber más incertidumbre ni temor, ni pérdida ni confiscación de los beneficios de Cristo, sino uno del cual la Sabiduría grita, "¿No clama la sabiduría, y da su voz la inteligencia? En las alturas junto al camino, a las encrucijadas de las veredas se para" (Prov. viii. 1, 2) diciendo que todas las cosas están ahora listas.

La obra de re-creación tiene esta peculiaridad, que pone al elegido inmediatamente al final del camino. No son como el viajero que aún está a medio camino de su hogar, sino como uno que ha completado su viaje; el largo, triste y peligroso camino está completamente detrás de él. Por supuesto, no recorrió ese camino; nunca podría haber alcanzado la meta. Su Mediador Árbitro lo viajó por él—y en su lugar. Y por unión mística con su Salvador, es como si hubiera viajado la distancia completa; no como nosotros lo consideramos, sino como Dios lo considera.

Esto mostrará por qué la obra del Espíritu Santo aparece más poderosa en la re-creación que en la creación. Porque, ¿de qué camino se habla, sino de aquel que nos guía desde el centro de nuestros corazones degenerados hasta el centro del corazón amante de Dios? Toda piedad apunta a traer al hombre a comunión con Dios; por lo tanto, a hacerlo viajar el camino entre él y Dios. El hombre es el único ser en la tierra para el cual su contacto con Dios significa comunión consciente. Dado que esta comunidad se rompe por la aparición del pecado, al final del camino

el contacto y la comunidad deben ser perfectos, en lo que respecta el estado y los principios del hombre. Si el compañerismo es el término y la gracia de Dios pone a Su hijo ahí de inmediato, por lo menos en lo que concierne su estado, hay una obvia diferencia entre él y el no regenerado; porque el recién mencionado está infinitamente distante de Dios, mientras que el anterior tiene la más dulce comunidad con Él. Dado que es la operación interna del Espíritu Santo la que logra esto, Su mano debe aparecer más poderosa y gloriosa en la re-creación que en la creación. Si pudiéramos ver Su obra en la re-creación como un hecho cumplido, podríamos entenderlo en su totalidad y escapar las dificultades con las que nos encontramos ahora comparando el Antiguo Testamento con el Nuevo sobre este tema.

La re-creación nos trae aquello que es eterno, terminado, perfeccionado, completado; mucho más allá de la sucesión de momentos, el curso de los años, y el desarrollo de circunstancias. Aquí yace la dificultad. Esta obra eterna debe ser traída a un mundo *temporal*, a una raza que está en proceso de desarrollo; de ahí que esa obra debe *hacer* historia, aumentando como una planta, creciendo, floreciendo, y dando frutos. Y esta historia debe incluir un tiempo de *preparación, revelación*, y finalmente de llenar la tierra con arroyos de gracia, salvación y bendición.

Si no estuviera relacionado con el hombre sino con seres irracionales, no habría dificultad alguna; pero cuando comenzó su curso, el hombre ya estaba en el mundo, y al pasar de las épocas el flujo de la humanidad se expandió. De ahí la pregunta importante: Si es que las generaciones que vivieron durante el largo camino de preparación antes de Cristo, en quienes la obra de re-creación fue finalmente revelada, fueron partícipes de sus bendiciones. La Escritura responde afirmativamente. En las épocas antes de Cristo los elegidos de Dios compartían las bendiciones de la obra de re-creación. Abel y Enoc, Noé y Abraham, Moisés y David, Isaías y Daniel fueron salvados por la misma fe que Pedro, Pablo, Lutero y Calvino. El Pacto de Gracia, aunque hecho con Abraham y por un tiempo conectado con la vida nacional de Israel, ya existía en el Paraíso. Los teólogos de las iglesias reformadas han develado claramente la verdad de que los elegidos de Dios de ambas dispensaciones entraron por la misma puerta de rectitud y caminaron la misma vía de salvación que aún caminan al banquete del Cordero.

¿Pero cómo pudo Abraham, viviendo tantos años antes de Cristo, siendo el único a través de quien la gracia y la verdad han sido reveladas, tener su fe contada a su favor como justicia de manera que vio el día de Jesús y se gozó en él?

Esta dificultad ha confundido a muchas mentes en relación a las Antiguas y Nuevas Dispensaciones, y hace que muchos pregunten vanamente: ¿Cómo pudo haber una operación de salvación del Espíritu Santo en el Antiguo Testamento si fue vertido sólo en Pentecostés? La respuesta se encuentra en la casi inescrutable obra del Espíritu Santo, donde, por un lado, Él trajo a la historia de nuestra raza esa eterna salvación ya terminada y completa que debe recorrer períodos de preparación, revelación, y frutos; y donde, por otro lado, durante el período preparatorio, esta misma preparación fue hecha, mediante gracia maravillosa, el medio para salvar almas aun antes de la Encarnación del Verbo.

XI. La Iglesia Antes y Después de Cristo

"Y todos éstos, aunque recibieron buen testimonio por la fe, no recibieron el cumplimiento de la promesa."—Hebreos xi. 39.

La claridad requiere distinguir dos operaciones del Espíritu Santo en la obra de re-creación antes del Adviento, a saber, (1) la preparación de la redención para toda la Iglesia, y (2) la regeneración y santificación de los santos que entonces vivían.

Si no hubieran habido elegidos antes de Cristo, de manera que Él no tuviera Iglesia sino hasta Pentecostés; y si, como Balaam y Saúl, los portadores de la revelación del Antiguo Testamento no hubieran tenido interés personal en el Mesías, entonces sería evidente por sí mismo que, antes del Adviento, el Espíritu Santo pudo haber tenido sólo una obra de re-creación, a saber, la preparación de la salvación que vendría. Pero como Dios tenía una iglesia desde el principio del mundo, y casi todos los portadores de la revelación eran partícipes de Su salvación, la obra

re-creativa del Espíritu debe consistir de dos partes: primero, de la preparación y redención de toda la Iglesia; y, segundo, de la santificación y consuelo de los santos del Antiguo Testamento. Sin embargo, estas dos operaciones no son independientes, como dos cursos de agua separados, sino como gotas de lluvia cayendo sobre el mismo río de revelación. Ni siquiera son como dos ríos de distintos colores que se juntan en el mismo lecho de un río; porque la primera no contenía nada para la Iglesia del futuro que no tuviera también significado para los santos del Antiguo Pacto; ni la segunda recibió revelación o mandamiento alguno que no tuviera significado también para la Iglesia del Nuevo Pacto. El Espíritu Santo entretrejió y entrelazó de tal manera esta obra bipartita que lo que fue la preparación de la redención para nosotros, fue al mismo tiempo revelación y ejercicio de fe para los santos del Antiguo Testamento; mientras que, por el otro lado, Él usó sus vidas, conflictos, sufrimientos y esperanzas personales como el lienzo sobre el cual bordó la revelación y redención para nosotros.

Esto no significa que la revelación de antaño no contuviera un gran porcentaje que tenía un sentido y propósito diferente para ellos del que tiene para nosotros. Antes de Cristo, el servicio completo de tipos y sombras tenía significado que perdió inmediatamente después del Adviento. Continuarlo después del Adviento sería equivalente a una negación y repudio a Su venida. La sombra de uno va por delante; cuando sale a la luz la sombra desaparece. Por lo tanto, el Espíritu Santo desarrolló una obra especial para los santos de Dios al darles un servicio temporal de tipos y sombras.

Que este servicio haya eclipsado toda su vida hace que su impresión sea tanto más fuerte. Esta sombra estuvo sobre toda la historia de Israel; estuvo esbozado en todos sus hombres desde Abraham hasta Juan el Bautista; cayó sobre los sistemas judiciales y políticos, y más pesadamente sobre la vida social y doméstica; y en las imágenes más puras se extendió sobre el servicio de culto. De ahí los pasajes del Antiguo Testamento que se refieren a este servicio no tienen el significado para nosotros que tuvieron para ellos. Cada característica de él tenía fuerza vinculante para ellos. Por el contrario, no circuncidamos a nuestros varones, pero bautizamos a nuestros niños; no comemos durante la Pascua, ni observamos la Fiesta de Tabernáculos, ni sacrificamos la sangre de toros o vaquillas, como cualquier lector discriminador del Antiguo Testamento entiende. Y aquellos que en la Dispensación del Nuevo Testamento buscan reintroducir el diezmo, o restablecer el reino y el sistema judicial de los días del Antiguo Testamento, se embarcan, de acuerdo a experiencias anteriores, en una tarea sin esperanzas: sus esfuerzos muestran poco éxito, y toda su actitud demuestra que no gozan de la totalidad de la libertad de los hijos de Dios. En realidad todos los cristianos están de acuerdo con esto, reconociendo que la relación que sostenemos hacia la ley de Moisés es del todo diferente a aquella del antiguo Israel.

El Decálogo por sí solo es ocasionalmente fuente de discrepancia, especialmente el Cuarto Mandamiento. Aún hay cristianos que no admiten ninguna diferencia entre aquello que tiene un carácter pasajero, ceremonial, y aquello que es perpetuamente ético, y que buscan sustituir el último día de la semana por el día del Señor.

Sin embargo, dejando a un lado estas serias diferencias, repetimos que el Espíritu Santo tuvo una obra especial en los días antes de Cristo, que estaba dirigido a los santos de esos días, pero que para nosotros ha perdido su significado anterior.

No significa, sin embargo, que podamos descartar esta obra del Espíritu Santo, y que los libros que contienen estas cosas puedan dejarse de lado. Esta visión ha logrado vigencia—especialmente en Alemania, donde el Antiguo Testamento se lee incluso menos que los libros del Apócrifo, con la excepción de los Salmos y algunos pericopios seleccionados. Por el contrario, este servicio de sombras tiene aun en los más mínimos detalles un significado especial para la Iglesia del Nuevo Testamento; sólo que el significado es diferente. Este servicio en la historia del Antiguo Pacto atestigua para nosotros las maravillosas obras de Dios, mediante las cuales de Su infinita misericordia nos ha salvado del poder de la muerte y del infierno. En las personalidades del Antiguo Pacto revela el maravilloso trabajo de Dios al implantar y preservar la fe a pesar de la depravación humana y la oposición satánica. El servicio de ceremonias en el santuario nos muestra la imagen de Cristo y de Su gloriosa redención en los más mínimos detalles. Y finalmente, el servicio de sombras en la vida política, social y doméstica de Israel nos revela esos principios divinos, eternos e inmutables que,

liberados de sus formas transitorias y temporales, deberían gobernar la vida política y social de todas las naciones cristianas por todos los tiempos.

Y sin embargo, esto no agota el significado que siempre tuvo este servicio, y que aún tiene, para la Iglesia Cristiana.

No sólo nos revela los lineamientos de la casa espiritual de Dios; pues, de hecho, operó en nuestra salvación:

Primero, preparó y preservó en medio de la idolatría pagana a gente que, siendo portadores de los oráculos divinos, preparara al Cristo en Su venida un lugar para la planta de Su pie y base de operaciones.^[2] No podría haber llegado a Atenas o Roma ni a China o India. Nadie allí lo habría entendido, o hubiera suministrado instrumento o material para construir la Iglesia del Nuevo Pacto. La salvación que fue lanzada como un fruto maduro en la falda de la Iglesia Cristiana había crecido en un árbol profundamente enraizado en este servicio de sombras. De ahí que la historia de ese período es parte de la nuestra, como la vida de nuestra niñez y nuestra juventud permanece nuestra, a pesar de que como hombres hemos dejado de lado las niñerías.

Segundo, el conocimiento de este servicio e historia, siendo partes de la Palabra de Dios, fueron fundamentales en el traslado de los hijos de Dios desde la oscuridad de la naturaleza a Su luz maravillosa.

Sin embargo, como el Espíritu Santo desarrolló obras especiales para los santos de esos días que tienen un significado diferente pero no menos importante para nosotros, también realizó obras en esos días que estaban dirigidas más directamente a la Iglesia del Nuevo Testamento, las cuales también tenían un significado diferente pero no menos importante para los santos del Antiguo Pacto. Esto fue obra de la *Profecía*.

Como declara Cristo, el propósito de la profecía es predecir cosas futuras de manera que, una vez ocurridos los eventos predichos, la Iglesia pueda creer y confesar que fue obra del Señor. El Antiguo Testamento a menudo plantea esto, y el Señor Jesús lo declaró a Sus discípulos, diciendo: "Ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis" (Juan xiv. 29). Y nuevamente: "Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis que Yo Soy" (Juan xiii. 19). Y aun más claramente: "Pero estas cosas os he dicho, que cuando llegue el momento, podáis recordar que Yo les hablé de ellas." Estas afirmaciones, comparadas con las palabras de Isa. xli. 23, xlii. 9, y xliii. 19, no dejan dudas respecto al objetivo de la profecía.

No significa que esto agote el tema de la profecía, o que no tiene otros objetivos; pero su fin principal y final se alcanza sólo cuando, sobre la base de su realización, la Iglesia le cree a su Dios y Salvador y lo magnifica en Sus poderosos actos.

Pero mientras que su centro de gravedad es la realización, en la iglesia del Nuevo Testamento, estaba igualmente dirigida a los santos contemporáneos. Porque, aparte de las actividades proféticas que se referían exclusivamente al pueblo de Israel que vivía en ese tiempo, y las profecías cumplidas en la vida nacional de Israel, las profecías que valientemente esbozaban a Cristo dieron preciosos frutos para los santos del Antiguo Testamento. Conectado con teofanías, produjo en sus mentes una forma tan fija y tangible del Mesías que la hermandad con Él, que por sí sola es esencial para la salvación, fue hecha posible para ellos por anticipación, tal como a nosotros por memoria. No sólo se hizo posible esta hermandad al final de la Dispensación, en Isaías y Zacarías; Cristo atestigua que Abraham deseaba ver Su día, lo vio, y se gozó.

Notas

1. ↑ Para el sentido en que el autor toma el metodismo, vea la sección 5 en el Prefacio.
2. ↑ En holandés, "centro de vida."

La Sagrada Escritura Del Antiguo Testamento

XII. La Sagrada Escritura

“Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la repreñión, para la corrección, para la instrucción en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente capacitado para toda buena obra.”—2 Tim iii. 16, 17.

Entre las divinas obras de arte producidas por el Espíritu Santo, la Sagrada Escritura es la primera. Puede parecer increíble que las páginas impresas de un libro puedan sobrepasar Su trabajo espiritual en los corazones humanos; sin embargo, asignamos a la Sagrada Escritura el lugar más conspicuo sin vacilación.

Los objetantes nunca pueden haber considerado lo que este Libro sagrado es, o lo que es cualquier otro libro, escrito, o lenguaje es, o lo que significa poner un mundo de reflexión en una colección de Sagrada Escritura. Negamos que un libro, especialmente uno como la Sagrada Escritura, se ponga a un mundo de divino pensamiento, a la corriente de la vida, y experiencia espiritual. Un libro no es meramente papel impreso con tinta, sino como un retrato—una colección de líneas y rasgos donde vemos la semejanza de una persona. Si nos ponemos de pie cerca, no vemos a la persona, sino manchas y líneas de pintura; pero a la distancia apropiada éstas desaparecen y vemos la semejanza de una persona. Aun ahora no nos habla, porque es la cara de un extraño; podremos juzgar el carácter del hombre, sin embargo, no nos interesa. Pero dejemos que su hijo mire, e instantáneamente la imagen que no nos provocó nada a nosotros lo atrae a él con calidez y vida, las cuales eran invisibles para nosotros porque nuestros corazones carecían de lo esencial. Lo que atrae al niño no está en el cuadro, sino en su memoria e imaginación; la cooperación de los rasgos en el retrato y la imagen del padre en su corazón hacen que la semejanza hable.

Esta comparación explicará el misterioso efecto de la Escritura. Guido de Brès habló de ello en sus debates con los Bautistas: “Aquello que llamamos Sagrada Escritura no es papel con impresiones negras, sino aquello que se dirige a nuestros espíritus mediante esas impresiones.” Esas letras son muestras de reconocimiento; esas palabras son sólo clicks de la tecla del telégrafo señalando pensamientos a nuestros espíritus por las líneas de nuestros nervios visuales y auditivos. Y los pensamientos señalados así no están aislados ni son incoherentes, sino que son parte de un completo sistema que es directamente antagónico a los pensamientos del hombre, y aun así entran en su esfera.

Leer la Escritura trae a nuestra mente la esfera de pensamientos divinos en tanto los necesitemos como pecadores, para glorificar a Dios, amar a nuestro prójimo, y salvar el alma. Esto no es una mera colección de bellas y brillantes ideas, sino el reflejo de la vida divina. En Dios la vida y el pensamiento están unidos: no puede haber vida sin pensamiento, ningún pensamiento puede no ser el producto de la vida. No es así con nosotros. La falsedad entró en nosotros, es decir, podemos cortar el pensamiento de la vida. O más bien, siempre están cortados, a no ser que voluntariamente hayamos establecido la unidad previa. De ahí nuestras frías abstracciones; nuestro hablar sin hacer; nuestras palabras sin poder; nuestros

pensamientos sin trabajar; nuestros libro que, como plantas cortadas de sus raíces, se marchitan antes de florecer, mucho menos dan fruto.

La diferencia entre la vida divina y la humana le da a la Escritura su singularidad e imposibilita el antagonismo entre su letra y su espíritu, tal como podría sugerir una falsa exégesis de 2 Cor. iii. 6. Si la Palabra de Dios estuviera dominada por la falsedad que se ha deslizado en nuestros corazones, y en medio de nuestra miseria continúa poniendo palabra y vida en oposición así como en separación, entonces nos refugiaríamos en el punto de vista de nuestros hermanos disidentes, con su exaltación de la vida por encima de la Palabra. Pero no necesitamos hacerlo, porque la oposición y la separación no están en la Escritura. Por esta razón es la Sagrada Escritura; porque no se perdió en el quiebre de pensamiento y vida, y es, por lo tanto, claramente diferente de escritos donde hay un abismo entre las palabras y la realidad de la vida. Lo que carecen otros escritos está en este Libro: perfecta concordancia entre la vida reflejada en el pensamiento divino y los pensamientos que la Palabra engendra en nuestras mentes.

La Sagrada Escritura es como un diamante: en la oscuridad es como un pedazo de vidrio, pero tan pronto como la luz la golpea, el agua comienza a centellear, y el centelleo de la vida nos da la bienvenida. Así es que la Palabra de Dios apartada de la vida divina no tiene valor, no digna siquiera del nombre Sagrada Escritura. Existe sólo en conexión con su vida divina, desde donde imparte pensamientos que dan vida a nuestras mentes. Es como la fragancia de un parterre que nos refresca sólo cuando las flores y nuestro sentido del olfato se corresponden. Por lo tanto, la ilustración del niño y el retrato de su padre es exacta.

Aunque la Biblia siempre destella pensamientos nacidos de la vida divina, los efectos no son los mismos en todos. Como un todo, es un retrato de Él que es la luminosidad de la gloria de Dios y la imagen expresa de Su Persona, apuntando ya sea a mostrarnos Su semejanza o a servir como su fondo.

Nótese la diferencia cuando un hijo de Dios o un extraño se enfrentan a esa imagen. No significa que no tiene nada que decir a los no regenerados—este es un error del Metodismo que debería ser corregido.^[1] Se dirige a todos los hombres como la Palabra del Rey, y todos deben recibir su sello a su manera. Pero mientras que el extraño ve sólo una cara extraña, que lo fastidia, contradice su mundo, y de esa forma lo repele, el hijo de Dios lo entiende y lo reconoce. Está en la más sagrada simpatía con la vida del mundo desde donde esa imagen lo saluda. De esta forma leyendo lo que el extraño no pudo leer, siente que Dios le habla, susurrando paz a su alma.

No se trata de que la Escritura sea sólo un sistema de señales para transmitir pensamiento al alma; más bien, es el instrumento de Dios para despertar y aumentar la vida espiritual, no como por magia, dando una suerte de atestación de lo genuino de nuestra experiencia—una visión fanática siempre opuesta y rechazada por la Iglesia—pero por el Espíritu Santo a través del uso de la Palabra de Dios.

Él nos regenera por la Palabra. El modo de esta operación será discutido más adelante; aquí basta decir que las operaciones de la Palabra y del Espíritu Santo nunca se oponen entre sí, pero, como declara enfáticamente San Pablo, que la Santa Escritura es preparada por el Espíritu de Dios y entregada a la Iglesia como *un instrumento* para perfeccionar la obra de Dios en el hombre; como él lo expresa. “*Que el hombre de Dios pueda ser perfecto,*” (2 Tim. iii. 17) es decir, un hombre anteriormente del mundo, hecho un hombre de Dios por acto divino, para ser perfeccionado por el Espíritu Santo; de manera que ya es perfecto en Cristo a través de la Palabra. Para este fin, como declara San Pablo, la Escritura fue inspirada por Dios. Por lo tanto, esta obra de arte fue preparada por el Espíritu Santo para guiar al hombre nacido de nuevo a este elevado ideal. Y para enfatizar el pensamiento agrega: “Que pueda ser completamente dotado para toda la buena obra” (2 Tim. iii. 17).

Por lo tanto, la Escritura sirve este doble propósito:

Primero, como instrumento del Espíritu Santo en Su obra sobre el corazón del hombre.
Segundo, para preparar al hombre perfectamente y equiparlo para cada buena obra.

Consecuentemente el funcionamiento de la Escritura abarca no sólo el *avivamiento* de la fe, sino también el *ejercicio* de la fe. Por lo tanto, en vez de ser una letra muerta, no espiritual, mecánicamente opuesta a la vida espiritual, es la fuente de agua viva, que, al ser abierta, fluye hacia la vida eterna.

De ahí que la preparación y preservación de la Escritura por parte del Espíritu no esté subordinada, sino que es prominente en referencia a la vida de toda la Iglesia. O para que sea más claro: si la profecía, por ejemplo, apunta primero a beneficiar a las generaciones contemporáneas, y en segundo lugar a ser parte de la Sagrada Escritura que habrá de reconfortar a la Iglesia de todos los tiempos, lo segundo es de infinitamente mayor importancia. De ahí que el principal objetivo de la profecía no era beneficiar a la gente viviendo en ese tiempo, y a través de la Escritura de dar frutos para nosotros sólo indirectamente, sino a través de la Escritura dar fruto para la Iglesia de todos los tiempos, e indirectamente beneficiar la Iglesia de antaño.

XIII. La Escritura una Necesidad

“Pues lo que fue escrito anteriormente fue escrito para nuestra enseñanza, a fin de que por la perseverancia y la Exhortación de las Escrituras tengamos esperanza.”—Rom. xv. 4. Que la Biblia es el producto del Artista Jefe, el Espíritu Santo; que Él lo obsequió a la Iglesia y que en la Iglesia lo usa como Su instrumento, no puede ser sobre-enfatizado. No es como si Él hubiera vivido en la Iglesia de todos los tiempos, y entregado en la Escritura un registro de esa vida, su origen e historia, de manera que la vida fuese la real sustancia y la Escritura el accidente; más bien, la Escritura fue el fin de todo lo que precedió y el instrumento de todo lo que vino después.

En el amanecer del Día de días, el Volumen Sagrado indudablemente desaparecerá. Dado que la Nueva Jerusalén no necesitará sol, luna, o templo, porque el Señor Dios será su luz, no habrá necesidad de Escritura, porque la revelación de Dios llegará a Sus elegidos directamente a través de la Palabra desvelada. Pero en tanto la Iglesia esté en la tierra, la comunión cara a cara esté suspendida, y nuestros corazones sean accesibles sólo por las avenidas de esta imperfecta existencia, la Escritura ha de permanecer un instrumento indispensable mediante el cual el Dios Trino prepara las almas de los hombres para la gloria superior.

La causa de esto yace en nuestra personalidad. Pensamos, estamos conscientes de nosotros mismos, y el triple mundo *alrededor* y *arriba* y **adentro** de nosotros se refleja en nuestros pensamientos. El hombre de conciencia confundida o no formada, o uno insano, no puede actuar como hombre. Ciertamente, hay profundidades en nuestros corazones que el plomo de nuestro pensar no ha sondeado; pero la influencia que ha de afectarnos profundamente, con efecto duradero sobre nuestra personalidad, debe ser forjada a través de nuestra conciencia de nosotros mismos.

La historia del pecado lo demuestra. ¿Cómo entró el pecado al mundo? ¿Fue Satanás quien infundió su veneno en el alma del hombre mientras dormía? De ninguna manera. Mientras Eva era totalmente ella misma, Satanás comenzó a discutir el tema con ella. Trabajó en su conciencia con palabras y representaciones, y ella, permitiendo esto, bebió el veneno, cayó, y arrastró a su marido con ella. ¿No había Dios predicho esto? La caída del hombre no iba a conocerse por sus emociones reconocidas o no reconocidas, sino por el *árbol del conocimiento del bien y el mal*. El conocimiento que causó su caída no fue meramente abstracto, intelectual, sino vital. Por supuesto, la causa operativa fue externa, pero labró sobre su conciencia y tomó la forma de *conocimiento*.

Y tal como su caída, también debe ser su restauración. La redención debe venir desde afuera, debe actuar sobre nuestra conciencia, y debe llevar la forma de conocimiento. Para afectarnos y ganarnos en nuestra personalidad debemos ser tocados en todos los lugares donde el pecado por primera vez nos hirió, a saber, en nuestra orgullosa y altanera conciencia de nosotros mismos. Y como nuestra conciencia se refleja en un mundo de pensamientos—pensamientos expresados en palabras tan íntimamente conectadas como para formar, por decirlo así, sólo una palabra—por lo tanto, era de suma necesidad que un nuevo, divino mundo

de pensamiento hablara a nuestras conciencias en una Palabra, es decir, en una Escritura. Y esta es la misión de la Sagrada Escritura.

Nuestro mundo de pensamientos está lleno de falsedad, como también lo está el mundo externo. Pero un mundo de pensamientos es absolutamente cierto, y ese es el mundo de los pensamientos de Dios. A este mundo debemos ser traídos, y él a nosotros con la vida que le pertenece, como el brillo a la luz. Por lo tanto la redención depende de la fe. Creer es reconocer que todo el mundo de pensamientos dentro y alrededor de nosotros es falso, y que sólo el mundo de pensamientos de Dios es verdadero y duradero, y como tal aceptarlo y confesarlo. Todavía es el Árbol del conocimiento. Pero el fruto tomado y disfrutado crece en la planta interior de anonadamiento y negación de nosotros mismos, mediante lo cual renunciamos a todo nuestro mundo de pensamiento, sin seguir juzgando entre el bien y el mal, sino fielmente repitiendo lo que Dios enseña, como niños pequeños en Su escuela. Pero esto no nos serviría si los pensamientos de Dios vinieran en palabras ininteligibles, que habría sido el caso si el Espíritu Santo hubiera usado meras palabras. Sabemos lo imposible que es tratar de describir los gozos celestiales. Todos los esfuerzos hasta el momento han fracasado. Esa dicha sobrepasa nuestra imaginación. Y la revelación en la Escritura relacionada a ella está escondida en imágenes terrenales—como el Paraíso, una Jerusalén, o una fiesta de bodas—que, por hermosos que sean, no dejan claras impresiones. Sabemos que el cielo debe ser hermoso y fascinante, pero una concepción concreta de él está fuera de alcance. Tampoco podemos tener ideas claras de la relación del glorificado Hijo del hombre y la Trinidad; del hecho que está sentado a la diestra de Dios; de la vida de los redimidos, y su condición, cuando, pasando de las cámaras de la muerte, entran al palacio del gran Rey. Por lo tanto, si el Espíritu Santo hubiera presentado la palabra de pensamientos divinos, concernientes a nuestra salvación por escrito, directamente desde el cielo, una clara concepción del tema habría sido imposible. Nuestra concepción habría sido vaga y figurativa como aquella respecto al cielo. Por lo tanto, estos pensamientos no fueron escritos directamente, sino *traducidos a la vida de este mundo*, que les dio *forma* y *aspecto*; y de esta forma llegaron a nosotros en *lenguaje humano*, en las páginas de un libro. Sin esto no podría siquiera haber un lenguaje para encarnar tan sagradas y gloriosas realidades. San Pablo tenía visiones, es decir, fue liberado de las limitaciones de la consciencia y habilitado para contemplar cosas celestiales; pero habiendo retornado a sus limitaciones, no pudo hablar de lo que había visto, como dijo él: “Son indecibles.”

Y para que las cosas de la salvación, igualmente indecibles, puedan tomarse expresables en palabras humanas, complació a Dios, traer a este mundo, la vida que las originó; para acostumbrar a nuestra consciencia humana a ellas, de ello sacar palabra para ellas y así exhibirlas a todos los hombres.

Los pensamientos de Dios son inseparables de Su vida; por consiguiente, Su vida debe entrar al mundo antes que Sus pensamientos, al menos al comienzo; luego, los pensamientos se volvieron el vehículo de la vida.

Esto aparece en la creación de Adán. El primer hombre es *creado*; después de él los hombres *nacen*. Al comienzo, la vida humana apareció, inmediatamente, de plena estatura; de esa vida introducida, nueva vida nacerá. Primero, la nueva vida se originó formando a Eva de una costilla de Adán; luego, por la unión del hombre y la mujer. También aquí. Al comienzo Dios introdujo la vida espiritual al mundo, completa, perfecta, por medio de un milagro; y después de manera diferente, ya que el pensamiento introducido como vida a este mundo es *representado* para nuestra visión. De ahí en adelante el Espíritu Santo usará el producto de esta vida para despertar nueva vida.

Así es que la redención no puede comenzar con el obsequio de la Sagrada Escritura a la Iglesia del Antiguo Pacto. Tal Escritura no pudo ser producida hasta que su contenido fuese forjado en la vida, y la redención sea objetivamente lograda.

Pero ambas no deben ser separadas. La redención no fue primero completada y luego registrada en la Escritura. Tal concepción sería mecánica y no espiritual, directamente contradicha por la naturaleza de la Escritura, la cual está viva y da vida. La Escritura se produjo espontáneamente y gradualmente por la redención y desde ella. La promesa en el Paraíso ya

lo anunciaba. Porque aunque la redención precede a la Escritura, en la regeneración del primer hombre la Palabra no estaba ociosa; el Espíritu Santo comenzó hablando al hombre, actuando sobre su consciencia. Aun en el Paraíso, y posteriormente cuando la corriente de la revelación procede, una Palabra divina siempre precede la vida y es el instrumento de la vida, y un pensamiento divino introduce el trabajo redentor. Y cuando la redención se completa en Cristo, Él aparece primero como Orador y luego como Obrero. El Verbo que fue desde el principio se revela a Sí mismo a Israel como el Sello de la Profecía, diciendo: "Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros" (Lucas iv. 21).

Por consiguiente, la obra del Espíritu Santo nunca es puramente mágica o mecánica. Aun en el período preparatorio Él siempre actuó a través del Verbo en la traslación de un alma desde la muerte hacia la vida. No obstante, entre entonces y ahora, hay una clara diferencia:

Primero, en ese *entonces*, el Verbo vino al alma directamente por inspiración o por la palabra de un profeta. *Ahora*, ambos han cesado, y en su lugar viene el Verbo sellado en la Sagrada Escritura, interpretada por el Espíritu Santo en las prédicas en la Iglesia.

Segundo, en ese *entonces*, la introducción de la vida estaba confinada a Israel, se expresaba en palabras y originaba relaciones que separaban estrictamente a los sirvientes del único verdadero Dios de la vida del mundo. *Ahora*, esta dispensación extraordinaria, preparatoria, está cerrada; el Israel de Dios ya no constituye la descendencia natural de Abraham, sino la espiritual; la corriente de la Iglesia fluye por todas las naciones y pueblos; ya no se encuentra en las afueras de la vida y desarrollo del mundo sino, más bien, los gobierna.

Tercero, aunque en la antigua Dispensación la redención ya existía parcialmente en la Escritura, y el Salmista muestra en todas partes su devoción a ella, la Escritura sólo tenía un pequeño alcance, y necesitaba constantes suplementos vía revelaciones y profecías directas. Pero *ahora*, la Escritura revela el completo consejo de Dios, y nada se le puede agregar. ¡Ay del que se atreva a agregarle o quitarle al Libro de Vida que revela el mundo del divino pensamiento!

No obstante, permanece el hecho de que el Espíritu Santo resolvió el problema de traer al hombre perdido en el pecado el mundo de divinos pensamientos, mediante lenguaje humano entendible a todas las naciones y a todos los tiempos, de manera de usarlos como el instrumento para el avivamiento del hombre.

Esto no altera el caso de que la Sagrada Escritura muestre tantas costuras y lugares dispares, y sea diferente a lo que deberíamos esperar. La principal virtud de esta obra maestra fue envolver los pensamientos de Dios en nuestra vida pecaminosa para que, desde nuestro lenguaje, pudieran formar un discurso con el cual proclamar a través de los tiempos, a todas las naciones, las poderosas palabras de Dios. Esta obra maestra está terminada y yace ante nosotros en la Sagrada Escritura. Y en vez de perderse en criticar estos defectos aparentes, la Iglesia de todos los tiempos la ha recibido con adoración y acción de gracias; la ha preservado, degustado, disfrutado, y siempre creído encontrar la vida eterna en ella. Esto no significa que esté prohibido el examen crítico e histórico. Tal emprendimiento para la gloria de Dios es altamente encomiable. Pero tal como la búsqueda de la génesis de la vida humana por parte del fisiólogo se torna pecaminosa e inmodesta o peligrosa para la vida nonata, así también toda crítica a la Sagrada Escritura se vuelve pecaminosa y culpable si es irreverente o busca destruir la vida del Verbo de Dios en la consciencia de la Iglesia.

XIV. La Revelación a la cual la Escritura del Antiguo Testamento Debe Su Existencia

"Oh Jehová. . . más fuerte fuiste que yo, y me venciste."—Jer. xx. 7.

La comprensión de la obra del Espíritu Santo en la Escritura requiere que distingamos la *preparación*, y la *formación* que fue el resultado de la preparación. Discutiremos estas dos cosas separadamente.

El Espíritu Santo se preparó para la Escritura por las operaciones que, desde el Paraíso hasta Patmos, sobrenaturalmente, aprehendieron la vida pecaminosa de este mundo, y de esta forma levantó a hombres creyentes que formaron la Iglesia en desarrollo.

Esto parece muy necio si consideramos a la Escritura un mero libro de papel, un objeto inerte, si escuchamos hablar a Dios desde allí directo al alma. Cortada de la vida divina, la Escritura es infructuosa, una letra que mata. Pero cuando nos damos cuenta que irradia el amor y misericordia de Dios en una forma tal que transforma nuestra vida y se dirige a nuestra consciencia, vemos que la revelación sobrenatural de la vida de Dios debe preceder a la radiación. La revelación de las tiernas misericordias de Dios debe preceder a su centelleo en la consciencia humana. Primero, la revelación del misterio de Santidad; luego, su radiación en la Sagrada Escritura, y de ahí al corazón de la Iglesia de Dios, es la forma natural y ordenada. Para este propósito, el Espíritu Santo primero eligió individuos, luego unas pocas familias, y finalmente una nación entera, para ser la esfera de Sus actividades; y en cada etapa Él empezaba Su obra con el Verbo, siempre con la *Palabra de Salvación* seguida por los *Hechos de Salvación*.

Comenzó Su obra en el Paraíso. Después de la caída, la muerte y la condenación reinaron sobre la primera pareja, y en ella sepultaron la raza. Si el Espíritu los hubiera dejado solos, con el germen de la muerte siempre desarrollándose en ellos, ninguna estrella de esperanza hubiera surgido para la raza humana.

Por lo tanto, el Espíritu Santo introduce Su obra al comienzo del desarrollo de la raza. El primer germen del misterio de la Santidad ya estaba implantado en Adán, y la primera palabra madre, de la cual nacería la Sagrada Escritura, fue suspirada a su oído. La palabra fue seguida por el acto. La palabra de Dios no retorna vacía; no es un sonido, sino un poder. Es una reja de arado labrando el alma. Detrás de la palabra está el poder impulsor del Espíritu Santo, y así se vuelve efectivo, y cambia completamente las condiciones. Lo vemos en Adán y Eva; especialmente en Enoc; y “Por fe Abel alcanzó testimonio de que era justo.” Después de estas operaciones en individuos comienza el trabajo del Espíritu en familias, en parte en Noé, mayormente en Abraham.

El juicio del diluvio había cambiado completamente las relaciones anteriores, había causado el surgimiento de una nueva generación, y quizás había cambiado las relaciones físicas entre la tierra y su atmósfera. Y entonces, por primera vez, el Espíritu Santo comienza a trabajar en la familia. Nuestro ritual de Bautismo apunta enfáticamente a Noé y sus ocho, que a menudo ha sido una piedra de tropiezo a una no-espiritualidad irreflexiva. Y sin embargo lo hace innecesariamente, porque al apuntar hacia Noé nuestros padres quisieron indicar, en esa plegaria sacramental, que no es el bautismo de *individuos*, sino del *pueblo* de Dios, es decir, de la Iglesia y *su semilla*. Y dado que la salvación de familias emerge primero en la historia de Noé y su familia después del diluvio, era perfectamente correcto apuntar a la salvación de Noé y su familia como la primera revelación de Dios respecto a la salvación para nosotros y *nuestra semilla*.

Pero el trabajo del Espíritu Santo en la familia de Noé es sólo preliminar. Noé y sus hijos aún pertenecen al viejo mundo. Formaron una transición. Después de Noé la línea sagrada desaparece, y desde Sem a Taré el trabajo del Espíritu Santo permanece invisible. Pero con Taré aparece en la más clara luz; porque ahora Abraham sale, no con sus hijos, sino solo. El hijo prometido aún descansaba en la mano de Dios. Y no lo pudo engendrar excepto *por la fe*; de manera que Dios pudiera auténticamente decir, “Soy el Dios Todopoderoso,” es decir, un Dios “que levanta los muertos y llama a las cosas como son no como si fueran.” Por consiguiente, la familia de Abraham, en un sentido literal, es casi el producto del trabajo del Espíritu Santo en lo referente a que no hay nada en su vida sin fe. El producto del arte en la historia de Abraham no es la imagen de un pío pastor-rey o patriarca virtuoso, sino el maravilloso trabajo del Espíritu Santo operando en un anciano—que repetidamente “da coces contra los agujones,” que produce de su propio corazón sólo incredulidad—construyendo en él una fe constante e inamovible, *llevando esa fe en conexión directa con su vida familiar*. Abraham es llamado “el Padre de los Fieles,” no en un sentido superficial de una conexión espiritual entre nuestra fe y la historia de Abraham, sino porque la fe de Abraham estaba entrelazada con el hecho del nacimiento de Isaac, a quien obtuvo por fe, y de quien le fue dada una simiente como las estrellas en el cielo y como la arena de la costa. Desde el individuo la

obra del Espíritu Santo pasa a la familia, y de ahí a la nación. De esa forma Israel recibió su ser.

Fue Israel, es decir, no una de las naciones, sino un pueblo recién creado, agregado a las naciones, recibidos entre ellas, perpetuamente diferentes de todas las otras naciones en origen y significado. Y este pueblo es también nacido de la fe. Con este fin Dios lo arroja a la muerte: en Moriah; en la huida de Jacobo; en las angustias de José, y en los temores de Moisés; junto a los fieros hornos de Pitón y Ramsés; cuando los lactantes de los hebreos flotaron en el Nilo. Y de esta muerte es la fe que salva y libera una y otra vez, y por lo tanto, el Espíritu Santo que continúa Su gloriosa obra en la generación y regeneración de este pueblo venidero. Después que nace este pueblo es nuevamente arrojado a la muerte: primero, en el desierto; luego, durante el tiempo de los jueces; finalmente, en el Exilio. Sin embargo, no puede morir, porque lleva en su vientre la esperanza de la promesa. No importa cuán mutilado, plagado, y diezmado, se multiplica una y otra vez; porque la promesa del Señor no falla, y a pesar de vergonzosos retrocesos y apostasía, Israel manifiesta la gloria de un pueblo nacido, que vive y muere por fe.

Por lo tanto, la obra del Espíritu Santo pasa por estas tres etapas: Abel, Abraham, Moisés; el individuo, la familia, la nación. En cada una de estas tres el trabajo del Espíritu Santo es visible, en la medida que todo es forjado por la fe. ¿No es la fe forjada por el Espíritu Santo? Muy bien; por fe Abel obtuvo buen testimonio; por fe Abraham recibió al hijo de la promesa; y por fe Israel pasó a través del Mar Rojo.

¿Y cuál es la relación entre *vida* y la *palabra de vida* durante estas tres etapas? ¿Es, de acuerdo a las representaciones vigentes, primero vida, y luego, la palabra fluyendo como una muestra de la vida consciente?

Evidentemente la historia demuestra completamente lo contrario. En el Paraíso la palabra *precede* y la vida *viene después*. A Abraham en Ur de los Caldeos, primero la palabra; “Salid de vuestra tierra, y os bendeciré, y en ti serán bendecidas todas las familias de la tierra.” En el caso de Moisés es primero la palabra en el arbusto ardiente y luego la travesía por el Mar Rojo. Esta es la forma determinada por el Señor. Primero habla, luego obra. O mejor dicho, Él habla, y al hablar aviva. Estos dos están en la más cercana conexión. No es como si la palabra *causara* la vida; porque el Eterno y Trino Dios es la única Causa, Fuente, y Manantial de vida. Pero la palabra es el instrumento mediante el cual Él desea completar Su obra en nuestros corazones.

No podemos detenernos aquí para considerar la obra del Padre y del Hijo, ya sea que precedió o que vino después de aquella del Espíritu Santo, y con la cual está entrelazada. De los milagros hablamos sólo porque descubrimos en ellos un doble trabajo del Espíritu Santo. La *ejecución* del milagro es del Padre y del Hijo, y no tanto del Espíritu Santo. Pero tan a menudo como complacía a Dios usar a hombres como instrumentos en la ejecución de milagros, es la obra especial del Espíritu el prepararlos poniendo fe en sus corazones. Moisés golpeando la roca no creía, pero imaginó que al golpear él mismo podría producir agua de la roca; lo cual sólo Dios puede hacer. Para el que cree, da lo mismo si habla o golpea la roca. Palo o lengua no pueden afectarlo en lo más mínimo. El poder procede sólo de Dios. De ahí la grandeza del pecado de Moisés. Pensó que él iba a ser el obrero, y no Dios. Y esta es obra del pecado en el pueblo de Dios.

Por consiguiente vemos que cuando Moisés arrojó su vara, cuando maldijo el Nilo, cuando Elías y otros hombres de Dios forjaron milagros, no hicieron nada, sólo creyeron. Y en virtud de su fe se transformaron para los observadores en los intérpretes del testimonio de Dios, mostrándoles las obras de Dios y no las suyas propias. Esto es lo que exclamó San Pedro: “¿Por qué nos miráis a nosotros como si con nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a este hombre?” (Hechos iii. 12).

Forjar esta fe en los corazones de los hombres que habrían de ejecutar estos milagros fue la primera labor del Espíritu Santo. Su segunda labor fue avivar la fe en los corazones de aquellos sobre quienes debía ejecutarse el milagro. De Cristo está escrito que en Capernaúm no pudo efectuar muchas obras poderosas debido a la incredulidad de ellos; y leemos repetidamente:

“Vuestra fe os ha salvado” (Mat. ix. 22; Marcos v. 34; Marcos x. 52; Lucas viii. 48; Lucas xvii. 19).

Pero el milagro por sí solo no tiene ningún poder de convencimiento. El no creyente comienza por negarlo. Lo explica de causas naturales. No quiere ni puede ver la mano de Dios en él. Y cuando es tan convincente que no puede negarlo, dice: “Es del diablo.” Pero no reconocerá el poder de Dios. Por lo tanto, para hacer efectivo el milagro, el Espíritu Santo debe también abrir los ojos de aquellos que son testigos de él para ver el poder de Dios allí contenido. Toda la lectura de los milagros en nuestra Biblia es infructuosa a no ser que el Espíritu Santo abra nuestros ojos, y entonces los veamos vivir, escuchemos su testimonio, experimentemos su poder, y glorifiquemos a Dios por Sus poderosas obras.

XV. La Revelación del Antiguo Testamento por Escrito

“Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude.”—Jer. xx. 9. Aunque los milagros realizados para Israel y en medio de él crearon un glorioso centro de vida en medio del mundo pagano, no constituyeron una Sagrada Escritura; porque esta no puede ser creada si Dios no habla al hombre, incluso a Su pueblo, Israel. “Dios, que en varios momentos y en diversas formas habló en tiempos pasados a los padres mediante los profetas, nos ha hablado en estos últimos días por medio de Su Hijo” (Heb. i. 1).

Este hablar divino no está limitado a la profecía. Dios habló a otros aparte de los profetas, por ejemplo, a Eva, Caín, Agar, etc. Recibir una revelación o una visión no hace de uno un profeta, a no ser que sea acompañada de una orden a comunicar la revelación a otros. La palabra “nabi,” el término bíblico para profeta, no señala una persona que recibe algo de Dios, sino alguien que trae algo al pueblo. Por consiguiente, es un error confinar la revelación divina al oficio profético. De hecho, se extiende a toda la raza en general; la profecía es sólo uno de sus rasgos especiales. En relación a la revelación divina en su alcance más amplio, es evidente en la Escritura que Dios habló a los hombres desde Adán hasta el último de los apóstoles. Desde el Paraíso hasta Patmos, la revelación fluye como un hilo dorado a través de cada parte de la Historia Sagrada.

Por lo general, la Escritura no trata este hablar divino metafóricamente. Hay excepciones, como por ejemplo, “Dios habló a los peces” (Jonás ii. 10); “Los cielos declaran la gloria de Dios, y día tras día pronuncian palabra” (Salmos xix. 2, 3). Sin embargo, puede ser demostrado, en mil pasajes contra uno, que el hablar ordinario del Señor no puede ser tomado en otro sentido que no sea el literal. Esto es evidente en el llamado de Dios a Samuel, que el niño confundió con el de Elí. Es evidente también de los nombres, números, y localidades que son mencionadas en este divino hablar; especialmente de los diálogos entre Dios y el hombre, como en la historia de Abraham en el conflicto de su fe en relación a la simiente prometida, y en su intercesión por Sodoma.

Y por lo tanto no podemos concordar con aquellos que tratarían de persuadirnos que el Señor en realidad no habló; de que si se lee de tal manera, no debe ser entendido de esa manera; y que una percepción más clara muestra que “una cierta influencia de Dios afectó la vida interior de la persona mencionada. En relación con el particular carácter de la persona y las influencias de su pasado y presente, este suceso dio especial claridad a su consciencia, y forjó en él una convicción, tal que sin vacilación, declaró: ‘Como haré lo que Dios quiere, sé que el Señor me ha hablado.’” Esta representación la rechazamos como excesivamente perniciosa y dañina para la vida de la Iglesia. La llamamos falsa, porque deshonra la verdad de Dios; y nos rehusamos a tolerar una teología que comienza desde tales premisas. Aniquila la autoridad de la Escritura. A pesar de ser elogiada por el ala ética, es excesivamente antiética, en la medida que se opone directamente a la, claramente expresada, verdad de la Palabra de Dios. Más

aun, este hablar divino, cuyo registro ofrece la Escritura, debe ser entendido como verdadero hablar.

¿Y qué es *hablar*? Hablar presupone una persona que tiene un pensamiento que desea transmitir directamente a la consciencia de otro sin la intervención de una tercera persona o de escritura o de gesto. Por consiguiente, cuando Dios habla al hombre hay tres implicancias: Primero, que Dios tiene un pensamiento que desea comunicar al hombre. Segundo, que Él ejecuta Su plan en forma directa. Tercero, que la persona receptora del mensaje ahora posee el pensamiento divino con este resultado, que está consciente de la misma idea que un momento atrás sólo existía en Dios. Con toda explicación que haga total justicia a estos tres puntos estaremos de acuerdo; todas las demás las rechazamos.

Con respecto a la pregunta de si el hablar es posible sin sonido, respondemos: “No, no entre los hombres.” Ciertamente el Señor puede hablar y ha hablado en ocasiones por medio de *vibraciones de aire*; pero Él puede hablar al hombre sin el empleo de sonido u oído. Como hombres, tenemos acceso a nuestras mutuas consciencias sólo por medio de los órganos sensoriales. No podemos comunicarnos con nuestro prójimo si él no escucha, ve o siente nuestro tacto. El desafortunado que carece de estos sentidos no puede recibir la más mínima información desde el exterior. Pero el Señor nuestro Dios no está limitado en este aspecto. Tiene acceso al corazón y la consciencia del hombre desde dentro. Puede impartir a nuestras consciencias lo que desee en forma directa, sin el uso de tímpano, nervio auditivo ni vibración del aire. Aunque un hombre sea totalmente sordo, Dios lo puede hacer oír, hablando internamente a su alma.

Sin embargo, para lograr esto Dios debe condescender a nuestras limitaciones. Porque la consciencia está sujeta a las condiciones mentales del mundo en que vive. Un negro, por ejemplo, no puede tener otra consciencia que aquella desarrollada por su entorno y adquirida por su lenguaje. Hablando con un forastero no familiarizado con nuestra lengua, debemos adaptarnos a sus limitaciones y dirigirnos a él en su propio idioma. Por consiguiente, para hacerse inteligible al hombre, Dios debe vestir Sus pensamientos en lenguaje humano y de esta forma transmitirlos a la consciencia humana.

A la persona referida le debe parecer, por lo tanto, como si se le hubiera hablado de forma normal. Recibió la impresión que escuchó palabras del idioma humano transmitiéndole pensamientos divinos. Por consiguiente, el hablar divino siempre se adapta a las capacidades de la persona a quien se dirige. Dado que en condescendencia el Señor Se adapta a la consciencia de todo hombre, Su hablar asume la forma peculiar a la condición de cada hombre. ¡Qué diferencia, por ejemplo, entre la palabra de Dios a Caín y aquella a Ezequiel! Esto explica cómo Dios pudo mencionar nombres, fechas, y diversos otros detalles; cómo podía hacer uso del dialecto de cierto período; de la derivación de palabras, como en el cambio de nombre, como en el caso de Abraham y Sara.

Esto muestra también que el hablar de Dios no está limitado a personas devotas y susceptibles preparadas para recibir una revelación. Adán estaba totalmente no preparado, escondiéndose de la presencia de Dios. Y también lo estuvieron Caín y Balaam. Incluso Jeremías dijo: “No hablaré más en Su nombre. Pero Su palabra estaba en mi corazón como un fuego ardiente, encerrado en mis huesos: traté de sufrirlo, pero no pude” (cap. xx. 9). Por consiguiente, la omnipotencia divina es ilimitada. El Señor puede impartir la sabiduría de Su voluntad a quienquiera le plazca. La pregunta de por qué no ha hablado durante dieciocho siglos no debe ser respondida, “Porque ha perdido el poder”; sino, “Porque no le pareció bien.” Habiendo ya hablado y habiendo traído en la Escritura Su palabra a nuestras almas, Él está silencioso ahora para que podamos honrar la Escritura.

Sin embargo, se debe notar que en este divino hablar desde el Paraíso a Patmos hay un cierto orden, unidad, y regularidad; por eso agregamos:

Primero, el hablar divino no estaba confinado a individuos, pero, teniendo un mensaje para todos los pueblos, Dios habló a través de Sus profetas elegidos. Que Dios puede hablar a una nación completa a la vez queda demostrado por los eventos de Sinaí. Pero no siempre le

complació hacer esto. Por el contrario, Él nunca les habló de esa forma después, pero introdujo el profetismo en su lugar. Por consiguiente, la misión particular del profetismo es recibir las palabras de Dios e inmediatamente comunicarlas al pueblo. Dios habla a Abraham lo que es sólo para Abraham; pero a Joel, Amos, etc., un mensaje no para ellos mismos, sino para otros a quienes debe ser transmitido. En relación a esto notamos el hecho de que el profeta no está solo; está en relación con una clase de hombres entre quienes su mente fue gradualmente preparada para *hablar al pueblo*, y recibir el Oráculo divino. Porque la particular característica de la profecía era la condición de éxtasis, que difería enormemente de la forma en que Dios habló a Moisés.

Segundo, estas revelaciones divinas están mutuamente relacionadas y, tomadas en su conjunto, constituyen un todo. Primero está la fundación, luego la superestructura, hasta que finalmente el ilustre palacio de la divina verdad y sabiduría es completado. La revelación como un todo muestra, por tanto, un glorioso plan dentro del cual se introducen perfectamente las revelaciones especiales para individuos.

Tercero, el hablar del Señor, especialmente la palabra *interior*, es particularmente la obra del Espíritu Santo, que, como hemos descubierto antes, aparece más sorprendentemente cuando Dios entra en contacto más cercano con la criatura. Y la consciencia es la parte más íntima del ser del hombre. Por lo tanto, tan a menudo como el Señor nuestro Dios entra a la consciencia humana para comunicar Sus pensamientos, vestidos como pensamientos y hablar humano, la Escritura y el creyente honran y adoran, en ese sentido, la reconfortante operación del Espíritu Santo.

XVI. Inspiración

“Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: el que tiene los siete espíritus de Dios dice estas cosas.”—Rev. iii. 1.

No hablamos aquí del Nuevo Testamento. Nada ha contribuido más a falsificar y socavar la fe en la Escritura y la visión ortodoxa respecto a ella que la práctica no-histórica y antinatural de considerar la Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento al mismo tiempo. El Antiguo Testamento aparece primero; luego vino el Verbo encarnado; y sólo después de ello la Escritura del Nuevo Testamento. En el estudio de la obra del Espíritu Santo el mismo orden debería observarse. Antes que hablemos de Su obra en la Encarnación, la inspiración del Nuevo Testamento ni siquiera debe ser mencionada. Y hasta la Encarnación, no existía otra Escritura aparte del Antiguo Testamento.

Ahora, la pregunta es: ¿Cómo ha de trazarse la obra del Espíritu Santo en la *construcción* de dicha Escritura?

Hemos considerado la pregunta de cómo fue preparada. Por maravillosas *obras* Dios creó una nueva vida en este mundo; y, con el objeto de hacer que el hombre crea en estas obras, Él *habló* al hombre ya sea directa o indirectamente, es decir, por los profetas. Pero esto no creó una Sagrada Escritura. Si no se hubiera hecho nada más, nunca habría habido tal Escritura; porque los eventos se desarrollan y pertenecen al pasado; la palabra una vez hablada se desvanece con la emoción en la consciencia.

La escritura humana es el maravilloso obsequio que Dios otorgó al hombre para perpetuar lo que de otra forma se habría olvidado y perdido absolutamente. La Tradición falsifica el relato. Entre hombres santos esto no sería así. Pero somos hombres pecadores. Por pecado una mentira puede ser contada. El pecado es también la causa de nuestra falta de seriedad, y la raíz de todo olvido, descuido, y desconsideración. Estos son los dos factores, mentiras y descuido, que roban de su valor a la tradición. Por esta razón Dios dio a nuestra raza el obsequio de la escritura. Ya sea en cera, en metal, en piedra, en pergamino, en papiro, o en papel, no tiene importancia; pero que Dios habilitó al hombre para encontrar el arte de dejar para la posteridad un pensamiento, una promesa, un evento, independiente de su persona,

adjuntándolo a algo material, de manera que pudiera perdurar y ser leído por otros aun después de su muerte—esto es de la mayor importancia.

Para nosotros, los hombres, la lectura y la escritura son formas de *hermandad*. Comienza con el hablar, que es esencial para la hermandad. Pero el mero hablar lo confina a estrechos límites, mientras que leer y escribir le da un alcance más amplio, extendiéndolo a personas lejanas y a generaciones que aún no nacen. A través de la escritura las generaciones pasadas en realidad viven juntas. Aun ahora nos podemos encontrar con Moisés y David, Isaías y Juan, Platón y Cícero; podemos escucharlos hablar y recibir sus declaraciones mentales. La escritura no es entonces una cosa despreciable como lo consideran algunos que son excesivamente espirituales y desprecian la Palabra escrita. Por el contrario, es grande y gloriosa—uno de los poderosos factores mediante el cual Dios mantiene al hombre y a las generaciones en viva comunicación y ejercicio de amor. Su descubrimiento fue una maravillosa gracia, el obsequio de Dios para el hombre, duplicando sus tesoros y mucho más.

El obsequio ha sido a menudo abusado; sin embargo, en su uso correcto hay gloria ascendente. ¡Cuánto más glorioso aparece el arte de escribir cuando Dante, Shakespeare, y Schiller escriben su poesía, que cuando un pedagogo compila sus libros de ortografía o el notario público garabatea el arriendo de una casa!

Como la escritura puede ser usada o abusada, y puede servir propósitos bajos o altos, surge la pregunta: “¿Cuál es su fin superior?” Y sin la más mínima vacilación respondemos: “La Sagrada Escritura.” Tal como el hablar y el lenguaje humano son del Espíritu Santo, Él también nos enseña la escritura. Pero mientras que el hombre usa el arte para registrar pensamientos humanos, el Espíritu Santo lo emplea para dar forma fija y duradera a los pensamientos de Dios. Por consiguiente, hay un uso humano de ella y uno divino. El más alto y completamente único es aquel en la Sagrada Escritura.

En realidad no hay otro libro que sostenga la comunicación entre hombres y generaciones como lo hace la Sagrada Escritura. Para honrar Su propia obra, el Espíritu Santo ha motivado la distribución universal sólo de este libro, poniendo así a hombres de todas las condiciones y clases en comunicación con las más antiguas generaciones de la raza.

Desde este punto de vista, la Sagrada Escritura debe ser considerada de hecho como “la Escritura *por excelencia*.” De ahí la divina y a menudo repetida orden: “Escribe.” Dios no sólo habló y actuó, dejando al hombre discernir si Sus obras y el tenor de Sus Palabras habrían de ser olvidadas o recordadas, sino Él también ordenó que fueran registradas por escrito. Y cuando justo antes del anuncio y cierre de la divina revelación a Juan en Patmos, el Señor le ordenó, “Escribe a la Iglesia” de Éfeso, Pérgamo, etc., Él repitió en un resumen cuál era el objeto de todas las revelaciones precedentes, a saber, que deberían ser escritas y en forma de Escritura, un obsequio del Espíritu Santo, y ser depositadas en la Iglesia, que por esta misma razón se denomina la “columna y baluarte de toda verdad.” No, de acuerdo a una interpretación posterior, como si la verdad estuviera *oculta* en la Iglesia; sino, de acuerdo a la antigua representación, esa Sagrada Escritura fue confiada a la Iglesia para su preservación.

Sin embargo, no queremos decir que en referencia a todos los versos y capítulos el Espíritu Santo ordenó, “Escribid,” como si la Escritura, tal como la poseemos, hubiera entrado en existencia página por página. Con certeza la Escritura es divinamente inspirada: una afirmación distorsionada y pervertida por nuestros teólogos éticos hasta dejarla irreconocible, si entienden por ella que “profetas y apóstoles estaban personalmente animados por el Espíritu Santo.” Esto confunde *iluminación* con *revelación*, y *revelación* con *inspiración*. La “iluminación” es la clarificación de la consciencia espiritual que en Su propio tiempo el Espíritu Santo dará, en mayor o menor medida, a todo hijo de Dios. La “Revelación” es una comunicación de los pensamientos de Dios entregados de forma extraordinaria, por un milagro, a profetas y apóstoles. Pero “inspiración,” la cual totalmente diferente a estas, es aquella especial y única operación del Espíritu Santo mediante la cual Él dirigió las mentes de los escritores de la Escritura en el *acto de escribir*. “Toda Escritura es *inspirada* por Dios” (2 Ti. iii. 16); y esto no tiene relación con la *iluminación* ordinaria, ni la *revelación* extraordinaria, sino a una operación que se mantiene totalmente sola y que la Iglesia siempre ha confesado bajo el nombre de Inspiración. Por consiguiente, inspiración es el nombre de esa exhaustiva operación del Espíritu

Santo mediante la cual otorgó a la Iglesia una completa e infalible Escritura. Llamamos a esta operación exhaustiva porque fue orgánica, no mecánica.

La práctica de escribir data de la antigüedad remota; precedida, sin embargo, por la preservación de la tradición oral por el Espíritu Santo. Esto es evidente en la narrativa de la Creación. Connotados físicos como Agassiz, Dana, Guyot, y otros han declarado abiertamente que la narrativa de la Creación registró hace muchos siglos lo que hasta el momento ningún hombre podría saber por sí mismo, y que en realidad, es sólo revelado parcialmente por el estudio de geología. Por consiguiente, la narrativa de la Creación no es *mito*, sino *historia*. Los eventos tuvieron lugar como se registra en los capítulos iniciales de Génesis. El Creador mismo tiene que haberlos comunicado al hombre. Desde Adán hasta el tiempo en que se inventó la escritura, el recuerdo de esta comunicación tiene que haber sido preservada correctamente. Que existan dos narrativas de la Creación no demuestra lo contrario. La Creación es considerada desde los puntos de vista naturales y espirituales; por consiguiente, es perfectamente correcto que la imagen de la Creación deba ser completada en un esquema doble.

Si Adán no recibió el encargo especial, sin embargo, de la revelación misma obtuvo la poderosa impresión de que tal información no estaba diseñada sólo para él, pero para todos los hombres. Dándose cuenta de su importancia y la obligación que imponía, generaciones sucesivas han perpetuado el recuerdo de las maravillosas palabras y obras de Dios, primero *oralmente*, luego por *escrito*. De esta forma surgió gradualmente una colección de documentos que a través de la influencia egipcia fueron puestas en forma de libro por los grandes hombres de Israel. Estos documentos habiendo sido coleccionados, cernidos, compilados, y expandidos por Moisés, formaron en su día el comienzo de una Sagrada Escritura propiamente tal.

Si Moisés y esos escritores anteriores estaban conscientes de su inspiración no es importante; el Espíritu Santo los dirigió, trajo a su conocimiento lo que debían saber, agudizó su juicio en la elección de documentos y registros, para que decidieran correctamente, y les otorgó una madurez mental superior que los habilitó para siempre elegir la palabra correcta.

Aunque el Espíritu Santo habló directamente a los hombres, no siendo el hablar y el lenguaje invenciones humanas, en la escritura utilizó agencias humanas. Pero ya sea que dicte directamente, como en la Revelación de San Juan, o gobierne la escritura indirectamente, como con historiadores y evangelistas, el resultado es el mismo: el producto es tal, en forma y contenido como el Espíritu Santo lo diseñó, un documento infalible para la Iglesia de Dios.

Por consiguiente, la confesión de inspiración no excluye la numeración ordinaria, la recolección de documentos, filtrar, registrar, etc. Reconoce todas estas materias que son claramente discernibles en la Escritura. El estilo, la dicción, las repeticiones, todas retienen su valor. Pero debe insistirse que la Escritura como un todo, como fue finalmente presentada a la Iglesia, con respecto a contenido, selección, y arreglo de documentos, estructura, y aun palabras, debe su existencia al Espíritu Santo, es decir, que los hombres empleados en esta obra fueron consciente o inconscientemente controlados y dirigidos por el Espíritu, en todos sus pensamientos, selecciones, filtrados, elección de palabras, y escritura, de modo que su producto final, entregado a la posteridad, poseía una perfecta certificación de divina y absoluta autoridad.

Que las Escrituras mismas presenten una cantidad de objeciones y en muchos aspectos no dejen la impresión de absoluta inspiración no milita en contra del hecho que toda esta labor espiritual estaba controlada y dirigida por el Espíritu Santo. Porque la Escritura tuvo que ser construida para dejar espacio para el ejercicio de la *fe*. No estaba destinada a ser aprobada por juicio crítico y aceptada sobre esa base. Esto eliminaría la *fe*. La *fe* se afianza directamente con la plenitud de nuestra personalidad. Para tener *fe* en el Verbo, la Escritura no debe captarnos en nuestro *pensamiento crítico*, sino en la vida del *alma*. Creer en la Escritura es un acto de vida del cual tú, ¡oh hombre sin vida! no eres capaz, a menos que el Avivador, el Espíritu Santo, os habilite. El que motivó la escritura de la Sagrada Escritura es el mismo que ha de enseñarnos a leerlo. Sin Él, este producto de divino arte no os puede afectar. Por consiguiente creemos:

Primero, que el Espíritu Santo eligió esta construcción humana de la Escritura a propósito, de manera que nosotros como hombres podamos más fácilmente vivir en ella.
Segundo, que estos escollos fueron introducidos para que fuera imposible para nosotros aprehender su contenido con mera comprensión intelectual, sin ejercicio de la fe.

Notas

1. ↑ Para la interpretación del autor respecto al Metodismo, vea la sección 5 en el Prefacio.

La Encarnación Del Verbo

XVII. Como Uno de Nosotros

"Mas me preparaste cuerpo."—Heb. x. 5.

La finalización del Antiguo Testamento no dio término a la obra que el Espíritu Santo había emprendido para toda la Iglesia. Las Escrituras pueden ser el instrumento a través del cual se puede actuar sobre la conciencia del pecador, y abrir sus ojos a la belleza de la vida divina; pero no pueden transmitir esa vida a la Iglesia. De ahí, que esa primera obra del Espíritu Santo sea seguida por otra que proviene de Él mismo, la cual es la *preparación del cuerpo de Cristo*. Las conocidas palabras de Salmos xl. 6-7: "Sacrificio y ofrenda no te agrada; *Has abierto mis oídos*; Holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: He aquí, vengo; En el rollo del libro está escrito de mí," son traducidas por San Pablo: "Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, Como en el rollo del libro está escrito de mí" (Hebreos x. 5-7). No discutiremos de qué manera las palabras "Has abierto mis oídos," pueden, así mismo, significar "Mas me preparaste cuerpo." Para el propósito que nos concierne, es irrelevante si se dice como Junius: "El oído es un miembro del cuerpo; la audición se vuelve posible mediante la perforación del oído; y el cuerpo se vuelve un instrumento de obediencia sólo mediante la audición," o como algún otro diría: "Tal como el cuerpo del esclavo se convirtió en un instrumento de obediencia mediante la perforación de su oído, así mismo el cuerpo de Cristo se convirtió en un instrumento de obediencia mediante la concepción del Espíritu Santo," o, finalmente: "Tal como el israelita se convirtió en un servidor por haber traspasado su oído, así también el Hijo Eterno ha adoptado la forma de siervo, mediante el llegar a hacerse partícipe de nuestra carne y nuestra sangre." La perfecta exposición de Salmos xl. 7 realizada por San Pablo, no plantea objeción grave alguna a ninguna de estas interpretaciones. Para el propósito que nos concierne, sería suficiente si sólo se reconociera que, de acuerdo con Heb. x. 5, la Iglesia debe confesar *que hubo una preparación del cuerpo de Cristo*.

Habiendo aceptado esto, y considerándolo en conexión con lo que el Evangelio relata acerca de la concepción, no se puede negar que en la preparación del cuerpo del Señor, se produce una obra singular del Espíritu Santo. Pues el ángel dijo a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios" (Lc. i. 35). Y nuevamente: "José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es" (Mt. i. 20). Es evidente que ambos pasajes, adicionalmente a sus respectivos significados, buscan producir la impresión de que tanto la concepción como el nacimiento de Jesús, son extraordinarios; que

ellos no ocurrieron por causa de la voluntad del hombre, sino como resultado de una acción del Espíritu Santo.

Como todas las otras obras que provienen de Dios, la preparación del cuerpo de Cristo es una obra divina que es común a las tres Personas.

Es incorrecto decir que el Espíritu Santo es el Creador del cuerpo de Jesús, o, como algunos lo han expresado, "Que el Espíritu Santo fue el Padre de Cristo, conforme a Su naturaleza humana." Tales descripciones deben ser rechazadas, dado que destruyen la confesión de la Santísima Trinidad. Cuando alguna de las obras que proviene de Dios se describe como si no fuera común a las tres Personas, esta confesión no puede mantenerse.

Por lo tanto, queremos destacar que fue el Dios Trino, y no sólo el Espíritu Santo, quien preparó el cuerpo del Mediador. En este acto divino, no sólo colaboró el Padre, sino también el Hijo.

Sin embargo, en esta cooperación, el trabajo de cada Persona lleva su propia marca distintiva; tal como lo hemos visto en la Creación y en la Providencia. Del Padre, de quien provienen todas las cosas, es de quien provino la materia del cuerpo de Cristo, la creación del alma humana y de todos Sus dones y poderes, junto al plan completo de la Encarnación. Del Hijo, quien es la sabiduría del Padre, disponiendo y ordenando todas las cosas en la Creación, provino la santa disposición y el ordenamiento en relación a la Encarnación. Y tal como en la Creación y la Providencia, los actos interrelacionados del Padre y del Hijo reciben vida y perfección a través del Espíritu Santo; así mismo, existe un singular acto del Espíritu Santo en la Encarnación, a través del cual, los actos del Padre y del Hijo en este misterio, reciben consumación y manifestación. Por tanto, en Heb. x. 5 se dice respecto del Dios Trino: "Mas me preparaste cuerpo," mientras que también se declara que lo que es concebido en María, es del Espíritu Santo.

Sin embargo, esto no puede ser explicado en el sentido usual. Podría decirse que no hay nada asombroso en ello, pues Job declara (capítulo xxxiii. 4) "...el soplo del Omnipotente me dio vida," y de Cristo leemos que nació de María, habiendo sido concebido por el Espíritu Santo. Ambos ejemplos cubren el mismo terreno. Ambos conectan el nacimiento de un niño, con un acto del Espíritu Santo. Si bien, en lo que respecta al nacimiento de Cristo, no negamos este acto común del Espíritu Santo, el cual es esencial para la activación de todas las formas de vida y en especial la de un ser humano; aun así, negamos que la concepción mediante el Espíritu Santo fuera el acto normal. La antigua confesión, "Creo en Jesucristo, Su Unigénito Hijo nuestro Señor, quien fue concebido por el Espíritu Santo," se refiere a un milagro divino y a un profundo misterio, en el cual la obra del Espíritu Santo debe ser glorificada.

En consecuencia, es imposible realizar un análisis completo de esta obra. De lo contrario, dejaría de ser un milagro. Por esta razón, sólo vamos a analizar este asunto con la más profunda reverencia, y no sugeriremos teorías contrarias a la Palabra de Dios. Lo que conocemos, es lo que a Dios le ha complacido revelar; lo que Su Palabra sólo insinúa, podemos conocerlo sólo como débiles esbozos; y lo que se insinúa fuera de la Palabra, no es más que el esfuerzo de un espíritu entrometido o de una curiosidad no consagrada.

En esta obra del Espíritu Santo, se debe distinguir dos cosas:

En primer lugar, la creación de la naturaleza humana de Jesús.

En segundo lugar, su separación de los pecadores.

Sobre el primer punto, las Escrituras nos enseñan que ningún hombre podría jamás reclamar un vínculo paternal con Jesús. José aparece y actúa como el padrastro de Cristo; pero las Escrituras nunca hablan de un compañerismo de vida y origen entre él y Jesús. De hecho, los vecinos de José suponían que Jesús era el Hijo del carpintero, pero las Escrituras siempre tratan esta suposición como algo incorrecto. Sin lugar a dudas que cuando San Juan declaró que los hijos de Dios no nacen de la voluntad del hombre ni de la voluntad de la carne, sino de Dios, tomó esta gloriosa descripción sobre nuestro nacimiento superior, de la extraordinaria obra de Dios que destella en la concepción y el nacimiento de Cristo. El hecho de que María fuera llamada una virgen; que José estuviera preocupado por el descubrimiento de la condición

de su novia; que él se hubiera propuesto abandonarla en secreto, y que un ángel se le apareciera a él en un sueño—en una palabra, todo el relato del Evangelio, así como la ininterrumpida tradición de la Iglesia, no permite ninguna otra confesión, más que decir que la concepción y el nacimiento de Cristo fueron de la virgen María, pero no de su prometido esposo José.

Las Escrituras, excluyendo entonces al hombre, ponen tres veces al Espíritu Santo en primer plano como el Autor de la concepción. San Mateo dice (capítulo i. 18): "...Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo." Y una vez más, en el versículo 20: "...porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es." Por último, Lucas dice (capítulo i. 35): "...El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios." Estas obvias declaraciones, no reciben un reconocimiento pleno a menos que se confiese claramente que el acto de la concepción de un embrión de naturaleza humana, en el vientre de la virgen, fuera un acto del Espíritu Santo.

No es conveniente ni legítimo profundizar en este asunto. Cómo se origina la vida humana luego de la concepción, si acaso el embrión instantáneamente contiene una persona humana, o si ella es creada luego dentro de él, y otras preguntas similares, deberán tal vez permanecer para siempre sin respuesta. Podemos sugerir teorías, pero el Omnipotente Dios no permite que ningún hombre descubra Sus funcionamiento dentro de los laboratorios ocultos de Su poder creativo. Por tanto, todo lo que puede decirse de acuerdo a las Escrituras, está contenido en los cuatro puntos siguientes:

En primer lugar, en la concepción de Cristo, no se llamó a la vida a un nuevo ser, como en todos los otros casos; sino a Uno que había existido desde la eternidad, y que entró entonces en una relación vital con la naturaleza humana. Las Escrituras lo revelan claramente. Cristo existió desde antes de la fundación del mundo. Su existencia es antigua, desde los días de la eternidad. Él tomó sobre Sí mismo la forma de un siervo. Incluso si el biólogo descubriera el misterio del nacimiento humano, este no podría dar a conocer nada acerca de la concepción del Mediador.

En segundo lugar, no se trata de la concepción de una *persona* humana, sino de una naturaleza humana. Cuando un nuevo ser es concebido, viene a existencia un ser humano. Pero cuando la Persona del Hijo, quien estuvo con el Padre desde la eternidad, participa de nuestra carne y huesos, Él adopta nuestra naturaleza humana en la unidad de Su Persona, convirtiéndose así en un verdadero hombre; pero no se trata de la creación de una *nueva* persona. Las Escrituras lo demuestran claramente. En Cristo no aparece más que un único *ego*, existiendo el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, simultáneamente en la misma Persona. En tercer lugar, de esto no se desprende que se creara en María una *nueva* carne, tal como los menonitas enseñaban; sino que el fruto dentro del vientre de María, del cual Jesús nació, fue tomado de su propia sangre y alimentado con ella—la misma sangre que ella había recibido del *Adán caído*, a través de sus padres.

Por último, el Mediador nacido de María, no sólo participó de nuestra carne y huesos, tal como los que existían en Adán y los cuales nosotros hemos heredado de él; sino que nació como un verdadero hombre: pensando, deseando y sintiendo al igual que otros hombres; vulnerable a todas las sensaciones y sentimientos humanos que causan las innumerables emociones y palpitaciones de la vida humana.

Y, sin embargo, Él fue apartado de los pecadores. De esto hablamos en el siguiente artículo. Que esto sea suficiente para el hecho de la concepción, a partir del cual obtenemos el precioso consuelo: "*Que a los ojos de Dios, Él cubre el pecado y la culpa en los que fui concebido y dado a luz*" (Catecismo de Heidelberg, pregunta 36).

XVIII. Inocente y Sin pecado

"Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos."—Heb. vii. 26.

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha confesado que Cristo tomó sobre Sí mismo la verdadera naturaleza humana, a partir de la virgen María; no como era antes de la caída, sino tal como aquello en lo que se había convertido, *después* de la caída, y *debido* a ella.

Esto se establece claramente en Heb. ii. 14-17: "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo...Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos...para expiar los pecados del pueblo." Su participación de nuestra naturaleza fue tal, que incluso Le hizo sentir el aguijón de Satanás, pues luego sigue: "Pues en cuanto Él mismo padeció *siendo tentado*, es poderoso para socorrer a los que son tentados." Entonces, basándose en la autoridad de la Palabra divina, no se puede dudar que el Hijo de Dios se hizo hombre en nuestra naturaleza caída. En virtud de la culpa heredada de Adán, nuestro sufrimiento consiste en que no podemos vivir ni actuar sino como partícipes de carne y sangre que fueron corrompidas por la caída. Y dado que como hijos somos participantes de carne y sangre, así mismo es que Él también ha llegado a ser partícipe de lo mismo. De ahí que no se pueda hacer suficiente hincapié en que, caminando entre los hombres, el Hijo de Dios llevó la misma naturaleza en la que nosotros vivimos nuestras vidas; que Su carne tenía el mismo origen que nuestra carne; que la sangre que corrió por Sus venas fue la misma que la nuestra, y que llegó a Él del mismo modo que llegó a nosotros, desde la misma fuente en Adán. Nosotros debemos sentir, y atrevernos a confesar, que nuestro Salvador agonizó en Getsemaní en nuestra propia carne y sangre; que fue nuestra carne y sangre lo que fue clavado en la cruz. La "sangre de la reconciliación" es tomada de la propia sangre que está sedienta por reconciliación.

Sin embargo, doblegándonos ante la autoridad de las Escrituras, confesamos con la misma seguridad que esta unión íntima del Hijo de Dios con la naturaleza humana caída, no implica Su más mínima participación en nuestro pecado y nuestra culpa. En la misma epístola en la cual el apóstol establece claramente la comunión de Jesús con la carne y sangre humanas, alberga testimonio igualmente claro de Su condición sin mancha, de modo que todo malentendido pueda ser obviado. Como por causa de nuestra concepción y nacimiento somos *impíos, culpables y corruptos, uno con los pecadores*, y por lo tanto, agobiados con la *condenación del infierno*, es por ello que el Mediador fue concebido y nacido *santo, inofensivo, puro, apartado de los pecadores, hecho más alto que los cielos*. Y el apóstol declara con igual prominencia que el pecado no entró a Sus tentaciones, pues, a pesar de que fue tentado en todas las cosas al igual que nosotros, aun así, Él se mantuvo siempre sin pecado.

Por lo tanto, el misterio de la Encarnación yace en la aparente contradicción de la unión de Cristo con nuestra naturaleza caída, la cual por un lado es tan íntima, como para que Él se haga vulnerable a sus tentaciones, mientras que por otro lado, Él resulta completamente aislado de toda comunión con su pecado. Cuando se desarrolla lógicamente la confesión que debilita o elimina cualquiera de estos factores, esto se degenera en grave herejía. Al decir, "El Mediador es concebido y nacido en nuestra naturaleza, tal como era antes de la caída," cortamos la comunión entre Él y nosotros; y al aceptar que Él tuvo la porción menos personal de nuestra culpa y pecado, cortamos Su comunión con la *naturaleza divina*.

Pero, ¿acaso las Escrituras no enseñan que el Mediador fue hecho pecado y llevó la maldición por nosotros, y que sufrió la agonía más profunda "como un gusano y no como hombre"? Respondemos: Así es, si no hubiera sido por esto, ciertamente no podríamos tener redención. Pero en todo esto Él actuó como nuestro Sustituto. Su propia personalidad no fue afectada en lo más mínimo por ello. El que Él pusiera nuestros pecados sobre Sí mismo, fue un acto Sumo-Sacerdotal, llevado a cabo en nuestro lugar. Él fue hecho *pecado*, pero nunca *pecador*. Un pecador es aquel que es *personalmente* afectado por el pecado; la persona de Cristo nunca lo fue. Él jamás tuvo comunión alguna con el pecado, mas que aquella de amor y compasión, para cargar con él como nuestro Sumo Sacerdote y Sustituto. Sin embargo, aun cuando Él fue extraordinariamente afligido, incluso hasta la muerte; aun cuando fue severamente tentado, al punto que gritó "Que pase de Mí esta copa," en el centro de Su ser, permaneció absolutamente libre del más mínimo contacto con el pecado.

Un análisis detallado de la forma por la cual llegamos a ser partícipes del pecado arrojará nueva luz sobre este tema.

Los pecados individuales no son sólo producto de nuestra propia creación, sino que también forman parte del único y poderoso pecado de toda la especie, el pecado común, en contra del cual se encendió la ira de Dios. No sólo participamos de este pecado a medida que crecemos, por un acto de la voluntad; ya era nuestro en la cuna, en el vientre de nuestra madre—así es, incluso en nuestra concepción. La Iglesia de los redimidos de Dios nunca podrá negar esta terrible confesión, “Concebido y nacido en pecado.”

Es por esta razón que la Iglesia siempre ha establecido este nivel de presión sobre la doctrina de la culpa heredada, tal como lo declarado por San Pablo en Rom. v. Nuestra culpa heredada no surge a partir del *pecado* heredado; por el contrario, somos concebidos y nacemos en pecado, *debido* a que somos parte de la *culpa heredada*. La culpa de Adán se imputa a todos los que estaban en sus entrañas. Adán vivió y cayó como nuestro representante natural.

Nuestra vida moral tiene una relación directa con su vida moral. Estuvimos *en él*. Él nos transportó dentro de sí mismo. Su estado determinó nuestro estado. De ahí que por el juicio justo de Dios, su culpa fuera imputada a toda su posteridad; por tanto, por la voluntad del hombre, ella debería nacer sucesivamente de sus entrañas. Es en virtud de esta culpa heredada que somos concebidos en pecado y nacemos dentro de la participación de pecado. Dios es nuestro Creador, y de Sus manos nosotros emergimos puros y sin mancha. Enseñar lo contrario, es hacerlo a Él el autor del pecado individual y destruir el sentido de culpa que alberga nuestra alma. De ahí que el pecado, particularmente el pecado original, no se origina como obra de Dios en nuestra *creación*, sino por nuestra *relación vital* con la especie pecaminosa. Nuestra persona no procede de nuestros padres. Esto se encuentra en conflicto directo con la indivisibilidad de espíritu, con la Palabra de Dios, y su confesión de que Dios es *nuestro* Creador, “quien también *me* ha hecho.”

Sin embargo, toda creación no es una misma cosa. Existe creación indirecta y creación inmediata. Dios creó la luz por creación inmediata, mas el césped y las hierbas, indirectamente, pues estas brotan de la tierra. La misma diferencia existe entre la creación de Adán y la de su posteridad. La creación de Adán fue inmediata: no la de su cuerpo, que fue tomado del polvo; sino la de su persona, el ser humano llamado Adán. Su posteridad, sin embargo, es una creación indirecta, pues cada concepción queda sujeta a la voluntad del hombre. Por esta razón es que, aun cuando emergemos de la mano de Dios puros y sin mancha, al mismo tiempo nos convertimos en partícipes de la culpa de Adán que nos ha sido heredada e imputada; y en virtud de esta culpa heredada, Dios nos lleva a la comunión con el pecado de la especie a través de nuestra concepción y nacimiento. Cómo se da lugar a esto, constituye un misterio insondable; pero es un hecho, que mediante nuestra creación, la cual comienza con la concepción y termina con el nacimiento, nos convertimos en partícipes del pecado de toda la especie.

Y ahora, con referencia a la Persona de Cristo, todo depende de la pregunta sobre si la culpa de Adán fue también imputada a Jesucristo el hombre.

Si es así, entonces en *virtud de esta culpa original*, Cristo fue concebido y nació en pecado, como todos los demás hombres. Y donde se encuentre culpa original imputada, debe existir corrupción pecaminosa. Pero por otra parte, donde no se encuentra, la corrupción pecaminosa no puede existir; por esta razón, es que Aquel que es llamado santo e inofensivo debe ser sin mancha. La culpa de Adán no fue imputada a Jesucristo el hombre. De haberlo sido, entonces Él también habría sido concebido y nacido en pecado; de ese modo, Él no sufrió por nosotros, sino por Sí mismo; entonces, no puede haber sangre de reconciliación. Si la culpa original de Adán fue imputada a Jesucristo hombre, entonces, en virtud de Su concepción y nacimiento pecaminosos, Él también estuvo sujeto a la muerte y la condenación; y sólo pudo haber recibido vida a través de la regeneración. Por lo tanto, se desprende también que, o bien este Hombre se encuentra en Sí mismo necesitado de un Mediador, o que nosotros mismos así como Él, podemos entrar a la vida sin un Intermediario.

Sin embargo, toda esta representación no tiene fundamento y debe ser rechazada sin reservas. Toda la Escritura se opone a ella. La culpa de Adán es imputada a su posteridad. Pero Cristo no es un descendiente de Adán. Él existió antes de Adán. Él no nació pasivamente como nosotros, sino que Él mismo tomó la carne humana sobre Sí. Él no se encuentra bajo Adán, ni

lo tiene como Su cabeza, sino que Él mismo es una nueva Cabeza que tiene otras bajo Él, y de quienes dijo: “He aquí, yo y los hijos que Dios me dio” (Heb. ii.13). Es cierto que Lucas iii. 23 contiene la genealogía de José, la que culmina con las palabras, “El hijo de Adán, el hijo de Dios,” pero el evangelista añade enfáticamente “según se creía,” por lo tanto, Jesús no era el hijo de José. Y en Mateo, Su genealogía se detiene en Abraham. Aunque San Pedro dice en Pentecostés, que David conocía que Dios levantaría a Cristo de su descendencia, a pesar de eso él agrega esta limitante, “en cuanto a la carne.”

Más aun, dando cuenta de que el Hijo no asumió una persona humana, sino la naturaleza humana, de modo que Su Ego es el de la Persona del Hijo de Dios, se deduce necesariamente que Jesús no puede ser descendiente de Adán; por lo tanto, el imputar a Cristo de la culpa de Adán destruiría la Persona divina. Tal imputación se encuentra absolutamente fuera de cuestión. A Él nada se Le ha imputado. Los pecados que cargó, Él mismo los tomó voluntariamente sobre Sí, por nosotros, en su rol de Sumo Sacerdote y Mediador.

XIX. El Espíritu Santo en el Misterio de la Encarnación

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria.”—Juan i. 14.
Existe una pregunta adicional a tratar en este tema: ¿Cuál fue la acción extraordinaria del Espíritu Santo, que permitió que el Hijo de Dios adoptara nuestra naturaleza caída sin que fuera contaminado por el pecado?

A pesar de que aceptamos que es ilegítimo entrometerse en lo que se encuentra tras el velo y que Dios no nos abre libremente, aun así podemos buscar el significado de las palabras que contienen el misterio; y esto es lo que intentaremos hacer en el debate de esta pregunta. En relación a Su pureza, la encarnación de Cristo está conectada con el ser del pecado, el carácter del pecado original, la relación entre el cuerpo y el alma, la regeneración, y el obrar del Espíritu Santo en los creyentes. Por lo tanto, para lograr una clara comprensión, es necesario tener una correcta perspectiva de la relación de la naturaleza humana de Cristo con estos importantes asuntos.

El pecado no es una bacteria espiritual, escondida en la sangre de la madre y recibida en las venas del niño. El pecado no es material ni tangible; su naturaleza es moral y espiritual, y pertenece a las cosas invisibles, cuyos resultados podemos percibir, pero cuyo verdadero ser escapa a la detección. Por tanto, en oposición al maniqueísmo y herejías semejantes, la Iglesia siempre ha confesado que el pecado no es una sustancia material en nuestra carne y sangre, sino que consiste en la pérdida de la justicia original en la que Adán y Eva florecieron y prosperaron en el Paraíso. Los creyentes tampoco difieren en este punto, pues todos reconocen que el pecado es la pérdida de la justicia original.

Sin embargo, rastreando el siguiente paso en el curso del pecado, nos encontramos con una grave diferencia entre la Iglesia de Roma y la nuestra. La primera, enseña que Adán emergió perfecto de la mano de su Creador, aun antes de que fuera dotado de la justicia original. Esto implica que la naturaleza humana está completa sin la justicia original, la que se pone sobre él como una túnica o adorno. Tal como nuestra naturaleza presente está completa sin vestimenta ni adornos, los cuales son sólo necesarios para parecer respetables frente al mundo, así era la naturaleza humana según Roma, completa y perfecta en sí misma sin la justicia, que sólo sirve como vestido y joya. Sin embargo, las iglesias Reformadas siempre se han opuesto a este punto de vista, manteniendo que la justicia original es una parte esencial de la naturaleza humana; es por ello que la naturaleza humana en Adán no estaba completa sin ella; que no fue simplemente añadida a la naturaleza de Adán, sino que él fue creado en posesión de la misma, como la manifestación directa de su vida.

Si la naturaleza de Adán era perfecta antes de que él poseyera la justicia original, se deduce que sigue siendo perfecta después de la pérdida de la misma, en cuyo caso el pecado se

describe simplemente como “carentia justitix origirialis”; es decir, la falta de justicia original. Esto solía ser expresado así: ¿Es la justicia original un bien natural o sobrenatural? Si fuera natural, entonces su pérdida causaría que la naturaleza humana fuera totalmente corrupta; si fuera sobrenatural, entonces su pérdida podría llevarse la gloria y el honor de esa naturaleza, pero como naturaleza humana retendría casi todo su poder original.

Belarmino dijo que el deseo, las enfermedades, los conflictos, etc., pertenecen ciertamente a la naturaleza humana; y que la justicia original era una brida de oro situada sobre esta naturaleza, para contener y controlar este deseo, enfermedad, conflictos, etc. De ahí que, cuando la brida de oro se perdió, la enfermedad, el deseo, los conflictos y la muerte, se soltaron de su freno (tomo IV, capítulo 5, col. 15, 17, 18). Tomás de Aquino, con quien Calvino estaba profundamente en deuda, y a quien el Papa presente elogió fervientemente frente a sus sacerdotes, tenía una postura más acertada. Esto es evidente en su definición de pecado. Si la enfermedad, el deseo, etc., ya existían en el hombre cuando este emergió de la mano de Dios, y sólo la gracia sobrenatural puede refrenarlos, entonces el pecado no es más que la pérdida de la justicia original, y por lo tanto, es puramente negativo. Pero, si la justicia original pertenece a la naturaleza humana y no fue simplemente añadida a ella en forma sobrenatural, entonces el pecado es doble: en primer lugar, constituye la pérdida de la justicia original; en segundo lugar, constituye la ruina y la corrupción de la propia *naturaleza humana*, desorganizándola y desarticulándola. Tomás de Aquino reconoce este último aspecto, ya que enseña (“Summa Theologiae”, prima secundæ, IX, secc. 2, art. 1) que el pecado no es sólo *privación* y pérdida, sino también un estado de corrupción en el que debe distinguirse: la falta de lo que debería estar presente, es decir, la justicia original; y la presencia de lo que debería estar ausente, es decir, un desarreglo anormal de las partes y facultades del alma. Nuestros padres sostuvieron casi igual criterio. Ellos consideraron que el pecado no es material, sino la pérdida de la justicia original. Sin embargo, como la justicia original pertenece a la naturaleza humana que se encuentra en buen estado, su pérdida no dejó esa naturaleza intacta, sino dañada, inconexa, y corrompida.

A modo de ilustración: Un hermoso geranio que adornaba una ventana, murió por causa de las heladas. Sus hojas y sus flores se marchitaron, dejando sólo una masa de moho y descomposición. ¿Cuál fue la causa de su muerte? Simplemente, la pérdida de la luz y del calor del sol. Y eso fue suficiente, pues éstos pertenecen a la naturaleza de la planta y son esenciales para su vida y belleza. Privados de ellos, no puede seguir siendo lo que es, sino que su naturaleza pierde su solidez; esto provoca descomposición, moho y gases tóxicos, los que pronto la destruyen. Lo mismo se puede decir de la naturaleza humana: en el Paraíso, Adán fue como la plantas en floración; floreciendo en la calidez y el brillo de la presencia del Señor. Por causa del pecado, él huyó de esa presencia. El resultado fue, no sólo la pérdida de luz y calor, sino que como éstos eran esenciales a su naturaleza, esa naturaleza perdió vitalidad, desfalleció y se marchitó. El moho de la corrupción se formó sobre él, y el proceso auténtico de disolución se inició, sólo para finalizar en la muerte eterna.

Incluso ahora, los hechos y la historia demuestran que el cuerpo humano se ha debilitado desde la época de la Reforma; que a veces, un cierto tipo de malos hábitos pasa de padres a hijos, aun cuando la temprana muerte de los primeros impida su propagación a través de la educación y del ejemplo. De ahí la diferencia entre Adán cuerpo y alma, antes de la caída, y su descendencia después de la caída; no se trata sólo de la pérdida del Sol de Justicia, que por naturaleza ya no brilla sobre ellos, sino del daño que esta pérdida provoca a la naturaleza humana, en el cuerpo y el alma, los cuales por lo tanto se ven debilitados, enfermos, corrompidos y arrojados fuera de su equilibrio.

Esta naturaleza corrupta pasa del padre al hijo, tal como la Confesión de Fe lo expresa en el artículo XV: “Que el pecado original es una corrupción de toda la naturaleza y una enfermedad hereditaria, con la que los propios niños son infectados en el vientre de su madre; y que produce en el hombre todo tipo de pecados, actuando en él como una causa de ellos.” Sin embargo, es necesario tener en cuenta la relación entre una persona y su ego. La confusa condición de nuestra carne y sangre se inclina e incita hacia el pecado; un hecho que, como efecto de aquello, se ha observado en las víctimas de ciertas horribles enfermedades. Pero, si no existiera un ego personal que se permitiera autoestimularse, esto no podría conducir al pecado. Una vez más, aunque el desequilibrio de las facultades del alma que causa el

oscurecimiento del entendimiento, el entumecimiento de las susceptibilidades, y el debilitamiento de la voluntad, despiertan las pasiones, aun así, si ningún ego personal se viera afectado por este funcionamiento, ellos no podrían conducir al pecado. Por lo tanto, el pecado sólo pone su marca propia sobre esta corrupción cuando el ego personal se aleja de Dios y se mantiene, en esa alma trastornada y ese cuerpo enfermo, condenado ante Él.

Si de acuerdo con la ley establecida, lo impuro da lugar a lo impuro, y si Dios ha hecho que nuestro nacimiento dependa de una creación a través de hombres pecadores, entonces, debe desprenderse que nacemos, por naturaleza—en primer lugar, sin la justicia original; en segundo lugar, con un cuerpo dañado; en tercer lugar, con un alma que no se encuentra en armonía con ella misma; y por último, con un ego personal que está alejado de Dios.

Todo lo cual se aplicaría a la Persona del Mediador si Él, tal como uno de nosotros, hubiera nacido como persona humana por la voluntad del hombre y no la de Dios. Sin embargo, dado que Él no nació como persona humana, sino que tomó nuestra naturaleza humana sobre Sí mismo y que no fue concebido por la voluntad del hombre, sino por una acción del Espíritu Santo, no pudo existir en Él un ego que se hubiera apartado de Dios; así como, ni por un momento, la debilidad de Su naturaleza humana podría haber sido una debilidad pecaminosa.

O, para llevarlo a lo concreto: Aunque hubo algo en esa naturaleza caída que lo inducía a desear, aun así, en Él, aquello nunca llegó a ser deseo. Existe una diferencia entre nuestras tentaciones y conflictos, y los que Jesús vivió; mientras que nuestro ego y naturaleza desean, oponiéndose a Dios, Su santo Ego se opuso a la incitación de Su naturaleza adoptada, y aquél nunca fue superado.

Por consiguiente, la propia obra del Espíritu Santo consistió en lo siguiente:

En primer lugar, la creación, no de una nueva persona, sino de una naturaleza humana, la cual fue adoptada por el Hijo en unión con Su naturaleza divina, en una sola Persona.

En segundo lugar, que el Ego divino-humano del Mediador, quien de acuerdo con Su naturaleza humana también poseía vida espiritual, fuera resguardado de la corrupción interna que por causa de nuestro nacimiento, afectó nuestro ego y personalidad.

Por lo tanto, en cuanto a Cristo se refiere, la regeneración—que no afecta a nuestra naturaleza sino a nuestra persona, se encuentra fuera de discusión. Pero Cristo necesitaba de los dones del Espíritu Santo para permitirle que Su debilitada naturaleza se transformara, cada vez más y más, en instrumento para el funcionamiento de Su diseño santo; y por último, para transformar Su naturaleza debilitada en una naturaleza gloriosa, despojada del último rastro de debilidad y preparada para desplegar su gloria suprema; y esto no a través de la regeneración, sino de la resurrección.

El Mediador

XX. El Espíritu Santo en el Mediador

“...el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios.” Heb. 9:14.

La obra del Espíritu Santo en la Persona de Cristo no se agotó en la Encarnación, sino que aparece claramente en la *obra* del Mediador. Analizaremos esta obra en el *desarrollo de Su naturaleza humana*; en la *consagración a Su oficio*; y en *Su humillación hasta la muerte*; en *Su resurrección, exaltación, y regreso en gloria*.

En primer lugar—La obra del Espíritu Santo en el *desarrollo de la naturaleza humana en Jesús*. Se ha dicho previamente, y ahora se reitera, que consideramos el esfuerzo de escribir la “Vida de Jesús” como *ilegítimo*, o que su título lleva un *nombre inapropiado*: lleva un nombre inapropiado cuando, pretendiendo escribir una biografía de Jesús, el escritor simplemente omite explicar los hechos psicológicos de Su vida; y es *ilegítimo*, cuando explica estos hechos a partir de la naturaleza humana de Jesús.

Nunca existió una vida de Jesús en el sentido de una existencia humana y personal; y la tendencia a sustituir las diversas biografías de Jesús de Nazaret por las simples narraciones del Evangelio no apunta realmente a nada más que posicionar a la única persona del Dios-hombre en el mismo nivel que los genios y grandes hombres del mundo, a humanizarlo; y por tanto, a aniquilar al Mesías en Él—en otras palabras, a *secularizarlo*. Y frente a esto levantamos con todas nuestras fuerzas nuestro más serio reclamo.

La Persona Dios-hombre del Señor Jesús no vivió una vida, sino que entregó un poderoso acto de obediencia al humillarse a Sí mismo hasta la muerte; y de esa humillación Él no ascendió por poderes desarrollados a partir de Su naturaleza humana, sino por un poderoso y extraordinario acto del poder de Dios. Cualquiera que se haya comprometido exitosamente a escribir la vida de Cristo, no pudo haber hecho más que extraer el cuadro de Su naturaleza humana. Pues la naturaleza divina no tiene historia; no opera a través de un proceso de tiempo, sino que sigue siendo la misma hasta el fin de los tiempos.

Sin embargo, esto no nos impide indagar, conforme a la necesidad de nuestras limitaciones, de qué manera se desarrolló la naturaleza humana de Cristo. Y luego, las Escrituras nos enseñan que ciertamente hubo crecimiento en Su naturaleza humana. San Lucas relata que Jesús creció en sabiduría, en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres. Por lo tanto, hubo un crecimiento y un desarrollo en Su naturaleza humana, el cual lo llevó de lo menor hacia lo mayor. Esto habría sido imposible si la naturaleza divina del Mesías hubiera tomado el lugar del ego humano, pues entonces la majestad de la Divinidad habría llenado siempre y por completo la naturaleza humana. Pero eso no fue lo que sucedió. La naturaleza humana en el Mediador

fue real, es decir, existió en cuerpo y en alma tal como existe en nosotros; y todas las obras internas de la vida, luz, y poder divinos, pudieron manifestarse sólo mediante un proceso de adaptación a las singularidades y limitaciones de la naturaleza humana.

Cuando se sostiene la opinión equivocada de que el desarrollo de un Adán libre de pecado se habría logrado sin la ayuda del Espíritu Santo, es natural suponer que la naturaleza sin pecado de Cristo se desarrolló igualmente por Sí misma, sin la ayuda del Espíritu de Dios. Pero sabiendo, a través de las Escrituras, que no sólo los dones, poderes, y facultades del hombre son resultado de la obra del Espíritu Santo, sino también su funcionamiento y ejercicio, vemos el desarrollo de la naturaleza humana de Jesús bajo una luz diferente, y comprendemos el significado de aquellas palabras que dicen que Él recibió el *Espíritu Santo sin medida*. Pues esto indica que Su naturaleza humana también recibió el Espíritu Santo; y que esto no sólo ocurrió luego de que viviera durante años sin Él, sino en cada momento de Su existencia, en función de la medida de Sus capacidades. Incluso en Su concepción y nacimiento, el Espíritu Santo no sólo efectuó una separación del pecado, sino que también dotó Su naturaleza humana con los gloriosos dones, poderes y facultades a los cuales esa naturaleza es susceptible. Por consiguiente, Su naturaleza humana no recibió estos dones, poderes y facultades *por parte del Hijo*, por comunicación desde la naturaleza divina; sino *por parte del Espíritu Santo*, por comunicación hacia la naturaleza humana; y esto debería ser comprendido a cabalidad.

Sin embargo, Su naturaleza humana no recibió estos dones, poderes y facultades en pleno funcionamiento, sino totalmente inoperantes: Tal como en todo bebé existen poderes y facultades que permanecerán latentes, algunos de ellos por muchos años, de igual manera, en la naturaleza humana de Cristo existieron poderes y facultades que por un tiempo permanecieron adormecidos. El Espíritu Santo impartió estas dotaciones a Su naturaleza humana sin medida—Juan 3:34. Esto se relaciona con un contraste entre *los demás*, a quienes el Espíritu Santo no dotó *sin medida*, sino en un grado limitado de acuerdo a su llamado o destino individual; y *Cristo*, en quien no existe una distinción ni individualidad de este tipo—a quien, por lo tanto, dones, poderes y facultades se imparten en tal medida, que Él nunca podría sentir la falta de ningún don del Espíritu Santo. Él no carecía de nada, lo poseía todo; no por causa de Su naturaleza divina, la cual siendo la plenitud eterna en Sí misma, no puede recibir nada; sino en virtud de Su naturaleza humana, la cual fue dotada por el Espíritu Santo con tales dones gloriosos.

Sin embargo, esto no fue todo. El Espíritu Santo no sólo adornó la naturaleza humana de Cristo con estas dotaciones, sino que también provocó que ellas fueran ejercidas poco a poco hasta llegar a una plena actividad.

Esto estuvo sujeto a la sucesión de los días y los años del tiempo de Su humillación. Aun cuando Su corazón contenía el origen de toda sabiduría, siendo un niño de un año, por ejemplo, Él no podía conocer las Escrituras por medio de Su comprensión humana. Como Hijo Eterno las conocía, pues Él mismo las había dado a Su Iglesia. Pero Su conocimiento humano no tenía libre acceso a Su conocimiento divino. Por el contrario, mientras que el segundo nunca aumentó, pues conocía todas las cosas desde la eternidad, el primero debía aprenderlo todo; no tenía nada de sí mismo. Este es el aumento en sabiduría del cual habla San Lucas—no un aumento de la facultad, sino de su ejercicio. Y esto nos permite obtener una idea de la magnitud de Su humillación. Él, que sabía todas las cosas en virtud de Su naturaleza divina, comenzó como hombre, no sabiendo nada; y lo que Él supo como hombre, lo adquirió mediante el aprendizaje bajo la influencia del Espíritu Santo.

Y lo mismo se aplica a Su aumento en estatura y en gracia para con Dios y los hombres. Estatura se refiere a Su crecimiento físico, incluido todo lo que en la naturaleza humana depende de ello. No fue creado adulto como Adán, sino nacido como niño, tal como cada uno de nosotros; Jesús tuvo que crecer y desarrollarse físicamente: no por arte de magia, sino en la realidad. Cuando estaba en el regazo de María, o cuando como chiquillo miraba a Su alrededor en la tienda de su padrastro, Él era un niño; no sólo en Su apariencia pero con la sabiduría de un hombre respetable y de cabellos blancos; sino como un niño real, cuyas impresiones, sentimientos, sensaciones y pensamientos iban acorde con Su edad. No cabe duda que Su desarrollo fue rápido y hermoso, superando todo lo alguna vez visto en otros niños, de modo

que los ancianos rabinos en el Templo estaban sorprendidos cuando miraban al Niño de sólo doce años; aun así, siempre mantuvo el desarrollo de un niño que primero estuvo sobre el regazo de Su madre, que luego aprendió a caminar, que poco a poco se convirtió en un muchacho y joven, hasta que alcanzó la plenitud de la estatura un hombre.

Y tal como con cada aumento de Su naturaleza humana, el Espíritu Santo amplió el ejercicio de sus poderes y facultades; así también lo hizo con respecto a la relación de la naturaleza humana con Dios y los hombres, pues Él creció en gracia para con Dios y los hombres. La gracia tiene relación con la evolución y el desarrollo de la vida interior, y puede manifestarse en una doble vía, ya sea complaciendo o desagradando a Dios y a los hombres. Se dice que en el desarrollo de Jesús, tales dones y facultades, disposiciones y atributos, poderes y capacidades, se manifestaron desde la vida interior de la naturaleza humana que el favor de Dios depositó sobre ellos, los cuales, al mismo tiempo, afectaban a aquellos que se encontraban en torno a Él en una manera refrescante y útil.

Incluso separado de Su condición de Mesías, y con relación a Su naturaleza humana, Jesús permaneció durante todos los días de Su humillación bajo la constante y penetrante acción del Espíritu Santo. El Hijo, quien no tenía falta de nada, sino que como Dios en unión con el Padre y el Espíritu Santo poseía todas las cosas, adoptó compasivamente nuestra naturaleza humana. Y en la medida en que es singular a esa naturaleza obtener sus dones, poderes y facultades no de sí misma, sino del Espíritu Santo, por cuya sola acción constante se pueden ejercer; de la misma manera, el Hijo no quebrantó esta singularidad, sino que aunque Él era el Hijo, no tomó su preparación, enriquecimiento y funcionamiento en Sus propias manos, sino que estuvo dispuesto a recibirlos de manos del Espíritu Santo.

El hecho de que el Espíritu Santo descendiera sobre Jesús durante Su Bautismo, a pesar de que Él Lo había recibido sin medida en Su concepción, puede ser sólo explicado si se mantiene en la mira la diferencia entre la vida *personal* y la vida *oficial* de Jesús.

XXI. No Como en Nosotros

“Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto.”—Mt. iv. 1.

La representación de que la naturaleza humana de Cristo recibió influencias e impulsos que estimularon y dieron cualidades directamente de Su naturaleza divina, aunque en lo total, es incorrecta, contiene algo de verdad.

A menudo distinguimos entre nuestro ego y nuestra naturaleza. Decimos: “Mi naturaleza está contra mí,” o “Mi naturaleza está a mi favor”; de ahí se desprende que nuestra persona activa y anima nuestra naturaleza. Aplicando esto a la Persona del Mediador, se debe distinguir entre Su naturaleza humana y Su Persona. Esta última ha existido desde la eternidad; la primera, fue adoptada en el tiempo. Y puesto que en el Hijo la Persona divina y la naturaleza divina son casi una, se debe reconocer que la Divinidad de Nuestro Señor controló directamente Su naturaleza humana. Este es el significado de la confesión de los hijos de Dios, respecto de que Su Divinidad dio apoyo a Su naturaleza humana.

Sin embargo, es erróneo suponer que la Persona divina alcanzó en Su naturaleza humana lo que en nosotros es realizado por el Espíritu Santo. Esto pondría en peligro Su humanidad real y verdadera. Las Escrituras lo niegan absolutamente.

En segundo lugar—La obra del Espíritu Santo en la *consagración de Jesús a Su oficio* (ver “En primer lugar” en la página 93).

Esto debería observarse cuidadosamente, en especial porque la Iglesia nunca ha confesado con suficiente fuerza la influencia que el Espíritu Santo ejerce sobre la obra de Cristo. La impresión general es que la obra del Espíritu Santo se inicia sólo una vez que ha terminado la obra del Mediador en la tierra, como si antes de ese momento hubiera estado celebrando Su día de descanso divino. Sin embargo, las Escrituras nos enseñan una y otra vez que Cristo realizó Su obra mediadora controlada e impulsada por el Espíritu Santo. Ahora consideraremos esta influencia en relación a Su *consagración a Su oficio*.

Cristo ya había dado testimonio de este rescate por medio del espíritu de los profetas, a través de la boca de Isaías: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos.” Pero el gran hecho del cual uno no puede enterarse a través de la profecía es el del descenso del Espíritu Santo en el Jordán. Isaías, seguramente, se refería en parte a este evento; pero principalmente, a la unción en el consejero de paz. Sin embargo, cuando Jesús emergió del Jordán y el Espíritu Santo descendió sobre Él como paloma, se oyó una voz del cielo diciendo, “Este es mi Hijo amado,” sólo entonces la unción se volvió real.

En lo que respecta al evento en sí, mencionaremos sólo unas pocas palabras. Que el Bautismo de Cristo no fue puramente un rito, sino que el cumplimiento de toda justicia demuestra que Él se sumergió en el agua cargado con nuestros pecados. De ahí, por lo tanto, que San Juan haga que las palabras, “He aquí el Cordero de Dios” (Jn. i. 29), precedan al relato de Su Bautismo. Por tanto, es incorrecto decir que Cristo fue instalado en Su oficio Mesianico sólo en Su Bautismo. Por el contrario, Él fue ungido desde la eternidad. Por ello, Él no puede ser representado como si, de acuerdo con la medida de Su desarrollo, hubiera estado inconsciente por un momento respecto de la tarea de Mesías que recaía sobre Él. Esto radica en Su santa Persona; no fue añadida a Él en un período posterior, sino que fue Suya antes de que Adán cayera. Y aunque en Su conciencia humana, Su Persona alcanzaba estatura gradualmente, siempre se trató de la estatura del Mesías. Esto se hace evidente cuando, en Su respuesta a la edad de doce años, habló de las cosas de Su Padre de las cuales debía ocuparse; y aún más claramente, en las palabras que con autoridad dijo a Juan el Bautista: “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia.”

Y, sin embargo, es sólo en Su Bautismo que Jesús recibe la verdadera consagración a Su oficio. Esto se demuestra por el hecho de que inmediatamente después del Bautismo, Él entró públicamente a Su rol como Maestro; y también por el propio evento, y por la voz del cielo que lo señala a Él como el Mesías; y especialmente por el descenso del Espíritu Santo, el cual no puede ser interpretado de ninguna otra manera sino como la consagración a Su santo oficio. Lo que hemos dicho en relación a la comunicación del Espíritu Santo, que capacita a alguien para el oficio, tal como en el caso de Saúl, David, y otros, resulta tener aquí aplicación directa. Aunque en Su naturaleza humana, Jesús estuvo personalmente en constante comunión con el Espíritu Santo, aun así la comunicación oficial fue establecida sólo en el momento de Su Bautismo. Sin embargo, por causa de esta diferencia, mientras que en otros la persona y su oficio son separados al momento de la muerte, en el Mesías ambos permanecen unidos incluso durante y después de la muerte, para continuar de ese modo hasta el momento en que Él deba entregar el Reino a Dios el Padre, para que así Dios sea todo en todo. De ahí la observación descriptiva de Juan: “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y *permaneció sobre él*” (Jn. i. 32).

Y, por último, ante la pregunta de por qué la Persona del Mediador necesitaba este importante evento y los tres signos que lo acompañan, nuestra respuesta es la siguiente: En primer lugar, Cristo debe ser un verdadero hombre incluso en Su oficio, por lo que debe ser instalado de acuerdo a la costumbre humana. Él entra a Su ministerio público a los treinta años; Él es públicamente instalado y ungido con el Espíritu Santo.

En segundo lugar, debido a Su conciencia humana, esta sorprendente revelación del cielo era de suma necesidad. El conflicto de la tentación debía ser absoluto, es decir, *indescriptible*; de ahí que la impronta de Su consagración debe ser *indestructible*.

En tercer lugar, era necesario distinguir frente a los apóstoles y la Iglesia, y sin dejar lugar a dudas, al verdadero Mesías respecto de todos los pseudo-mesías y anticristos. Este es el motivo del firme interés de San Juan en este evento.

Si la obra del Espíritu Santo respecto de la consagración es evidente y está claramente indicada en la Sagrada Escritura, el hecho de que la influencia oficial del Espíritu Santo acompañara al Mediador a través de toda la administración de Su oficio no está establecido en forma menos clara. Esto se desprende de los hechos inmediatamente posteriores al Bautismo. San Lucas relata que Jesús, estando lleno del Espíritu Santo, fue llevado por el Espíritu al desierto. San Mateo añade: “para ser tentado por el diablo.” Se dice que el Espíritu tomó a

Elías, Ezequiel y algunos otros, y los trasladó a otro lugar. Esto se presenta en evidente conexión con respecto de lo que hemos leído aquí de Jesús. Pero con la siguiente diferencia, y es que mientras que en aquellos casos la fuerza impulsora vino a ellos desde fuera, Jesús, siendo lleno del Espíritu Santo, sintió la presión de esa fuerza en las profundidades de Su propia alma. Y, sin embargo, a pesar de que esta acción del Espíritu Santo estaba activa en Su alma, no fue lo mismo que los impulsos de la naturaleza humana de Cristo. Jesús no habría ido al desierto por Sí mismo; Su ida a ese lugar fue el resultado del Espíritu Santo dirigiéndolo. Esta es la única manera en que este pasaje puede recibir su explicación completa. En San Lucas se muestra que la dirección del Espíritu Santo no se limitó a este único acto. San Lucas relata (cap. iv. 14) que después de la tentación, Jesús regresó a Galilea en el poder del Espíritu Santo, entrando entonces al ministerio público de Su oficio profético. Evidentemente, el propósito de las Escrituras es destacar la incapacidad de la naturaleza humana que Cristo había adoptado para cumplir con la obra del Mesías; esta sólo pudo ser lograda mediante la constante acción y la poderosa dirección del Espíritu Santo, por medio del cual, Su naturaleza humana fue de tal manera fortalecida, que pudo ser el instrumento del Hijo de Dios para la realización de Su maravillosa obra.

Jesús era consciente de esto, y lo indicó expresamente al comienzo de Su ministerio. En la sinagoga, se dirigió a Isaías lxi. 1 y leyó para los presentes: “El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová”; y luego agregó: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.”

El Espíritu Santo no sólo apoyó Su naturaleza humana al momento de la tentación y del inicio del ministerio, sino en todas Sus poderosas acciones; como Cristo mismo declaró: “Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios” (Mt. xii. 28). Más aun, San Pablo enseña que los dones de sanidad y milagros proceden del Espíritu Santo; y esto, en relación a la afirmación de que estos poderes operaron en Jesús (Mr. vi. 14), nos convence de que estos fueron los poderes del Espíritu Santo mismo. Otra vez, con frecuencia se dice que Él se regocijó en el Espíritu, o que estaba turbado en el Espíritu; lo que puede interpretarse como un regocijo o una turbación frente a dificultades que se generan en Su propio espíritu; pero esto no es una explicación completa. Cuando se refiere a Su propio espíritu, se puede leer: “Y gimiendo en su espíritu” (Mr. viii. 12). Pero en los otros casos interpretamos las expresiones como apuntando a emociones que son más profundas y más gloriosas, de las cuales nuestra naturaleza humana es susceptible sólo cuando permanece en el Espíritu Santo. Pues, aunque San Juan afirma que Jesús gimió en Sí mismo (cap. xi. 38), esto no es contradictorio, especialmente en relación a Jesús. Si el Espíritu Santo siempre moró en Él, la misma emoción se puede atribuir tanto a Él como al Espíritu Santo. Sin embargo, exceptuando estos pasajes y sus interpretaciones, se ha dicho lo suficiente como para demostrar que esa parte de la obra de mediación de Cristo, comenzando con Su Bautismo y concluyendo en el aposento alto, fue caracterizada por la acción, la influencia y el apoyo del Espíritu Santo.

De acuerdo al divino consejo, en la creación, la naturaleza humana se ha adaptado a la obra interior del Espíritu Santo, sin la cual no puede desplegarse a sí misma más de lo que el capullo de una rosa puede hacerlo sin la luz y la influencia del sol. Como el oído no puede escuchar sin sonido, y el ojo no puede ver sin luz; así es nuestra naturaleza humana sin la luz y la morada interior del Espíritu Santo, incompleta. Por tanto, cuando el Hijo asumió la naturaleza humana, la tomó tal como es; es decir, incapaz de realizar cualquier acción santa el poder del Espíritu Santo. Por lo tanto, el Espíritu Santo concibió que desde un principio la naturaleza humana de Cristo estuviera ricamente dotada de poderes. El Espíritu Santo desarrolló estos poderes, y Cristo fue consagrado a Su oficio mediante la comunicación de los dones Mesíánicos a Su naturaleza humana; mediante los cuales Él todavía intercede por nosotros como nuestro Sumo Sacerdote y nos gobierna como nuestro Rey. Y por esta razón, Él fue guiado, impulsado, animado y apoyado por el Espíritu Santo en cada etapa de Su ministerio Mesíánico.

Existen tres diferencias entre la comunicación que ocurre entre el Espíritu Santo y la naturaleza humana de Jesús, y aquella que ocurre con nosotros:

En primer lugar, el Espíritu Santo se encuentra siempre en nuestros corazones con la resistencia propia del mal. El corazón de Jesús no tenía pecado ni maldad. Por lo tanto, en Su naturaleza humana, el Espíritu Santo no encontró resistencia.

En segundo lugar, la acción, la influencia, el apoyo y la dirección del Espíritu Santo en nuestra naturaleza humana es siempre personal; es decir, en parte imperfecta; en la naturaleza humana de Jesús fue vital, perfecta, no dejó vacío alguno.

En tercer lugar, el Espíritu Santo se encuentra con un ego en nuestra naturaleza que, en unión a ella, se opone a Dios; mientras que en Cristo, la Persona que encontró participando de la naturaleza divina en Su naturaleza humana, era absolutamente santa. Pues el Hijo, habiendo adoptado la naturaleza humana en unión con Su Persona, estaba cooperando con el Espíritu Santo.

XXII. El Espíritu Santo en la Pasión de Cristo

“El cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo.”—Heb. ix. 14.

En tercer lugar—Examinaremos la obra del Espíritu Santo en el sufrimiento, la muerte, resurrección y exaltación de Cristo (ver "Primero" y "Segundo", páginas ___ y ___). En la Epístola a los Hebreos, el apóstol pregunta: “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne; ¿cuánto más la sangre de Cristo, limpiará vuestras conciencias de obras muertas?” añadiendo las palabras: “el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios.” El significado de estas palabras ha sido objeto de controversia. Beza y Gomarus entendieron que el Espíritu Eterno significaba la *naturaleza divina* de Cristo. Calvino y la mayoría de los reformadores lo tomaron como si se refiriera al Espíritu Santo. Los expositores de hoy, especialmente los de tendencias racionalistas, lo entienden simplemente como la tensión de la naturaleza humana de Cristo.

Junto a la mayoría de los expositores ortodoxos, adoptamos el punto de vista de Calvino. La diferencia entre Calvino y Beza es aquella a la que ya se ha hecho referencia. La pregunta es si acaso en lo que respecta a Su naturaleza humana, Cristo substituyó la obra interna del Hijo por la del Espíritu Santo, o si Él simplemente tuvo la acción normal del Espíritu Santo. En la actualidad muchos han adoptado el primer punto de vista sin tener una comprensión clara de la diferencia entre ambos. Y por lo tanto razonan: “¿Acaso no están ambas naturalezas unidas en la Persona de Jesús? ¿Por qué, entonces, el Espíritu Santo debería ser añadido para capacitar la naturaleza humana? ¿No podría acaso el Hijo mismo hacer esto?” Y así, llegan a la conclusión de que, dado que el Mediador es Dios, no puede haber necesidad de una obra del Espíritu Santo en la naturaleza humana de Cristo. Y, sin embargo, este punto de vista debe ser rechazado, debido a—

En primer lugar, Dios ha creado la naturaleza humana de tal manera que, sin el Espíritu Santo, no puede tener ninguna virtud ni santidad. La justicia original de Adán fue obra y fruto del Espíritu Santo tan auténticamente como hoy lo es la nueva vida en el que ha sido regenerado. El Espíritu Santo brillando al interior es tan esencial a la santidad como lo es para la vista la luz que brilla en el ojo.

En segundo lugar, de acuerdo con la distinción de tres Personas divinas, la obra del Hijo con referencia a la naturaleza humana es distinta de la obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no podía convertirse en carne; esto es algo que sólo el Hijo podía hacer. El Padre no ha entregado todas las cosas al Espíritu Santo. El Espíritu Santo trabaja desde el Hijo, pero el Hijo depende del Espíritu Santo para aplicar la redención a las personas. El Hijo adopta nuestra naturaleza, y de este modo se relaciona a Sí mismo con toda la especie; pero luego, sólo el Espíritu Santo puede entrar en las almas de las personas para glorificar al Hijo en los hijos de Dios.

La aplicación de estos dos principios a la Persona de Cristo nos permite ver que Su naturaleza humana no podía otorgarle la constante iluminación interior del Espíritu Santo. Por eso las Escrituras declaran: “Él le dio el Espíritu sin medida.” El Hijo tampoco podía, de acuerdo a Su propia naturaleza, tomar el lugar del Espíritu Santo, sino que en la economía divina, por causa de Su unión con la naturaleza humana, Él siempre dependió del Espíritu Santo.

En cuanto a la interrogante respecto de si la Divinidad de Cristo apoyó o no a Su humanidad, nuestra respuesta es: No cabe duda de que sí lo hizo; pero nunca en forma independiente al Espíritu Santo. Nosotros *desmayamos*, pues resistimos, contristamos y rechazamos al Espíritu Santo. Cristo fue siempre victorioso porque Su divinidad nunca aflojó Su apoyo sobre el Espíritu Santo en Su humanidad, sino que lo recibió y se adhirió a Él con todo el amor y la energía del Hijo de Dios.

La naturaleza humana es limitada. Es susceptible de recibir del Espíritu Santo para poder así ser su templo. Sin embargo, esa susceptibilidad tiene sus límites. Enfrentada por la muerte eterna, pierde su tensión y cae fuera de la comunión del Espíritu Santo. De ahí que no tenemos bien imperdible en nosotros mismos, sino sólo como miembros del cuerpo de Cristo. Fuera de Él, la muerte eterna tendría poder sobre nosotros, nos separaría del Espíritu Santo y nos destruiría. Por lo tanto, toda nuestra salvación se encuentra en Cristo. Él es nuestra ancla que ha sido arrojada dentro del velo. En cuanto a la naturaleza humana de Cristo, esta se encontró con la muerte eterna y pasó a través de ella. Esto no podría ser de otra manera. Si Él sólo hubiese pasado a través de la muerte temporal, la muerte eterna aún se encontraría invicta. Nuestra respuesta a la pregunta de cómo Su naturaleza humana pudo pasar por la muerte eterna y no perecer, sin tener un Mediador para sostenerlo a través de ella, es la siguiente: La naturaleza humana de Cristo habría sido aplastada por ella, y la iluminación interior del Espíritu Santo habría cesado si Su naturaleza divina, es decir, el infinito poder de Su Divinidad, no hubiera estado por debajo de Su naturaleza humana. De ahí que el apóstol declare: “el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo,” no a través del Espíritu *Santo*. Ambas expresiones no son equivalentes. Existe una diferencia entre el Espíritu Santo, la tercera Persona de la Divinidad, *separado de mí*, y el Espíritu Santo *obrando dentro de mí*.

Las palabras de las Escrituras, “Él estaba lleno del Espíritu Santo,” se refieren no sólo a la Persona del Espíritu Santo, sino también a Su obra en el alma del hombre. Así, con referencia a Cristo, existe una diferencia entre las expresiones: “Él fue concebido por el Espíritu Santo,” “El Espíritu Santo descendió sobre Él,” “Ser lleno del Espíritu Santo,” y “El cual mediante el Espíritu *eterno* se ofreció a sí mismo.” Las dos últimas citas indican el hecho de que el espíritu de Jesús había *alojado* al Espíritu Santo y se había *identificado* con Él; casi en el mismo sentido que en Hechos xv. 28: “Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a *nosotros*.” El término “Espíritu Eterno” fue elegido para indicar que la Persona divino-humana de Cristo entró en tal indisoluble comunión con el Espíritu Santo, que ni siquiera la muerte eterna pudo romperla.

Un análisis más detenido de los sufrimientos de Cristo aclarará este punto.

Cristo no nos redimió únicamente mediante Sus sufrimientos: siendo escupido, azotado, coronado con espinas, crucificado y muerto; sino que esta pasión se hizo efectiva para nuestra redención mediante Su *amor* y obediencia *voluntaria*. Estos dos son llamados generalmente Su cumplimiento *pasivo* y *activo*. Por el primero, entendemos Su real aguante y carga de dolor, angustia y muerte; por el segundo, Su celo por el honor de Dios, el amor, la fidelidad, y la compasión divina por los que Él se hizo obediente aun hasta la muerte—así es, la muerte de cruz. Y ambos son esencialmente distintos. Satanás, por ejemplo, también lleva el castigo y lo llevará para siempre, pero él carece de la disposición para llevarlo. Esto, sin embargo, no afecta la validez de la pena. Un asesino que se encuentra en la horca puede maldecir a Dios y a los hombres hasta el final, pero esto no invalidará su castigo. Ya sea que él maldiga u ore, resulta igualmente válido.

Por lo tanto, en los sufrimientos de Cristo había mucho más que un mero cumplimiento penal pasivo. Nadie obligó a Jesús. Él, partícipe de la naturaleza divina, no podía ser obligado, sino que Se ofreció a Sí mismo muy voluntariamente: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí.” Para entregar ese sacrificio voluntario, él adoptó el cuerpo preparado con la misma voluntad: “El cual, siendo en forma de Dios, no

estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”; “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia.” Y para dar mayor prueba de esta obediencia hasta la muerte, en Su interior Se consagró a la muerte, como Él mismo declaró: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo.”

Esto lleva a la importante interrogante respecto de si Jesús entregó esta obediencia y consagración en forma externa a Su naturaleza humana o dentro de ella, para que se manifestara a sí misma en Su naturaleza humana. Sin duda, lo correcto es la segunda aseveración. La naturaleza divina no puede aprender ni ser tentada; el Hijo no podría amar al Padre sino con amor eterno. En la naturaleza divina no existe el *más* o el *menos*. Suponer esto aniquila la naturaleza divina. La afirmación respecto de que, “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia,” no significa que Él como *Dios* aprendió la obediencia, porque Dios no puede obedecer. Dios rige, gobierna, ordena, pero nunca obedece. Como Rey, Él puede servirnos sólo en forma de esclavo, ocultando Su majestad principesca, habiéndose derramado a Sí mismo, de pie ante nosotros como un despreciado entre los hombres. Y por lo tanto, respecto de “Y aunque era Hijo,” se entiende: si bien en Su Ser interior Él es Dios el Hijo, aun así estuvo frente a nosotros en tal humildad, que nada traicionó Su divinidad; así es, Él fue tan humilde, que incluso aprendió obediencia.

Por tanto, si el Mediador como hombre mostró en Su naturaleza humana tal celo por Dios y tal compasión por los pecadores, que voluntariamente Se entregó a Sí mismo hasta la muerte, entonces es evidente que Su naturaleza humana no podía ejercer tal consagración sino por la obra interna del Espíritu Santo; y una vez más, que el Espíritu Santo no podría haber efectuado tal obra interna a menos que el Hijo lo hubiera querido y deseado. El grito del Mesías se escucha en las palabras del salmista: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado.” El Hijo estaba dispuesto, por lo tanto, a vaciarse de tal modo a Sí mismo que fuera posible que Su naturaleza humana pasara a través de la muerte eterna; y con este fin, Él Se dejó llenar de todo el poderío del Espíritu de Dios. Por lo tanto, el Hijo se ofreció a Sí mismo “mediante el Espíritu eterno para que sirváis al Dios vivo.”

De ahí que la obra del Espíritu Santo en la obra de la redención no se iniciara sólo en Pentecostés; sino que el mismo Espíritu Santo que da aliento a toda vida en la creación, sostiene y capacita nuestra naturaleza humana; y en Israel y los profetas, forjó la obra de revelación; también preparó el cuerpo de Cristo; adornó Su naturaleza humana con dones afables y los puso en funcionamiento; Lo instaló en Su oficio; Lo llevó a la tentación; Lo capacitó para echar fuera demonios y, finalmente, Lo habilitó para concluir esa eterna obra de cumplimiento mediante la cual nuestras almas son redimidas.

Esto explica por qué Beza y Gomarus no podían estar satisfechos del todo con la exposición de Calvino. Calvino dijo que se trataba de la obra del Espíritu Santo, separada de la divinidad del Hijo. Y ellos consideraban que algo estaba faltando. Pues el *Hijo* no Se aferró a ninguna reputación, y Se hizo obediente; pero si todo esto es la obra del Espíritu Santo, entonces nada queda de la obra del Hijo. Y para escapar a esta postura, ellos adoptaron el otro extremo y declararon que el Espíritu Eterno sólo hacía referencia al Hijo de acuerdo con Su naturaleza divina—una tesis que no puede aceptarse, pues a la naturaleza divina nunca se le designa como espíritu.

Pero ellos no estaban del todo mal. La reconciliación de estas opiniones contrarias debe buscarse en la diferencia entre la *existencia del Espíritu Santo sin nosotros, y Su obra al interior de nosotros tal como la ha recibido nuestra naturaleza, e identificada con la propia obra de ella*. Y ya que el Hijo, mediante Su Divinidad, permitió a Su naturaleza humana efectuar esta unión en el terrible conflicto con la muerte eterna—entonces, el apóstol confiesa que el sacrificio del Mediador fue hecho por la obra del Espíritu Eterno.

XXIII. El Espíritu Santo en el Cristo Glorificado

“Que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos.”—Rom. i. 4.

De los estudios anteriores se desprende que, a medida que Cristo descendía por los diversos pasos de Su humillación hacia la muerte en la cruz, el Espíritu Santo realizaba una obra en Su naturaleza humana.

La interrogante se plantea ahora respecto de si Él también tuvo una obra en los diversos pasos de la exaltación de Cristo hacia la excelente gloria, es decir, en *Su resurrección, ascensión, dignidad real y segunda venida*.

Antes de responder a esta pregunta, debemos considerar en primer lugar la naturaleza de esta obra en la exaltación. Porque es evidente que debe diferir mucho respecto de la de Su humillación. En esta última, Su naturaleza humana sufrió violencia. Sus sufrimientos no sólo antagonizaron Su naturaleza divina, sino también Su naturaleza humana. Sufrir el dolor, el insulto y la burla, ser azotado y crucificado, va en contra de la naturaleza humana. El esfuerzo para resistir tales sufrimientos y para escapar de ellos, resulta completamente natural. El gemido de Cristo en Getsemaní es la expresión natural del sentimiento humano. Él fue cargado con la maldición y la ira de Dios en contra del pecado de la especie. Entonces, la naturaleza humana luchó contra esa carga; y el grito, "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa," fue un grito de horror sincero y natural que la naturaleza humana no podía reprimir.

Y no sólo en Getsemaní; aunque en menor grado, Él experimentó lo mismo a través de toda Su humillación. Su propio derramamiento no fue una simple pérdida o aflicción, sino un volverse cada vez más y más desposeído; hasta que finalmente no quedó nada de Él, sino sólo un pedazo de tierra donde Él pudiera llorar y una cruz sobre la cual Él pudiera morir. Él renunció a todo lo que el corazón y la carne tanto aprecian, hasta que, sin amigo ni hermano, sin recibir una sola muestra de amor, y en medio de la risa burlona de Sus calumniadores, Él entregó el espíritu. Ciertamente, Jesús pisó solo el lagar.

Siendo Su humillación tan profunda y real, no es de extrañar que el Espíritu Santo socorriera y consolara a Su naturaleza humana, de modo que ella no fuera aplastada. Porque la obra que le corresponde al Espíritu Santo es hacer posible que la naturaleza humana, mediante los dones de la gracia, pueda mantenerse firme frente a la tentación de pecar producida por la aflicción, y superarla. Él animó a Adán antes de la caída; hoy, Él consuela y apoya a todos los hijos de Dios; y Él hizo lo mismo en la naturaleza humana de Jesús. Lo que es el aire a la naturaleza física del hombre, el Espíritu Santo lo es a su naturaleza espiritual. Sin aire, hay muerte en nuestros cuerpos; sin el Espíritu Santo, hay muerte en nuestras almas. Y como Jesús debía morir, aunque Él era el Hijo, cuando le faltó la respiración ya no pudo vivir de acuerdo a Su naturaleza humana, a pesar de que Él era el Hijo, con la excepción de que el Espíritu Santo habitaba en esa naturaleza. Dado que, de acuerdo al lado espiritual de Su naturaleza humana, Él no estaba muerto tal como nosotros lo estamos, sino que nació en posesión de la vida de Dios; entonces era imposible que Su naturaleza humana existiera por un solo momento sin el Espíritu Santo.

Pero, ¡cuán diferente es lo que ocurre en el estado de Su exaltación! El honor y la gloria no están en contra de la naturaleza humana, sino que la sacian. Ella los codicia y anhela con todas sus fuerzas. De ahí que esta exaltación no creara ningún conflicto en el alma de Jesús. Su naturaleza humana no necesitaba ayuda para soportarla. Entonces, se desprende la pregunta: ¿Qué es, por lo tanto, lo que el Espíritu Santo podría hacer por la naturaleza humana en el estado de gloria?

En cuanto a la resurrección, las Escrituras enseñan en más de una oportunidad que ella estaba conectada a una obra del Espíritu Santo. San Pablo dice (Rom. i.4) que Jesús fue "declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos." Y San Pedro dice (1 P. iii. 18) que Cristo "siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu," lo que evidentemente se refiere a la resurrección, tal como lo demuestra el contexto: "Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios." Su muerte apunta hacia la crucifixión; y Su vivificación, que es lo contrario de la última, sin duda se refiere a Su resurrección.

San Pablo, hablando de nuestra resurrección en Rom. vii. 11, explica estas declaraciones un tanto desconcertantes afirmando que "si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a

Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.” Este pasaje dice tres cosas acerca de nuestra resurrección:

En primer lugar, que el Dios Trino nos vivificará.

En segundo lugar, que esto será realizado mediante una obra especial del Espíritu Santo.

En tercer lugar, que será efectuado mediante el Espíritu que mora en nosotros.

San Pablo nos induce a aplicar estas tres cosas a Cristo, pues Él mismo compara Su resurrección con la nuestra; no sólo en lo que respecta al hecho en sí, sino también en relación a la obra mediante la cual se efectuó. Por lo tanto, con referencia a lo último, se debe declarar: En primer lugar, que el Dios Trino Lo levantó de los muertos; San Pedro lo declaró claramente en el día de Pentecostés: “al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte,” San Pablo lo repitió en Ef. i. 20, pasaje en el cual se habla de “Su gran poder” el cual Él operó en Cristo cuando Lo levantó de los muertos.

En segundo lugar, que Dios el Espíritu Santo llevó a cabo una obra singular en la resurrección. En tercer lugar, que Él realizó esta obra en Cristo *desde dentro*, habitando en Él: “Que mora en vosotros.”

La naturaleza de esta obra se desprende de la participación que el Espíritu Santo tuvo tanto en la *creación* de Adán como en *nuestro nacimiento*. Si el Espíritu enciende y trae a existencia toda vida, especialmente en el hombre, entonces fue Él quien reavivó la chispa que el pecado y la muerte habían apagado. Él Lo hizo en Jesús; Él así mismo lo hará en nosotros.

La única dificultad restante se encuentra en el tercer punto: “Que mora en vosotros.” La obra del Espíritu Santo en nuestra creación y, por tanto, en la de la naturaleza humana de Cristo, vino *desde fuera*; en la resurrección, opera *desde dentro*. Por supuesto que las personas que mueren no siendo templos del Espíritu Santo están excluidas. San Pablo habla exclusivamente de los hombres cuyos corazones son Su templo. Por lo tanto, al representarlo habitando en ellos, San Pablo Lo llama el *Espíritu de santidad*, mientras que Pedro lo llama el “*Espíritu*”; esto indica que no se refieren a una obra del Espíritu Santo en *oposición* al espíritu de Jesús, sino a una en la cual Su espíritu accedió y cooperó. Y esto concuerda con las propias palabras de Cristo, respecto de que en la resurrección Él no tendría un rol pasivo, sino uno activo: “Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.” Los apóstoles declaran una y otra vez no sólo que Jesús *fue levantado* de los muertos, sino que Él se ha *levantado*. Él así lo había predicho, y los ángeles dijeron: “No está aquí, pues ha resucitado.”

Por tanto, llegamos a la siguiente conclusión: la obra del Espíritu Santo en la resurrección fue diferente de aquella que operó en la humillación; fue similar a la de la creación; y fue realizada desde *dentro* por el Espíritu *que habitó en Él* sin medida, quien permaneció con Él *a través de Su muerte*, y en cuya obra Su *propio espíritu* estuvo totalmente de acuerdo.

La obra del Espíritu Santo en la *exaltación* de Cristo no es tan fácil de definir. Las Escrituras nunca hablan de ella en relación con Su ascensión, Su posición a la diestra del Padre, ni con la segunda venida del Señor. Su relación con el descenso en Pentecostés será tratada en el lugar que le corresponde. La luz sobre estos puntos sólo puede obtenerse a partir de las declaraciones esparcidas relativas a la obra del Espíritu Santo sobre la naturaleza humana en general. Según las Escrituras, el Espíritu Santo pertenece a nuestra naturaleza tal como la luz al ojo; no sólo en su condición de pecadores, sino también en su estado sin pecado. De esto se deduce que Adán, antes de que cayera, no carecía de Su obra interna; por lo que, en la Jerusalén celestial, nuestra naturaleza humana Lo poseerá en una medida más rica, más completa y más gloriosa. Pues nuestra naturaleza santificada es la morada de Dios a través del Espíritu—Ef. ii. 22.

Si, por consiguiente, nuestra dicha en el cielo consiste en el goce de los placeres de Dios, y es el Espíritu Santo quien entra en contacto con nuestro ser más íntimo, se deduce que, en el cielo, Él no puede salir de nosotros. Y por lo tanto, sobre esta base confesamos que no sólo los

elegidos sino también el Cristo glorificado, quien sigue siendo un verdadero hombre en el cielo, deberán seguir siendo llenados eternamente del Espíritu Santo. Esto es lo que nuestras iglesias siempre han confesado en la Liturgia: "El mismo Espíritu que mora en Cristo como la Cabeza y en nosotros como Sus miembros."

El mismo Espíritu Santo que ha realizado Su obra en la concepción de nuestro Señor; quien asistió a la evolución de Su naturaleza humana; quien trajo a actividad cada don y cada poder en Él; quien Lo consagró en Su oficio como el Mesías; quien Lo capacitó para cada conflicto y tentación; quien Lo facultó para echar fuera demonios; y quien Lo apoyó en Su humillación, pasión y amarga muerte; fue el mismo Espíritu que realizó Su obra en Su resurrección, a fin de que Jesús fuera justificado en el Espíritu (1 Tim. iii. 16); y es quien habita ahora en la naturaleza humana glorificada del Redentor en la Jerusalén celestial.

En cuanto a esto, cabe señalar que Jesús dijo de Su cuerpo: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré." El Templo era la morada de Dios en Sión; por lo cual era un símbolo de la morada de Dios que se debía establecer en nuestros corazones. Por lo tanto, esta expresión no se refiere a la morada interior del Hijo en nuestra carne, sino a la del Espíritu Santo en la naturaleza humana de Jesús. Por esta razón, San Pablo escribe a los Corintios: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros?" Si el apóstol llama a nuestros cuerpos templos del Espíritu Santo, ¿por qué se debería tomar en otro sentido, cuando se habla en relación a Jesús?

Si Cristo habitó en nuestra *carne*, es decir, en nuestra naturaleza humana, en cuerpo y alma, y si el Espíritu Santo mora, por el contrario, en el templo de nuestro *cuerpo*, vemos que Jesús mismo consideró Su muerte y resurrección como un terrible proceso de sufrimiento a través del cual Él debía entrar en la gloria, pero sin estar por un solo momento separado del Espíritu Santo.

El Derramamiento Del Espíritu Santo

XXIV. El derramamiento del Espíritu Santo

“Pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado.”—
Juan 7: 39.

Hemos llegado a la parte más difícil en la discusión de la obra del Espíritu Santo, esto es, el derramamiento del Espíritu Santo en el décimo día después de la ascensión. En el manejo de este tema, no es nuestro objetivo crear un nuevo interés en la celebración de Pentecostés. Lo consideramos casi imposible, pues la naturaleza del hombre es muy poco espiritual como para lograrlo con éxito. Pero en forma muy reverente, realizaremos un esfuerzo para dar, a todos aquellos en que el Espíritu Santo ya ha comenzado la obra en sus corazones, una visión más clara respecto de este evento.

Pues, aunque el relato del segundo capítulo de Hechos pueda parecer simple, en realidad es muy complejo y difícil de explicar; y quien intente seriamente comprender y explicar este evento, a medida que profundice en los vínculos íntimos de la Sagrada Escritura, se encontrará cada vez con mayores dificultades. Por esta razón, establecemos que nuestra exposición no va a resolver totalmente este misterio. Simplemente procuraremos anclar más seriamente a él las mentes santificadas del pueblo de Dios; y convencerlo de que, en general, este tema es tratado con demasiada superficialidad.

En el análisis de este acontecimiento, surgen cuatro dificultades:

En primer lugar, ¿cómo explicaremos el hecho de que mientras que el Espíritu Santo fue derramado sólo en Pentecostés, los santos del Antiguo Pacto ya eran partícipes de Sus dones? En segundo lugar, ¿cómo distinguiremos el derramamiento del Espíritu Santo ocurrido hace diecinueve siglos, respecto de Su entrada en el alma de los inconversos el día de hoy? En tercer lugar, ¿cómo podían los apóstoles—quienes ya habían hecho la buena confesión, abandonándolo todo, siguiendo a Jesús, y sobre quienes Él había soplado diciendo: “Recibid el Espíritu Santo”—no haber recibido el Espíritu Santo sino hasta el décimo día después de la ascensión?

En cuarto lugar, ¿cómo debemos explicar las señales misteriosas que acompañan el derramamiento? No hay ángeles alabando a Dios, sino que se escucha un sonido como el de un viento apresurado y poderoso; y no aparece la gloria del Señor, sino que lenguas de fuego se ciernen sobre sus cabezas; no se produce teofanía, sino un hablar con sonidos extraños e inusuales, pero que sin embargo, fueron entendidos por quienes se encontraban presentes. Con referencia a la *primera dificultad*: Cómo explicar el hecho de que, mientras que el Espíritu Santo sólo fue derramado en Pentecostés, los santos del Antiguo Pacto ya eran partícipes de Sus dones. Llevemos esto a lo concreto: ¿cómo se deberían conciliar los siguientes pasajes?

“porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis” (Hag. ii. 4, 5); y “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (Jn. vii. 39).

Evidentemente, las Escrituras pretenden impresionarnos con ambos hechos, respecto de que el Espíritu Santo vino sólo en el día de Pentecostés, y que el mismo Espíritu ya había obrado durante siglos en la Iglesia del Antiguo Pacto. San Juan no sólo declara concluyentemente que el Espíritu Santo aún no había sido dado, sino que las predicciones de los profetas y de Jesús, y toda la postura de los apóstoles, demuestran que a este hecho no se le puede restar la más mínima importancia.

En primer lugar, examinaremos las profecías. Isaías, Ezequiel y Joel, contienen un testimonio innegable respecto de que esto era lo que los profetas esperaban.

Isaías dice: “Porque los palacios quedarán desiertos, la multitud de la ciudad cesará—*hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto*, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque. Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia.” Esta profecía se refiere, evidentemente, a un derramamiento del Espíritu Santo, que efectuará una obra de salvación a gran escala, ya que termina con la promesa: “Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre” (Is. xxxii. 14-17).

De la misma manera, Ezequiel profetizó “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Y os guardaré de todas vuestras inmundicias; No lo hago por vosotros, dice Jehová el Señor, sabedlo bien” (cap. xxxvi. 25); Ez. xi. 19 provee la introducción a esta profecía: “Así ha dicho Jehová el Señor: Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, para que anden en mis ordenanzas.”

Joel pronunció su conocida profecía: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días” (Jl. ii. 30, 31); —una profecía que, según la magistral exposición de San Pedro, se refiere directamente al día de Pentecostés.

Zacarías añade una hermosa profecía (xii. 10): “Y derramaré espíritu de gracia y de oración.” Es cierto que estas profecías fueron dadas a Israel durante su período tardío, cuando la vigorosa vida espiritual de la nación había ya muerto. Sin embargo, Moisés expresó el mismo pensamiento en su oración profética: “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos” (Nm. xi. 29). Pero estas profecías son prueba de la convicción profética del Antiguo Testamento, respecto de que la dispensación del Espíritu Santo en esos días era en extremo imperfecta; de que la verdadera dispensación del Espíritu Santo aún se tardaba; y que sólo en los días del Mesías vendría en toda su plenitud y gloria. En cuanto a la *segunda dificultad*, nuestro Señor, en varias ocasiones, puso el sello de Su autoridad divina sobre esta convicción profética; anunciando a Sus discípulos la aún futura venida del Espíritu Santo: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; porque mora con vosotros, y *estará en vosotros*” (Jn. xiv. 16, 17); “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Jn. xv. 26); “He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (Lc. xxiv. 49); “Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Jn. xvi. 7, 8). Y por último: Él les mandó que no se apartaran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, “la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo

dentro de no muchos días. Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo” (Hch. i. 4, 5, 8).

La *tercera dificultad* se satisface, por el hecho de que los mensajes de los apóstoles concuerdan con la enseñanza de las Escrituras. Ellos, efectivamente, permanecieron en Jerusalén sin siquiera tratar de predicar durante los días que transcurrieron entre la ascensión y Pentecostés. Ellos explican el milagro de Pentecostés, como el cumplimiento de las profecías de Joel y Jesús, y ven en él algo nuevo y extraordinario; y nos muestran claramente que en sus días, se consideraba que un hombre que quedó fuera del milagro de Pentecostés, no sabía nada sobre el Espíritu Santo. Pues cuando se preguntó a los discípulos de Efeso, ¿Recibisteis el Espíritu Santo?” ellos respondieron ingenuamente: “Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.”

Por tal razón, no cabe duda de que la Sagrada Escritura pretende enseñarnos y convencernos de que el derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés fue Su primera y verdadera venida sobre la Iglesia.

Pero, ¿cómo puede conciliarse esto con pasajes del Antiguo Testamento, tales como los siguientes? “Pues ahora, Zorobabel, esfuérgate, dice Jehová; esfuérgate también, Josué... sumo sacerdote; porque yo estoy con vosotros,... así mi Espíritu *estará en medio de vosotros*, no temáis” (Hag. ii. 4, 5), y de nuevo “Pero se acordó de los días antiguos, de Moisés y de su pueblo, diciendo: ¿Dónde está el que les hizo subir del mar con el pastor de su rebaño? ¿Dónde el que puso en medio de él su santo Espíritu?” (Is. lxiii. 11). David estaba consciente de que había recibido el Espíritu Santo, pues después de su caída él ora: “Y no quites de mí tu santo Espíritu” (Sal. li. 11). Hubo un envío del Espíritu, pues lo que dice es: “Envías tu Espíritu, son creados, Y renuevas la faz de la tierra” (Sal. civ. 30). Parece haber ocurrido un descenso real del Espíritu Santo, pues Ezequiel dice: “Y vino sobre mí el Espíritu de Jehová” (cap. xi. 5). Miqueas testificó: “Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu de Jehová” (cap. iii. 8). De Juan el Bautista, está escrito que él sería lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre—Lc. i. 15. Aun el mismo Señor fue lleno del Espíritu Santo, a quién Él recibió sin medida. Ese Espíritu vino sobre Él en el Jordán, ¿cómo entonces se podría hablar de Él como si todavía estuviera por venir?—una pregunta todavía más desconcertante, ya que leemos que en la noche de la resurrección, Jesús sopló sobre sus discípulos, diciendo: “Recibid el Espíritu Santo” (Jn. xx. 22).

Ha sido necesario presentar a nuestros lectores esta gran serie de testimonios, a fin de demostrarles el grado de dificultad que presenta el problema que nos esforzaremos en resolver en el siguiente artículo.

XXV. El Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, Distinto al del Antiguo Testamento

“Por Su Espíritu que mora en vosotros”—Rom. viii. 11.

A fin de comprender el cambio que ocurrió por primera vez en Pentecostés, se debe distinguir entre las diversas formas mediante las cuales el Espíritu Santo entra en relación con la criatura. Nosotros confesamos, tal como la Iglesia cristiana, que el Espíritu Santo es Dios verdadero y eterno, y por lo tanto es omnipresente; de ello se desprende que ninguna criatura, piedra o animal, hombre o ángel, es excluido de Su presencia.

Con referencia a Su omnisciencia y omnipresencia, David canta: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; Y si en el Seol hiciera mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba Y habitare en el extremo del mar, Aun allí me guiará tu mano, Y me asirá tu diestra.” Estas palabras establecen, con total certeza, que la omnipresencia pertenece al Espíritu Santo; que no existe un lugar o punto, ni en el cielo ni en el infierno, en el este ni en el oeste, del cual Él sea excluido.

Para el tema en cuestión, esta simple consideración es de vital importancia, pues de ella se desprende que nunca se podrá decir que el Espíritu Santo se hubiera trasladado de un lugar a otro; que hubiera estado en medio de Israel, pero no entre las naciones; que hubiera estado

presente en forma posterior al día de Pentecostés, en lugares donde Él no estaba antes. Todas estas representaciones se oponen directamente a la confesión de Su omnipresencia, eternidad, e inmutabilidad. El Omnipresente no puede ir de un lugar a otro, porque no puede entrar donde Él ya existe. Y suponer que Él es omnipresente en un momento y no en otro, se encuentra en total desacuerdo con Su eterna Divinidad. El testimonio de Juan el Bautista, “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él,” y el de San Lucas, “el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso,” no puede, por tanto, entenderse como si el Espíritu Santo hubiera llegado a un lugar donde Él no se encontraba antes, porque eso resultaría imposible.

Sin embargo—y esta es la primera característica que arrojará luz sobre el asunto—la descripción de omnipresencia por parte de David se aplica a *la presencia local en el espacio*, pero no *al mundo de los espíritus*.

Nosotros no sabemos lo que son los espíritus, ni tampoco lo que es nuestro propio espíritu. En el cuerpo, se puede distinguir entre los nervios y la sangre, entre los huesos y los músculos, y sabemos algo sobre sus funciones en el organismo; pero cómo existe un espíritu, cómo se mueve y funciona, no lo sabemos. Sólo sabemos que existe, se mueve, y opera en una forma totalmente diferente de la del cuerpo. Cuando un hermano muere, nadie abre una puerta o ventana para que el alma salga, pues sabemos que ni techo, ni pared, pueden obstruir su vuelo en dirección al cielo. En nuestras oraciones, susurramos como para no ser oídos, y aun así creemos que el hombre Cristo Jesús escucha cada palabra. La rapidez de un pensamiento supera a la de la electricidad. En una palabra, las limitaciones del mundo material parecen desaparecer en el reino de los espíritus.

Incluso el funcionamiento del espíritu sobre la materia es maravilloso. El promedio de peso de un adulto es de aproximadamente ciento sesenta libras. Se requiere de tres o cuatro hombres para poder llevar un cadáver de ese peso a la parte superior de un edificio alto; sin embargo, cuando el hombre estaba vivo, su espíritu tenía el poder para hacer que este peso subiera y bajara por esos tramos de escaleras con facilidad y rapidez. Pero, *dónde* el espíritu se apodera del cuerpo, *cómo* lo mueve, y de *dónde* obtiene esa velocidad, constituye un perfecto misterio para nosotros. Sin embargo, esto demuestra que el espíritu está sujeto a leyes totalmente diferentes de aquellas que rigen la materia.

Hacemos hincapié en la palabra ley. De acuerdo con la analogía de la fe, deben existir leyes que rijan al mundo espiritual, tal como existen las que rigen al mundo natural; pero debido a nuestras limitaciones, no podemos conocerlas. Pero en el cielo las conoceremos, junto a todas las glorias y los detalles del mundo espiritual, tal como nuestros médicos conocen los nervios y los tejidos del cuerpo.

Sin embargo, esto es lo que sabemos: que aquello que se aplica a la materia, no por ello se aplica así mismo al espíritu. La omnipresencia de Dios hace referencia a todo espacio, pero no a todo espíritu. Del hecho que Dios sea omnipresente no se desprende que Él también habite en el espíritu de Satanás. Por lo tanto, es evidente que el Espíritu Santo puede ser omnipresente sin morar en cada alma humana; y que Él puede descender sin cambiar de lugar y, sin embargo, entrar en un alma que hasta entonces no se encontraba ocupada por Él; y que Él se encontraba presente en medio de Israel y en medio de los gentiles, y aun así se manifestó entre los primeros y no entre los últimos. De esto se deduce que, en el mundo espiritual, Él puede venir a donde antes no estaba; que Él vino en medio de Israel, no habiendo estado entre ellos antes; y que entonces, se manifestó entre ellos en una forma distinta y menos poderosa que en el día de Pentecostés y previamente a él.

El Espíritu Santo parece actuar sobre un ser humano en una manera dual—desde fuera, o desde dentro. La diferencia es similar a la que se presenta en el tratamiento que realizan en el cuerpo humano el médico y el cirujano: el primero actúa sobre él mediante medicamentos ingeridos hacia el interior; el último, mediante incisiones y la administración de medicamentos en forma externa. Una comparación muy defectuosa, de hecho, pero que puede ilustrar ligeramente la doble operación del Espíritu Santo sobre las almas de los hombres. En un principio, sólo se descubre una impartición externa de ciertos dones. En Sansón, Él otorga una enorme fuerza física. Aholiab y Bezaleel son dotados de talento artístico para

construir el tabernáculo. Josué es enriquecido con genio militar. Estas operaciones no tocaban el centro del alma, y no eran para salvación, sino que eran únicamente externas. Se convierten en más duraderas cuando asumen un carácter oficial, como en Saúl; aunque en él encontramos la mejor evidencia del hecho que ellas fueran sólo imparticiones externas y temporales. Estas operaciones asumen un carácter superior cuando reciben el sello profético; aunque el ejemplo de Balaam nos demuestra que ni aun así atraviesan al centro del alma, sino que sólo afectan al hombre en lo externo.

Pero en el Antiguo Testamento había también una operación interior en los creyentes. Los israelitas que creyeron fueron salvos. Por lo tanto, deben haber recibido gracia salvadora. Y puesto que la gracia salvadora se encuentra fuera de cuestión sobre si existe un obrar interior del Espíritu Santo, se deduce que Él fue el Forjador de la fe en Abraham, tal como lo es en nosotros mismos.

La diferencia entre las dos operaciones es evidente. Una persona forjada en lo externo puede ser enriquecida con dones externos, mientras que espiritualmente permanece tan pobre como siempre. O, habiendo recibido el don interno de la regeneración, ella podrá ser privada de todo talento que adorna al hombre en lo aparente.

Por lo tanto, tenemos los tres siguientes aspectos:

En primer lugar, existe la omnipresencia del Espíritu Santo en el espacio; la misma se encuentra en el cielo y en el infierno, en medio de Israel y en medio de las naciones. En segundo lugar, existe una operación espiritual del Espíritu Santo de acuerdo a la elección, la cual no es omnipresente; está activa en el cielo, pero no en el infierno; activa en medio de Israel, pero no en medio de las naciones.

En tercer lugar, esta operación espiritual obra, ya sea desde fuera, impartiendo dones temporales; o desde el interior, impartiendo el don permanente de la salvación. Hemos hablado hasta ahora respecto de la obra del Espíritu Santo sobre personas individuales, lo suficiente para poder explicarla en los días del Antiguo Testamento. Pero cuando llegamos al día de Pentecostés, esto deja de ser suficiente. Pues Su operación singular, durante ese día y después de él, consiste en la extensión de ella a un *grupo de hombres* orgánicamente unidos.

Dios no creó a la humanidad como una serie de almas aisladas, sino como una *especie*. De ahí que en Adán, las almas de todos los hombres estén caídas y contaminadas. De la misma manera, la nueva creación en el ámbito de la gracia no ha operado la generación de individuos aislados; sino la resurrección de una *nueva raza*, un pueblo particular, un sacerdocio santo. Y esta raza favorecida, este pueblo singular, este santo sacerdocio, es también orgánicamente uno y participante de la misma bendición espiritual.

La Palabra de Dios expresa esto mediante la enseñanza de que los escogidos constituyen un solo *cuerpo*, del cual todos son miembros, uno de ellos siendo un pie, otro un ojo, y otro una oreja, etc. —una representación que transmite la idea de que los escogidos sostienen mutuamente la relación de una unión espiritual vital y orgánica. Y esto no es sólo en apariencia, a través del amor mutuo, sino mucho más a través de una comunión vital que les pertenece por causa de su origen espiritual. Tal como nuestra liturgia lo expresa bellamente: “Porque así como de muchos granos se muele la harina y un pan es horneado, y de muchas bayas que se prensan en conjunto, un vino fluye y es mezclado, así, los que por una verdadera fe somos injertados en Cristo, seremos todos juntos un cuerpo.”

Esta unión espiritual de los escogidos no existió en medio de Israel, ni podía existir en su tiempo. Hubo una unión de amor, pero no una comunión espiritual y vital que fluía de la raíz de la vida. Esta unión espiritual de los escogidos, se hizo posible sólo mediante la encarnación del Hijo de Dios. Los escogidos son hombres que están conformados por cuerpo y alma; por lo tanto, al menos en parte, su cuerpo es visible. Y cuando se dio el hombre perfecto en Cristo, quien podía ser el templo del Espíritu Santo en cuerpo y alma, sólo entonces la entrada y el derramamiento del Espíritu Santo se establecieron en y a través del cuerpo así creado.

Sin embargo, esto no ocurrió inmediatamente después del nacimiento de Cristo, sino luego de Su ascensión; pues Su naturaleza humana no desarrolló toda Su perfección hasta después de que Él había ascendido, cuando, como el Hijo de Dios glorificado, se sentó a la diestra del Padre. Sólo entonces se produjo el Hombre perfecto, quien sin impedimento alguno podía, por un lado, ser el templo del Espíritu Santo, y por otro lado, unir el espíritu de los escogidos en un solo cuerpo. Y cuando esto se había convertido en un hecho, mediante Su ascensión y al sentarse a la diestra de Dios y cuando, por lo tanto, los escogidos se habían convertido en un cuerpo, resultó perfectamente natural que la morada interior del Espíritu Santo fuera impartida desde la Cabeza a la totalidad cuerpo. Y, de este modo, el Espíritu Santo fue derramado hacia el cuerpo del Señor, a Sus escogidos, la Iglesia.

De esta forma, todo se vuelve sencillo y claro: se vuelve claro por qué los santos del Antiguo Testamento no recibieron la promesa, pues sin nosotros ellos no debían aún ser hechos perfectos, y debían esperar por esa perfección hasta la formación del cuerpo de Cristo, en el cual también ellos serían incorporados; se vuelve claro que la tardanza del derramamiento del Espíritu Santo no impidió que la gracia salvadora operara sobre las almas individuales de los santos del Antiguo Pacto; se vuelve clara la palabra de Juan respecto de que el Espíritu Santo todavía no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado; se vuelve claro que los apóstoles nacieron de nuevo mucho tiempo antes de Pentecostés, y que recibieron los dones oficiales en la noche del mismo día de la resurrección, a pesar de que el derramamiento del Espíritu Santo en el cuerpo así formado no se produjo hasta Pentecostés. Se vuelve claro cómo Jesús pudo decir: “porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros,” y otra vez, “mas si me fuere, os lo enviaré,” pues el Espíritu Santo fluiría a Su cuerpo desde Él mismo, quien es la Cabeza. Se vuelve claro también que Él no lo enviaría desde sí mismo, sino desde el Padre; se vuelve claro por qué este derramamiento del Espíritu sobre el cuerpo de Cristo nunca se repitió, y no podía ocurrir sino una sola vez; y por último, se vuelve claro que el Espíritu Santo estaba de hecho presente en medio de Israel (Is. lxiii. 12), obrando sobre los santos desde el exterior, mientras que en el Nuevo Testamento se dice que Él está dentro de ellos.

Llegamos, en consecuencia, a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, los escogidos deben constituir un cuerpo.

En segundo lugar, ellos no fueron constituidos como tal durante los tiempos del Antiguo Pacto, de Juan el Bautista, y mientras Cristo estuvo en la tierra.

En tercer lugar, este cuerpo no existió hasta que Cristo subió al cielo y, sentado a la diestra de Dios, le confirió su unidad de cuerpo; en el que Dios Lo puso como Cabeza sobre todas las cosas para la Iglesia—Ef. iv. 12.

Por último, como la Cabeza glorificada, y habiendo formado Su cuerpo espiritual mediante la unión vital de los escogidos, en el día de Pentecostés Cristo derramó Su Espíritu Santo sobre *todo el cuerpo*, para nunca más dejarlo que Se apartara de él.

Estas conclusiones descritas contienen únicamente lo que la Iglesia de todos los tiempos ha confesado, y esto se desprende del hecho de que las iglesias reformadas siempre han mantenido las siguientes afirmaciones:

En primer lugar, que nuestra comunión con el Espíritu Santo depende de nuestra unión espiritual con el cuerpo del cual Cristo es la Cabeza, concepto que constituye la esencia de la Cena del Señor.

En segundo lugar, que los escogidos forman un cuerpo bajo Cristo, Su Cabeza.

En tercer lugar, que este cuerpo comenzó a existir cuando recibió Su Cabeza; y que, según Ef. i. 22, Cristo fue dado para ser la Cabeza sólo después de Su resurrección y ascensión.

XXVI. Israel y las Naciones

“De que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo”—Hch. x. 45.

La pregunta que surge con relación a Pentecostés es la siguiente: Ya que el Espíritu Santo impartió la gracia salvadora a los hombres, tanto antes como después de Pentecostés, ¿cuál es la diferencia que causó el descenso del Espíritu Santo?

Un ejemplo puede explicar la diferencia. La lluvia desciende del cielo y el hombre la colecta para saciar su sed. Cuando los habitantes la recogen cada uno en su propia cisterna, llega a cada familia por separado; pero cuando, como en la vida de la ciudad moderna, todas las casas son suministradas a partir del embalse de la ciudad, por medio de matrices y tuberías de agua, ya no hay más necesidad de bombas y cisternas privadas. Supongamos que una ciudad, cuyos ciudadanos han estado bebiendo cada uno desde su propia cisterna por generaciones, propone la construcción de un embalse que abastecerá a todos los hogares. Cuando el trabajo se haya completado, el agua podrá fluir a través del sistema de matrices y tuberías hacia cada casa. Se podrá decir, entonces, que ese es el día en que el agua fue derramada en la ciudad. Hasta este momento, cayó sobre el techo de cada hombre: ahora, mana a través del sistema organizado hacia la casa de cada hombre.

Si se aplica esto al derramamiento del Espíritu Santo, la diferencia que existe entre el antes y el después de Pentecostés, se hará evidente. Las suaves lluvias del Espíritu Santo, descendieron sobre el antiguo Israel en gotas de gracia salvadora; pero sólo de tal manera que cada uno recogía de la lluvia celestial para sí mismo, para saciar la sed de cada corazón en forma separada. Así continuó hasta la venida de Cristo. Entonces se produjo un cambio, pues Él recolectó, en Su propia Persona, el torrente completo del Espíritu Santo para todos nosotros. Con Él, todos los santos están conectados por los canales de la fe. Y cuando, después de Su ascensión, esta conexión con Sus santos fue completada y Él había recibido el Espíritu Santo de Su Padre, entonces, el último impedimento fue removido, y el torrente completo del Espíritu Santo llegó rápidamente a través de los canales de conexión hacia el corazón de cada creyente.

Anteriormente: aislamiento, cada hombre para sí mismo; ahora: la unión orgánica de todos los miembros bajo su única Cabeza: esta es la diferencia entre los días previos y los días posteriores a Pentecostés. El hecho esencial de Pentecostés consistió en que, en ese día, el Espíritu Santo entró por primera vez en el cuerpo orgánico de la Iglesia, y los individuos vinieron a beber, ya no cada uno por sí mismo, sino todos juntos en unión orgánica. Respecto de la pregunta sobre dónde puede ser encontrado ese sistema de canales de conexión que nos une en un solo cuerpo bajo nuestra Cabeza, no podemos dar respuesta. Esto pertenece a las cosas invisibles y espirituales que escapan a nuestra capacidad de observación, de las cuales sólo podemos tener una representación a través de imágenes. Sin embargo, esto no altera el hecho de que la unión orgánica realmente exista. Para nosotros, la Palabra de Dios es su testigo innegable. La vida orgánica aparece en la naturaleza en dos formas: en la planta, y en el cuerpo del hombre y del animal. Estos son los mismos tipos que Cristo utiliza para ilustrar la unión espiritual entre Él y Su pueblo. Él dijo: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.” Y San Pablo habla de haber sido plantado con Cristo. Y con frecuencia utiliza la imagen del cuerpo y sus miembros.

Por lo tanto, no puede haber ninguna duda de que existe una unión espiritual entre Cristo y los creyentes, la que funciona por medio de una conexión orgánica que une la Cabeza y los miembros de una manera que resulta invisible e incomprensible para nosotros. Fue a través de esta unión orgánica que el Espíritu Santo fue derramado en Pentecostés, desde Cristo la Cabeza, hacia nosotros, los miembros de Su cuerpo.

Si fuera posible construir las obras hidráulicas de la ciudad en el aire, por encima de la ciudad, el ingeniero jefe podría decir con propiedad: “Cuando abra la llave del agua por primera vez, voy a bautizar a la ciudad con agua.” En sentido similar, se puede decir que Cristo ha bautizado a Su Iglesia con el Espíritu Santo. Pues la palabra de Juan el Bautista, “Yo a la verdad os bautizo en agua; pero viene uno más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo,” es explicada por Cristo mismo como una referencia al día de Pentecostés (Hch. i. 4, 5): “Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dije, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”; —una promesa que, sin duda, se refería al milagro de Pentecostés. Esto concuerda con el hecho de que Jesús, durante Su ministerio, permitió a Sus discípulos continuar con el Bautismo de Juan. Y esto demuestra que,

incluso antes de la crucifixión, Juan y Pedro, Felipe y Zaqueo, y muchos otros, recibieron la gracia salvadora del Espíritu Santo, cada uno por sí mismo; pero ninguno de ellos fue bautizado con el Espíritu Santo antes del día de Pentecostés.

Con referencia a los apóstoles, por tanto, debemos distinguir una triple impartición del Espíritu Santo:

En primer lugar, aquella de la gracia salvadora en la regeneración, y su consecuente iluminación—Mt. xvi. 17.

En segundo lugar, los dones oficiales capacitándolos para la actividad apostólica—Jn. xx. 22. En tercer lugar, el *Bautismo con el Espíritu Santo*—Hch i. 5 en relación con Hch. ii. 1 a continuación.

Aún resta una dificultad. A menudo leemos de derramamientos del Espíritu Santo ocurridos después de Pentecostés. ¿Cómo se puede conciliar esto con nuestra explicación? En Hechos x. 44, 45, leemos: “Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo.” Y Pedro confirma esto diciendo: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo *también como nosotros?*” De esto se desprende, en forma evidente, que el derramamiento ocurrido en la casa de Cornelio fue de la misma naturaleza que la del ocurrido el día de Pentecostés. Más aún, se nos habla de una venida del Espíritu Santo en Samaria (Hch. viii.), y de otra en Éfeso (Hch. xix. 6). Esta venida tuvo lugar, en ambos casos, después de la imposición de manos realizada por los apóstoles; y en Cesarea y Corinto, fue seguida de un hablar en lenguas extrañas, tal como en Jerusalén. Es evidente, por lo tanto, que el derramamiento del Espíritu Santo no se limitó únicamente a Pentecostés en Jerusalén, sino que luego fue repetido en una forma algo distinta y más débil, pero aún extraordinaria, tal como en Pentecostés.

¿Y quién negaría que hoy en día exista un derramamiento del Espíritu Santo en las iglesias? Sin que él ocurra, no puede haber regeneración ni salvación. Sin embargo, no hay presencia de las señales de Pentecostés; por ejemplo, no hay más hablar en lenguas. Por lo tanto, se hace necesario distinguir entre el derramamiento normal que ocurre en estos tiempos y el extraordinario que ocurrió en Corinto, Cesarea, Samaria y Jerusalén.

De ahí que la pregunta se presente de la siguiente manera: Si en el día de Pentecostés el Espíritu Santo fue derramado *de una vez y para siempre*, ¿cómo podemos explicar los derramamientos normales y los extraordinarios?

Permítanos recurrir, una vez más, a nuestro ejemplo anterior. Supongamos que la ciudad antes mencionada estuviera conformada por una parte baja y una parte alta, ambas para ser suministradas por el mismo embalse. Tras la finalización del sistema de la parte baja de la ciudad, esta puede recibir el agua primero, y la parte superior la recibe sólo después de que el sistema haya sido ampliado. Aquí nos damos cuenta de dos cosas: la distribución del agua se llevó a cabo de una sola vez, en lo que fue la inauguración formal de las obras hidráulicas, y no podría ocurrir más que en una única ocasión; mientras que la distribución del agua en la parte alta de la ciudad, aunque fuera extraordinaria, no fue más que un efecto resultante del evento anterior. Esta es una ilustración clara de lo que ocurrió en el derramamiento del Espíritu Santo. La Iglesia estaba conformada por partes bien definidas, es decir, los judíos y el mundo gentil. Sin embargo, ambos debían constituir un solo cuerpo, un solo pueblo, una sola Iglesia; ambos debían vivir una vida en el Espíritu Santo. En Pentecostés, Él fue derramado en el cuerpo, pero sólo para saciar la sed de una parte, es decir, la parte judía; la otra parte aún era excluida. Pero luego, los apóstoles y evangelistas salen desde Jerusalén y entran en contacto con los gentiles, y ha llegado la hora para que el torrente del Espíritu Santo se derrame en la parte gentil de la Iglesia, y todo el cuerpo sea refrescado por medio del mismo Espíritu Santo. Por consiguiente, existe un derramamiento original en Jerusalén el día de Pentecostés, y un derramamiento adicional en Cesarea para la parte gentil de la Iglesia; ambos son de la misma naturaleza, pero cada uno tiene su propio carácter especial.

Además de estos, existen algunos derramamientos aislados del Espíritu Santo, asistidos por la imposición de manos de los apóstoles, tal como en el caso de Simón el Mago. Explicaremos

esto de la siguiente manera: tal como de vez en cuando se realizan nuevas conexiones entre las casas particulares y el embalse de la ciudad, así mismo, nuevas partes del cuerpo de Cristo fueron añadidas a la Iglesia desde afuera, a las cuales el Espíritu Santo se derramó desde el cuerpo como a nuevos miembros. Es perfectamente natural que los apóstoles, en estos casos, aparezcan como instrumentos; y que, recibiendo en la Iglesia personas que provienen de una parte del mundo que aún no ha sido conectada con ella, se les extienda mediante la imposición de manos, la comunión del Espíritu Santo que mora en el cuerpo.

Esto también explica por qué hoy en día personas recién convertidas reciben el Espíritu Santo sólo en la forma ordinaria. Pues aquellos convertidos que están en medio de nosotros ya están en el pacto, ya pertenecen a la semilla de la Iglesia y al cuerpo de Cristo.^[1] Por lo tanto, no se forma ninguna nueva conexión, sino que una obra del Espíritu Santo es forjada en un alma con la que Él ya estaba relacionado a través del cuerpo.

Y de esta manera, todas las objeciones son satisfechas y cada detalle es puesto en orden, y los límites del área que se habían vuelto ambiguos y confusos, vuelven a estar claramente delineados.

Así mismo, es evidente que la oración que pide otro derramamiento o bautismo del Espíritu Santo es errónea y no tiene real significado. En realidad, una oración de ese tipo niega el milagro de Pentecostés. Porque Aquél que vino y permanece con nosotros, no puede volver a venir a nosotros.

XXVII. Las Señales de Pentecostés

Y señales abajo en la tierra” —Hch. ii. 19.

Veamos ahora las señales que acompañaron al derramamiento del Espíritu Santo—el sonido de un viento apresurado y poderoso; lenguas de fuego; y el hablar en otras lenguas—las que constituyen la cuarta dificultad con que nos encontramos en la investigación de los sucesos de Pentecostés (véase pág. __ (Referencia libro internet)). La primera y la segunda señal, preceden al derramamiento; la tercera, le sigue.

Estas señales no son meramente simbólicas. Al menos el hablar en otras lenguas aparece como parte del relato. Un símbolo pretende representar o indicar algo, o llamar la atención hacia ese algo, por lo que puede ser omitido sin afectar al asunto en sí. Un símbolo es como una señal vial en el camino: se puede retirar sin afectar el camino. Si las señales de Pentecostés fueron puramente simbólicas, el evento habría sido el mismo sin ellas; sin embargo, la ausencia de la señal de otras lenguas habría modificado completamente el carácter de la historia posterior.

Esto justifica la teoría de que las dos señales precedentes fueron además partes componentes del milagro. Fortalece la teoría el hecho de que ninguna de ellas es una señal apropiada; pues un símbolo debe hablar. La señal vial que deja al viajero en la duda sobre la dirección que debe tomar, no constituye ninguna señal vial. Teniendo en cuenta el hecho de que durante dieciocho siglos los teólogos han sido incapaces de determinar, con algún grado de certeza, el significado de los llamados símbolos; debe reconocerse que es difícil creer que los apóstoles o la multitud captaran su significado en forma simultánea y en un mismo sentido. El punto demuestra lo contrario. Ellos no entendieron las señales. Las personas dentro de la multitud, confundidas y perplejas, se dijeron unas a otras: “¿Qué quiere decir esto?” Y cuando Pedro se levantó como apóstol para interpretar el milagro, aclarado su entendimiento por el Espíritu Santo, no hizo ningún esfuerzo para vincular significado simbólico alguno a las señales, sino que simplemente declaró que había ocurrido un acontecimiento mediante el cual la profecía de Joel se había cumplido.

¿Entonces el acontecimiento de Pentecostés extrajo todo lo que contenía la profecía de Joel? De ninguna manera, pues el sol no se convirtió en tinieblas, ni la luna en sangre, y no se dice nada respecto de los sueños de los ancianos. Tampoco podría; el sorprendente día que se agoten esta y tantas otras profecías, no puede llegar hasta el regreso del Señor. Lo que el santo apóstol quiso decir en realidad fue que, a través de este acontecimiento, el día del regreso del Señor se había acercado de manera importante. El derramamiento del Espíritu Santo es uno de los grandes hechos que promete la llegada de ese día grande y notable. Sin

él, ese día no puede llegar. Cuando nos encontremos mirando hacia atrás desde el cielo, el día de Pentecostés se nos aparecerá como el último gran milagro que ocurrió en forma inmediatamente anterior al día del Señor. Y como aquel día será acompañado de señales terribles, tal como lo fue el día de preparación de Pentecostés, el apóstol los une y los hace aparecer como uno, mostrando que en la profecía de Joel, Dios apunta a ambos acontecimientos.

Si fuera cierto que las señales que acompañarán el regreso del Señor—sangre, fuego y vapor de humo—no serán simbólicas, sino más bien, elementos constitutivos de la última parte de la historia del mundo, es decir, su último holocausto; entonces es seguro que Pedro no entendió las señales de Pentecostés como simbólicas.

Tampoco puede ser contemplada la explicación aún más insatisfactoria, respecto de que estas señales estuvieron destinadas sólo a atraer y mantener la atención de la multitud.

Los sentidos de la vista y la audición son los medios más eficaces mediante los cuales el mundo exterior puede actuar sobre nuestra conciencia. Con el fin de lograr repentinamente estimular y emocionar a una persona, sólo se necesita asustarla por medio de una explosión o mediante el destello de una luz deslumbrante. Actuando de acuerdo a esto, algunos de los primeros metodistas solían disparar pistolas en sus reuniones de avivamiento, con la esperanza de que la detonación y el fogonazo crearan el estado mental que se deseaba producir. La emoción posterior de la gente la haría más susceptible a la operación del Espíritu Santo. Los experimentos del Ejército de Salvación son similares. Según este concepto, las señales de Pentecostés tuvieron un carácter similar. Algunos suponen que los discípulos, aún hombres inconversos, se encontraban en el día de Pentecostés sentados todos juntos en la cámara alta. A fin de volverlos susceptibles al fluir del Espíritu Santo, ellos debían ser estimulados por un ruido y un disparo. Debía parecer como si una violenta tormenta hubiera estallado sobre la ciudad, entonces destellos de relámpagos y truenos serían vistos y oídos. Y cuando la multitud estuviera ya sobresaltada y aterrorizada, entonces reinaría la condición deseada para recibir al Espíritu Santo, y el derramamiento podría llevarse a cabo. Pero tales extravagancias sólo dañaban los delicados sentidos de los hijos de Dios, siendo además casi un sacrilegio comparar las señales de Pentecostés al fogonazo de una pistola.

Por lo tanto, sólo queda una explicación posible, es decir, considerar las señales de Pentecostés como elementos verdaderos y reales del evento; enlaces indispensables en la cadena de acontecimientos.

Cuando un buque entra en el puerto, se puede ver la espuma debajo de la proa y escuchar las aguas al estrellarse contra los costados de ella. Cuando un caballo corre por la calle, se oye el ruido de sus cascos contra el pavimento y se ven las nubes de polvo que se levantan. Pero, ¿quién diría que estas cosas que se han visto y oído son simbólicas? Ellas, necesariamente, pertenecen a aquellas acciones y son parte de ellas, y a la vez, es imposible que ocurran sin ellas. Por lo tanto, no creemos que las señales de Pentecostés hayan sido simbólicas, o destinadas a crear una sensación, sino que pertenecían inseparablemente al derramamiento del Espíritu Santo, y fueron causadas por él. El derramamiento no podía ocurrir sin generar estas señales. Cuando el torrente montañoso se precipita por las laderas empinadas de las rocas, debemos oír el sonido de aguas apresuradas, debemos ver el rocío que vuela; de la misma manera, cuando el Espíritu Santo desciende de las montañas de la santidad de Dios, debe oírse el sonido de un apresurado y poderoso viento, y verse un brillo glorioso, y el hablar en lenguas extrañas debe seguirle.

Esto bastará para explicar el significado que le hemos dado. No es que neguemos que estas señales también tuvieran un significado para la multitud. El ruido de los cascos del caballo advierte a los viajeros en el camino. Y aceptamos que el propósito de las señales fue comprendido en la perplejidad y el desconcierto que ellas causaron en los corazones de aquellos que se encontraban presentes. Pero aun así, mantenemos que incluso en ausencia de la multitud y su desconcierto, el sonido de un impetuoso y fuerte viento se habría oído y las lenguas de fuego se habrían visto. Tal como los cascos del caballo provocan que el suelo vibre aun cuando no haya ningún viajero a la vista, así el Espíritu Santo no podría descender sin ese sonido y ese resplandor, aun cuando ni un solo judío pudiera encontrarse en toda Jerusalén.

El derramamiento del Espíritu Santo fue real, no aparente. Tras haber encontrado Su templo en la Cabeza glorificada, Él necesariamente debía descender del cielo y fluir hacia el cuerpo. Y este descenso del cielo y esta propagación hacia el cuerpo no podían ocurrir sin causar estas señales.

No resulta legítimo adentrarse más profundamente en este asunto. En Horeb, Elías escuchó al Señor pasar en una suave brisa, e Isaías oyó el movimiento de los pilares de las puertas del Templo. Esto parece indicar que la aproximación de la majestad divina provoca un alboroto en los elementos, el que resulta perceptible para el nervio auditivo. Pero cómo ocurre, no lo sabemos. Sin embargo observamos:

En primer lugar, el que el espíritu pueda obrar sobre la materia resulta evidente, pues nuestros propios espíritus actúan sobre el cuerpo en todo momento, y por esa acción son capaces de producir sonidos. Hablar, llorar y cantar, no son sino nuestro espíritu que está actuando sobre las corrientes de aire. Y si nuestro espíritu es capaz de tales acciones, ¿por qué no lo será el Espíritu del Señor? ¿Por qué decir que fue algo misterioso cuando el Espíritu Santo, en Su descenso, obró de tal manera sobre los elementos que los efectos vibraron en los oídos de los presentes?

En segundo lugar, cuando Dios el Señor hizo el pacto con Israel en el Sinaí, habló con tan terribles truenos que incluso Moisés dijo: “Estoy espantado y temblando”; pero no con la intención de aterrorizar a la gente, sino porque un Dios santo y enojado no puede hablar de otra manera a una generación pecadora. Por lo tanto, no es de sorprenderse que la venida de Dios a Su pueblo del Nuevo Pacto fuera acompañada por señales similares, no a fin de llamar la atención de los hombres, sino porque no podía ser de otra manera.

Lo mismo se aplica a las lenguas de fuego. Las manifestaciones sobrenaturales son siempre acompañadas por la luz y el resplandor, especialmente cuando el Señor Jehová o Su ángel aparecen. Recordemos, por ejemplo, el momento en que Dios hace el pacto con Abraham, o los acontecimientos en la zarza ardiente. ¿Por qué, entonces, nos debería sorprender que el descenso del Espíritu Santo contara con la presencia de fenómenos como los que fueron vistos por Elías en Horeb, Moisés en la zarza, San Pablo en el camino a Damasco, y San Juan en Patmos? Entonces, las lenguas repartidas asentándose sobre cada uno de ellos, no prueba nada en contra; pues Él Se dirigió a cada uno de ellos y entró en sus corazones, y en cada situación dejó atrás un rastro de luz.

La interrogante respecto de si el fuego visto por estos hombres en esas ocasiones pertenecía a una esfera más alta, o fuera el efecto de la acción de Dios sobre los elementos de la tierra, no puede ser respondida.

Ambos puntos de vista tienen mucho en su favor. No existe oscuridad en el cielo, y la luz celestial debe ser de una naturaleza superior a la nuestra, incluso por encima del brillo del sol, de acuerdo a la descripción que dio San Pablo sobre la luz en el camino de Damasco. Por tanto, es muy probable que en estos grandes acontecimientos, las fronteras del cielo se superpusieran a las de la tierra y una gloria mucho mayor resplandeciera sobre nuestra atmósfera.

Pero, por otra parte, es posible que el Espíritu Santo obrara este misterioso resplandor directamente a través de un milagro. Y esto parece ser confirmado por el hecho de que las señales que acompañaron la entrega de la ley sobre el Sinaí, evento que fue semejante a este, no provenían de más altas esferas, sino que fueron operadas a partir de elementos terrenales. Por último, se debe notar que el derramamiento del Espíritu Santo en la casa de Cornelio y sobre los discípulos de Apolos, fue acompañado de un hablar en otras lenguas, pero no de las otras señales. Esto confirma nuestra teoría, pues no se trató de una *venida* a la casa de Cornelio, sino de una conducción del Espíritu Santo hacia otra parte del cuerpo de Cristo. Si la intención hubiera sido el simbolismo, las señales se hubieran repetido; como no se trata de símbolos, ellas no aparecieron.

XXVIII. El Milagro de las Lenguas

“Si habla alguno en lengua extraña... uno interprete. Y si no hay intérprete, calle en la iglesia, y hable para sí mismo y para Dios.”—1 Co. xiv. 27, 28.

La tercera señal que siguió al derramamiento del Espíritu Santo consistió de sonidos extraordinarios que provenían de los labios de los apóstoles—sonidos extraños a la lengua aramea, que nunca antes se habían escuchado de sus labios.

Estos sonidos impresionaron a la multitud de diferentes maneras: algunos los llamaron balbuceos de hombres ebrios; otros oyeron en ellos proclamadas las grandes obras de Dios. Para estos últimos, parecía como si les estuvieran oyendo hablar en sus propias lenguas. Para los partos sonaba como el parto, para los árabes como el árabe, etc.; a la vez que San Pedro declaró que esta señal pertenecía a la esfera de la revelación, ya que era el cumplimiento de la profecía de Joel que decía que todas las personas se convertirían en partícipes de la operación del Espíritu Santo.

La pregunta sobre cómo interpretar esta señal maravillosa ha ocupado las mentes pensadoras de todos los tiempos. Permítanos proponer una solución, la que presentaremos en las siguientes observaciones:

En primer lugar—Este fenómeno de hablar espiritual en sonidos extraordinarios no se limita a Pentecostés, como tampoco al segundo capítulo de los Hechos.

Por el contrario, el Señor dijo a Sus discípulos, incluso antes de la ascensión, que ellos hablarían en nuevas lenguas—Mr. xvi. 8. Y de las Epístolas de San Pablo, resulta evidente que esta profecía no se refería sólo a Pentecostés, pues se lee en 1 Co. xii. 10 que en la Iglesia apostólica, dentro de los dones espirituales, se encontraba el de las lenguas; que algunos hablaban en γερη γλωττωύ, es decir, en tipos de lenguas o sonidos. En el versículo 28, el apóstol declara que Dios ha establecido este fenómeno espiritual en la Iglesia. Cabe señalar que en 1 Co. xiv. 1-33, el apóstol presta especial atención a esta señal extraordinaria, y muestra que en aquel tiempo era muy normal. No puede ponerse en duda que el don de lenguas mencionado por San Pablo y la señal sobre la cual habla San Lucas en Hechos ii., son sustancialmente uno y el mismo. En primer lugar, la profecía de Cristo es general: “hablarán nuevas lenguas.” En segundo lugar, se dice que ambos fenómenos han provocado irresistibles impresiones sobre los incrédulos. En tercer lugar, ambos son tratados como dones espirituales. Y, por último, a ambos se aplica el mismo nombre.

Sin embargo, había una *diferencia muy perceptible* entre ellos: el milagro de las lenguas en el día de Pentecostés fue patente a un gran número de oyentes de diferentes nacionalidades; mientras que en las iglesias apostólicas fue entendido sólo por unos pocos, quienes fueron llamados los intérpretes. En conexión con esto, está el hecho de que el milagro de Pentecostés generó la impresión de hablar a una sola vez a todos los oyentes en lenguas diferentes, de modo que ellos fueran edificados. Sin embargo, esto no constituye una diferencia fundamental. Aunque en las iglesias apostólicas no hubo más que unos pocos intérpretes, aun así, hubo algunos que entendieron el discurso maravilloso.

Hubo, además, una marcada diferencia entre los hombres que fueron dotados de esta manera: algunos entendieron lo que decían, otros no. Pues San Pablo los amonesta, diciendo: “Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla.” (1 Co. xiv. 13). Sin embargo, incluso sin esta capacidad, el hablar en lenguas tenía un efecto edificante sobre el propio orador; aunque se trataba de una edificación no comprendida, el efecto que una operación desconocida tenía en el alma.

De esto podemos deducir que el milagro de las lenguas consistía en la expresión de sonidos extraordinarios, los cuales no podrían ser explicados a partir de la información existente, ni por el orador, ni por parte del oyente; y al cual en ocasiones se agregaba otra gracia, es decir, la de interpretación. Por lo tanto, tres cosas eran posibles: que el orador por sí mismo comprendiera lo que decía; o bien, que los demás comprendieran lo que decía pero que él mismo fuera incapaz de hacerlo; o por último, que tanto el orador como los oyentes lo comprendieran. Este entendimiento hace referencia a una o más personas.

Sobre esta base, incluiremos los milagros de lenguas en una sola clase; sin embargo, haciendo la distinción de que mientras en el día de Pentecostés se materializó un milagro *perfecto*, más tarde lo hizo en forma *incompleta*. Tal como en los milagros realizados por Cristo al resucitar muertos, existe un perceptible aumento de la energía: en primer lugar, el levantar a una recién muerta (la hija de Jairo); luego, a uno a punto de ser enterrado (el joven de Naín); y por último, a uno que ya se encontraba en descomposición (Lázaro); así también en el milagro de las lenguas, existe una diferencia de poder—no que *aumenta*, sino que *disminuye*. La más poderosa acción del Espíritu Santo es vista primero, a continuación, las menos poderosas. Es precisamente lo mismo que ocurre en nuestro propio corazón: en primer lugar, el hecho poderoso de la regeneración; después de eso, las manifestaciones de poder espiritual que son menos marcadas. Por lo tanto, en el día de Pentecostés, se produjo el milagro de las lenguas en su perfección; más tarde en las iglesias, se produjo en una medida más débil.

En segundo lugar—No hay pruebas de que el milagro de las lenguas consistiera simplemente en hablar alguna de las lenguas conocidas, no aprendidas previamente.

Si este hubiera sido el caso, San Pablo no podría haber dicho: “Porque si yo oro en lengua *desconocida*, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto” (1 Co. xiv. 14). La palabra “*desconocida*” aparece en cursiva, y no se encuentra en el griego. Más aun, dice que las lenguas son una señal no para aquellos que creen, sino para aquellos que no creen—vers. 22. Si se hubiera tratado de un asunto de idiomas extranjeros, pero comunes, la cuestión de entenderlos no hubiera podido depender de la fe, sino simplemente del hecho de si la lengua había sido adquirida mediante su estudio o si se trataba de la propia lengua materna de la persona.

Por último, la noción de que estas lenguas se refieren a las lenguas extranjeras no adquiridas mediante el estudio, está en contradicción con San Pablo: “Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros.” Por lo cual él no puede referirse a que había aprendido y dominaba más idiomas que otros, sino que él poseía el don de lenguas en mayor grado que otros hombres. El verso siguiente es la evidencia: “pero en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi entendimiento, para enseñar también a otros, que diez mil palabras en lengua (desconocida).” De acuerdo con el otro punto de vista, esto debería haber sido: “Quisiera hablar en un idioma, de modo que la Iglesia me pueda entender, más que en diez o veinte idiomas que la Iglesia no entienda.” Pero el apóstol no dice esto. Él no habla de *muchas* lenguas, en oposición a *una*, sino de cinco *sonidos o palabras* en contra de diez mil *palabras*. De esto se deduce que cuando San Pablo dice: “hablo en *glottai* (idiomas o sonidos) más que todos vosotros,” debe referirse al milagro de los sonidos.

Porque, aunque se objeta muy naturalmente que en Pentecostés los apóstoles hablaron en idioma árabe, hebreo y parto, además de muchos otros, aun así, el hecho al que se apela no se ha demostrado que ocurriera. Podemos aprender con certeza de Hechos 2, que estos partos, elamitas, etc., recibieron la impresión de que a cada uno de ellos se le habló en su propia lengua; sin embargo, el propio relato demuestra más bien lo contrario. Probemos el experimento. Permita que quince hombres (el número de idiomas mencionados en Hechos 2) hablen en quince idiomas diferentes a la vez y en conjunto, y el resultado no será que cada uno oye su propia lengua, sino más bien que ninguno puede oír nada. Pero el relato de Hechos 2 se explica completamente con que los apóstoles pronunciaron sonidos inteligibles para partos, medos, cretenses, etc., porque ellos los entendieron, recibiendo la impresión de que estos sonidos estaban de acuerdo con sus propias lenguas madre. Como un niño holandés, que ve un problema en el pizarrón desarrollado por un niño inglés o alemán naturalmente recibe la impresión de que fue desarrollado por otro niño holandés, simplemente porque las cifras no son signos afectados por la diferencia de idioma; así mismo, cuando el día de Pentecostés ellos oyeron sonidos pronunciados por milagro, los cuales, en forma independiente a la diferencia de idiomas, fueron inteligibles para el hombre como *hombre*; el elamita debe haber recibido la impresión de que oyó en idioma elamita, y el egipcio, que se le dirigió la palabra en la lengua egipcia.

No debemos olvidar que el hablar no es nada más que producir impresiones en el alma del oyente, a través de vibraciones en el aire. Pero si las mismas impresiones pueden ser producidas sin la ayuda de las vibraciones del aire, el efecto sobre el oyente deberá ser el mismo. Pruebe este experimento sobre los ojos. La visión de estrellas centelleantes o de figuras que se diluyen excita la retina. El mismo efecto puede ser producido al frotarse los ojos

con los dedos, cuando se está reclinado en un sofá en una habitación oscura. Y esto es lo que se aplica aquí. Las vibraciones del aire no son lo más importante, sino la emoción que el habla produce en la mente. Los nativos de Panfilia acostumbraban recibir emociones al oír su lengua materna, y cuando recibieron la misma impresión de *un modo distinto*, debieron pensar que estaban siendo abordados en la lengua de Panfilia.

En tercer lugar—De acuerdo con la interesante información que entrega San Pablo, el milagro de las lenguas consistía en esto: que los órganos vocales no producían sonidos mediante un trabajo de la mente, sino mediante una operación del Espíritu Santo sobre estos órganos. San Lucas escribe: “y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hch. 2: 4) y San Pablo demuestra cabalmente que la persona que hablaba en lenguas no lo hacía con su entendimiento, es decir, como resultado de su propio pensamiento, sino como consecuencia de una operación diferente. Que esto sea posible, lo vemos, en primer lugar, en las personas que sufren delirio y dicen cosas que están fuera de su propio pensamiento; en segundo lugar, en las personas dementes, cuyo hablar incoherente no tiene sentido; en tercer lugar, en las personas poseídas, cuyos órganos vocales son utilizados por demonios; en cuarto lugar, en Balaam, cuyos órganos vocales expresaban palabras de bendición sobre Israel en contra de su voluntad.

Por lo tanto, es necesario reconocer que tres cosas son posibles en el hombre:
En primer lugar, que durante un tiempo tal vez pueda ser privado de la utilización de sus órganos vocales.

En segundo lugar, que un espíritu que ha tomado control de él puede apropiarse del uso de estos órganos.

En tercer lugar, que el Espíritu Santo, apropiándose de sus órganos vocales, puede producir de sus labios sonidos que son “nuevos” y “diferentes” al lenguaje que él normalmente habla.
En cuarto lugar—En el griego, estos sonidos son invariablemente designados por la palabra *ἑὐλόγος*, es decir, lenguas, por lo tanto, lenguaje. En el mundo griego, del que se toma esta palabra, la palabra “glotta” siempre se encuentra en fuerte oposición al “logos,” la razón. El pensamiento de un hombre constituye el oculto, invisible e imperceptible proceso de su mente. El pensamiento tiene un alma, pero no un cuerpo. Pero cuando el pensamiento se manifiesta y adopta un cuerpo, entonces ahí se obtiene una palabra. Y siendo que la lengua es el órgano móvil del habla, da un cuerpo al pensamiento. De ahí el contraste entre el logos, es decir, aquello que un hombre piensa con la mente, y el glotta, es decir, aquello que él expresa con los órganos vocales.

Normalmente, el glotta viene sólo a través del logos y después de él. Sin embargo, en el milagro de las lenguas descubrimos el fenómeno extraordinario en el que, si bien el logos permaneció inactivo, el glotta pronunció sonidos. Y como era un fenómeno de *sonidos* que no procedía de la mente pensante, sino de la lengua, la Sagrada Escritura lo llama muy apropiadamente un don del glottai, es decir, un don de lengua o fenómenos de sonido.
Por último—En respuesta a la pregunta sobre cómo debe entenderse esto, ofrecemos la siguiente representación: El habla en el hombre es el resultado de su pensamiento; y en un estado sin pecado, este pensamiento es un resplandor interior del Espíritu Santo. Por lo tanto, el habla en un estado sin pecado es el resultado de inspiración, aspiración del Espíritu Santo. Por lo tanto, en el lenguaje de un hombre que se encuentra en un estado sin pecado, habría sido el producto puro y perfecto de una operación del Espíritu Santo. Él es el creador del lenguaje humano, y sin la lesión y degradante influencia del pecado, la conexión entre el Espíritu Santo y nuestro lenguaje habría estado completa. Pero el pecado ha roto la conexión. El lenguaje humano está dañado: dañado por el debilitamiento de los órganos del habla; por la separación de las tribus y naciones; por las pasiones del alma; por el oscurecimiento de la comprensión; y, principalmente, por la mentira que ha entrado. De ahí esa infinita distancia entre este lenguaje humano puro y auténtico, que tal como la operación directa del Espíritu Santo sobre la mente humana, debería haberse manifestado a sí mismo, y las lenguas realmente existentes que hoy separan a los países—una diferencia semejante a la que existe entre el Adán glorioso y el deformado hotentote.

Pero la diferencia no está destinada a permanecer. El pecado desaparecerá. Lo que el pecado destruyó será restaurado. En el día del Señor, en el banquete de bodas del Cordero, todos los redimidos se entenderán entre sí. ¿De qué manera? Mediante la restauración en los labios del redimido, de la lengua pura y original, la cual nace de la acción del Espíritu Santo sobre la mente humana. Y el milagro de Pentecostés es el germen y el comienzo de ese gran evento que aún tarda, por lo que llevó sus marcas distintivas. En el día de Pentecostés, en medio de la confusión ruidosa de las naciones, se reveló el lenguaje humano único, puro y poderoso que un día todos hablarán, y todos los hermanos y hermanas de todas las naciones y lenguas van a entender.

Y esto fue forjado por el Espíritu Santo. Ellos hablaban según el Espíritu Santo les daba que hablasen. Ellos hablaron un lenguaje celestial para alabar a Dios—no el que era de los ángeles, sino una lengua que se encuentra por encima de la influencia del pecado.

Por lo tanto, la comprensión de este idioma también fue una obra del Espíritu Santo. En Jerusalén, sólo lo entendieron aquellos sobre quienes el Espíritu Santo obró especialmente. Los demás no lo entendieron. Y en Corinto, no fue comprendido por las masas, sino sólo por aquél a quien le fue dado entender, por medio del Espíritu Santo.

Notas

1. ↑ El autor se refiere ya sea a las personas bautizadas en su infancia, enseñadas por los ministros de la Palabra en las doctrinas de la Iglesia y que a una edad adecuada fueron recibidas en la Iglesia al confesar su fe, o a personas no recibidas de esta manera en la Iglesia, y todo sobre la base de que Holanda pertenece a las naciones bautizadas- Trad.,

El Apostolado

XXIX. El Apostolado

“Para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.”—1 Juan i. 3.

El apostolado tiene el carácter de una manifestación extraordinaria nunca antes vista, en la cual podemos descubrir una obra propia del Espíritu Santo. Los apóstoles fueron embajadores fenomenales— distintos a los profetas, distintos a los ministros de la Palabra de hoy en día. Ocupan un lugar único en la historia de la Iglesia y del mundo, y son particularmente importantes. Por lo tanto, el apostolado debe ser discutido en forma especial.

El apostolado, además, forma parte de las grandes cosas que el Espíritu Santo ha hecho. Todo lo que la Sagrada Escritura declara con relación a los apóstoles nos impulsa a buscar respuestas sobre sus personas y misión en la obra especial del Espíritu Santo. Antes de Su ascensión, Cristo repetidamente predijo que ellos serían Sus testigos sólo después de haber recibido el Espíritu Santo de manera extraordinaria. A la espera del cumplimiento de esta promesa, permanecen escondidos en Jerusalén. Y al llevar el mensaje de la cruz a Jerusalén y hasta lo último de la tierra, apelan al Espíritu Santo, quien los capacita poderosamente para la misión.

El apostolado era *santo* y por eso los llamamos los *santos* apóstoles— no porque hayan alcanzado un grado más alto de perfección, sino usando el sentido bíblico de la palabra; es decir, la idea de haber sido separados, apartados para el servicio del Dios santo, tal como lo fueron el Templo y sus utensilios.

Muchas cosas se han vuelto impías por causa del pecado. Antes del que el pecado entrara en el mundo todas las cosas eran santas. Aquella parte de la creación que se volvió impía se opone a aquella que se mantuvo santa. Esta última es el Cielo; y la que fue santificada es la Iglesia; y, por tanto, se denomina santo todo aquello que pertenece a la Iglesia, a su ser y organismo.

Por eso Jesús pudo decirles a sus discípulos justo antes de que lo negaran: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado.” Los miembros de la Iglesia y sus hijos son “santificados” de manera similar; San Pablo los llama *santos* y *amados* en sus epístolas: no

porque no hayan pecado, sino porque Dios los había llamado santos en la esfera de Su santidad, la cual Él, por Su gracia, había separado de la esfera del pecado. De la misma forma la Escritura es santa: no porque sea el registro solamente de cosas santas, sino por que su origen no es la vida del hombre pecaminoso, sino la esfera santa de la vida de Dios. Nosotros confesamos, por lo tanto, que los apóstoles de Cristo fueron apartados para el servicio del Reino santo de Dios, y que fueron dignos de su llamado por el poder del Espíritu Santo.

Si omitimos la palabra “santos”, como muchos hacen, convertimos a apóstoles en hombres comunes y corrientes; los comenzamos a considerar como predicadores ordinarios— en un grado más alto indudablemente, debido a que son poseedores una gran ventaja, en especial por su relación cercana con Cristo y como testigos Suyos a nosotros—, pero aun así en el mismo nivel junto a otros maestros y ministros a lo largo de la historia de la Iglesia. Se pierde así la convicción de que los apóstoles eran hombres de un *tipo* diferente a los demás; se pierde la consciencia de que tuvieron un ministerio especial y único; se pierde también la confesión de que, por medio de ellos, el Señor nuestro Dios nos dio una gracia extraordinaria.

Esto explica por qué algunos ministros, al ser instalados, al salir o al jubilar, aplican sobre sí mismos declaraciones apostólicas que no se aplican a ellos, sino que son exclusivas para aquellos que ocupan un lugar especial y único en la Iglesia de todos los tiempos y lugares. Por esta razón repetimos el título de honor, “santos apóstoles,” para que así la importancia distintiva del apostolado sea reconocida nuevamente con honor en nuestras iglesias.

La Sagrada Escritura muestra esta importancia distintiva del apostolado de varias maneras. Comenzaremos refiriéndonos al prólogo de la Primera Epístola de San Juan, en el cual, en la plenitud del sentido apostólico, el santo apóstol se dirige a nosotros solemnemente. San Juan abre su epístola declarando que ellos, los apóstoles del Señor, ocupan una posición excepcional en el milagro de la encarnación de la Palabra. Dice: “El Verbo se hizo carne, y en ese Verbo encarnado, la Vida se manifestó; y esa Vida manifiesta escuchamos, vimos y palpamos.” ¿Por quiénes? ¿Por todos? No, sino por apóstoles; por eso añade enfáticamente: “Aquello que hemos visto y oído os anunciamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó.”

¿Cuál fue el objetivo de esta declaración? ¿La salvación de las almas? Ciertamente, pero no en primer lugar. El propósito de esta declaración es *unir* a los miembros de la Iglesia *con el apostolado*. Por eso añade clara y enfáticamente: “Esto os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros.” Y sólo después de haber establecido este vínculo y de haber logrado comunión con el apostolado, dice: “Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.”

La lógica del apóstol es clara como el agua. La Vida fue manifestada de tal forma que pudo ser vista y palpada. Aquellos que la vieron y palparon fueron los apóstoles; y fueron ellos también los que declararon esta vida a los elegidos. La comunión necesaria entre los elegidos y el apostolado se establece por medio de esta declaración. Y como consecuencia de esto, los elegidos ahora pueden disfrutar de la comunión con el Padre y el Hijo.

Esto no debe entenderse como si se refiriera sólo al pueblo de ese entonces; y con respecto a Roma, tal perspectiva, incluso con Biblia en mano, es demasiado débil si se sostiene que esta mayor relevancia del apostolado se aplicaba sólo a los que vivían entonces, y no en la misma medida para nosotros hoy. Por cierto nosotros, que vivimos en el final de los tiempos, debemos mantener la comunión vital con el santo apostolado de nuestro Señor Jesucristo. Roma se equivoca al decir que sus obispos son los sucesores de los apóstoles, enseñando que la comunión con el apostolado depende de la comunión con Roma: un error que se hace evidente al ver que San Juan expresa y, enfáticamente, relaciona la comunidad del apostolado con los hombres que vieron, oyeron y palparon aquello que fue manifestado de la Palabra de Vida— algo a lo que ningún obispo de Roma podría aspirar hoy en día. Además, San Juan dice distintivamente que esta comunión con el apostolado debe ser el resultado de la *declaración* de la Palabra de Vida *por los apóstoles mismos*. Y en la medida que Roma sostenga que esta comunión es por medio del símbolo sacramental, y no por medio de la *predicación* de la Palabra, su doctrina se encuentra en directa oposición a la de los apóstoles.

Sin embargo, de aquí no se desprende que Roma se equivoca en el pensamiento fundamental, a saber, que todo hijo de Dios debe estar en comunión con el Padre y el Hijo *a través del apostolado*; por el contrario, esta es la declaración positiva de San Juan. La solución a este aparente conflicto se encuentra en el hecho de que ellos no sólo *hablaron*, sino que también *escribieron*: en otras palabras, su declaración de la Palabra de Vida no se limitó al pequeño círculo de personas que tuvieron el privilegio de escucharles; al contrario, por medio de sus escritos le han dado a su predicación una formas reales y duraderas; la han enviado a toda tierra y nación; para que, como apóstoles genuinos y ecuménicos, puedan dar testimonio de la Vida que ha sido manifestada a todos los elegidos de Dios en todo lugar y a través de todas las épocas.

Por tanto, los apóstoles se encuentran predicando al Cristo vivo en las iglesias incluso hoy mismo. Sus personas han partido, pero su testimonio personal permanece con nosotros. Y tal testimonio personal— el cual ha llegado a toda alma, en todo lugar y en toda época como documento apostólico—es el testimonio que aún hoy es el instrumento en la mano del Espíritu Santo para llevar a las almas a la comunión de la Vida Eterna.

Si alguien dice, “La palabra de los apóstoles, en este sentido, ciertamente aún es efectiva; sin embargo, esta no trae como resultado la comunión con ellos ni se efectúa por medio de su comunión con Cristo, sino que, de manera más simple, nos apunta directamente al Salvador de nuestras almas,” nos oponemos enérgicamente a esta noción no-bíblica.

Tal razonamiento ignora al cuerpo de Cristo y pasa por alto el hecho significativo del derramamiento del Espíritu Santo. No se trata de la salvación de unas pocas almas *individuales*, sino de la recolección del *cuerpo* de Cristo; y a ese cuerpo deben ser incorporados todos los que son llamados. Ya que el Rey de la Iglesia da Su Espíritu, no a personas separadas, sino exclusivamente a aquellos que son incorporados, y que el fluir del Espíritu Santo hacia Su cuerpo ocurrió en Pentecostés, principalmente en los apóstoles, por ende, en el tiempo presente nadie puede recibir don espiritual o influencia alguna del Espíritu Santo a menos que se encuentre en conexión vital con el cuerpo del Señor; y tal cuerpo no se puede concebir sin los apóstoles.

De hecho, la Palabra apostólica viene al alma en el día de hoy como testimonio de lo que ellos vieron, oyeron y palparon de la Palabra de Vida. En virtud de este testimonio se obra en el interior de las almas, y se estas hacen manifiestas al ser incorporadas al cuerpo de Cristo. Y esta comunión se manifiesta como una comunión con el mismísimo cuerpo del cual los apóstoles son líderes, en cuyas personas y en cuyos asociados fue derramado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés.

Sabemos que esta perspectiva—esta confesión, más bien—se encuentra en directa oposición a la perspectiva del metodismo,^[1] el cual ha impregnado a los hombres de toda clase y condición. Los deplorables resultados se han hecho evidentes de varias maneras. El metodismo ha matado el aprecio consciente por sacramento; es frío e indiferente con respecto a la comunión de la iglesia; ha cultivado un desprecio ilimitado por la verdad en la confesión.^[2] Mientras que el Señor nuestro Dios ha considerado necesario darnos una Santa Escritura extensa, formada por sesenta y seis libros, el metodismo se jacta de poder escribir su evangelio en una moneda.

Este error no puede ser superado a menos que la Palabra de Dios sea nuevamente nuestra Maestra y nosotros sus dóciles estudiantes. Entonces entenderemos—

1. Que no son personas por separado las que están siendo rescatadas de las corrientes de la iniquidad, sino que un cuerpo será redimido.
2. Que todos los que han de ser salvos serán incorporados a tal cuerpo.
3. Que este cuerpo tiene como Cabeza a Cristo y a los apóstoles como sus líderes permanentes.
4. Que el Espíritu Santo fue derramado sobre ese cuerpo en Pentecostés.
5. Que incluso hoy cada uno de nosotros experimenta las acciones bondadosas del Espíritu Santo sólo a través de la comunión con este cuerpo.

La gloriosa palabra de Cristo “Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí *por la palabra de ellos*,” será bien entendida sólo cuando estas cosas sean claras para el alma. Entendiéndola en el otro sentido, esta palabra no nos entrega el más mínimo consuelo; porque, entonces, el Señor oró solamente por sus contemporáneos, aquellos que tuvieron el privilegio de oír personalmente a los apóstoles, y aquellos que se convirtieron por medio de su testimonio verbal. Quedamos completamente excluidos. Pero si entendiéramos esta petición en el sentido que hemos estado defendiendo, es decir, como si Cristo estuviese diciendo, “No oro solamente por Mis apóstoles, sino también por aquellos que creerán en Mí por medio de su testimonio, ahora y en todas las edades, tierras y naciones,” entonces esta petición adquiere mayor alcance, incluyendo aun una oración por cada hijo de Dios, incluso por aquellos que son llamados hoy desde nuestros propios hogares.

Cuando en el Apocalipsis de Juan echamos un vistazo a la ciudad celestial, la Nueva Jerusalén, con doce *fundamentos* y *sobre ellos* los *nombres* de los doce apóstoles del Cordero, podemos notar que la importancia única del apostolado está profundamente incrustada en el corazón del Reino. De ahí que su importancia no sea pasajera ni temporal, sino permanente e incluyendo a toda la Iglesia. Y cuando la guerra haya acabado y la gloria de la Nueva Jerusalén sea revelada, incluso en ese momento, en tal fruición celestial, la Iglesia descansará sobre el mismo cimiento sobre el cual fue edificada aquí; y, por lo tanto, llevará gravados sobre sus doce fundamentos los nombres de los santos apóstoles del Señor.

El apóstol Pablo tiene tan en alto al apostolado que en su Epístola a los Hebreos aplica el nombre de Apóstol al Señor Jesucristo. “Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús.” El significado es perfectamente claro. Propiamente dicho, es Cristo mismo el que llama y testifica en Su Iglesia. Tal como el blanco rayo de luz se divide en muchos colores, así mismo Cristo se imparte a Sí mismo a Sus doce apóstoles, a quienes Él ha elegido como los instrumentos por medio de los cuales tiene comunión con Su Iglesia. Por tanto, los apóstoles no andan cada uno por su cuenta, sino que juntos constituyen el apostolado, cuya unidad no se encuentra en San Pedro ni en San Pablo, sino en *Cristo*. Si quisiéramos comprender al todo el apostolado en uno solo, tendría que ser en Él en quien está contenida la totalidad de los doce —el Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo el Señor.

Si no captamos completamente estos pensamientos ni vivimos en ellos, no seremos capaces de entender las epístolas de San Pablo ni de apreciar su conflicto espiritual por mantener en alto el honor del apostolado en su misión celestial. Especialmente en sus epístolas a los Corintios y Gálatas, Pablo contiene valiente y efectivamente en este aspecto— pero de una manera que el metodista no puede ver ni oír. Éste se lamenta por el celo del apóstol, y dice: “Si Pablo hubiese hecho menos hincapié en su título y se hubiese concentrado más humildemente a la conversión de las almas, nuestra imagen de él sería mucho más preciosa.” Y desde su punto de vista, tiene mucha razón. Si los apóstoles son más importantes sólo por haber sido los primeros maestros y ministros de la Iglesia, no tiene sentido que San Pablo haya desperdiciado su energía reclamando un título inútil.

Sin embargo, el hecho innegable de que el gran esfuerzo de San Pablo no va en línea con nuestras ideas en el día de hoy, no nos debe hacer creer que el apóstol, simplemente porque no se amolda a nuestras opiniones, no tiene la razón. Por el contrario, debemos reconocer que no podemos sostener nuestra perspectiva sin condenar al apóstol y, por tanto, debemos abandonarla—mientras más pronto sea, mejor. San Pablo no debe amoldarse a nuestras ideas; al contrario, nuestras ideas deben ser modificadas o cambiadas por el pensamiento de San Pablo.

XXX. Las Escrituras Apostólicas

“Y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios.”—1 Cor. vii. 40.

Hemos visto que el apostolado tiene una importancia extraordinaria, ocupando una posición única. Esta posición consiste de dos partes: una temporal, con referencia a la plantación de las primeras iglesias; y otra permanente, con relación a las iglesias a lo largo de todas las edades.

La primera debe ser necesariamente temporal, porque lo que ya se ha hecho no puede ser repetido. Un árbol puede ser plantado sólo una vez; un organismo puede nacer sólo una vez; la plantación o fundación de una Iglesia puede ocurrir sólo una vez. Sin embargo, esta fundación no fue sin previa preparación. Por el contrario, Dios ha tenido una Iglesia en el mundo desde el principio. Incluso, esa Iglesia era una iglesia mundial. Pero cayó en idolatría; y la única iglesia pequeña que quedó, en medio de un pueblo casi desconocido, fue la Iglesia en Israel. Para que esta iglesia particular pudiera convertirse otra vez en una iglesia mundial, dos cosas fueron necesarias:

En primer lugar, que la Iglesia de Israel dejara de lado su nacionalidad.

En segundo lugar, que la Iglesia de Cristo apareciera en medio del mundo pagano, para que ambas pudieran manifestarse como *la Iglesia Cristiana*.

Con estas dos cosas la labor apostólica queda prácticamente completa. En San Pablo se unen ambas. Ningún apóstol trabajó para quitarle a la Iglesia de Israel su vestimenta judía con tanto celo como él, y ningún apóstol fue tan prolífero en la plantación de nuevas iglesias en todas partes del mundo de la manera que él lo fue.

No obstante, el apostolado tenía un llamado mucho más amplio y alto, no sólo para con la gente de esos días, sino también para la Iglesia a lo largo de todas las edades. Ellos fueron ordenados para la tarea de apóstoles: dar a las iglesias formas definidas de gobierno, para así determinar su carácter; y darles la documentación escrita de la revelación de Cristo Jesús, para asegurar su pureza y perpetuidad.

Esto es evidente al observar el carácter de sus labores: porque no sólo plantaron iglesias, sino que también les dieron ordenanzas. San Pablo les escribe a los corintios: "En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia." (1 Cor. xvi. 1) Ellos estaban conscientes, por tanto, de poseer poder, de estar dotados de autoridad: "Esto ordeno en todas las iglesias," dice el mismo apóstol (1 Cor. vii. 17). Esta orden no es como la de los directorios de nuestras iglesias que tienen poder para hacer reglas; o como cuando el ministro anuncia algunas regulaciones desde el púlpito en nombre del consistorio. No, los apóstoles ejercían una autoridad en virtud de un poder que poseían conscientemente en sí mismos, independientemente de una iglesia o de un concilio particular. Pues San Pablo, después de haber dado ordenanzas en cuanto al matrimonio, escribe: "Y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios" (1 Cor. vii. 40). Por tanto, el poder y la autoridad para mandar, para ordenar y juzgar en las iglesias, no derivaban de la Iglesia, ni de un concilio, ni del apostolado, sino directamente del Espíritu Santo. Esto es cierto incluso en cuanto al poder para juzgar; pues San Pablo, en el caso de una persona incestuosa en la iglesia de Corinto, juzgó que tal individuo debía ser entregado a Satanás. La ejecución de tal sentencia la dejó en manos de los ancianos de la iglesia, pero la había determinado en virtud de su autoridad apostólica—1 Cor. v. 3.

En esta conexión, cabe destacar que San Pablo estaba consciente de una doble corriente que fluía a través de su palabra: (1) aquella de la *tradición*, tocante a las cosas ordenadas por el Señor Jesús durante Su ministerio; y (2) aquella del *Espíritu Santo*, tocante a las cosas que debían ser dispuestas por el apostolado. Pues escribe: "En cuanto a las vírgenes no tengo mandamiento del Señor; mas doy mi parecer, como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel" (1 Cor. vii. 25). Y otra vez dice: "Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido" (versículo 10). Y en el versículo 12 dice: "Y a los demás yo digo, no el Señor." Muchos han quedado con la impresión de que San Pablo quería decir: "Lo que el Señor ordenó, aquello deben cumplir; pero las cosas que yo les he ordenado son menos importantes y en ningún caso obligatorias"; una perspectiva que destruye la autoridad de la palabra apostólica y que, por ende, debe ser rechazada. El apóstol no tiene la más mínima intención de poner en riesgo su autoridad; pues habiendo entregado el mensaje, expresamente añade: "Y pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios"; (1 Cor. vii. 40) lo cual, en conexión al mandamiento del Señor, no puede significar nada distinto a: "Aquello que yo he ordenado tiene la misma autoridad que las palabras del propio Señor";— una declaración ya contenida en la palabra: "He alcanzado misericordia para ser fiel," es decir, en mi trabajo de dar regulación a las iglesias.

Por medio de estas ordenanzas, los apóstoles no sólo dieron a las iglesias de aquellos días una forma definida de vida, sino que también prepararon el canal que debía determinar el curso futuro de la vida de la Iglesia. Esto lo hicieron de dos maneras:

En primer lugar, en parte por medio de las marcas que dejaron en la vida de las iglesias, las cuales nunca fueron totalmente borradas.

En segundo lugar, también en parte y más particularmente al dejarnos por escrito la imagen de esa Iglesia, y al sellar las características principales de estas ordenanzas en sus epístolas apostólicas.

Estas dos influencias— aquella directa a la vida de las iglesias, y aquella de las Escrituras apostólicas—, se han encargado de cuidar que la imagen de la Iglesia no se pierda, y de que, en donde existe el peligro de que se pierda, sea totalmente restaurada por la gracia de Dios. Esto nos lleva a considerar la segunda actividad de los apóstoles, por medio de la cual obran en la Iglesia de todos los tiempos, a saber, la herencia de sus escritos.

Nuestros escritos son los más ricos y maduros productos de la mente; y la mente del Espíritu Santo obtuvo su más rica, completa y perfecta expresión cuando Su significado fue puesto en forma documental. Por lo tanto, la labor literaria de los apóstoles merece cuidadosa atención. En cada una de las actividades que Pedro y Pablo realizaron— predicar el Evangelio, sanar enfermos, juzgar a los rebeldes y plantar iglesias, entregando ordenanzas—, llevaron a cabo una obra gloriosa. Aun así, la importancia de la labor de San Pablo al escribir, por ejemplo, la Epístola a los Romanos, es tan superior al valor de la predicación y de la sanación, que no puede haber comparación entre las dos. Cuando escribió ese librito, que impreso en un panfleto común y corriente no tendrá más de dos páginas, él hizo la obra más grande de su vida. El rango de influencia de este librito ha sido tremendo. Por medio de este pequeño libro es que San Pablo se transformó en un personaje histórico. Sabemos, claro está, que muchos teólogos de nuestro tiempo invierten este orden y dicen: “Estos apóstoles eran hombres profundamente espirituales; vivieron cerca del Señor y pudieron conocer en profundidad la mente de Cristo; trabajaron y predicaron, y ocasionalmente escribieron una que otra carta, algunas de las cuales han llegado hasta nosotros; sin embargo, estos escritos no tuvieron mayor importancia para ellos”; y en contra de toda esta falsa representación protestamos con todas nuestras fuerzas. No, estos hombres no eran excelentes personalidades que escribieron cartas con sus propias manos que no tuvieron mayor importancia en sus vidas. Por el contrario, la labor epistolar fue la obra más importante de todas sus vidas; pequeñas en tamaño, pero ricas en contenido; aparentemente de menos valor, pero en realidad, en virtud de su profunda y extendida influencia, de una importancia mucho mayor. Y ya que los apóstoles no pueden ser considerados unos tarados que con suerte sabían algo del futuro de la Iglesia y de lo que estaban haciendo, afirmamos que un hombre como San Pablo, al terminar su Epístola a los Romanos, estaba consciente del hecho de que su obra ocuparía un lugar prominente dentro de sus labores apostólicas.

Aunque se transe y se acepte que el apóstol estaba inconsciente de esto, esto no altera el hecho. Hoy, cuando todas las iglesias fundadas hace dieciocho siglos han pasado, y que la iglesia de Roma apenas puede ser reconocida; cuando aquellos que por medio de su maravilloso poder fueron sanados o salvados se han convertido en polvo, y que no queda ni un recuerdo de estas labores; hoy esta herencia epistolar aún gobierna la Iglesia de Cristo. No podemos imaginar cuál sería la condición de la Iglesia sin las epístolas de San Pablo, si perdiéramos la herencia del gran apóstol que ha llegado a nosotros por medio de nuestros padres. ¿Qué es lo que controla nuestra confesión sino las verdades desarrolladas por él? ¿Qué es lo que gobierna nuestras vidas sino los ideales que él puso en alto? Podemos decir con toda seguridad que nuestra Iglesia sin las epístolas paulinas tendría una forma y apariencia completamente diferente.

Siendo esto así, también tenemos justificación para decir que la concretización de la verdad cristiana en las epístolas apostólicas es la más importante de todas sus labores. En vez de llamarlas “letras muertas,” confesamos que ellas la actividad de los apóstoles alcanzó su cenit. No obstante, siendo nuestra presente preocupación la obra particular del Espíritu Santo en el apostolado, y no el apostolado en sí, consideraremos a continuación la siguiente pregunta: ¿Cuál es la *naturaleza* de esta obra?

Nuestra alternativa está entre la teoría del proceso *mecánico* y la del proceso *natural*. Quienes apoyan la primera dicen: “Nada puede ser más simple que la obra del Espíritu Santo en los apóstoles. Ellos sólo tuvieron que sentarse, tomar pluma y tinta, y escribir según se les dictaba.” Quienes abogan por el proceso natural dicen: “Los apóstoles habían entrado profundamente a la mente de Cristo; eran más santos, más puros, y más piadosos que los demás; y por lo tanto ellos calificaban para ser los instrumentos del Espíritu Santo el cual, después de todo, le da vida a todo hijo de Dios.” Estos son los puntos de vista extremos. Por un lado, la obra del Espíritu Santo es considerada como un elemento ajeno introducido a la vida de la Iglesia y a la de los apóstoles. Cualquier escolar capaz de escribir un dictado podría haber escrito la Epístola a los Romanos igual de bien que San Pablo. La diferencia obvia de estilo y forma de presentación entre sus epístolas y las de San Juan no surge de la diferencia de sus personalidades, sino del hecho que el Espíritu Santo a propósito adoptó el estilo y la forma de hablar de Su escriba elegido— sea San Pablo o San Juan—.

El otro extremo considera que las personas de los apóstoles dan cuenta de todo; por tanto, hablar de una obra del Espíritu Santo es simplemente repetir un término religioso. Según esta posición, la influencia de la relación personal tuvo un efecto pedagógico en Sus discípulos, la cual dejó una marca tan fuerte de Su vida en ellos que pudieron entender Su Persona y Sus objetivos mucho mejor que otros. Por tanto, siendo las mentes mejor desarrolladas del círculo cristiano en ese entonces, adoptaron en sus escritos una cierta autoridad apostólica.

Además de estos dos extremos, debemos mencionar la perspectiva de ciertos teólogos amigables que cambian este proceso natural en uno sobrenatural— pero, aun así, desarrollado por el mismo individuo—. Ellos reconocen junto con nosotros que existe una obra del Espíritu Santo, a la cual llaman regeneración, y que a ella a menudo se le suma el don de la iluminación. Y basado en esto arguyen: “Entre los regenerados hay algunos en los cuales esta obra divina es solamente superficial, mientras que en otros Él opera con más profundidad. En los primeros, el don de la iluminación no está desarrollado; en los últimos, el don toma más realce; y a esta clase pertenecían los apóstoles, quienes fueron partícipes de este don en el grado más alto. Debido a estos dos dones, la obra del Espíritu Santo llegó a tal claridad y transparencia en ellos que, al hablar o escribir acerca de las cosas del Reino de Dios, casi invariablemente tocaron en la nota exacta, eligieron la palabra exacta, y continuaron en la dirección correcta. De ahí procede el poder de sus escritos, y la autoridad casi obligatoria de su palabra.”

En contra de estos tres oponentes queremos presentar el punto de vista de los mejores teólogos de la Iglesia cristiana, los cuales, a pesar de entender completamente los efectos de la regeneración e iluminación en los apóstoles, sostienen que a partir de esto, la autoridad infalible de los apóstoles no puede ser explicada; y que la autoridad de su palabra es reconocida sólo por la confesión incondicional de que estas operaciones de gracia fueron los medios usados por el Espíritu Santo al momento de entregar Su propio testimonio, por medio de los apóstoles, en formas documentales para la Iglesia de todos los tiempos.

XXXI. La Inspiración Apostólica

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir.”—Juan xvi. 13.

¿Cuál es la naturaleza de la obra del Espíritu Santo en la inspiración de los apóstoles? Aparte de las teorías mecánicas y naturales, las cuales son vulgares y profanas, existen otras dos, a saber, la ética y la reformada.

Según la primera, la inspiración de los apóstoles difiere del aliento de los creyentes sólo en grado y no en naturaleza. Los éticos representan este asunto como si, por medio de la encarnación de la Palabra, una nueva esfera de vida fuese creada; la llaman “*Dios-hombre*.” Aquellos que han recibido la vida de esta esfera más alta son los creyentes; los demás son incrédulos. En estos creyentes, la consciencia es cambiada, iluminada y santificada gradualmente. Por tanto, ellos ven las cosas en una luz diferente, es decir, sus ojos son

abiertos para que puedan ver el mundo espiritual del cual los no-creyentes nada ven. Sin embargo, este resultado no es el mismo para todos los creyentes. Los más favorecidos ven más correcta y claramente que los menos favorecidos. Y los más excelentes entre ellos, quienes poseen esta vida divino-humana con más abundancia, y ven las cosas del Reino con la mayor claridad y precisión, son los hombres llamados apóstoles. De ahí que la inspiración de los apóstoles y la iluminación de los creyentes es la misma en principio, mas diferente en sólo en grado.

Las iglesias reformadas no pueden estar de acuerdo con esta visión. En su juicio, cualquier esfuerzo por asimilar la inspiración apostólica a la iluminación de los creyentes aniquila en realidad a la primera. Pues ellas sostienen que la inspiración de los apóstoles era totalmente *única* en *naturaleza* y en *clase*, totalmente diferente de lo que la Escritura llama la iluminación de los creyentes. Los apóstoles poseían este don en el más alto nivel, y en este aspecto apoyamos de todo corazón lo que dicen los teólogos éticos. Pero, cuando todo se ha dicho, nos aferramos a que la inspiración apostólica ni siquiera se toca; que yace enteramente fuera de ella; que no está contenida en ella, sino añadida a ella; y que la Iglesia debe reverenciarle como obra del Espíritu Santo extraordinaria, peculiar y única, forjada exclusivamente en los santos apóstoles.

Entonces, ambos lados están de acuerdo en que los santos apóstoles eran nacidos de nuevo, y que fueron iluminados en un grado peculiarmente alto. No obstante, mientras los teóricos éticos sostienen que esta iluminación extraordinaria incluye inspiración, los reformados afirman que la iluminación en su más alto grado no tiene nada que ver con la inspiración; pues esta última fue única en su especie, sin igual, dada sólo a los apóstoles; jamás a otros creyentes. La diferencia entre los dos puntos de vista es obvia.

Según el punto de vista ético, las epístolas son escritos de hombres muy dignos, piadosos y santificados; los brillantes discursos de creyentes altamente iluminados. Y aún así, habiendo dicho eso, ellos son falibles después de todo; pueden tener el noventa por ciento de la verdad bien expresado y correctamente definido; mas la posibilidad de que el diez por ciento restante esté lleno de errores y fallas aún existe. Aunque puede haber una o más epístolas infalibles, ¿qué provecho sacamos, si no sabemos cuál es cual? De hecho, no tenemos certidumbre alguna en cuanto a esto. Y por esta razón se acepta que en verdad los apóstoles cometieron errores.

De ahí que las iglesias reformadas no puedan aceptar esta fascinante representación. Las conciencias de los creyentes siempre protestarán en contra de ella. Lo que esperamos en los "*santos apóstoles*" es esta mismísima *certidumbre*, *fiabilidad*, y *decisión*. Al leer su testimonio, queremos confiar en él. Esta certidumbre ha sido la fortaleza de la Iglesia por todas las edades. Sólo esta convicción le ha dado descanso. Con todas estas teorías que suenan tan hermosas, las cuales desvisten a la palabra apostólica de su infalibilidad, la Iglesia de hoy siente instintivamente que se le está usurpando la fiabilidad a su Palabra, a su *Biblia*.

Así se muestran los santos apóstoles en sus escritos, y no en otra forma. San Juan, el más amado entre los doce, testifica que el Señor Jesús le dio a los apóstoles una promesa excepcional, diciendo, "Él os guiará a toda la verdad," (Juan xvi. 13) una palabra que no puede aplicarse a otros, sino exclusivamente a los apóstoles. Y otra vez: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho." (Juan xiv. 26) Esta promesa no es para todos, sino sólo para los apóstoles, la cual les asegura un don evidentemente distinto que el de la iluminación. De hecho, esta promesa no era sino la dotación permanente del don recibido sólo temporalmente cuando salieron en su primera misión a Israel: "Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros." (Mt. x. 20)

Además, el Señor Jesús no sólo les prometió que la palabra que saliera de sus bocas sería una palabra del Espíritu Santo, sino que les concedió tal poder y autoridad personal que sería como si Dios mismo hablara a través de ellos. De esto testificó San Pablo a la iglesia de Tesalónica, diciendo: "Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino *según es en verdad*, la palabra de Dios" (1 Ts. ii. 13). Y San Juan nos dice que, tanto antes como después de la resurrección, el Señor Jesús les dio a Sus discípulos el poder para atar en la tierra, en el sentido de que su palabra tendría un poder atador para siempre: "A

quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos”— (Juan xx. 23) palabras que resultan horribles e insoportables a menos que se entiendan con la implicancia del perfecto acuerdo entre la mente de los apóstoles y la mente de Dios. Las palabras de Cristo a Pedro tienen un significado similar: “Y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.” (Mt. xvi. 19)

No obstante, al leer y meditar en estas palabras notables y de mucho peso, seamos cuidadosos de no caer en el error de Roma ni de—por tratar de evitarlo— hacer inefectiva la Palabra de Dios. Pues la Iglesia de Roma aplica estas palabras de Jesús a Sus discípulos, a toda la Iglesia como institución; y especialmente a Pedro, haciendo que se refiera a todos los (supuestos) sucesores de Pedro en el gobierno de la Iglesia de Roma. Si ese fuera en verdad el significado de estas palabras, Roma tendría toda la razón; así, al Papa se le ha concedido el poder para atar, y a los sacerdotes de Roma el poder de absolver. Nuestra razón para negar que Roma tenga este poder no es que los hombres sean incapaces de poseerlo, pues fue dado a los apóstoles; Pedro era infalible en sus discursos *ex cátedra*, y los apóstoles podían conceder absolución. Pero negamos que Roma tenga la más mínima autoridad para conferir este poder de Pedro al Papa, o el de los apóstoles a los sacerdotes. Ni Mateo xvi. 19 ni Juan xx. 23 contienen la más mínima prueba para tal pretensión. Y ya que ningún hombre tiene la libertad para ejercer ese poder tan extraordinario a menos que muestre las credenciales de su misión, negamos que Roma esté calificada para ejercer tal autoridad en papas o sacerdotes, no porque sea imposible, sino porque Roma no puede justificar tales pretensiones.

Al mismo tiempo, en nuestro enfrentamiento con Roma, no caigamos en el error opuesto de desacreditar el sentido claro y directo de la palabra. Esto es lo que hacen los teólogos éticos; pues no le hacemos justicia a dichas palabras de Jesús si nos negamos a reconocer una obra del Espíritu Santo enteramente particular, única y extraordinaria en los apóstoles. Diluimos las palabras de Jesús y violamos su sentido si no reconocemos que, si los apóstoles aún estuvieran vivos, tendrían el poder para perdonar nuestros pecados; y que Pedro, si aún estuviera vivo, tendría el poder y autoridad para promulgar ordenanzas obligatorias para toda la Iglesia. Las palabras son tan claras, la aptitud otorgada en términos tan precisos, que no se puede negar que Juan podía perdonar pecados ni que Pedro tenía el poder para promulgar un decreto infalible. El Señor les dijo a los discípulos: “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos” (Juan xx. 23); y a Pedro: “Y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.” (Mt. xvi. 19)

Al reconocer de esta manera la posición única y el poder extraordinario de los apóstoles, inmediatamente añadimos que este poder les fue otorgado sólo a ellos y a nadie más. Enfatizamos esto en oposición a Roma y a aquellos que aplican las palabras de Cristo—las cuales fueron dichas exclusivamente a Sus discípulos—a los ministros y a otros creyentes. Ni Roma ni los teólogos éticos tienen derecho a hacer esto, a menos que puedan demostrar que el Señor Jesús les dio tal derecho. Pero no pueden hacerlo. Se debe tener cuidado, por lo tanto, en la elección de textos, pruebas y citas de la Escritura para asegurar no sólo *qué* se dice, sino también *a quién* se le dice. Así el error en cuanto al apostolado será pronto superado; y los creyentes verán que los apóstoles ocupan una posición diferente a la de otros cristianos, que las promesas citadas tienen un carácter excepcional, y que la Palabra del Señor se malentiende cuando la inspiración es confundida con la iluminación.

En oposición a estas perspectivas incorrectas, las cuales suenan a doctrina de Roma—clericales en principio y al mismo tiempo con tendencia hacia el racionalismo—nos adjuntamos a la antigua confesión de la Iglesia Cristiana, la cual declara que, como extraordinarios embajadores de Cristo, los apóstoles ocuparon una posición única en la raza, en la Iglesia, y en la historia del mundo, y que fueron vestidos de poderes extraordinarios que requirieron una operación extraordinaria del Espíritu Santo.

No obstante, no negamos que estos hombres hayan nacido de nuevo y que hayan tenido parte en la iluminación celestial; pues para que el nuevo hombre fuera revelado en ellos con poder, el hombre viejo tuvo que ser quitado. Sin embargo, su estado y condición personal fue la causa de su continua pecaminosidad hasta la hora en que murieron; por lo tanto, su autoridad infalible

jamás podría haber surgido desde la condición falible de sus corazones. Incluso si hubiesen sido menos pecaminosos, no se podría dar cuenta de tal poder. Y si hubiesen caído más profundamente en pecado, esto no hubiese frustrado la operación del Espíritu Santo con referencia al ejercicio de esta autoridad. Ellos eran *santos* porque estaban escondidos en Cristo como otros cristianos; pero eran *santos apóstoles*, no sobre la base de su estado y condición espiritual, sino sólo en virtud de su llamado santo y de la obra del Espíritu Santo que les fue prometida y otorgada.

Finalmente surge la pregunta de si hubo alguna diferencia entre la operación de Espíritu Santo en los profetas y en los apóstoles. La respuesta es afirmativa. Los oráculos de Ezequiel son diferentes al Evangelio de San Juan. La Epístola a los Romanos da testimonio de una inspiración diferente a la de las profecías de Zacarías. El libro de Apocalipsis prueba indudablemente que los apóstoles también eran susceptibles a inspiración por medio de visiones; el libro de Hechos da evidencia de que en esos días también hubo señales maravillosas; San Pablo también habla de visiones y éxtasis. Y aún así, el tesoro colectivo que hemos heredado bajo el nombre de los apóstoles da evidencia de que la inspiración del Nuevo Testamento tiene un carácter distinto al del Antiguo Testamento. Y la diferencia principal consiste en el hecho poderoso del derramamiento del Espíritu Santo.

Los profetas fueron inspirados antes de Pentecostés, y los apóstoles después de él. Este hecho está destacado con tanta fuerza en la historia de su misión, que antes de Pentecostés los apóstoles se encuentran quietos, y luego de él se muestran en su rol apostólico ante el mundo. Y ya que en el derramamiento el Espíritu Santo vino a morar en el cuerpo de Cristo, al cual ya había estado preparando, es obvio que la diferencia de inspiración en el Antiguo y Nuevo Testamento consiste en el hecho que, en el primero, la inspiración fue forjada en los profetas desde *fuera*, mientras que en el último fue forjada en los apóstoles desde *dentro*, proveniente del cuerpo de Cristo.

Y esta es la razón por la cual los profetas nos dan más o menos la impresión de haber recibido una inspiración independiente de su vida personal y espiritual, mientras que la inspiración en los apóstoles actúa casi siempre a través de la vida del alma. Es este mismísimo hecho el que le da pie al error de la perspectiva ética. Seguramente la persona y su condición son mucho más prominentes en los apóstoles que en los profetas. No obstante, tanto en el profeta como en el apóstol, la inspiración es esa operación completamente extraordinaria del Espíritu Santo por medio de la cual, de una manera incomprensible para nosotros y no siempre consciente para ellos, fueron resguardados de la posibilidad de error.

XXXII. ¿Apóstoles Hoy?

“¿No soy apóstol? ¿No soy libre? ¿No he visto a Jesús el Señor nuestro? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor?”—1 Cor. ix. 1.

No podemos abandonar el tema del apostolado sin un último vistazo al círculo de sus miembros. Pues este es un círculo *cerrado*; y todo esfuerzo por reabrirlo tiende a borrar una característica del Nuevo Pacto.

Aun así, el esfuerzo se hace una y otra vez. Lo vemos en la sucesión apostólica romana; en la perspectiva ética, la cual borra gradualmente la línea divisoria entre apóstoles y creyentes; y en su forma más fuerte y concreta, entre los irvingitas.^[3]

Estos últimos dicen, no sólo que el Señor dio a Su Iglesia un colegio de apóstoles en el principio, sino que ahora ha llamado a un cuerpo de apóstoles en Su Iglesia para preparar a Su pueblo para lo que viene.

No obstante, esta posición no puede ser sostenida con éxito. Ni en los discursos de Cristo, ni en las epístolas de los apóstoles, ni en el Apocalipsis encontramos la más mínima sugerencia a tal evento. Repetidamente se habla del fin de todas las cosas. El Nuevo Testamento da cuenta frecuentemente de los eventos y señales que han de preceder al retorno del Señor. Se encuentran registrados tan cuidadosamente que algunos llegan a decir que se puede saber la

fecha exacta de cuándo ocurrirán. Y aun así, en medio de todas estas profecías, no se encuentra la más mínima pista acerca de un apostolado subsiguiente. En el panorama de las cosas que han de venir, literalmente no hay espacio para tal cosa.

Ni siquiera los resultados han satisfecho las expectativas de estos hermanos. Su apostolado ha sido una tremenda desilusión. Sus logros son prácticamente nulos. Ha venido y se ha ido sin dejar rastro. No negamos que algunos de estos hombres hayan hecho cosas maravillosas; pero se debe notar, en primer lugar, que las señales hechas estuvieron muy por debajo de las de los apóstoles; en segundo lugar, que el pastor Blumhardt también ha hecho señales que merecen ser destacadas; en tercer lugar, que de vez en cuando la Iglesia Católica Romana también muestra señales que no son fingidas ni artificiales; y, por último, que el Señor nos advirtió en Su Palabra acerca de hombres que harán señales, pero que no vendrán de parte Suya.

Además, no olvidemos que los irvingitas carecen completamente de las marcas del apostolado. Estas eran: (1) un llamado directo del Rey de la Iglesia; (2) una calificación particular del Espíritu Santo que los hiciera infalibles en el servicio a la Iglesia. Estos hombres carecen de ambas. Nos cuentan, de hecho, de haber recibido un llamado por boca de profetas; pero esto no sirve de nada, pues el llamado de un profeta no es igual al llamado directo de Cristo; y, otra vez, el nombre "profeta" es demasiado engañoso. La palabra profeta tiene, en la Escritura, una amplia aplicación, y ocurre se usa tanto en un sentido *limitado* como en uno *general*. El primero involucra la revelación de un conocimiento que la mera iluminación no puede suplir; mientras que el último se aplica a hombres que hablan en éxtasis santo para alabanza de Dios. Aceptamos que el profetizar, en el sentido general, es un charisma permanente de la Iglesia; por esa razón los reformadores del siglo dieciséis intentaron revivir este oficio. Por tanto, si los irvingitas creen que la actividad profética ha revivido en sus círculos, no lo disputaremos; aunque no podemos decir que los informes de sus profecías han tenido un efecto abrumador sobre nosotros. De todas formas, aceptemos que tal don ha sido restaurado. Pero entonces debemos preguntar: ¿Qué han ganado con él? Pues no hay la más mínima prueba de que estos profetas y profetizas sean como sus predecesores en el Antiguo Testamento. La voluntad oculta de Dios no les ha sido revelada. Si es que verdaderamente son profetas, entonces su profecía es meramente un hablar para alabanza de Dios en un estado de éxtasis espiritual.

La inutilidad de la apelación a tales profetas para apoyar a este nuevo apostolado es evidente. Este es, meramente, el esfuerzo para sostener un apostolado insostenible por medio de un profetismo igualmente insostenible.

Tampoco se debe olvidar que las labores de estos supuestos apóstoles no han cumplido con sus propios programas. Han fracasado en ejercer influencia perceptible alguna en el curso de las cosas. Las instituciones fundadas por ellos no han superado a ninguna de las nuevas organizaciones eclesiales de este siglo en ningún aspecto. No han establecido ningún nuevo principio; sus labores no han manifestado ningún nuevo poder. Todo lo que han hecho ha carecido del sello de origen divino. Y prácticamente todos estos nuevos apóstoles han muerto, no en cruces ni en hogueras como los doce genuinos, sino es sus propios lechos, rodeados por sus amigos y admiradores.

No obstante, esto no es todo. El nombre de apóstol puede tomarse (1) en el sentido de ser llamado directamente por Jesús a ser embajador de Dios, o (2) en un sentido general, refiriéndose a todo hombre enviado por Jesús a Su viña; pues la palabra apóstol significa "uno que es enviado." En Hechos xiv. 14, Bernabé es llamado apóstol: no porque haya sido parte de los doce, sino meramente para indicar que fue enviado por el Señor como Su misionero y embajador. En Hechos xiii. 1, 2, Bernabé es mencionado antes de Saulo, al cual ni siquiera se le llama por su nombre apostólico; todo esto muestra que este llamado del Espíritu Santo tenía un carácter temporal solamente, teniendo en vista sólo esta misión especial. Por esta razón, el Señor Jesucristo, Aquel enviado por el Padre, el gran Misionero en este mundo, el Embajador de Dios a Su Iglesia, es llamado Apóstol: "Por tanto, hermanos santos,... considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús" (Heb. iii. 1).

Si los irvingitas hubiesen llamado apóstoles a los grandes reformadores del siglo dieciséis, o a algún líder de iglesia prominente en el presente tiempo, no se podría hacer gran objeción. Pero no es esto lo que ellos quieren decir. Ellos presumen que estos nuevos apóstoles deberán

presentarse frente a la Iglesia con un carácter peculiar, al mismo nivel que los primeros apóstoles, aunque con una tarea diferente. Y esto es inaceptable. Pues estaría en directa oposición a la declaración apostólica de 1 Cor. iv. 9: "Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte." ¿Cómo podría Pablo hablar de los postreros apóstoles si Dios tuviera contemplado en Su plan enviar a otros doce apóstoles al mundo después de dieciocho siglos?

En vista de esta palabra positiva del Espíritu Santo, dirigimos a todos aquellos en contacto con los irvingitas a lo que la Escritura dice acerca de los hombres que se hacen llamar apóstoles pero no lo son: "Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo." También, el Señor Jesús testifica a la iglesia de Éfeso: "Has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos."

La noción de que los falsos apóstoles deben ser algo así como demonios encarnados no se aplica de ninguna manera a los tranquilos, respetables y venerables hombres vistos frecuentemente en los círculos de los irvingitas. Pero, lejos de esta noción absurda, y considerando que los falsos profetas del Antiguo Testamento se parecían tanto a los verdaderos que incluso el pueblo de Dios fue engañado por ellos, podemos entender que los falsos apóstoles del tiempo de San Juan pudieran ser detectados sólo por un discernimiento espiritual más alto: y que los supuestos apóstoles del siglo diecinueve, quienes por su similitud a los doce genuinos cegaron los ojos de los más superficiales, pueden ser detectados sólo por criterio de la Palabra de Dios. Y esa Palabra declara que los doce del tiempo de San Pablo fueron los *últimos* apóstoles, lo cual cierra la conversación con este supuesto apostolado. Este error de los irvingitas no es, por tanto, algo tan inocente. Es fácil explicar cómo se originó. El desdichado y deplorable estado de la Iglesia necesariamente da espacio al origen de sectas. Y de corazón reconocemos que los irvingitas han enviado muchas advertencias y reprensiones bien merecidas a nuestra superficial y dividida Iglesia. Pero estas buenas acciones no justifican por ningún motivo el llevar a cabo las cosas que la Palabra de Dios condena; y aquellos que se han dejado llevar por tales enseñanzas tarde o temprano experimentarán su resultado fatal. Ya es manifiesto que este movimiento, el cual comenzó en medio de nosotros bajo el pretexto de la unión de una iglesia dividida por medio de la reunión del pueblo de Dios, ha logrado sólo un poco más que la adición de otra secta al gran número de ellas, robándole así a la Iglesia de Cristo sus excelentes poderes y desperdiçándolos.

El apostolado era un círculo cerrado y no una teoría flexible, como lo demuestra Hechos i. 25: "Tú, Señor, muestra cuál de estos dos has escogido, para que tome la parte de este ministerio y apostolado"; y también las palabras de San Pablo (Rom. i. 5): "Por quien recibimos la gracia y el apostolado"; y también (1 Cor. ix. 2): "Porque el sello de mi apostolado sois vosotros en el Señor"; y finalmente en Gal. ii. 8: "Pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en mí para con los gentiles." Y, nuevamente, es evidente por el hecho de que los apóstoles siempre aparecen como los doce; y por haber sido especialmente elegidos e instalados por Jesús, el cual por Su aliento les dio el don oficial del Espíritu Santo; y por los poderes y dones excepcionales relacionados con el apostolado. Y es especialmente desde este lugar conspicuo en la venida del Reino de nuestro Señor Jesucristo de donde el apostolado recibe su carácter categórico. Pues la Santa Escritura enseña que los apóstoles se sentarán sobre doce tronos y juzgarán a las doce tribus de Israel; y también que la Nueva Jerusalén tiene "doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero." (Ap. xxi. 14)

San Pablo, en su propia persona, nos da la prueba más convincente de que el apostolado era un grupo cerrado. Si no hubiese sido así, jamás habría habido contienda alguna sobre si él era verdaderamente o no un apóstol. Aun así, gran parte de la Iglesia se negó a aceptar su apostolicidad. Él no formó parte de los doce; no caminó al lado de Jesús; ¿cómo podría ser un apóstol? Contra esto luchó San Pablo levantó su voz tantas veces y con tanta energía y valor. Este hecho es la clave para el correcto entendimiento de sus epístolas a los corintios y a los gálatas. Estas brillan con un santo celo por la realidad de su apostolicidad; pues él estaba profundamente convencido de que era un apóstol tal cual Pedro y los otros. No en virtud de mérito personal; en sí mismo no había nada digno como para ser llamado apóstol—1 Cor. xv. 9. Pero tan pronto como su oficio se veía atacado, Pablo saltaba como un león, porque era el honor de su Maestro el que se veía afectado, el honor de Aquel que se le apareció en el

camino a Damasco; no, como se dice normalmente, para *convertirlo*—pues esta no es obra *de Cristo*, sino *del Espíritu Santo*—sino para designarlo como apóstol en aquella Iglesia a la cual estaba asolando.

En cuanto a la pregunta de cómo la adición de San Pablo a los doce es consistente con tal número, estamos convencidos que el nombre de Pablo, y no el de Matías, es el que está escrito sobre los cimientos de la Nueva Jerusalén junto con los de los demás; y que, no Matías, sino San Pablo se sentará a juzgar a las doce tribus de Israel. Tal como una de las tribus de Israel fue reemplazada por otras dos, así también con respecto al apostolado; pues así como Simeón cayó y Manasés y Efraín le sustituyeron, Judas fue reemplazado por Matías y Pablo. No queremos decir que los apóstoles se hayan equivocado al elegir a Matías para ocupar el puesto vacante que dejó Judas al suicidarse. Por el contrario, el número apostólico no podía esperar hasta la conversión de San Pablo. La vacante debía ser ocupada inmediatamente. Pero se podría decir que cuando los discípulos eligieron a Matías, tuvieron una concepción demasiado pequeña de la bondad de su Señor. Supusieron que por Judas recibirían a Matías, mas ¡he aquí! Jesús les dio a Pablo. En cuanto a Matías, la Escritura no vuelve a mencionar su elección. Y aunque para la Iglesia de los últimos tiempos el apostolado sin San Pablo sea inimaginable, y aunque esta haya dado a su persona el primer lugar entre los apóstoles, y a sus escritos la más alta autoridad entre las Escrituras del Nuevo Testamento, a la persona de Matías su elección al apostolado debe haberle brindado el más alto honor. El apostolado es un lugar tan alto que el hecho de haber sido identificado con él, incluso temporalmente, imparte mucho más realce al nombre de un hombre que una corona real.

Notas

1. ↑ Ver sección 5 en el Prefacio.—Trad.
2. ↑ La verdad de esto es visible en el Ejército de Salvación, el nuevo exponente del metodismo. Este niega los sacramentos, se aísla de las iglesias, y parece no importarles la verdad en la confesión, pues no tiene confesión alguna.—Trad.
3. ↑ Los irvingitas son conocidos en Inglaterra y en Norteamérica como la Iglesia Católica Apostólica.—TRAD.

La Sagrada Escritura en El Nuevo Testamento

XXXIII. La Sagrada Escritura en el Nuevo Testamento

"Pero estas cosas han sido escritas para que Creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo Tengáis vida en su nombre."—Juan xx. 31.

Habiendo considerado el apostolado, analizaremos ahora el obsequio de Dios a la Iglesia, a saber, la Escritura del Nuevo Testamento. El apostolado otorgó un nuevo poder a la Iglesia. De seguro que todo el poder está en el cielo; pero ha complacido a Dios permitir que este poder descienda a la Iglesia mediante órganos e instrumentos, de los cuales el principal es el apostolado. Este órgano fue un consuelo del Consolador, obsequiado a la Iglesia después que Jesús subió al cielo y provisoriamente no gobernaría a Su Iglesia en persona. Por lo tanto, fue a una Iglesia abandonada, no aún plantada, y pronto a ser dispersada, que el Espíritu Santo dio el apostolado como un *vínculo de unión*, como un *órgano de auto-extensión*, y como un instrumento para su propio *enriquecimiento* con el cabal conocimiento de la vida de gracia. Comisionados por el Rey de la Iglesia, los apóstoles estaban animados por el Espíritu Santo. Así como el Rey trabaja por Su Iglesia sólo por medio del Espíritu, también hizo que el apostolado funcionara por los altos poderes del Espíritu Santo.

No fue la intención del Señor que Su Iglesia comenzara su camino en la ignorancia, a vagar en errores múltiples, para finalmente, cuando el largo viaje fuera completado, llegara a una percepción más clara de la verdad; sino que desde el principio se parara a la luz del total conocimiento. De ahí que Él le dio el apostolado, para que desde la cuna de su existencia recibiera la luz del sol de gracia, y que ningún avance posterior del cristianismo jamás sobrepasara a aquel de los apóstoles.

Este es un hecho muy significativo.

En realidad, en el curso de la historia hay avances, especialmente en doctrina, que no ha cesado aún, y que continuarán hasta el final. El Rey ha lanzado Su Iglesia al medio de guerras y desventuras; Él no la ha permitido confesar Su nombre de una manera cobarde e indolente, sino que de época en época Él la ha obligado a defender esa confesión contra el error, la incomprensión, y la hostilidad. Es sólo en esta guerra que ha aprendido gradualmente a exhibir cada parte de su gloriosa herencia de verdad. Dios juzgará a los herejes; no obstante, aparte de mucho daño, han prestado a la Iglesia este excelente servicio de obligarla a despertar de su sueño sobre sus minas de oro, de explorarlas, y de abrir el tesoro escondido.

De ahí que nuestro conocimiento conciente de la verdad es más profundo que en los siglos anteriores. ¡Semper excelsior! ¡Siempre más alto! Puede que nunca cese la investigación de las cosas sagradas; aun ahora el Señor cumple Su promesa a cada verdadero teólogo: "Preguntad, y os será dado; buscad, y encontraréis" (Lc. xi. 9). Y en el desarrollo de la conciencia de la Iglesia en relación a su tesoro de verdades, el Espíritu Santo tiene un trabajo especial, y aquel que lo niegue permite que la Iglesia se petrifique y está ciego a la palabra del Señor.

No obstante, no importa cuán grande sea su progreso presente o futuro, nunca poseerá un grano de verdad adicional que cuando el apostolado dejó de existir. Posteriormente la mina de oro podría ser explorada; pero cuando los apóstoles murieron la mina misma ya existía. Nada se le puede agregar ni se agregará jamás; está completa por sí sola. Por esta razón los grandes hombres de Dios, quienes, en el curso de las épocas, mediante valientes palabras han animado a la Iglesia, siempre han señalado hacia atrás, a los tesoros de los apóstoles, y sin excepción han dicho a las iglesias: "Vuestro tesoro no está delante de ustedes, sino detrás de ustedes, y proviene de los días de los apóstoles."

Y aquí estaba la misericordia; cualquier otra disposición habría sido despiadada. La gente de hace un siglo o dieciocho siglos atrás tenían las mismas necesidades espirituales que nosotros; nada menos de lo que nosotros tenemos podría satisfacerlos. Sus heridas son nuestras; el bálsamo de Galaad que nos ha sanado, también los sanó a ellos. En consecuencia, el remedio para las almas debe estar listo para uso inmediato. La demora sería cruel. Por lo tanto, no es extraño ni problemático, sino en perfecta concordancia con la misericordia de Dios, que el tesoro completo de la verdad salvadora haya sido dado a la Iglesia directamente en el primer siglo:

Lograr esto fue la misión del apostolado. Es como la ciencia médica en este sentido, que realiza constantes progresos en el conocimiento de las hierbas. Pero no importa cuán grande sea ese progreso, no se ha producido ninguna nueva hierba. Aquellas que existen ahora, existieron siempre, poseyendo las mismas propiedades medicinales. La única diferencia es, que sabemos mejor que nuestros ancestros, como aplicarlas. De la misma manera, desde los días del apostolado, ningún nuevo remedio para sanar almas ha sido creado o inventado. En realidad, algunos de los poderes que entonces operaban se han perdido para nosotros, por ejemplo, el don de lenguas. La única diferencia entre la Iglesia de entonces y la de ahora es que nosotros, en concordancia con esta época pensante y emocional, entendemos más profundamente la conexión entre el efecto del remedio y la curación de nuestras heridas. Esta diferencia no nos hace ni más ricos ni más pobres. Para el simple campesino es suficiente recibir la medicina prescrita, a pesar de que sea ignorante de sus ingredientes y de sus efectos sobre la sangre y los nervios. En su mundo esta necesidad no existe. Pero el hombre pensante, que entiende la conexión entre causa y efecto, no tiene ninguna confianza en medicina alguna a no ser que sepa algo de su funcionamiento. Para él, el conocimiento es una necesidad absoluta, y para el efecto psicológico es aún más indispensable.

Asimismo, esto es cierto de la Iglesia de Cristo; no siempre ha sido igual, ni tampoco lo han sido sus necesidades. El desarrollo de nuestro conocimiento ha sido tal que cada época ha recibido una revelación adaptada a su necesidad. Más que esto: la propia fermentación de la época ha creado la necesidad modificada, y ha sido empleada por Dios para dar un entendimiento más claro de la verdad.

Y sin embargo, cualquiera sea el aumento en la claridad y madurez del conocimiento en cuanto al secreto del Señor a través de los tiempos, el secreto mismo ha permanecido igual. Nada se le ha agregado. Y el misterio del apostolado es que, por las labores de sus miembros, todo el

secreto del Señor se dio a conocer a la Iglesia bajo la infalible autoría del divino Inspirador, el Espíritu Santo.

Este es el gran hecho logrado por el apostolado: la publicación de todo el secreto del Señor, mediante la cual la revelación en el Antiguo Testamento a Juan el Bautista y a Cristo fue ampliada y elaborada. Porque el completar una cosa significa agregar aquello que antes faltaba; después de lo cual nada más puede ser agregado. Y este es el *segundo punto* que enfatizamos.

A través de los apóstoles la Iglesia recibió algo no poseído por Israel ni impartido por Cristo. Cristo mismo declara: "Tengo aún muchas cosas que deciros, pero no las podéis soportar ahora. No obstante cuando Él, el Espíritu de la verdad, venga, Él os guiará hasta la verdad; porque Él no hablará de sí mismo; sino lo que sea que escuche, eso hablará; y Él les mostrará cosas que vendrán. Él me glorificará a Mí; porque Él recibirá de Mí, y lo mostrará a vosotros" (Jn. xvi. 12-14). San Pablo habló con no menos claridad, diciendo: "Que el misterio que se mantuvo en secreto desde el comienzo del mundo ha sido manifestado" (Rom. xvi. 25). Y nuevamente: "Para hacer que los hombres vean cuál es la dispensación del misterio que por todos los tiempos estuvo oculto en Dios." Y nuevamente: "El misterio que ha estado oculto desde siempre y de generaciones, pero que ahora se hace manifiesto a sus santos" (Col. i. 16). Finalmente, San Juan declara que los apóstoles atestiguan de aquello que habían visto con sus ojos, y sus manos habían tocado de la Palabra de la Vida, que estaba con el Padre, y que se manifiesta.

Aunque no negamos que la semilla del conocimiento salvador fue dada en el Paraíso, a los Patriarcas, y a Israel; la Escritura enseña claramente que la verdad que fue revelada a los Patriarcas, era desconocida en el Paraíso; la que fue revelada a Israel, era desconocida para los Patriarcas; y la que vino por Jesús, fue una verdad que estaba oculta a Israel. De manera similar, la verdad no declarada por Jesús fue revelada a la Iglesia por el santo apostolado. Contra esta última afirmación, sin embargo, se han planteado objeciones: Muchos escritores no creyentes del presente siglo han afirmado frecuentemente que, no Jesús, sino Pablo fue el verdadero fundador del cristianismo; mientras otros nos han exhortado frecuentemente a abandonar la teología ortodoxa de San Pablo, y a volver a las simples enseñanzas de Jesús; especialmente a Su Sermón del Monte.

Y realmente, mientras más se estudia la Escritura, más obvia parecerá la diferencia entre el Sermón del Monte y la Epístola a los Romanos. Esto no significa que ambos se contradigan, sino de esta forma, que el último contiene elementos de verdad, nuevos rayos de luz, no encontrados en el primero.

Si uno objeta las doctrinas de los apóstoles, como lo hace la Escuela de Groninger, es natural posicionar a los evangelios por encima de las epístolas. De ahí el hecho de que muchos pseudocreyentes reciben las Parábolas y el Sermón del Monte pero rechazan la doctrina de justificación, como la enseñaba San Pablo; mientras aquellos que desean romper completamente con el cristianismo se inclinan a considerar la epístolas paulinas como su real exponente, pero sólo para rechazarlas junto con todo el cristianismo Paulino. Para la Iglesia del Dios vivo, que recibe a ambas, hay en esta tendencia impía una exhortación a tener un ojo abierto a la diferencia entre los evangelios y las epístolas, y reconocer que nuestros oponentes tienen razón cuando la denominan una marcada diferencia.

Sin embargo, mientras nuestros oponentes usan la diferencia para atacar, ya sea a la autoridad de la doctrina apostólica o aquella del cristianismo mismo, la Iglesia confiesa que no hay nada sorprendente en esta diferencia. Ambas son partes de la misma doctrina de Jesús, con esta distinción: que la primera parte fue revelada directamente por Cristo, mientras la otra la dio a Su Iglesia indirectamente mediante los apóstoles.

Por supuesto, en tanto los apóstoles sean considerados como personas independientes, enseñando una nueva doctrina por su *propia autoridad*, nuestra solución no resuelve la dificultad. Pero al confesar que son santos apóstoles, es decir, instrumentos del Espíritu Santo a través de quienes el propio Jesús enseñó a Su gente desde el cielo, entonces todas las objeciones son respondidas, y no existe ni la sombra de conflicto.

Porque Jesús simplemente actuó como un padre terrenal en la preparación de sus hijos, que les enseña de acuerdo a su comprensión; y por si acaso él muere, con su labor aún no terminada, dejará instrucciones escritas a ser abiertas después de su partida. Pero Jesús murió para alzarse de nuevo, y aun después de su ascensión Él continuó estando en contacto vivo con Su Iglesia a través del apostolado. Y lo que nosotros escribiríamos antes de nuestro deceso, Jesús hizo que fuera escrito por Sus apóstoles bajo la dirección especial del Espíritu Santo. De esta forma se originan las Escrituras del Nuevo Testamento—un *Nuevo Testamento* en un sentido ahora más fácilmente entendido.

La exactitud de esta representación queda demostrada por las propias palabras de Cristo, que nos enseñan—

Primero, que hubo cosas declaradas a los apóstoles antes de Su partida, y hubo cosas no declaradas, porque en ese momento no las podían soportar.

Segundo, que Jesús declararía las últimas también, pero a través del Espíritu Santo.

Tercero, que el Espíritu Santo revelaría estas cosas a ellos, no aparte de Jesús, sino tomando las de Cristo y declarándolas a ellos.

XXXIV. La Necesidad de la Escritura del Nuevo Testamento

"Porque testifico ante todo hombre que escuche las palabras de la profecía de este libro, Si algún hombre agregue a estas cosas, Dios le agregará a él las plagas que están escritas en este libro."—Rev. xxii. 18.

Si la Iglesia después de la ascensión de Cristo hubiese estado destinada a vivir sólo una vida, y hubiese estado confinada sólo a la tierra de los judíos, los santos apóstoles podrían haber logrado su cometido con la enseñanza verbal. Pero como hubo de vivir al menos dieciocho siglos, y hubo de extenderse por el mundo entero, los apóstoles estuvieron obligados a recurrir a la comunicación escrita de la revelación que habían recibido.

Si no hubieran escrito, las iglesias de África y Galia jamás habrían podido recibir información confiable; y la tradición hubiera perdido su carácter fidedigno hace mucho tiempo. La revelación escrita ha sido, por lo tanto, el medio indispensable mediante el cual la Iglesia, durante su larga y siempre creciente trayectoria, ha sido preservada de la completa degeneración y falsificación. No obstante, de sus epístolas no se desprende que los apóstoles entendieran claramente esto. De seguro no esperaban que la Iglesia permaneciera en este mundo por dieciocho siglos; y casi todas sus epístolas llevan un sello local, como si no estuvieran dirigidas a la Iglesia en general, sino sólo a iglesias particulares. Y sin embargo, aunque ellos no lo entendían, el Señor Jesús lo sabía; así lo había planeado; de ahí que la epístola escrita exclusivamente para la iglesia de Roma estaba dirigida y ordenada por Él, y sin que Pablo lo supiera, para edificar la Iglesia de todos los tiempos.

Por lo tanto, dos cosas debían hacerse para la Iglesia del futuro:

Primero, la imagen de Cristo debía ser recibida de los labios de los apóstoles y plasmada en escritura.

Segundo, las cosas respecto de las cuales Jesús había dicho, "No las podéis soportar ahora, pero el Espíritu Santo las declarará a vosotros," debían ser registradas. Este es el postulado de todo este asunto. La condición de las iglesias, su larga duración en el futuro, y su crecimiento mundial lo exigían.

Y los hechos demuestran que las medidas se tomaron; pero no inmediatamente. En tanto la Iglesia estuviera confinada a un pequeño círculo, y el recuerdo de Cristo permaneciera fresco y poderoso, la palabra hablada de los apóstoles era suficiente. El decreto del Sínodo de Jerusalén fue quizás el primer documento escrito procedente de ellos. Pero cuando las iglesias empezaron a extenderse al otro lado del mar a Corinto y Roma, y hacia el norte en Éfeso y Galacia, entonces Pablo comenzó a sustituir las instrucciones escritas por las verbales. Gradualmente esta labor epistolar se extendió y el ejemplo de Pablo fue seguido. Quizás cada cual escribió en su propio turno. Y a estas epístolas se agregaron las narrativas de la vida,

muerte, y resurrección de Cristo y los Hechos de los Apóstoles. Al fin, el Rey ordenó a Juan desde el cielo a escribir en un libro la extraordinaria revelación que se le dio en Patmos. El resultado fue un aumento gradual en el número de escritos apostólicos y no-apostólicos, excediendo con creces aquellos contenidos en el Nuevo Testamento. Al menos las epístolas de Pablo revelan que escribió muchas más de las que actualmente poseemos. Pero aún si él no nos hubiera informado al respecto, el hecho habría quedado suficientemente establecido; porque es improbable que escritores excelentes como Pablo y Juan no hubieran escrito más de una docena de cartas durante sus largas y memorables vidas. Aún en un año deben haber escrito más que eso. La controversia de antaño respecto de la afirmación que ningún escrito apostólico se podría haber perdido fue muy desatinada, y evidenció poco reconocimiento de la vida real.

Es notable que de esta gran masa una pequeña cantidad de escritos fuera gradualmente separada. Unos pocos fueron recolectados primero, luego más fueron agregados, y dispuestos en cierto orden. Tomó bastante tiempo hasta que hubo uniformidad y concordancia; de hecho, algunos escritos no fueron universalmente reconocidos hasta pasados tres siglos. Pero a pesar del tiempo y la controversia, el cernido se llevó a cabo, y el resultado fue que la iglesia distinguió en esta gran masa de literatura dos partes claramente diferenciadas: por una parte, este grupo ordenado de veintisiete libros; y por otra parte, el remanente de escritos de antiguo origen.

Y cuando se finalizó el proceso de filtrar y separar, Espíritu Santo siendo testigo en las iglesias de que este conjunto de escritos constituía un todo, y de que era, en realidad, el Testamento del Señor Jesús a Su Iglesia, entonces la Iglesia tomó conciencia de que poseía una segunda colección de libros sagrados de igual autoridad que la primera colección entregada a Israel; entonces juntó el Antiguo Testamento con el Nuevo, que unidos forman la Sagrada Escritura, nuestra Biblia, la Palabra de Dios.

A la pregunta, ¿Cómo se originó el Nuevo Testamento? respondemos sin vacilación: por el Espíritu Santo.

¿Cómo? ¿Les dijo a Pablo o a Juan: "Siéntate y escribe?"

Los evangelios y las epístolas no nos dan esa impresión. En realidad sí se aplica a la Revelación de San Juan, pero no a las otras escrituras del Nuevo Testamento. Ellas nos dan la impresión de haber sido escritas sin la más mínima idea de estar dirigidas a la Iglesia de todos los tiempos. Sus autores nos dan la impresión de estar escribiendo a ciertas iglesias de su propio tiempo definido, y que después de cien años quizás ni un solo fragmento de sus escritos existiría. Estaban, de hecho concientes de la ayuda del Espíritu Santo en la *escritura* de la verdad tal como la disfrutaban al *hablar*; pero que estaban escribiendo partes de la Sagrada Escritura, de seguro no lo sabían.

Cuando San Pablo terminó su Epístola a los Romanos, jamás se le ocurrió que en épocas futuras su carta poseería para millones de los hijos de Dios una autoridad igual a, o aún mayor, que las de las profecías de Isaías y los Salmos de David. Y tampoco los primeros lectores de su epístola, en la Iglesia de Roma, pudieron imaginar que después de dieciocho siglos los nombres de sus hombres principales serían aún palabras caseras en todo el mundo cristiano. Pero si San Pablo no lo sabía, de seguro el Espíritu Santo sí lo sabía. Tal como por la educación el Señor a menudo prepara a una doncella para su aún desconocido, futuro esposo, asimismo el Espíritu Santo preparó a Pablo, Juan y Pedro para sus labores. Él dirigió sus vidas, circunstancias, y condiciones; Él provocó que surgieran en sus corazones los pensamientos, las meditaciones, e incluso las palabras requeridas para la escritura del Nuevo Testamento. Y mientras ellos escribían partes de la Sagrada Escritura, que un día sería el tesoro de la Iglesia universal de todos los tiempos—un hecho no comprendido por ellos, pero sí por el Espíritu Santo—Él dirigió sus pensamientos para protegerlos de los errores y guiarlos a la verdad. Él sabía de antemano cómo debería ser la versión completa de la Escritura del Nuevo Testamento, y qué partes la integrarían. Tal como un arquitecto, en sus procedimientos, prepara las diversas partes del edificio para después ubicarlas en sus lugares, asimismo el Espíritu Santo mediante diversos trabajadores preparó las diferentes partes del Nuevo Testamento, que posteriormente unió como un todo.

Porque el Señor, que por Su Espíritu Santo motivó la preparación de estas partes, es también el Rey de la Iglesia; Él vio estas partes esparcidas por doquier; dirigió hombres a cuidarlas, y a creyentes a tener fe en ellas. Y, finalmente, por medio de los hombres interesados, unió todos esos fragmentos sueltos, de manera que gradualmente, de acuerdo a Su Decreto Real, se originó el Nuevo Testamento.

Por lo tanto, no fue necesario que el Nuevo Testamento contuviera sólo escritos apostólicos. Marcos y Lucas no fueron apóstoles; y la noción de que estos hombres tienen que haber escrito bajo la dirección de Pablo o Pedro no tiene prueba o fuerza alguna. ¿Cuál es el beneficio de escribir bajo la dirección de un apóstol? Lo que otorga autoridad divina a los escritos de Lucas no es la influencia de un apóstol, sino que haya escrito bajo la absoluta inspiración del Espíritu Santo.

Creyendo en la autoridad del Nuevo Testamento, debemos reconocer que los cuatro evangelistas tienen idéntica autoridad. En lo que se refiere al contenido, el Evangelio de Mateo sobrepasa al de Lucas, y el de Juan puede exceder al Evangelio de Marcos; pero su autoridad es igualmente incuestionable. La Epístola a los Romanos tiene mayor valor que aquella a Filemón; pero su autoridad es la misma. En cuanto a sus personas, Juan estaba por sobre Marcos, y Pablo por sobre Judas; pero como dependemos no de la autoridad de sus personas, sino sólo de la del Espíritu Santo, estas diferencias personales no son significativas. Por lo tanto, la pregunta no es si los escritores del Nuevo Testamento eran apóstoles, pero si fueron inspirados por el Espíritu Santo.

De seguro, ha complacido al Rey conectar Su testimonio con el apostolado; porque Él dijo: "Vosotros sois Mis testigos." Por ello sabemos que Lucas y Marcos obtuvieron su información respecto a Cristo de los apóstoles; pero nuestra garantía de la precisión y confiabilidad de sus afirmaciones no es el origen apostólico de las mismas, sino la autoridad del Espíritu Santo. Por lo tanto, los apóstoles son los canales a través de los cuales fluye a nosotros desde Cristo el conocimiento de estas cosas; pero si este conocimiento llega a nosotros mediante sus escritos o los escritos de otros no hace ninguna diferencia. La pregunta vital es si los portadores de la tradición apostólica fueron infaliblemente inspirados o no.

Aunque un escrito fuera endosado por los doce apóstoles, esto no sería prueba fehaciente de su credibilidad o autoridad divina. Porque aunque tuvieran la promesa de que el Espíritu Santo los guiaría a la verdad, esto no excluye la posibilidad de que ellos cayeran en errores o incluso en falsedades. La promesa no implicaba absoluta infalibilidad siempre, sino simplemente cuando actuaran como *los testigos de Jesús*. De ahí que la información de que un documento proviene de la mano de un apóstol es insuficiente. Requiere la información adicional de que pertenece a cosas que el apóstol escribió como *testigo de Jesús*.

Si, por lo tanto, la autoridad divina de cualquier escrito no depende de su carácter apostólico, sino exclusivamente de la autoridad del Espíritu Santo, se desprende, como un hecho obvio, que el Espíritu Santo tiene la completa libertad de tener el testimonio apostólico registrado por los apóstoles mismos, o por cualquier otro; en ambos casos la autoridad de estos escritos es exactamente la misma. Las preferencias personales no tienen cabida. En lo que se refiere a forma, contenido, riqueza, y atractivo, podemos distinguir entre Juan y Marcos, Pablo y Judas. Pero cuando toca el tema de la autoridad divina ante la cual debemos inclinarnos, entonces, ya no tomamos en cuenta tales distinciones, y preguntamos solamente: ¿Está este o aquel evangelio *inspirado por el Espíritu Santo*?

XXXV. El Carácter de la Escritura del Nuevo Testamento

"Estas cosas escribimos nosotros para que nuestro gozo sea completo."—1 Juan i. 4.
De los dos artículos precedentes, es evidente que la Escritura del Nuevo Testamento no fue realizada con la intención de tener la condición de documento notarial. Si esta hubiera sido la intención del Señor, habríamos recibido algo completamente diferente. Habría requerido una evidencia legal de dos partes:

En primer lugar, la prueba de que los eventos narrados en el Nuevo Testamento ocurrieron tal como fueron relatados.

En segundo lugar, que las revelaciones recibidas por los apóstoles fueron correctamente comunicadas.

Ambas certificaciones deberían ser presentadas por testigos, por ejemplo, para demostrar que el milagro de la alimentación de los cinco mil requeriría:

1. Una declaración de un número de personas, afirmando que fueron testigos oculares del milagro.
2. Una declaración auténtica de los magistrados de las localidades circundantes certificando sus firmas.
3. Una declaración de personas competentes para probar que estos testigos eran gente honrada y digna de confianza, desinteresadas y competentes al juzgar. Más aún, sería necesario por testimonio apropiado demostrar que, entre los cinco mil, sólo había siete panes y dos pescados.
4. Que el aumento de pan se produjo mientras Jesús lo partía.

En la presencia de una cantidad de tales documentos, cada uno debidamente autenticado y sellado, personas no muy escépticas podrían encontrar posible creer que el evento había ocurrido como se narra en el Evangelio.

Probar sólo este milagro requeriría una cantidad de documentos tan voluminosa como todo San Mateo. Si fuera posible comprobar de esta forma todos los eventos registrados en los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles, entonces la credibilidad de estas narrativas estaría correctamente establecida.

Y aún esto estaría lejos de ser satisfactorio. Porque se mantendría la dificultad de demostrar que las epístolas contienen comunicaciones correctas de las revelaciones recibidas por los apóstoles. Tal comprobación sería imposible. Requeriría testigos oculares y auditivos de estas revelaciones; y una cantidad de taquígrafos para registrarlos. Si esto hubiera sido posible, entonces, reconocemos, habría habido, si es que no certeza matemática para cada expresión, al menos suficientes fundamentos para aceptar el tenor general de las epístolas.

Pero cuando los apóstoles las escribieron no había una voz que se escuchara. Y cuando se escuchó una voz, no se podía entender, tal como en la base de la revelación de Pablo camino a Damasco. Lo mismo se puede decir de lo que ocurrió en Patmos: San Juan efectivamente escuchó una voz, pero el escuchar y entender las palabras que expresaba requería una peculiar operación espiritual que escaseaba en la gente del mismo período en la isla.

El hecho es que la revelación del Espíritu Santo concedida a los apóstoles fue de una naturaleza tal que no podía ser percibida por otros. De ahí la imposibilidad de comprobar su autenticidad por medio de evidencia notarial. Aquel que insiste en ella ha de saber que la Iglesia no puede entregarla, ya sea por las narrativas históricas de los evangelios, o por el contenido espiritual de las epístolas.

Por lo tanto, es evidente que todo esfuerzo para probar la verdad de los contenidos del Nuevo Testamento por medio de evidencia externa sólo se condena a sí mismo, y debe resultar en el completo rechazo de la autoridad de la Sagrada Escritura. Si un juez actual condenara o absolviera a una persona acusada sobre la base de la insignificante evidencia que satisface a mucha gente honrada en relación a la Escritura, ¡que tormenta de indignación surgiría! La lista completa de las llamadas evidencias respecto a la credibilidad de los escritores del Nuevo Testamento, que eran competentes para juzgar, dispuestos a testificar, desinteresados, etc., no prueba absolutamente nada.

Tales elementos externos pueden ser suficientes en relación a eventos ordinarios, de los cuales uno podría decir: "Yo creo que realmente ha ocurrido; no tengo razones para dudarlo; pero si mañana se comprobara que no es así, yo no perdería nada a causa de ello." Pero, ¿cómo pueden aplicarse tales métodos superficiales cuando concierne a los eventos

extraordinarios relatados por la Sagrada Escritura, sobre cuya absoluta certeza dependen mis más altos intereses y los de mis hijos; de manera que, si se comprobara que son falsas, por ejemplo, el relato de la resurrección de Cristo, debamos sufrir la pérdida invaluable e irreparable de una salvación eterna?

Esto no puede ser; es absolutamente impensable. Y la experiencia demuestra que los esfuerzos de gente necia de apuntalar su fe con tales demostraciones han terminado siempre con la pérdida de toda fe. No, tal tipo de demostración es por su propia insignificancia, ya sea no digna de ser mencionada en relación a temas tan serios, o, si vale de algo, no puede ser suministrada, ni debiera serlo.

Las pruebas notariales o matemáticas no pueden ni deben suministrarse, porque el carácter y naturaleza de los contenidos de la Escritura son inconsistentes con tal demostración o la repelen.

Ningún hombre puede exigir pruebas legales para el hecho de que un hombre a quien ama y honra como padre sea, en efecto, su padre; Dios ha hecho tal prueba imposible por la naturaleza misma del caso. La delicadeza que ennoblece toda vida familiar coarta la sola aparición de tal investigación; y, si fuera posible, el hijo, provisto de tal prueba, habría perdido *ipso facto* a su padre o madre; dejarían de ser sus padres; y debajo del montón de evidencia, su vida de hijo quedaría sepultada.

El mismo principio se aplica a la Sagrada Escritura. La naturaleza y el carácter de la revelación ha sido ordenada de tal forma que no permite demostración notarial. La revelación a los apóstoles es impensada, si otras personas pudieran haberla escuchado, registrado, y publicado tan bien como ellos. Fue una operación de energías sagradas; cuya intención no era obligar a los dubitativos a una mera fe exterior, sino simplemente lograr aquello para lo cual Dios la había enviado, sin preocuparse mucho de la contradicción de los escépticos. Tiene que ver una obra de Dios que resulta insondable para la investigación legal o matemática; que se manifiesta en el dominio espiritual donde la certeza no se obtiene por demostraciones externas, sino por la fe personal del uno en el otro.

Tal como la fe en padre y madre no surge de demostraciones matemáticas, sino del contacto del amor, el compañerismo de la vida, y confianza personal mutua, también ocurre aquí. Una vida de amor se desplegó. Las misericordias de Dios cayeron sobre nosotros en tierna compasión. Y todo hombre tocado por esta vida divina fue afectado por su influencia, tomado por ella, vivió en ella, se sintió en compañerismo compasivo con ella; y, en forma imperceptible y no comprendida, obtuvo una certeza, mucho más allá que cualquier otra, que estaba en presencia de *hechos*, y que fueron revelados divinamente.

Y tal es el origen de la fe; no apoyada por pruebas científicas, porque entonces no sería fe; que ha dominado al lector de la Sagrada Escritura de una forma totalmente diferente. La existencia de la Escritura se debe a un acto de las insondables misericordias de Dios; y por esta razón la aceptación por parte del hombre debe, igualmente, ser un acto de absoluta auto-negación y gratitud. Es únicamente el corazón roto y compungido, lleno de gratitud hacia Dios por Su excelente misericordia, que puede lanzarse a la Escritura como a su elemento de vida, y sentir que aquí se encuentra la verdadera certeza, expulsando toda duda.

Por lo tanto, debemos distinguir una operación de tres partes del Espíritu Santo en relación a la fe en la Escritura del Nuevo Testamento:

Primero, una obra divina que entrega una *revelación* a los apóstoles.

Segundo, una obra llamada *inspiración*.

Tercero, una obra, activa hoy día, que crea *fe en la Escritura* en el corazón que en un principio se niega a creer.

Primero viene la *revelación* propiamente tal.

Por ejemplo, cuando San Pablo escribió su tratado sobre la resurrección (1 Cor. xv.), no desarrolló esa verdad por primera vez. Probablemente la había tomado anteriormente, y en sus sermones y correspondencia privada expuesto el tema. Por lo tanto, la revelación antecede a la epístola. Pertenece a las cosas sobre las cuales Jesús había dicho: “Cuando el Espíritu Santo haya venido, Él os guiará a toda la verdad, y os mostrará las cosas que vendrán.” (Jn. xvi. 13) Y recibió esa revelación de tal manera que tuvo la positiva convicción que de esa forma se la había revelado el Espíritu Santo, y que así la vería en el día del juicio.

Pero la epístola no estaba aún escrita. Esto requería un segundo acto del Espíritu Santo—aquel de la *inspiración*.

Sin esto, el conocimiento de que San Pablo había recibido una revelación sería inútil. ¿Qué garantía tendríamos de que él la había entendido correctamente y la había registrado fielmente? Podría haber cometido un error en la comunicación, agregándole o restándole, haciéndola, de esta forma, un informe no fidedigno. De ahí que la *inspiración* era indispensable; porque por ella el apóstol fue alejado del error mientras registraba la revelación previamente recibida.

Finalmente, el vínculo espiritual debe ser creado conectando el alma y la conciencia con las realidades espirituales de la infalible Palabra de Dios—la convicción positiva de las cosas espirituales.

El Espíritu Santo logra esto por la implantación de la fe, con las diversas preparaciones que ordinariamente preceden el surgimiento del acto de creer. El resultado es la *convicción* interior. Esto no se forja por referirnos a Josefo o Tácito, sino en una forma espiritual. El contenido de la Escritura es traído al alma. El conflicto entre la Palabra y el alma se siente. La convicción así forjada nos motiva a ver, no que la Escritura debe hacer espacio para nosotros, sino que nosotros debemos dejar espacio para la Escritura.

En la discusión de la *regeneración* nos referiremos a este punto más extensamente. Por el momento estaremos satisfechos si hemos tenido éxito en mostrar que la existencia de la Escritura del Nuevo Testamento y nuestra fe en ella no son la obra del hombre, sino una obra donde únicamente el *Espíritu Santo* debe ser honrado.

La Iglesia De Cristo

XXXVI. La Iglesia de Cristo

“Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad.”—1 Juan v. 6.

Ahora procedemos a examinar el trabajo del Espíritu Santo en la Iglesia de Cristo.

Aun cuando el Hijo de Dios ha tenido una Iglesia en la tierra desde el principio, las Escrituras hacen la distinción en su manifestación *antes y después de Cristo*. Tal como la bellota, plantada en la tierra, existe, aunque pasa por los dos períodos de germinación y enraizamiento y luego de crecimiento hacia arriba formando el tronco y las ramas, así también la Iglesia. En un principio escondida en la tierra de Israel, envuelta en los pañales de su existencia nacional, fue sólo en el día de Pentecostés que fue manifestada en el mundo.

No es que la Iglesia fue fundada sólo en Pentecostés; esto sería una negación de la revelación del Antiguo Pacto, una falsificación de la idea de Iglesia, y una aniquilación de la elección de Dios. Solamente decimos que ese día se convirtió en la *Iglesia para el mundo*.

Y en ella el Espíritu Santo ha realizado una obra extremadamente exhaustiva.

No así su formación, ya que ese es el trabajo del Dios Trino en el decreto divino; o, hablando de forma más precisa, de Jesús el Rey cuando compró a Su pueblo con Su propia sangre. En efecto, el Espíritu de Dios regenera a los elegidos, a quienes desde un principio no encuentra en el mundo, sino en la Iglesia. Toda representación de que el Espíritu Santo reúne a los elegidos sacándolos desde un mundo perdido, y de esa forma trayéndolos a la Iglesia, se

opone a la representación bíblica de la Iglesia como organismo. La Iglesia de Cristo es un cuerpo, y como los miembros nacen desde el cuerpo mismo y no son sumados a él desde afuera, de la misma forma se debe buscar la semilla de la Iglesia en la Iglesia misma y no en el mundo. El Espíritu Santo obra solamente sobre lo que ha sido santificado en Cristo. De ahí que nuestro orden de Bautismo dice: "¿Reconoces que aunque nuestros hijos son concebidos y nacen en pecado y por lo tanto son objeto de toda miseria, verdaderamente a la condenación misma; así y todo son santificados en Cristo?"

No obstante, ya que la regeneración corresponde a Su obra sobre el *individuo*, y ahora estamos considerando Su obra en la Iglesia *como un todo*, como una comunidad, dirigimos nuestra atención en primer lugar a su obra de conferir dones espirituales, específicamente aquellos llamados "charismata." Algunos pasajes del Nuevo Testamento hablan de los regalos ofrecidos a Dios (Mat. V. 23): "Por tanto, si traes tu ofrenda al altar"; o regalos entregados a otros (2 Cor. viii. 9) y Fil. iv. 17) y el don de la salvación; pero no estamos considerando esos. Un don ofrecido a Dios en griego es llamado "*doron*"; conferido a otros, comúnmente es llamado "*charis*"; mientras que el don de gracia, usualmente es llamado "*dorea*." Por lo tanto estos dones son distintos de los que ahora ocupan nuestra atención. Y la diferencia se ve de forma más clara cuando comparamos el don del *Espíritu Santo* con los *dones espirituales*. El Espíritu Santo mismo es un don de gracia. Pero cuando Él confiere dones espirituales, nos adorna con ornamentos santos. El primero se refiere a nuestra *salvación*; los segundos a nuestros *talentos*.

En referencia a nuestra salvación, las Escrituras lo llaman un don gratuito y misericordioso, generalmente "*dorea*" en griego, que, viniendo de una raíz que significaba *dar*, indica que no tenemos derecho a él, no habiéndolo merecido o comprado, sino que es un *bien regalado*. San Pablo exclama: "Gracias a Dios por su don inefable," es decir, de salvación (2 Cor. ix. 15). Y nuevamente: "Abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo." "Mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia." (Rom. v. 15, 17). Por último: "Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo." (Ef. iv. 7). ^[1] La misma expresión es usada invariablemente en la entrega del Espíritu Santo: "y recibiréis el don del Espíritu Santo." (Hechos ii. 38). Y: "De que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo." (Hechos x. 45). Por consiguiente se debe destacar cuidadosamente que esto no tiene nada que ver con el tema bajo consideración. Cuando San Pablo habla de la fe como un don de Dios, él se refiere a nuestra *salvación* y a la obra salvadora de Dios en el alma. Pero los dones a los cuales ahora nos referimos son totalmente distintos. No son para salvación, sino para la gloria de Dios. Son prestados a nosotros como ornamentos, para que podamos mostrar su belleza en forma de talentos para obtener otros talentos de ahí en adelante. Son acciones *adicionales* de gracia; los cuales no pueden tomar el lugar de la obra adecuada de la gracia para salvación, ni pueden confirmarla, ya que tienen un propósito totalmente distinto. La obra de la gracia es para nuestra *propia* salvación, gozo y edificación; los charismata nos son dados para *otras personas*. Lo primero implica que hemos recibido el Espíritu Santo; lo segundo que Él nos imparte dones.

Para ser precisos, los charismata son dados a las *iglesias*, no a las personas individuales. Cuando un comandante selecciona y entrena a hombres para ser oficiales en el ejército, es evidente que no hace esto para el placer, honor o enaltecimiento personal de ellos, sino para la eficiencia y honor del ejército. Él puede buscar a hombres con talento para el servicio militar y entrenarlos e instruirlos; pero él no puede crear tales talentos. Si esto fuera posible, todo rey dotaría a sus generales con la genialidad de un Von Motke y cada almirante sería un De Ruyter.

Pero Jesús no está limitado de esta forma. Él es independiente; a Él le es dado todo poder tanto en el cielo como en la tierra. Él puede crear talentos e impartirlos libremente a quien sea. Por consiguiente, sabiendo lo que la Iglesia necesita para su protección y edificación, Él puede proveer completamente para sus necesidades. Su propósito no es meramente agrandar o enriquecer a ciertos individuos, menos aún darle a algunos lo que les niega a otros; más bien, con las personas que han sido dotadas, el adornar y favorecer *a toda la Iglesia*. No ponemos una lámpara sobre la mesa para mostrarle a ella un favor especial o porque sea mejor que la silla o la estufa; sino simplemente porque así cumple su propósito y toda la habitación es

iluminada. El considerar los charismata como un mero adorno o beneficio para la persona que los recibe sería tan absurdo como decir: "Yo enciendo el fuego no para calentar la *habitación*, sino la *estufa*"; y el envidiar los charismata dados a otros en la Iglesia sería igual de insensato que la mesa envidiara a la estufa porque esta recibe todo el fuego.

Los charismata, entonces, deben ser considerados en un sentido económico. La Iglesia es un gran casa con muchas necesidades; una institución que se hace eficiente a través de muchas cosas. Ellos son para la Iglesia lo que la luz y el combustible son para el hogar; no existiendo para sí mismos, sino para la familia, debiendo ser dejados de lado cuando los días son largos y cálidos. Esto es aplicable directamente a los charismata, muchos de los cuales, dados a la Iglesia apostólica, no son de ayuda para la Iglesia de hoy.

Estos charismata indudablemente tienen, en algún grado, un carácter oficial. Dios ha instituido oficios en la Iglesia; no de forma mecánica o dependiendo de formalidades externas; tal concepción poco espiritual es ajena a las Escrituras. Pero tal como hay una división del trabajo en el ejército, así también en la Iglesia.

Consideremos, por ejemplo, el cuerpo. Debe ser cuidado de las lesiones; la sangre debe ser transportada a los músculos y nervios; la sangre venal debe ser convertida en arterial; los pulmones deben inhalar aire puro, etc. Todas estas actividades dependen de los diferentes miembros del cuerpo. Los ojos y el oído vigilan; el corazón bombea la sangre; los pulmones proveen el oxígeno, etc. Y esto no puede ser modificado arbitrariamente. Los pulmones no pueden vigilar; los ojos no pueden proveer de oxígeno; la piel no puede bombear la sangre. Por consiguiente, esta división de trabajo no es ni arbitraria, por consentimiento mutuo, ni tiene que ver con el gusto; sino que es divinamente ordenada, y esta ordenanza no debe ser ignorada. Por lo tanto, los ojos tienen la función y el don de vigilar el cuerpo; el corazón de hacer circular la sangre; los pulmones de proveer aire puro; etc.

Y esto es aplicable a la Iglesia en todo sentido. El gran cuerpo requiere que se hagan muchas y variadas cosas para el bienestar común. Hay necesidad de una guía, de que se profetice, del heroísmo; la misericordia debe ser ejercitada, los enfermos deben ser sanados, etc. Y esta gran tarea mutua el Señor la ha dividido entre muchos miembros. Él le ha dado a Su cuerpo, la Iglesia, ojos, oídos, manos y pies; y a cada uno de estos miembros orgánicos una tarea, un llamado y un oficio en particular.

De ahí, que el ser llamado a un oficio significa simplemente el ser comisionado por Jesús, el Rey, con una tarea claramente definida. Tú has trabajado. Muy bien, pero ¿de qué forma? ¿De forma impulsiva, o en obediencia a la comisión de Quien te envió? Esto hace toda la diferencia. El Rey podrá enviarnos de forma ordinaria o extraordinaria. Zacarías era sacerdote de la clase de Abías; pero su hijo Juan fue el heraldo de Cristo mediante una revelación extraordinaria. El levita servía por derecho de sucesión; el profeta porque era escogido de Dios. Pero esto no cambia nada; sea llamado de una forma u otra, la función sigue siendo la misma, siempre y cuando tengamos la seguridad de que el Rey Jesús nos ha llamado y ordenado.

Por esta razón nuestros padres hablaban devotamente de un oficio *de todos los creyentes*. En la Iglesia de Cristo no hay meramente unos pocos funcionarios y una masa de sujetos ociosos e indignos, sino que todo creyente tiene un llamado, una tarea, una comisión vital. Y en la medida que somos convencidos de que realizamos la tarea porque el Rey nos la ha entregado no para nosotros mismos, ni por un motivo filantrópico, sino para servir a la Iglesia, nuestro trabajo tiene un carácter oficial, aunque el mundo nos niegue este honor.

XXXVII. Dones Espirituales

"Procurad, pues, los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente." —1 Cor. xii. 31.

Los charismata o dones espirituales son el medio y el poder divinamente ordenados a través de los cuales el Rey faculta a Su Iglesia para realizar Su tarea sobre esta tierra.

La Iglesia tiene un llamado en el mundo. Está siendo atacada violentamente no sólo por los poderes de este mundo, sino aun más por los poderes invisibles de Satanás. No hay descanso permitido. Negándose a admitir la victoria de Jesús, Satanás cree que el tiempo que le queda aún puede traerle victorias. De ahí su incansable rabia y furia, sus incesantes ataques sobre las ordenanzas de la Iglesia, su constante afán de dividirla y corromperla y su varias veces repetida denegación de la autoridad y señorío de Jesús sobre Su Iglesia. Aunque jamás tendrá éxito completamente, sí logra su cometido hasta cierto punto. La historia de la Iglesia en todos los países es prueba de ello; demuestra que un estado satisfactorio de la Iglesia es altamente excepcional y de corta duración, y que por ocho siglos, de un total de diez, este ha sido triste y deplorable, motivo de vergüenza y profundo dolor por parte del pueblo de Dios. Y aun así en medio de esta batalla tiene un llamado que cumplir, una tarea designada la cual llevar a cabo. A veces podría consistir en ser tamizada como el trigo, como en el caso de Job, para mostrar que gracias a la virtud de la oración de Cristo, la fe no puede ser destruida en su seno. Pero cualquiera fuese la forma de la tarea, la Iglesia siempre necesita poder espiritual para realizarla; un poder que no está en sí misma, sino que debe ser provisto por el Rey. Todo medio provisto por el Rey para realizar Su obra es un charisma, un don de gracia. De ahí la conexión interna entre *obra, oficio y don*.

De ahí que San Pablo dice: "Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho." (1 Cor. xii. 7) o sea, para el bien común (ὁñῖò ro avpotpov) (1 Cor. xii. 7). Y, nuevamente de forma más clara aún: "Así también vosotros; pues que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para *edificación de la iglesia*." (1 Cor. xiv. 12). De ahí la petición, "Venga tu reino," la cual el Catecismo de Heidelberg interpreta como: "Reina de tal modo sobre nosotros por tu Palabra y Espíritu, que nos sometamos cada vez más y más a ti. Conserva y aumenta tu Iglesia. Destruye las obras del diablo y todo poder que se levante contra ti, lo mismo que todos los consejos que se tomen contra tu Palabra, hasta que la plenitud de tu reino venga, cuando Tú serás todo en todos."

Está mal, por lo tanto, el estimar en demasía y por sí solas las vidas de creyentes de forma individual, separándolas de la vida de la Iglesia. Ellas existen sólo en conexión con el cuerpo y de esa forma se convierten en participantes de los dones espirituales. El Catecismo de Heidelberg confiesa, en este sentido, la comunión de los santos: "Primero, que todos los fieles en general y cada uno en particular, como miembros del Señor Jesucristo, tienen la comunión de Él y de todos sus bienes y dones. Segundo, que cada uno debe sentirse obligado a emplear con amor y gozo los dones que ha recibido, utilizándolos en beneficio de otros y para la salvación de los demás." La parábola de los talentos apunta a lo mismo; ya que el siervo que con su talento fracasa en servir a los demás, recibe un juicio terrible. Aun el don oculto debe ser estimulado, como dice San Pablo; no para jactarse de él o alimentar nuestro orgullo, sino porque es del Señor y es dado a la Iglesia.

Cuando San Juan escribe, "Pero vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas." (1 Juan ii. 20), y "no tenéis necesidad de que nadie os enseñe" (1 Juan ii. 27), no quiere decir que cada creyente de forma individual posea la unción completa y por lo tanto conozca todas las cosas. Porque si esto fuera cierto, ¿quién no renunciaría a la esperanza de salvación, ni se atrevería a decir: "Yo tengo la fe"? Es más, ¿cómo podría la afirmación, "no tenéis necesidad de que nadie os enseñe," ser reconciliada con el testimonio del mismo apóstol, de que el Espíritu Santo capacita a los maestros designados por Jesús mismo? No el creyente como individuo, sino toda la Iglesia como cuerpo posee la unción completa del Santo y conoce todas las cosas. La Iglesia como cuerpo no necesita que alguien de afuera venga a enseñarle; ya que posee todo los tesoros de la sabiduría y el conocimiento, estando unida con la Cabeza, quien es el reflejo de la gloria de Dios, en quien habita toda sabiduría.

Y esto no es aplicable sólo a la Iglesia de un período específico, sino a la de toda la historia. La Iglesia de hoy es la misma que la del tiempo de los apóstoles. La vida vivida entonces es la vida que la inspira hoy. Las ganancias obtenidas hace dos siglos pertenecen a su tesorería, al igual que las recibidas hoy. El pasado es su capital. La maravillosa y gloriosa revelación recibida por la Iglesia del primer siglo fue dada, a través de ella, para la Iglesia de toda la historia y sigue siendo eficaz. Y toda la fortaleza espiritual y el entendimiento, la gracia interior, la conciencia más clara, recibidas a lo largo de la historia, no están perdidas, mas forman un tesoro acumulado que sigue creciendo aún gracias a las siempre renovadas adiciones de

dones espirituales. Quien reconoce y acepta este hecho se ve enriquecido y ciertamente bendecido. Porque esta visión apostólica del tema nos hace estar agradecidos por los dones de nuestro hermano, que bajo otras circunstancias podríamos envidiar; en la medida en la cual esos dones no nos empobrezcan sino que nos enriquezcan. En una ciudad puede haber doce ministros de la Palabra, todos dotados en distintos sentidos. Según el hombre natural, cada uno estará envidioso de los dones de su hermano y temerá que sus dones superen a los suyos. No así entre los siervos del Señor mismo. Ellos sienten que juntos sirven a un mismo Señor y un rebaño, y bendicen a Dios por darles en *conjunto* lo que el liderazgo y la alimentación del pueblo requieren. En un ejército, el artillero no está envidioso del soldado de caballería, ya que sabe que este último está para su protección en la hora del peligro. Más aún, este punto de vista apostólico excluye el aislamiento; ya que crea el deseo de hermandad con hermanos distantes, aun cuando anden en caminos más o menos distintos. Bíblicamente, es imposible limitar la Iglesia de Cristo a una pequeña comunidad propia. Está en todos lados, en todas partes del mundo; y sea cual sea su forma externa, frecuentemente cambiante, muchas veces impura, aun así los dones, dondequiera que sean recibidos, aumentan nuestras riquezas.

Este punto de vista apostólico también está en contra de la tonta noción de que por dieciocho siglos la Iglesia no ha recibido dones de ningún tipo; y dado eso, tal como la Iglesia primitiva, cada uno de nosotros debe tomar su Biblia para formular su propia confesión. Ese punto de vista hace que uno esté tan intensamente consciente de la comunión de los dones espirituales que no puede sino apreciar el tesoro acumulado de la Iglesia a lo largo de los siglos. De hecho, la Iglesia de Cristo ha recibido dones espirituales en gran abundancia; y hoy tenemos a disposición no sólo los dones de las Iglesias en nuestra propia ciudad, sino también los dados a las Iglesias en otros lados y el capital histórico acumulado durante dieciocho siglos. Por consiguiente, el tesoro de cada iglesia en particular consiste de tres partes: Primero, de los charismata *en su propio círculo cercano*; en segundo lugar, de aquellos *dados a otras iglesias*; y por último, aquellos recibidos desde *los tiempos de los apóstoles*.

Según su naturaleza, estos dones espirituales pueden ser divididos en tres clases: los *oficiales*, los *extraordinarios* y los *comunes*.

San Pablo dice: "Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere." (1 Cor. xviii. 8-11). De la misma manera le habla el apóstol a la Iglesia en Roma: "De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría." (Rom. xii. 6-8).

De estos pasajes es evidente que entre estos charismata San Pablo asigna el primer lugar a los dones correspondientes al servicio común de la Iglesia a través de sus ministros, ancianos y diáconos. Ya que cuando menciona la profecía, está hablando de la predicación viva, en la cual el predicador se siente animado e inspirado por el Espíritu Santo. Con "*enseñanza*" quiere decir el hacer un catequismo común. Con "*servicio*" se refiere a la administración de los temas temporales de la Iglesia. El "*repartir*" hace referencia a preocuparse por los pobres y los abatidos. "El que preside" se refiere a los dirigentes a cargo del gobierno de la Iglesia. Estos son los oficios comunes que abarcan el cuidado de los asuntos espirituales y temporales de la Iglesia. Luego sigue una serie diferente de charismata, es decir, dones de lenguas, sanidades, discernimiento de espíritus, etc. Estos dones no-oficiales se dividen en dos clases—aquellos que fortalecen los dones de la gracia salvadora y aquellos que son aparte de la gracia de la salvación.

Los primeros son, por ejemplo, la fe y el amor. Sin fe nadie puede ser salvo. Por lo tanto es lo que le corresponde a todos los hijos de Dios y como tal no es "*charisma*," sino un "*doron*." Pero mientras todos tienen fe, Dios es libre para dejarla *manifestarse a sí misma* de forma más fuerte en unos que en otros. Por una parte las Escrituras dicen: "Cree en el Señor Jesucristo, y

serás salvo, tú y tu casa.” (Hechos xvi. 31); y por otra parte: "Porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará." (Mateo. xvii. 20). La primera funciona internamente y la segunda externamente. Por esta razón San Pablo habla no sólo de *ministerios* y *dones*, sino también de "*manifestaciones*," que consisten en un ejercicio más vigoroso de la gracia que el creyente ya posee como tal. Cuando la fe de muchos se debilita, el Señor frecuentemente concede manifestaciones extraordinarias de fe a algunos, para así refrescar y consolar a otros. Lo mismo es cierto del amor, que también le corresponde a todos, pero no con el mismo grado de eficacia. Y donde el amor de muchos se enfría, el Señor a veces lo aviva en unos pocos a tal punto que otros lo ven y son llevados a sentir una envidia santa.

Además de estos charismata *comunes*, que son sólo manifestaciones más energéticas de lo que todo creyente posee en sus rudimentos, el Señor también le ha dado dones *extraordinarios* a su Iglesia, obrando en parte en el área espiritual y en parte en el área física. A estos últimos pertenecen los charismata de dominio propio y de sanidad de los enfermos. De los primeros habla Cristo en Mateo. xix. 12, donde llama a tales personas "eunucos por causa del reino de los cielos." San Pablo dice que por causa del hermano débil se abstendrá de comer carne; y nuevamente, que golpea su cuerpo, y lo pone en servidumbre, etc. El charisma de sanidad se refiere al glorioso don de sanar a los enfermos: no sólo a aquellos que sufren de dolencias nerviosas y enfermedades psicológicas, quienes son más susceptibles a influencias espirituales, sino también a aquellos cuyas enfermedades están completamente fuera del ámbito espiritual. De una naturaleza totalmente diferente son los charismata *extraordinarios*, puramente *espirituales*, de los cuales San Pablo menciona cinco: sabiduría, ciencia, discernimiento de espíritus, lenguas y su interpretación. Estos también pueden ser divididos en dos clases, considerando que los primeros tres mencionados también se encuentran, aunque en forma distinta, *fuera* del Reino de Dios; y los dos últimos, que presentan un fenómeno absolutamente particular, *dentro* del Reino. La sabiduría, la ciencia, y el discernimiento de espíritus existen aun entre los paganos y son muy admirados por aquellos que rechazan a Cristo. Pero esos dones naturales ocurren en la Iglesia de una forma distinta. El charisma de la sabiduría le permite a uno sin mucha investigación, con gran discreción y claridad, entender condiciones y ofrecer consejos juiciosos. La ciencia es un charisma a través del cual el Espíritu Santo le permite a uno adquirir un entendimiento inusualmente profundo respecto de los misterios del Reino. El discernimiento de espíritus es un charisma a través del cual uno puede discernir entre los espíritus genuinos que vienen de Dios y aquellos que solamente simulan hacerlo. El charisma de lenguas lo hemos discutido largamente en el vigésimo-octavo artículo. Los charismata actualmente existentes en la Iglesia son aquellos correspondientes al ministerio de la Palabra; los charismata comunes del acrecentado ejercicio de la fe y el amor; aquellos de sabiduría, ciencia y discernimiento de espíritus; aquel de dominio propio; y por último, aquel de sanidad de los enfermos sufriendo de enfermedades nerviosas y psicológicas. En el presente, los demás están inactivos.

XXVIII. El Ministerio de la Palabra

"Él os guiará a toda la verdad."—Juan xvi. 13.

Consideremos ahora la segunda actividad del Espíritu Santo en la Iglesia, que preferimos llamar su *cuidado* de la Palabra. En esto distinguimos tres partes: el *Sellado* (Sealing), la *Interpretación*, y la *Aplicación* de la Palabra.

En primer lugar, es el Espíritu Santo quien *sella* la Palabra. Esto hace referencia al "testimonium Spiritus Sancti," del cual nuestros padres solían hablar y a través del cual entendieron la forma mediante la cual Él crea en el corazón de los creyentes la convicción firme y duradera respecto de la autoridad divina y absoluta de la Palabra de Dios.

La Palabra es, si se nos permite expresarlo así, un criatura del Espíritu Santo. Él la ha engendrado. Se la debemos enteramente a su especial actividad. Él es su Auctor Primarius, es decir, su Autor Principal. Y por lo tanto no puede parecer extraño que Él lleve a cabo ese cuidado maternal sobre su criatura a través del cual la faculta para cumplir su destino. Y este destino es, en primer lugar, el *ser creída* por los elegidos; en segundo lugar, el *ser entendida* por ellos; y por último, el *ser vivida* por ellos; tres operaciones que son efectuadas

sucesivamente en ellos a través del sellado, la interpretación y la aplicación de la Palabra. El *sellado* de la Palabra aviva la “fe”; la *interpretación* imparte el “entendimiento correcto”; y la *aplicación* lleva a cabo el que sea “vívida.”

Mencionamos el sellado de la Palabra primero ya que sin fe en su divina autoridad no puede ser la Palabra de Dios para nosotros. La pregunta es: ¿cómo logramos tener un real contacto y comunión con las Santas Escrituras, que son puestas en frente nuestro como un mero objeto externo?

Se nos dice que es la Palabra de Dios; pero, ¿cómo puede convertirse esto en nuestra firme convicción propia? Jamás puede ser obtenida a través de la investigación. De hecho, debiera ser admitido que mientras más uno investiga la Palabra, más pierde la fe simple y pueril en ella. Ni siquiera puede decirse que la duda nacida de una examinación superficial será disipada a través de un estudio más profundo; porque aun el profundo escrutinio de hombres serios y sinceros ha tenido un solo resultado, a saber, el aumento de signos de interrogación.

No podemos examinar los contenidos de las Escrituras de esta forma sin destruirlas. Si uno desea examinar el contenido de un huevo, no debe romperlo ya que de esa forma lo desbarajusta y deja de ser un huevo; más bien debe preguntarle a aquellos que conocen sobre él. De forma similar podemos conocer la verdad de las Escrituras sólo a través del sellado y de la comunicación externa. Porque supongamos que el veredicto final de la ciencia confirmará eventualmente la autoridad divina de las Escrituras, como creemos firmemente que será; ¿de qué forma nos beneficiaría eso en relación a nuestra presente necesidad espiritual, considerando que en el curso de nuestras cortas vidas, la ciencia no llegará a ese veredicto? Y aun si después de treinta o cuarenta años llegásemos a verlo, ¿en qué me beneficia en relación a mi presente aflicción? Y si esta dificultad también pudiese ser removida, aun así preguntaríamos: ¿acaso no es cruel darle certeza sólo a los eruditos griegos y hebreos? ¿No ven y entienden los hombres, por lo tanto, que la evidencia de la autoridad divina de las Escrituras debe venir a nosotros de tal forma que la anciana más común y corriente en la hogar de caridad pueda verlo de la misma forma que yo?

Por lo tanto, toda investigación aprendida, como base de la *convicción espiritual*, está fuera de toda consideración. El que niega esto maltrata el alma e introduce un clericalismo ofensivo. Porque, ¿cuál es el resultado? La noción de que las personas poco eruditas no tienen certeza por sí mismas; para eso están los ministros; ellos han estudiado el tema; ellos deben saber y las personas comunes y corrientes deben creer bajo su autoridad.

Lo absurdo de esta noción es evidente. En primer lugar, los hombres más instruidos frecuentemente son los que más dudan. En segundo lugar, un ministro casi siempre contradice lo que otro ha presentado como la verdad. Y, en tercer lugar, la congregación, tratada como un *menor de edad*, es entregada nuevamente al poder de los hombres; se le deposita sobre sí un yugo que nuestros padres no pudieron soportar; y se comete el error de intentar probar el testimonio de Dios a través de los hombres.

Si debemos cargar con un yugo, denos el de *Roma* diez veces antes que el de los eruditos; porque aunque Roma pone a los hombres entre nosotros y las Escrituras, al menos hablan de una manera. Repiten lo que el Papa ha establecido para ellos y su autoridad se basa no sobre su erudición, sino sobre su pretendida *iluminación espiritual*. De ahí que los sacerdotes católicos romanos no se contradicen entre sí. Ni tampoco es su enseñanza la noción caprichosa de un aprendizaje *defectuoso*, sino el resultado de un desarrollo mental que Roma alcanzó en sus mejores hombres, y esto en conexión con la labor espiritual de muchos siglos. De entre la totalidad del clericalismo, el de carácter intelectual es el más insoportable; ya que uno siempre queda sin palabras ante el comentario, “Tú no sabes griego,” o “Tú no sabes leer hebreo”; mientras que el hijo de Dios siente de forma *irresistible* que en materias relacionadas con la eternidad, el griego y el hebreo no pueden tener la última palabra. Y esto aparte del hecho que a varios de estos eruditos, el professor Cobet podría decirles: “Querido señor, ¿acaso conoce bien usted mismo, el griego?” Del poco conocimiento del hebreo en la mayor cantidad de los casos, mejor ni hablar.

No, de esa forma jamás llegaremos. Para hacer que la autoridad divina de las Escrituras sean reales para nosotros, necesitamos no de un testimonio *humano*, sino de uno *divino*, igualmente convincente para los doctos como para los poco eruditos—un testimonio que no debe ser echado como perlas a los cerdos, sino ser limitado a aquellos que pueden recoger de él el fruto más noble, es decir, aquellos que *han nacido de nuevo*.

Y este testimonio no deriva del Papa y de sus sacerdotes, ni de la facultad teológica con sus ministros, sino viene *solamente* con el sellado del Espíritu Santo. Por lo tanto, es un testimonio divino y como tal remueve toda contradicción y silencia toda duda. Es un testimonio igual para todos, perteneciendo tanto al campesino en el campo como al teólogo en su estudio. Por último, es un testimonio que reciben sólo aquellos que tienen ojos abiertos, para que puedan ver *espiritualmente*.

Sin embargo, este testimonio no funciona por magia. No hace que la confundida conciencia de incredulidad grite de repente: “¡Ciertamente las Escrituras son la Palabra de Dios!” Si este fuera el caso, el camino de los entusiastas sería abierto y nuestra salvación dependería nuevamente de una comprensión espiritual fingida. No, el testimonio del Espíritu Santo obra de una forma completamente distinta. Él comienza a ponernos en contacto con la Palabra, ya sea a través de nuestra propia lectura o través de la comunicación de otros. Luego nos muestra la imagen del pecador según las Escrituras y la salvación que lo rescató de forma misericordiosa; y por último, nos hace escuchar la canción de alabanza sobre sus labios. Y después de que hemos visto esto objetivamente, con el ojo del *entendimiento*, Él obra de tal manera sobre nuestro *sentimiento* que comenzamos a vernos en ese pecador y a sentir que la verdad de las Escrituras nos concierne directamente. Finalmente, toma el control de la voluntad, haciendo que el poder mismo visto en las Escrituras obre en nosotros. Y cuando, de esa forma, la totalidad del hombre, la mente, el corazón y la voluntad han experimentado el poder de la Palabra, entonces Él le agrega a esto la exhaustiva operación de la certeza, por medio de la cual las Santas Escrituras en esplendor divino comienzan a relucir ante nuestros ojos. Nuestra experiencia es como la de una persona que, desde una habitación que resplandece brillantemente, mira hacia fuera al anoecer. Al principio, debido al resplandor en el interior, no ve nada. Pero al apagar su luz y mirar hacia fuera nuevamente, gradualmente comienza a distinguir figuras y formas y luego de un rato disfruta del suave crepúsculo. Apliquemos esto a la Palabra de Dios. Mientras la luz de nuestro propio entendimiento relampaguee en el alma, nosotros, mirando a través de la ventana de la eternidad, no podremos percibir nada. Todo está encubierto en una oscuridad nebulosa. Pero cuando por fin nos persuadimos y extinguimos esa luz, y miramos afuera nuevamente, entonces vemos un mundo divino apareciendo gradualmente desde la penumbra, y para nuestra sorpresa, donde en un comienzo no veíamos nada ahora vemos un mundo glorioso bañado en luz divina.

Y de esa forma los elegidos de Dios obtienen una firme certeza acerca de la Palabra de Dios que nada puede estremecer, que no puede ser robada por ningún conocimiento. Están firmes como una muralla. Están fundados sobre una roca. Los vientos podrán soplar y las lluvias descender, pero no temen. Se mantienen sobre su fe indestructible, no sólo como resultado de la primera intervención del Espíritu Santo, sino porque Él sostiene la convicción *continuamente*. Jesús dijo, “para que esté con vosotros para siempre”; y esto hace referencia primariamente a este testimonio respecto a la Palabra de Dios. En el corazón creyente, Él testifica continuamente: “No temas, las Escrituras son la Palabra de tu Dios.”

Sin embargo, esto no es toda la obra del Espíritu Santo en relación a la Palabra. También debe ser *interpretada*.

Y sólo Él, el Inspirador, puede dar la interpretación correcta. Si entre los hombres cada uno es el mejor intérprete de sus propias palabras, ¿cuánto más aquí, donde ningún hombre tendrá la osadía de decir que entiende el significado completo y adecuado del Espíritu tan bien como Él o mejor que Él mismo? Incluso si los autores de ambos Testamentos se levantaran de entre los muertos y nos contarán el significado de sus respectivas Escrituras—ni siquiera eso sería la completa y profunda interpretación. Porque ellos escribieron cosas cuyos significados exhaustivos no comprendían. Por ejemplo, cuando Moisés escribió acerca de la simiente de la serpiente, es obvio que él no comprendió todo lo que significaba el “tú le herirás en el calcañar.”

Por consiguiente, sólo el Espíritu Santo puede interpretar las Escrituras. Y, ¿cómo? ¿Siguiendo el modo de Roma, a través de una traducción oficial como la Vulgata; una interpretación oficial de cada palabra y oración; y una condena oficial a cualquier otra explicación? De ninguna manera. Esto sería muy fácil, pero a la vez muy poco espiritual. La muerte se aferraría a ella. El completo e ilimitado océano de verdad estaría confinado a los estrechos límites de una fórmula. Y la refrescante fragancia de la vida, que siempre encontramos en la página santa, se perdería de inmediato.

Ciertamente las iglesias no pueden ser entregadas a una traducción arbitraria e irresponsable de la Palabra; y apreciamos enormemente el cuidado mutuo de las iglesias al proveer una traducción correcta en el idioma local. Consideramos incluso altamente deseable que, bajo el sello de su aprobación, las iglesias publiquen lecturas expositivas en el margen. Pero ni lo uno ni lo otro debiera reemplazar jamás a las Escrituras mismas. La investigación de las Escrituras debiese ser siempre libre. Y cuando hay coraje espiritual, entonces que las iglesias revisen su traducción y vean si sus lecturas expositivas necesitan modificación. No, sin embargo, para desestabilizar las cosas cada tres años, sino para que en cada período de vida vigorosa, animada y espiritual, la luz del Espíritu Santo pueda alumbrar en mayor medida sobre las cosas que siempre necesitan más luz.

Por lo tanto la obra del Espíritu Santo en referencia a la interpretación es indirecta, y los medios usados son: (1) el estudio científico; (2) el ministerio de la Palabra; y (3) la experiencia espiritual de la Iglesia. Y es a través de la cooperación de estos tres factores que, en el curso del tiempo, el Espíritu Santo indica qué interpretación se desvía de la verdad y cuál es el correcto entendimiento de la Palabra.

A esta interpretación le sigue una *aplicación*.

Las Santas Escrituras son un maravilloso misterio, que tiene la intención de satisfacer las necesidades y conflictos de toda época, nación y santo. Al prepararlas Él conocía de antemano estas épocas, naciones y santos, y considerando sus necesidades Él las planeó y arregló de la forma en la cual se nos ofrecen hoy a nosotros. Y sólo entonces las Santas Escrituras lograrán el fin en mente, cuando a cada época, nación, iglesia e individuo sean aplicadas de tal forma que cada santo recibirá finalmente cualquier porción que haya sido reservada para él en las Escrituras. Por consiguiente, esta obra de aplicación pertenece sólo al Espíritu Santo, ya que sólo Él conoce la relación que las Escrituras deben mantener finalmente con cada uno de los elegidos de Dios.

Respecto de la manera en que la obra es llevada a cabo, esta puede ser *directa* o *indirecta*. La aplicación *indirecta* viene generalmente a través del ministerio, que logra su fin más elevado cuando frente a su congregación el ministro puede decir: “*Este es el mensaje de la Palabra que en este momento el Espíritu Santo tiene en mente para ti.*” Una afirmación sobrecogedora, sin dudas, y sólo alcanzable cuando uno vive tan profundamente arraigado en la Palabra como en la Iglesia. Aparte de esto también hay una aplicación de la Palabra que viene a través de la palabra de un hermano, hablada o escrita, que es a veces tan efectiva como un largo sermón. La lectura concienzuda y en silencio de alguna exposición de la verdad ha conmovido el alma de forma más efectiva, a veces, que un servicio en la casa de oración.

La aplicación *directa* de la Palabra del Espíritu Santo se efectúa al leer las Escrituras o al recordar pasajes. Entonces Él trae al recuerdo palabras que nos afectan profundamente por su singular poder. Y, aunque el mundo sonríe e incluso los hermanos reconocen que no entienden a qué se refiere, es nuestra convicción que la aplicación especial de ese momento fue para nosotros y no para ellos, y que en nuestra alma interior el Espíritu Santo realizó Su propia obra especial.

XXXIX. El Gobierno de la Iglesia

"Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo."—1 Cor. xii. 3.

La última obra del Espíritu Santo en la Iglesia tiene referencia al *gobierno*.

La Iglesia es una institución divina. Es el cuerpo de Cristo, aunque se manifiesta en la forma más defectuosa; porque como el hombre, cuyo discurso es afectado por un ataque de parálisis, sigue siendo la misma persona amigable que era antes, a pesar del defecto, así la Iglesia, cuyo discurso está dañado, sigue siendo el mismo cuerpo santo de Cristo. La Iglesia visible e invisible es una.

Hemos escrito en otra parte: "La Iglesia de Cristo es al mismo tiempo visible e invisible. Tal como un hombre es al mismo tiempo un ser perceptible e imperceptible sin ser de esa forma dos seres, así también la distinción entre la Iglesia visible e invisible de ninguna forma daña su unidad. Es una y la misma Iglesia, que según su *esencia espiritual* está escondida en el mundo espiritual, manifiesta sólo al ojo espiritual y que según su *forma visible* se manifiesta a sí misma externamente a los creyentes y al mundo."

"Según su *esencia espiritual e invisible* la Iglesia es una en toda la tierra, una también con la Iglesia en el cielo. De igual manera es también una Iglesia santa, no solamente porque es hábilmente creada por Dios, dependiente totalmente de Sus influencias y obras divinas, sino también porque la adulteración espiritual y el pecado interior de los creyentes no pertenecen a ella, sino luchan contra ella. Según su *forma visible*, sin embargo, sólo se manifiesta a sí misma en fragmentos. Por lo tanto es local, es decir, ampliamente esparcida; y las iglesias nacionales se originan porque estas iglesias locales forman tal conexión como lo demandan su propio carácter y sus relaciones nacionales. Combinaciones más extensas de iglesias sólo pueden ser temporales o extremadamente poco firmes y flexibles. Y estas iglesias, como manifestaciones de la iglesia invisible, no son *una*, ni tampoco *santas*; porque participan de las imperfecciones de toda la vida del mundo y son constantemente profanadas por el poder del pecado que socava interna y externamente su bienestar."

Por lo tanto, el tema no puede ser presentado como si la Iglesia espiritual, invisible y mística fuese el objeto del cuidado y gobierno de Cristo, mientras los asuntos y la supervisión de la Iglesia visible son dejados a los placeres del hombre. Esto está en directa oposición a la Palabra de Dios. No existe una Iglesia visible y otra invisible; sino una Iglesia, invisible en lo espiritual y visible en el mundo material. Y mientras Dios cuida tanto el cuerpo como el alma, de la misma forma Cristo gobierna los asuntos externos de la Iglesia, tan ciertamente como con su gracia Él la nutre interiormente.

Cristo es el Señor; Señor no sólo del alma, ya que antes de que pueda ser eso debe ser Señor de la Iglesia como un todo. Cabe destacar que la predicación de la Palabra y la administración de los sacramentos pertenecen no a la economía interna de la Iglesia, sino a la externa; y ese gobierno eclesiástico sirve casi exclusivamente para mantener pura la predicación y a los sacramentos de ser profanados. Por lo tanto no es oportuno decir: "Si la Palabra de Dios es predicada sólo en su pureza y los sacramentos son administrados correctamente, el orden eclesiástico es de menor importancia"; si se eliminan estos dos del orden eclesiástico, quedará muy poco de él.

La pregunta es, por lo tanto, si estos medios de gracia deben ser organizados según *nuestro placer*, o según la *voluntad de Jesús*. ¿Nos permite entretenernos con ellos según nuestras propias nociones o reprende y aborrece toda religión obstinada en satisfacer los deseos propios? Si la respuesta es la última, entonces también debe, desde el cielo, dirigir, gobernar y cuidar de Su Iglesia. Sin embargo, Él no nos obliga en esta materia; nos ha dejado la terrible libertad de actuar en contra de Su Palabra y de sustituir Su forma de gobierno por la nuestra. Y eso es exactamente lo que el desorientado mundo cristiano ha hecho una y otra vez. A través de la incredulidad, no mirando al Rey, frecuentemente lo ha ignorado, olvidado y destronado; ha establecido su propio régimen obstinado en Su Iglesia, hasta que al final el recuerdo mismo del legítimo Soberano se ha perdido.

La iglesia individual, aún consciente del reinado de Jesús, profesa doblegarse incondicionalmente a Su Palabra real tal como está contenida en las Escrituras. Por lo tanto, decimos que en la iglesia del estado de Holanda, cuyo orden eclesiástico no sólo carece de tal profesión, sino que también pone el poder legislativo supremo exclusivamente sobre los hombres, se burla del reinado de Cristo; que un embaucador ha usurpado su lugar, quien debe ser removido tal como está escrito: "Pero yo he puesto mi rey Sobre Sión, mi santo monte." (Salmo ii. 6)

Por lo tanto se debe sostener firmemente y sin miedo que Jesús es no sólo el Rey de las almas, sino también el Rey en su Iglesia; cuya absoluta prerrogativa es ser el Legislador en su Iglesia; y que el poder que compite por ese derecho debe ser enfrentado por el bien de la conciencia.

Frente a la pregunta de por qué la iglesia es tan apta para olvidar el reinado de Cristo, de tal forma que muchos ministros piadosos no tienen la más mínima conciencia de esa realidad y muchas veces dicen: "Ciertamente Jesús es el Rey en el mundo de la verdad pero, ¿qué le importa a Él lo que haga la iglesia externa? Al menos yo, un hombre espiritual, jamás voy a las reuniones oficiales del concilio"; respondemos: "Si Jesús tuviera un trono en el mundo y de ahí reinara personalmente sobre Su Iglesia, todos los hombres se inclinarían ante Él; pero al ser exaltado en el cielo a la diestra del Padre, el Rey es olvidado; fuera de toda vista, fuera de la mente." De esta forma, la *ignorancia en relación a la obra del Espíritu Santo* es la causa. Ya que Jesús gobierna su Iglesia pero no de forma directa, sino a través de Su Palabra y Espíritu, no hay respeto alguno por la majestad de su soberano gobierno.

El ojo espiritual del creyente, por lo tanto, debe ser reabierto a la obra del Espíritu Santo en las Iglesias. El hombre no-espiritual no la puede ver. Un consistorio, un concilio o un sínodo es para él un grupo de hombres congregados para negociar asuntos bajo su propia luz, lo mismo que una reunión de directorio de la dirección de comercio o alguna otra organización secular. Uno es un accionista y un miembro del comité y como tal ayuda en la administración de los asuntos usando todas sus habilidades. Pero para el hijo de Dios, siendo capaz de ver la obra del Espíritu Santo, estas asambleas eclesiásticas contraen un aspecto totalmente distinto. Él reconoce que este consistorio no es consistorio, que este concilio no es concilio, que este sínodo no es tal, a menos que el Espíritu Santo presida y decida las materias junto con los miembros.

La oración hecha al comenzar un consistorio, concilio o sínodo es, por lo tanto, no igual a la de Y.M.C.A. o una convención misionera, simplemente una oración para pedir luz y ayuda, sino una cosa totalmente distinta. Es la petición que el Espíritu Santo esté en medio de la asamblea. Porque sin Él, ninguna reunión eclesiástica puede ser completa. La reunión no puede ser llevada a cabo a menos que Él esté presente. De ahí que en la oración litúrgica al comenzar un consistorio hay una petición inicial de la presencia y liderazgo del Espíritu Santo; después, una confesión de que los miembros nada pueden hacer sin Su presencia; y por último, una súplica de las promesas para estos miembros.

La oración dice: "Ya que estamos reunidos en tu Santo Nombre, siguiendo el ejemplo de las Iglesias apostólicas, para consultar, como requiere nuestro oficio, acerca de aquellas cosas que pueden venir ante nosotros, para el bienestar y edificación de Tus iglesias, ya que reconocemos que somos poco aptos e incapaces, ya que por naturaleza no podemos pensar en lo bueno y mucho menos ponerlo en práctica, por lo tanto te rogamos, O Dios y Padre fiel, que Tú te complazcas en estar presente con Tu Espíritu según Tu promesa, en medio de nuestra asamblea, para guiarnos en toda verdad."

En la oración de conclusión del consistorio ocurre la expresa acción de gracias de que el Espíritu Santo estuvo presente en la reunión: "Más aun, te agradecemos que has estado presente con Tu Espíritu Santo en medio de nuestra asamblea, dirigiendo nuestras determinaciones según Tu voluntad, uniendo nuestros corazones en mutua paz y armonía. Te rogamos, O Dios y Padre fiel, que te complazcas misericordiosamente en bendecir nuestra labor intencionada y efectivamente en ejecutar el trabajo que Tú ya comenzaste; siempre reuniendo ante Ti una iglesia verdadera y preservándola en la doctrina pura, en el correcto uso de Tus santos sacramentos y en el diligente ejercicio de la disciplina."

Por lo tanto el gobierno de la iglesia denota:

Primero, que el Rey Jesús instituye los oficios y nombra a las personas a cargo de tales funciones.

En segundo lugar, que las iglesias se someten incondicionalmente a la ley fundamental de Su Palabra.

Tercero, que el Espíritu Santo debe entrar en la asamblea y dirigir las deliberaciones; como lo expresó Walæus: "Que el Espíritu Santo pueda personalmente pararse detrás del presidente para presidir cada reunión." Y este dicho tiene un significado tan enriquecedor que diríamos seriamente, si no es ya obvio, que un mero cambio de oficiantes no beneficiaría en nada, si la organización misma no está sometida a la Palabra de Dios. El tema no es si mejores hombres llegan al poder, sino si el Espíritu Santo preside la asamblea; algo que no puede hacer, a menos que la Palabra de Dios sea la única instrucción y autoridad.

Notas

1. ↑ Cabe destacar que en Rom. v. 15, 16; vi. 23; xi. 29, vemos en el texto griego la palabra "charisma" refiriéndose a la salvación. La razón es que estos pasajes no se refieren a lo misericordioso que es el don, sino a su brillante resplandor en contraste con la corrupción y la muerte. "Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna."